

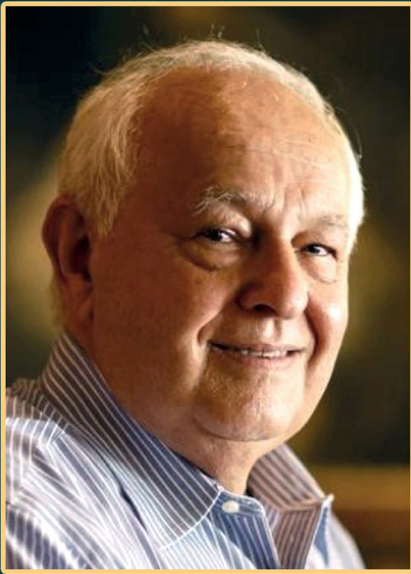
Mis calles y el río

LUIS PORTER




**PUBLICAR
AL SUR**
EDITORIAL
UN PROYECTO COPIS

Vuela pluma



Luis Porter

Luis Porter G. (38-10-26), forma parte de una familia de creadores: sus padres fueron el escritor y director de cine Julio Porter y la poetisa y grabadora Margarita Galetar; su hermana es la reconocida artista plástica Liliana Porter.

El relato de su niñez y primera juventud (1940-1957), *Mis calles y el río*, es la primera parte de una trilogía en la que el autor da testimonio de hechos y acciones que explican dos idiosincrasias diferentes, aunque paralelas: la de Argentina y la de México

Mis calles y el río

MIS CALLES Y EL RÍO

LUIS PORTER



**PUBLICAR
AL SUR**

EDITORIAL

UN PROYECTO COPIS

Porter Galetar, Víctor Luis

Mis calles y el río / Luis Porter. – México :
Publicar al Sur, 2022.

408 p. ; 21 cm. (Colección Vuela Pluma ; 1)

ISBN: 978-607-99662-0-1

I. Narrativa argentina—Siglo XXI

CDD: A863.4 LC: PQ7797

Primera edición: febrero del 2022

© Derechos reservados por el autor

D. R. © 2022 Sello Editorial Publicar al Sur

Calle Xaxalco MZ5 lt4 san Miguel Topilejo, Tlalpan,
Ciudad de México, c. p. 14500.

El dominio en la Web es <http://publicaralsur.com/>

Usuario del registro nacional de editores: Pis200305196

Prohibida la reproducción de este libro, por cualquier
medio o en alguna de sus partes, sin el permiso escrito de
la editorial.

Diseño y cubierta: Equipo Editorial de Publicar al Sur

Impreso y hecho en México

Índice

Prefacio	11
Roca 1812	14
Plaza Falucho	47
Entre Ríos 962 - 5K	65
Estados Unidos 1864	80
Franklin 2225	98
Viamonte 447	122
Belgrano 1288	139
Plaza de Mayo	156
Caseros 1173	177
Esmeralda 443	197
Florida y Cangallo	212
Plaza Francia	228
Luis Sáenz Peña 739	246
Teatro Alvear	274
Callao 771	285
Sta. Fe 1860	308
Urquiza 277	326
Dragones 2250	344
Bueguerestain 3725	363
Estación Borges	377
Sin calle / sin número	386

El que se va no vuelve, aunque regrese.
José Emilio Pacheco

Ahora que estamos solos, infancia mía, hablemos.
Fina García Marruz

Prefacio

Cuando llegó el fotógrafo con su aparatosa cámara que más parecía un mueble, nadie hubiera podido anticipar que esa foto le serviría a Luis como punto de partida del libro de recuerdos que tenía en la mente, buscando recuperar y contar una historia de itinerarios y trayectorias, de senderos escondidos, pérdidas y hallazgos. Lo ignoraba, pero no estaba resuelto a dejar que nada de ello se perdiera tan pronto en el olvido, de la manera como se había perdido en una noche de lluvia torrencial, la biblioteca de sus padres, incluyendo la colección de libros publicados en la imprenta del abuelo. No lo sabía aún, aunque lo sabría después, que su obligación era volcar lo que había quedado guardado en álbumes y cajas, en un nuevo libro, aunque fuera el tomo uno de una serie que nunca se llegaría a completar, que sirviera de primer paso para honrar los cuidados que su madre había puesto en el traslado de una casa a otra, de un país a otro, de todo ese acerbo disperso y desordenado, que guardaban fragmentos de su historia, desde los promisorios poemas de juventud hasta las cartas de adiós y despedida, pasando por las fotos en blanco y negro impresas como se hacía antes.

Cuando resplandeció el fogonazo del fotógrafo, esa chispa ya formaba parte del libro en el que recorrería otra vez aquellas calles que jamás pensó que podría olvidar, porque habían sido sus calles. Calles que aunque tenían muchas direcciones parecían correr hacia el mismo río, ese río en el que se apoyaba el muelle que lo vería partir. Partir, irse, tenerse que ir, verse obligado a olvidar y a recordar, ese era su tema, el tema de los senderos que se pierden entre baldíos olvidados y jardines naturales. Brechas que llevaban a destinos desconocidos y a nuevas oportunidades.

La madre hizo un alto en la fiesta para que todos los invitados se alinearan frente a la cámara, teniendo como fondo la chimenea, con Luis al centro extendiendo su muñeca para mostrar el reloj que le había regalado su padrino José. El reloj que marcaba el tiempo, ese tiempo que Luis pretendería recobrar o recorrer como si a su alrededor los chicos y los grandes siguieran buscando su lugar para la foto, ensayando su mejor sonrisa, preparándose para quedar impresos en un papel que atravesaría el tiempo por los años y años por venir.

Ahora que había comenzado a escribir, sospechaba que esas primeras líneas dibujaban un camino que tenía la forma de un círculo. Eran puertas que como todas las puertas,

servían tanto para entrar como para salir. Y la puerta había sido siempre un símbolo con el que se identificaba. No en vano su apellido contenía ese término, una palabra que giraba en el eje las bisagras, una palabra en movimiento, palabra viajera, con el atributo de la confluencia de significados; puerta o puerto, un lugar preciso para zarpar o para arribar, un sitio en el que confluyen caminos que llegan a la orilla del agua profunda donde una embarcación silenciosa espera a los que se van en busca de una oportunidad.

Escribir significaba detenerse a observar lo recorrido, ver hacia atrás y hacia el porvenir, poner en orden e imaginar lo que quedaba por recorrer, por descubrir, por importar, términos que lo remitían al río que sus abuelos habían navegado alguna vez, prosiguiendo un camino cuyo origen y su destino estaba en todas partes y en ninguna.

¿Eran Julio y Margarita o era Luis con sus recuerdos? ¿Era la casa de Florida cuyo jazmín aún florece y su perfume perdura desde el centro del jardín? ¿Era el piano que un día regresó con sus melodías? ¿Dónde se inició esta historia? ¿Junto al río Dniéper, en las lagunas de Guaminí o en una orilla del Río de la Plata? ¿En el puerto de Odessa, de Hamburgo, de Buenos Aires? ¿Cuántos viajes, cuántas

búsquedas, desde qué esquinas fuimos buscando la luz del camino? Las respuestas son infinitas, y hoy aquí solo alcanzaremos a dar una de ellas, para que sirva como ejemplo a las que seguirán luego, escritas por hijas e hijos, por nietas y nietos, por los futuros caminantes de las calles que bajan al río. Es una historia cíclica, con apogeos y perigeos pero sin comienzo ni final, una historia que gira y gira, como un carrusel al que nos subimos con el afán de sacar la sortija y tener derecho a dar una vuelta más, girando y girando hasta perdernos por el sendero de los álamos que el viento inclina de tal forma, que parece que estuvieran haciendo una reverencia, que nos estuvieran dando la bienvenida, saludando.



Roca 1812

Hace ya siete años, digámoslo aquí, nació un lindo chico que en lugar de traer un pan bajo el brazo, llegó con una caja de ravioles rellenos de queso Ricotta...

Las intervenciones de su padre iniciaban en forma de un relato, que súbitamente cambia-

ba de giro, derivaba en una broma, un juego de palabras, o alguna inesperada ironía dicha con simpático humor. Ello podía ocurrir en cualquier momento, aunque el espacio ideal era la mesa del mediodía. No resultaba fácil darse cuenta cuando el padre se tomaba algo en serio. Su humor cambiaba de un momento a otro. Solía pasar del chiste al enojo, del enojo a la contemplación, o al silencio. Le gustaba contar anécdotas cuyos protagonistas fueran inverosímiles, claramente inventados. Solía rodear la revelación de algún secreto introduciendo interrogantes que obligaban al escucha a rearmar en su cabeza lo que creía haber entendido. En el transcurso de sus historias llegaba el momento en que había que preguntarse de qué estábamos hablando. Pasaba del relato a la actuación, con la simpatía espontánea de un comediante. Su picardía se diluía en rasgos y actitudes que para sorpresa destilaban bondad. Porque eso era, un hombre bueno, aunque no pacífico; estar con él era subirse a un escenario justo en el instante en que se levantaba el telón.

Aquel viernes 26 de octubre de 1945 su hijo Luis cumplía siete años. La fiesta se había organizado para el domingo. Ese día el festejo era estrictamente para los cuatro habitantes de la casa, Julio, el padre, Margarita, la madre, Luis y Liliana la hermanita. Hasta ese año los había

acompañado Maica, la abuela rumana, madre de su madre, que recientemente fallecida parecía haber encontrado un sitio invisible donde continuar cantando en voz baja canciones del folklore rumano. Seguía acompañándonos sin hacerse notar, presente y ausente como un susurro.

Esa mañana el niño se había despertado con la conciencia de que era su día, un día de festejo que celebrarían con un almuerzo íntimo entre los cuatro, un día que según la madre contenía sorpresas que lo harían particularmente especial.

—Prepárense para las cosas ricas que hoy vamos a saborear—, anunciaba ya entrada la mañana, cuando se anticipaba el mediodía, por los olores que venían de la cocina.

Luis era un niño delgado y frágil, aunque vivaz e ingenioso. Aquel día, las manchas de luz que proyectaba el sol de octubre sobre el mantel, le produjeron esa emoción propia del anticipo del verano que prometía un fin de semana luminoso y acogedor. Además de ser el mes de los cumpleaños, octubre era el mes cuando la primavera invitaba a observar los nuevos y tiernos brotes del limonero, los pálidos verdes que se agregaban al frondoso y oscuro laurel, el tiempo dispuesto para correr, gritar, conversar y jugar.

Vista desde afuera, con sus techos inclinados, las tejas planas de barro rojo, y las enredaderas subiendo por los muros, la casa tenía un perfil inglés que le daba un aire elegante. —Lo inglés tiene clase—, pensaba Luis, que sobreponía al origen ruso y rumano de sus abuelos, una inexplicable procedencia sajona, basada en una genealogía imaginada que se le hacía más adecuada porque de allí provenían sus dos o tres autores predilectos que leía y releía como si no hubiera otros. Le gustaba su casa. Cuando llegaba caminando de la escuela, sentía que el jardín lo recibía desde dentro, dándole la bienvenida. Reaccionaba haciéndose el indiferente. Lo miraba como si no fuera el jardín de su casa, como si él fuera un extraño, un transeúnte cualquiera. Ese juego duraba apenas unos cuantos segundos porque enseguida se imponía la realidad. Entonces abría la puerta de alambre tejido con la confianza del que allí vive y entraba con determinación, dando pasos largos y firmes, poniendo atención en el jazmín, sembrado por la madre. De allí su mirada se dirigía al letrero de hierro forjado que le daba nombre a la casa: “Los Marsegosos”. Observaba y hasta saludaba agitando la mano como si el jardín fuera alguien, una persona.

El eje de la casa era un vestíbulo largo con pisos de baldosas negras y blancas en forma de tablero de ajedrez. El vestíbulo conectaba con

todo, iniciaba con el primer peldaño de la escalera, el pasamanos y la balaustrada torneada de madera. Bajo la escalera, una pequeña mesa alta sostenía un teléfono negro en forma de candelero. "Siete cuatro uno, cero tres siete ocho", escuchaba su voz hablando con la telefonista que por turnos atendía para hacer las conexiones.

Del lado derecho de ese pasillo se accedía al escritorio del padre, y más adelante a la sala y al comedor, y por último a la puerta de la cocina. La oficina del padre podía compararse a una pequeña imprenta porque en ella constantemente repiqueteaba la máquina de escribir. Las paredes empotraban largos libreros. Sobre la repisa de la chimenea se apoyaba un busto de Beethoven y al otro extremo, una pequeña escultura de una mujer desnuda que representaba a Safo. Como siempre, en el aire flotaban aromas de tabaco, papel y tinta.

La sala, unida y a la vez separada del comedor por un arco de madera oscura, parecía estar allí acompañando un pequeño piano de madera clara, estilo provenzal, y el tocadiscos. En el comedor destacaba la presencia blanca de un *Frigidaire*, novedad culinaria que no había encontrado lugar en la cocina. La mesa del comedor estaba custodiada por la vitrina y el aparador. Tras la mesa un gran ventanal refle-

jaba el púrpura de la Santa Rita que cubría la pérgola del patio. Ya afuera, separado por un alto seto, se abría un espacioso jardín con árboles frutales y juegos para niños. El aire de la casa traía las fragancias que transportaba una brisa campesina, junto a los ecos de las madres llamando a sus hijos por su nombre, como si se tratara de gorriones piando a su cría. En las tardes de verano se escuchaban los cascotes de los percherones empujando algún carro. Era un barrio con los ruidos propios del suburbio.

Cerca del mediodía, Luis y su hermana comenzaron a notar señales que presagiaban el almuerzo: ruidos de platos y cubiertos, el chirriar del aceite, aromas sugerentes que salían de la puerta entreabierta de la cocina, junto a voces cuyo volumen aumentaba progresivamente. Para calmar su creciente impaciencia, el padre se sentó al piano. Los chicos se aprestaron a volver a oír alguna de las canciones de la comedia musical que estaba escribiendo y que solía repetir una y otra vez sin cansarse, mientras ellos hacían los deberes. Repeticiones que se grababan en la memoria de los chicos, contentos de volver a escucharlas una y otra vez. Sin embargo, en esta oportunidad, en lugar de volver a tocar alguna de las canciones en turno, el padre se puso a jugar con su dedo índice, presionando una por una las notas del teclado, como si fuera un principiante, insinuando una

tonada que más semejaba un *happy birthday* que otra cosa. Los chicos enseguida se acercaron curiosos al piano para escuchar.

—Papi, ¿esa canción que estás inventando para nosotros, de dónde la sacas, de tu cabeza, de tus manos o la lees en las teclas del piano?— preguntó Luis.

—No sé de dónde vienen las canciones, Luisito, es un misterio, como todo nacimiento. Están en el aire, revolotean, como las abejas o las mariposas— Ciertamente papi, las mariposas no vuelan, revolotean, parece que se dejan llevar por el viento, y sin embargo, cruzan entre las ramas sin tropezarse nunca. ¿Leerán señales en el aire?

—Lo que se escribe en el aire se lee de la misma manera que nosotros leemos las nubes. Al mirarlas vemos animales, rostros, barcos de papel... el mapa del conocimiento está dibujado en el aire, por eso las canciones flotan, vuelan o esperan suspendidas a que las descifren, prosiguió el padre. Son cosas que se aprenden pero no se enseñan.

El padre elevó la vista hacia la ventana alta mientras decía —Nadie enseña nada, y sin embargo, aprendemos.

—¿Y cómo aprendemos? Preguntó el hijo

—Observando, leyendo signos, viendo señales, metiéndonos por esos senderos tan angostos que casi no se ven, y sin embargo, allí están esperándonos...

El hijo no mostró desconcierto ante esa paradójica explicación que no explicaba nada. Buscó la mirada de su hermana, para compartir con ella la incertidumbre del momento. La hermana le devolvió la mirada con un guiño cómplice. Eso ocurría justo cuando el padre cerraba la tapa del piano, sumiendo al teclado y todas sus notas en el silencio y la oscuridad.

Justo en el momento oportuno, como solo ocurre en las películas, la madre anunció desde la cocina...

—¡A la mesa!— Lo hizo con un tono innecesariamente estridente, si consideramos que ya todos estaban sentados en sus lugares cuando no había terminado de decirlo.

—¿Qué se le ocurrirá decir hoy a mamá para que papá se enoje?— pensaba Luis, que bien sabía que la armonía y la paz eran algo temporal entre ellos. La mesa estaba dispuesta con el cuidado de siempre, ordenada con sencillez y

exuberancia simultáneas. El lugar de la madre estaba en la cabecera del lado de la cocina. Pegados al ventanal de la Santa Rita se sentaban Luis y Liliana, uno al lado del otro. El padre en la cabecera opuesta a la de la madre, con vista dominante hacia la puerta de la cocina. Por allí fue que vio aparecer la fuente que la madre cargaba cuidadosamente. Estaba repleta de raviolos humeantes que quedaron instalados al centro de la mesa. El padre hizo un gesto de bienvenida que hubiese sido posible comparar con una oración de gracias por los alimentos. Se incorporó para tomar dos cucharones, quitó la tapa de la fuente y los hundió en los raviolos para servirlos sin que ninguno se cayera, en su plato hondo. La crema que se escurría entre las hojas de orégano y de laurel quedó de inmediato cubierta por una exagerada cantidad de queso rallado que el padre esparció sin miramientos.

Liliana observaba al hermano batallando con los raviolos que se le resbalaban de los cucharones amenazando con ir a parar al mantel. Para distraer la atención y no poner más nervioso a Luis con su mirada, Liliana se dirigió al padre y le dijo:

—A mí me gusta que vos toques el piano, papá, porque haces que las notas rimen... como si fueran versos, afirmó Liliana. El padre le son-

rió; iba a decir algo pero la madre se le adelantó:

—Liliana recítale a papá el versito que estuvimos ensayando— dijo irrumpiendo con su tema. Liliana se aprestó a repetir el versito que habían inventado esa mañana con su mamá:

Que la noche traiga luna

y llene el cielo de estrellas

las veré desde mi cuna

estrellas, luna, ¡qué bellas!...

—Muy lindo, Liliana —dijo enseguida el padre, sin dejar de masticar— esos versos, no solo riman, sino que tienen armonía, repiten palabras y esa repetición es lo que le da ritmo. Tragó y se puso a golpear con su tenedor el vidrio azul de la botella del sifón, provocando una hilera de tintines sincopados y sonoros, que intentaban ilustrar su concepto del ritmo.

—Son ecos de ecos— dijo, sin soltar el tenedor y sobreponiendo su voz a la del ruido que hacía sobre la botella convertida en instrumento de percusión. Se detuvo por un instante y al ver a todos atentos a sus palabras volvió a repique-

tear sobre el sifón, para luego pinchar con el tenedor más raviolos, mientras decía:

—Como los abuelos, también las palabras vienen de muy lejos. El tiempo las ha ido haciendo bellas. Llegan volando y parece que desaparecen, pero antes de esconderse hacen firuletes en el aire, garabatos que guardan el secreto de su contenido.

Hablaba, percutía y comía al mismo tiempo. Su plato se iba vaciando. No le apuraba, porque la madre ya había traído otra fuente con una receta de su especialidad, “niños envueltos”, hojas de col rellenas. Sin manchar la servilleta que le colgaba del cuello y utilizando el tenedor como batuta, el padre hizo una pirueta con las manos, como la que hubiera podido hacer un mago o un director de orquesta. Los chicos siguieron con la mirada el dibujo del tenedor en el aire, como tratando de descifrar esas señales imaginarias que bien pudieran haber salido de una galera, del atril de un director, o de un frasco de tinta. Estaban todos concentrados en esa danza cuando en el patio una súbita ráfaga de un viento rezagado sacudió a la Santa Rita. El ventanal se convirtió en un vitral en movimiento, proyectando las sombras y los reflejos de las flores atravesando los vidrios, proyectadas sobre el mantel. Parecían títeres bailando al son de la música del padre.

—Ráfagas de viento... como las que inclinan y mecen a los árboles— musitó el papá como si estuviera hablando con alguien que no estaba allí. Todos miraron hacia el ventanal donde los reflejos púrpuras de las flores continuaban meciéndose después de la súbita ráfaga que había tomado a todos por sorpresa.

—Las flores de la Santa Rita revolotearon como mariposas, exclamó la madre. A Luis le llamó la atención que la madre se refiriera a las mariposas. ¿Nos habrá estado escuchando? se preguntó.

—Es cierto, dijo Luis, las mariposas vuelan de una manera distinta a la de los pajaritos. Los pajaritos cuando vuelan dibujan líneas, se dejan empujar por el viento, mientras que las mariposas, dibujan firuletes, vuelan en zigzag como jugando con el aire que se mete entre sus alas.

—Tenés razón Luis, pareciera que alguien desde arriba las estuviera manejando como se hace con los títeres... Luis hincó su tenedor en el último raviol de su plato, lo alzó bien alto y lo hizo revolotear como si fuera un títere que el dirigía.

—¿Por qué pinchan con alfileres a las mariposas y las encierran en vitrinas— preguntó de súbito con una rabia inesperada y el raviol todavía clavado en su tenedor.

—La maestra me dijo que en las alas de las mariposas están dibujados los mapas de navegación... ¿qué tal si voy al colegio, me subo a una silla, abro la vitrina y dejo que las mariposas se escapen volando, siguiendo el mapa de sus alas?

—¡Mariposas que se desprenden de sus alfileres para cumplir con su destino!— exclamó el padre, repitiendo entusiasmado la idea apenas expresada por el hijo.

—¡Qué buena historia para un número de la comedia musical que estamos escribiendo! Mariposas sujetas a un telón de terciopelo, que por fin se liberan para bailar la danza que traen escrita en sus alas. ¡Sos un genio, Luisito!, voy a decirle al maestro Andreani que escriba la música, y la letra es tuya... porque a vos se te ocurrió! Susana, que haga la coreografía—, terminó diciendo con la mirada fija en los ojos del hijo observándolo con una mirada de sorpresa y una sonrisa luminosa cruzándole la cara. El niño mantuvo su mirada fija, sorprendido, callado por un instante, contento de haber inspirado un cuadro musical y más que nada... ¡una invitación a trabajar con ellos! Después miró

al raviol que se había quedado inmóvil en la punta de su tenedor en su calidad de mariposa y se rió. Ambos rieron. Todos rieron.

§

Al padre le tranquilizaba tener enfrente suyo a su esposa y a sus hijos con los ojos atentos, pronunciando palabras que tenían el poder de convocar ráfagas de viento, sombras y luces de colores sobre el mantel. Con las dos fuentes ya vacías, se abrió un breve intervalo de silencio que aprovecharon los ruidos hasta ese instante desapercibidos.

—“Pasó un ángel”, pensaron todos, pero nadie dijo nada.

§

Una vez despejado el mantel, tocaba el turno del postre. Todos esperaban la clásica torta de manzana, que en realidad era un tradicional rollo de Strudel, emblema de la abuelita Berta. Sin buscar imitarla, la mamá también la horneaba buscando imprimirle su propio estilo. No lo lograba del todo, quizás porque lo rumano que traía consigo se resistía a adaptarse totalmente a lo ucraniano de la abuela. En la versión que en este instante estaba colocando en un platón sobre la mesa, podía notarse que la masa le salía más seca. Eso hacía que las re-

banadas perdieran unidad y se desmoronaran dejando sobre el plato pasas, almendras y hasta pedazos de manzana cubiertas de polvo de canela. No era un pastel de cumpleaños, ese se dejaba para la fiesta de domingo. A Luis le gustaba ver el espiral de la torta de manzana recién hecha, y le parecía tan rica una torta como la otra. Como todos los postres, era un platillo prohibido para el padre, que desde joven sufría de una seria diabetes que soportaba resignado, como un castigo a sus excesos de juventud. Tenía terminantemente prohibido el dulce, mandato que veía como una penitencia que mal cumplía a regañadientes.

De pronto, cuando estaban todos distraídos y nadie se lo esperaba, la madre soltó una propuesta:

—Julio, mientras comemos el postre, ¿por qué no nos lees uno de tus lindos poemas?

Luis observó que el súbito pero estratégicamente bien calculado pedido, encontró a su papá descolocado. Enseguida, con un inevitable gesto de mal humor acicateado por la presencia de tantas rebanadas de torta de manzana intocables para él, dijo en un tono airado muy cerca de perder el temple:

—¡Dejáte de jorobar!, ¿por favor, querés, Marga?

Ignorándolo por completo, la madre continuó:

—Chicos, ustedes ya saben lo lindo que escribe papá... y siendo este mes de octubre un mes de cumpleaños, traje el original de un poema que papá me escribió cuando yo cumplí 17 años y él tenía apenas 18... ¿Lo querés leer Julio? dijo extendiendo la antigua pero bien conservada hoja de papel.

—¡Marga!... respondió el padre con una voz desconocida, intentando detener lo que le resultaba una iniciativa descabellada. El hijo, sin embargo, podía percibir su inminente claudicación.

—Es que se trata de un poema muy simbólico— dijo la mamá dirigiéndose a los chicos, aunque apuntando sus municiones hacia el esposo. Papá lo escribió especialmente para el día que nos vimos por primera vez cara a cara y en persona. Antes de ese día, nos conocíamos solamente por cartas, dijo repitiendo por enésima vez lo que los hijos ya habían escuchado y aprendido muchas veces, como parte de la historia de amor que la madre siempre les contaba. Así siguió describiendo los antecedentes que ponían al poema en contexto:

—Al principio, chicos, eran intercambios pueriles de dos jóvenes escolares, y al final ya eran cartas de amor de dos adultos enamorados. Terminaba el año de 1933, chicos... era la víspera de mi cumpleaños— y utilizando un tono de voz que buscaba lograr un impacto dramático, agregó: —y así fue que me trajo el hermoso e inolvidable regalo de unos versos, que no eran sus primeros versos, pero si los primeros escritos para mí.

—Marga...— volvió a implorar el padre, buscando huir de cualquier situación cursi o sentimental. Sin embargo, sabía que estaba acorralado en la mesa festiva de cumpleaños.

—Piensen que estas mismas hojas de papel, hoy un poco amarillentas, que aquí les muestro — y sacó del bolsillo de su delantal un manojito de sobres amarrados con un listón que dejaba ver un color rojo de origen, ahora deslavado.

—Son las que papá me trajo cuando nos vimos por primera vez. Eso ocurrió, como ya creo haberles dicho alguna vez, al pie de la Torre de los Ingleses, frente a la hermosa y monumental estación Retiro, justo del otro lado del parque Japonés.

Los chicos se miraron con resignación.

—¿Te acordás Julio?... continuó la madre. Te veías precioso, muy derechito esperándome

allí, con un inmenso ramo de flores y el poema dentro de una carpeta a la que le habías dibujado una hermosa carátula... estabas mucho más delgado... ¡eso sí!— terminó diciendo, ya emplazada la escena.

Luis intuía que lo de las flores y la carátula eran adiciones que se salían de la realidad de los hechos. Convertir una verdad en algo poco creíble era una de las cualidades de la madre. Luis no concebía al papá tan empalagoso. La mención a la esbeltez, es decir a su actual gordura, la registraba como una evidente provocación. —“Ya estamos entrando en zona de conflicto” — advirtió, hablando consigo mismo.

La madre nunca se conformaba con una descripción estricta de los hechos. Lo que hubiese ocurrido, por más maravilloso que pudiera haber sido, nunca le resultaba suficiente para el efecto que esperaba lograr. Creía que atenerse a una simple descripción de los hechos como lo haría cualquier cronista o abogado podría debilitar el relato, quitarle impacto. Su tendencia era crear una versión más fantástica, difícil de creer, cuanto más asombrosa, más coincidía con su intención de darle su verdadero peso, para lo cual le era imprescindible magnificar. Entonces vestía los hechos con detalles cuyo contenido los hacía ver como inventados, resultado injusto, producto de la originalidad o

extravagancia que le nacía espontánea, inevitable, provocando mayores o menores sospechas, y ciertamente, quitándole certidumbre.

—Ya sabés como es Margarita— comentaban las tías.

Imaginar a los padres jóvenes llegando a esa Torre de los Ingleses que les resultaba tan familiar, era una imagen difícil de evocar para ambos chicos. Veían al padre como un señor majestuoso y a la madre como una deslumbrante señora. Esos eran sus padres, sin edad, sin necesidad de datos o descripciones, sin importar la historia que traían detrás o que vivirían después. Allí estaban y para los hijos eso era suficiente, una pareja maravillosa.

§

El padre sacudió la cabeza nuevamente, hizo un gesto entre incómodo y condescendiente, y ya no dijo nada. Prefirió quedarse callado. Pensaba más la convivencia, la charla que habían sostenido minutos antes, la idea del aire donde flotaban las letras y las canciones, los silencios y lo que se había dicho sin pronunciar palabra. La madre, como siempre, había logrado crear la atmósfera de expectativa necesaria para situar al padre entre su vanidad y su molestia y además, tener a los chicos atentos. Así fue

como desplegó delicadamente la hoja y con gestos que parecían ensayados, se puso a recitar:

Ríe alegre la niña,

La que cumple los años

Ríe alegre y suspira,

Sin tener desengaños...

El poema era largo, muy largo, diríamos que casi interminable, pero todos lo escucharon callados del principio hasta el final. La mamá no se cansaba de darle entonaciones, detenerse en alguna estrofa, vivirlo intensamente, subrayar una metáfora. Hubiera podido continuar leyendo otros poemas más, todos los que traía en ese atado que era uno de sus tesoros. En cada pausa o acento exagerado, Luis esperaba una interrupción abrupta y anti-poética del padre, pero nada de ello ocurrió. En cambio, cuando el poema terminó, Liliana, que había permanecido atenta todo el tiempo, aplaudió exclamando:

—¡Qué lindos versos, papá!... ¿te diste cuenta de que vos y yo tenemos los mismos gustos?...

Esa inusitada y misteriosa declaración de la hija situó al padre en un nuevo espíritu, abriendo el camino a una sonrisa que le llenó el semblante mientras pasaba la mano por los rubios rulos de su hija. Como por arte de magia en ese instante desapareció toda tensión del ambiente y Luis respiró sorprendido del final feliz.

—A ver, ¿quién me regala una probadita de la torta de manzana?...—preguntó el papá, sabiendo que se había ganado al menos una transgresión a la dieta.

—Julio —de inmediato dijo la madre, envalentonada— ¡no te olvides de los límites que te impone la dieta que te prescribió Usher Faerman, tu médico de cabecera!

§

Esa tarde del viernes 26 de octubre de 1945 después que la madre se dio el gusto de leer el poema que el padre le había escrito para aquel ya legendario primer encuentro, mientras el descansaba en su media siesta en el sillón de su estudio, la madre cumplió con el ritual semanal de pegar recortes en el álbum en turno, en aquellos días en el volumen correspondiente al año 1945. Luis se ocupaba de poner en orden los programas de mano y las fotos de revistas dedicadas a las recientes realizaciones,

mientras Liliana buscaba en la sección espectáculos de los diarios que se concentraban en la mesa del rincón donde trabajaban. Ese año destacaban las notas dedicadas a la película *Rigoberto* y a los programas de Pepe Iglesias *El Zorro* más los anuncios del inminente estreno de *Madame 13*, en el Teatro *Maipo*. La fila de los gruesos álbumes de recortes ya ocupaba un amplio tramo del librero de la sala y seguiría creciendo. Todas las fotos, artículos, caricaturas y noticias, que tuvieran que ver con su padre y su trabajo, iban llenando los gruesos volúmenes que la madre había encuadernado ella misma, porque en ninguna papelería los hubiera encontrado hechos de esa manera ni de ese tamaño.

Los álbumes no eran más que un rito marginal de veneración al padre, comparado con otros más complejos y aparatosos. Por ejemplo, reunirse para escuchar sus programas de radio, asistir a los estudios y auditorios donde se podían presenciar transmisiones radiales, o a las que no aceptaban espectadores y solo algunos privilegiados podían estar, ensayos, filmaciones y más. De todas esas experiencias la que más emocionaba a Luis y su hermana, era ser parte de la comitiva familiar en los estrenos, tanto en el cine como en el teatro. Los emocionaba, como ocurre también con los adultos,

pasar por los rituales propios del ingreso a un gran cine o a un gran teatro: la muchedumbre en los grandes vestibulos, el ambiente festivo, los efectos de las luces, la arquitectura, la ornamentación, los escenarios, la escenografía. La monumental solemnidad de esos recintos le daban un aire de dignidad y grandeza a los espectáculos que se presentaban. Todos tenían una pretensión estética que los hacía respetables, no importa el género, no importa su contenido. A veces esta infraestructura era más importante que la obra que se presentaba, entonces la dignificaba, como lo puede hacer un buen marco a una obra sin pretensiones. Los chicos se habían acostumbrado a ver en escena lo que antes habían escuchado decenas de veces en ensayos o lecturas. Sin saberlo acumulaban un conocimiento accesible para unos pocos. Eso ocurría en el estudio del padre, en el piano de la sala, o en las reuniones en el patio de atrás abiertos al mundo del drama y la comedia, el musical, el monólogo, todo ello formaba parte de su mundo.

Cada semana madre e hijos, los tres juntos, avanzaban en el llenado de los álbumes, rubro por rubro, como si se tratara de una novela por entregas. El álbum jugaba un papel documental, cronológico, como le gustaba decir a la madre, —“cro-no-ló-gi-co”, —recalcaba Luis,

recordando la lección que su maestra le había dado sobre el significado del nombre “Cronos”, el dios del tiempo humano.

—Seguramente que las mariposas miden el tiempo de otra manera, ¿verdad mami? preguntaba Luis sin esperar respuesta.

—Ciertamente Luis, los álbumes de recortes se basan en el tiempo del almanaque. Las mariposas viven el tiempo de otra manera, no cuentan los días, no tienen niñez, por eso no crecen, no tienen oídos, por eso no escuchan, tienen ojos pero no leen, sienten el tiempo en las vibraciones que trae el aire, las perciben con sus antenas...

—Leen de otra forma, confirmaba Luis, convencido.

Los hijos estaban acostumbrados a que la madre dijera cosas extraordinarias, y convirtiera cualquier tarea en un pasatiempo. Con ese ánimo revisaban revistas, diarios y todas las publicaciones que se concentraban en su casa. Buscaban su apellido, y cuando lo encontraban ponían cuidado en registrar la fecha y ordenarla “se-cuen-cial-mente”, silabeaba Luis, imitando a su maestra. De esta manera iban encontrando, seleccionando y ordenando

imágenes y textos en donde el padre aparecía como un personaje audaz, ingenioso, atrevido, cuyas facciones se veían vigorizadas por los gruesos marcos de sus anteojos, que constituía el rasgo más recurrido por los dibujantes que lo caricaturizaban.

La activa dedicación a la figura del padre era un culto que sin embargo, no llegaba a disimular los múltiples y contradictorios sentimientos que la madre había ido adquiriendo hacia él, tampoco los altibajos y fuertes contrastes de sus discusiones. Era evidente en la madre dos actitudes encontradas: por un lado, la permanente admiración al poeta que su esposo era, había sido y, como insistía ella, seguiría siendo; y por el otro, por encima de la inevitable admiración que provocaba su renombre, el constante lamento por el daño que ese giro hacia el mundo del espectáculo, frívolo, trivial y vano, le hacía a su desvanecido prestigio literario.

La madre había advertido desde un principio que en el cambio de rumbo tomado por el padre, se había puesto a prueba la tensión implacable entre dos vocaciones, una de las cuales, decía: "está irremisiblemente abandonada al diablo". Vivía soñando con el retorno de aquel joven idealista que pregonaba sus principios socialistas en Lanús, cuyo talento había sido ya

probado. La queja era siempre la misma, aunque asumía formas distintas: su casi nula producción poética en los últimos años, las tensiones creadas por su actual estilo de vida, sus nuevas amistades sin ideales políticos ni valores cívicos o sociales, el descuido de su salud, la mala administración de sus finanzas, y dicho en voz más baja, con más cuidado, aunque sin mayor discreción, su debilidad por el sexo opuesto y entrando en un territorio inexplicable, no distinto al que provoca una vergonzosa adicción: su obsesiva y creciente inclinación por el juego... Adicción que en esa época no se percibía como tal, ya que fue mucho más tarde, cuando no fue útil para ellos, que la ciencia reconoció lo que llamó "ludopatía", dependencia patológica, no diferente a la de cualquier droga, enfermedad que requería atención médica y tratamiento. Como la vivía, era percibida como una característica común en el estilo de vida propio de la gente de cine, de teatro, por egocéntricos, caprichosos, infantiles.

Sin advertirlo, como parte de otro proceso del que no se hablaba, el padre había ido cayendo en esos vicios que en Buenos Aires formaban parte de la cultura de la frustración que abría el hipódromo y los casinos, como falsa oportunidad a una población desesperanzada. Su padre era un jugador activo en sus múltiples modalidades: carreras de caballos, póker, rule-

ta, quiniela, y un sin fin de etcéteras que incluía juegos inventados o improvisados por él mismo, supersticiones de toda índole y apuestas constantes a lo menos pensado. Como es sabido, siempre o lo que es peor, casi siempre perdía. Como es sabido, su economía estaba destinada a desaparecer en un barril sin fondo. Su trato, sus opciones, sus decisiones estaban constantemente presionadas por la urgencia de las deudas a cubrir.

Los chicos, cada cual a su manera, crecían aceptando al contradictorio padre, cuya capacidad de seducción diluía esos defectos hasta quedar soterrados bajo un halo triunfal de alegría, ya que de todos sus dones, el que más había sobresalido desde siempre y había sido festejado por todos —sus padres, primos, familiares y amigos—era su ilimitada generosidad, su bondad hacia los demás y su ingenioso humor. El padre adicto, empecinado en remar con todas sus fuerzas sin pensar hacia donde, era un hombre que la gente quería mucho y se lo demostraba. Eso parecía eximirlo de toda culpa. Al menos así sentía y pensaba el padre y así lo percibían los que solo lo veían en el escenario y no entre bambalinas.

Después de la succulenta comida y la torta de manzana, y de atender el ritual del álbum, los chicos subieron a su cuarto. La madre se quedó

ordenando la cocina, y el padre en su oficina fumando en el sillón donde solía quedarse dormido. Comenzaba a atardecer cuando sonó el timbre de la calle anunciando la llegada de los colaboradores del padre. Él mismo acudió a la puerta dejando una estela de tabaco y lavanda inglesa a su paso.

A esa hora del atardecer, cuando la luz se desvanecía, Luis comenzaba a inquietarse. Aborrecía y temía el final del día. Observaba con aprehensión el paulatino avance de las sombras. No quería que el día se acabara, ni que la luz del atardecer se apagara. En cada minuto iba aumentando un temor, un inconfesable miedo a la creciente oscuridad, frente a la que sus seres queridos se mostraban indiferentes, ocupados en sus quehaceres, o abatidos por el acumulado cansancio de la jornada. Luis, aunque compartía el cuarto con su hermanita, sentía que a esa hora comenzaba a quedarse solo rodeado de lo inexplicable. Le apesadumbraba que en ese paraíso diurno que la presencia del sol de verano iluminaba, el mismo sol emprendiera la retirada escabulléndose por los caminos de sombras que su luz trazaba sobre los muros. La puerta al jardín, tan clara e inocente durante el día, en la noche se transformaba en una grieta que en su corazón apesadumbrado, representaba el misterio y el peligro, una versión del terror. Recordaba los pasos retumbando

sonoros en la noche, los pasos de alguien que subía la escalera dirigiéndose hacia donde él se encontraba inmobilizado por el terror.

—Pero Luis, esos pasos, ese “tum-tum” que decís oír, no es otra cosa que el latir de tu corazón, son los ecos de tu propia respiración, si esa bomba no funcionara la sangre no circularía por tus venas... le explicaba la madre una y otra vez haciéndole poner el oído sobre su pecho. Pero él no lo entendía así. Cargando con esa pesadumbre, subía hacia su cuarto pisando los mismos escalones de madera oscura que retumbaban a su paso como oscuros latidos de su corazón.

Esa tarde, después de subir los primeros escalones, se sentó en el que dejaba ver, entre los postes del barandal, lo que pasaba detrás de las cortinas de la oficina de su padre. Allí sentado pasaba desapercibido y podía observar una fracción del estudio donde estaban los adultos con sus ocupaciones. Entre que veía y adivinaba lo que allí pasaba, siguiendo el movimiento de las figuras como si se tratara de una película muda. Inesperadamente, oyó una risotada del padre que hizo retumbar la oficina entera.

—Ese ha de haber sido una buena ocurrencia, pensaba Luis conocedor de las reacciones del

padre que jamás reía por reír. Cuando explotaba así, y como una soprano llegaba a ese alto *vibratto* chillante que parecía estremecer las cortinas, no se veía muy diferente a lo que hubiera hecho un desafortunado cantante de ópera. Porque esa era una de las facetas del padre, la de un barítono corpulento, histriónico, ruidoso y rutilante gozoso de caminar sobre el escenario, de llevarse las manos al pecho y lanzar su aria con la mayor fuerza posible.

Pasado ese exabrupto todo siguió ocurriendo como siempre, bajo el repiquetear de la máquina de escribir, tarareos de letras intentando coincidir con las canciones, el humo del cigarrillo que se filtraba hacia el pasillo, y por encima de todo, las furtivas apariciones de la figura de Susana Freire, esa actriz tan joven y tan linda, que formaba parte del elenco en las obras de su padre, y que mostraba hacia Luis una especial consideración. La veía apoyada contra una mesa, con poses propias de una bailarina, flotando sobre unas etéreas zapatillas blancas, ceñida por un vestido que dejaba traslucir su silueta, armonizando con la estatuilla de Safo, que con los brazos en alto, sobre la repisa, parecía convivir con ella.

Luis trataba de conciliar y disimular los sentimientos que todo ello le provocaba: por una parte los temores de la noche llegando, por la

otra, el ambiente jubiloso de la oficina cuyo mundo le estaba vedado. Recurría a la emoción que le provocaba la fiesta de cumpleaños que tendría lugar el domingo, al día siguiente de visitar a los abuelos. Pero nada de eso lo consolaba. Así permaneció con actitud expectante pensando y mirando sin ganas de seguir subiendo las escaleras, como si algo inesperado pudiera suceder si se quedaba allí sentado, hasta que la presencia de su madre subiendo las escaleras lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Luisito, qué estás haciendo aquí sentado en la escalera?— le preguntó tomándolo de la mano, sin advertir su interés en lo que estaba ocurriendo en la oficina del padre, ni sus ganas de estar con ellos, ni sus angustias vespertinas.

—Nada— dijo Luis con miedo a que lo descubriera —subía a pegar mis figuritas en el álbum del fútbol. El Ricardo me dio la de Boyé, me la cambió por una de Loustau, y ahora solamente me faltan Vaca, Sarlanga y Corcuera, pero el Jorge me prometió la de Pescia y yo le voy a dar unas repetidas que tengo de Labruna y Pedernera, dijo hablando con intencional monotonía para que la madre no llegara a darse cuenta de lo que en realidad sentía adentro suyo. Sin ninguna pausa agregó, como para seguir aturdiendo a la madre:

—¿Sabías que De Zorzi es una figurita difícil? ¡nadie la tiene, mami, nadie!— dijo y al darse cuenta que había logrado distraer su atención, que era milagrosamente perceptiva y observadora, sintió que era el momento de mejor callarse.

La madre lo ayudó a incorporarse para subir juntos el último tramo de la escalera. El niño se dejó llevar, mientras pensaba que la madre ignoraba que para él pegar figuritas era una actividad irremediablemente tonta, propia de un nene sin sesos; que él era como su padre, un escritor, un músico, un poeta, capaz de crear números musicales, de inventar un número espectacular exclusivamente para Susana, un número musical que no olvidaría jamás, que le encantaría al maestro Andreani y a todos. Y mientras pensaba o se decía todo eso, volvió a echar una mirada hacia atrás, aunque sabía que era un gesto inútil, que ya la oficina estaba fuera de su campo de visión, allá abajo, y siguió pensando que su lugar era estar allá, en la oficina de su papá, donde los mayores no dejaban de fumar cigarrillos *Chesterfield* y *Lucky Strike*, de los que llegaban de contrabando y quien sabe dónde conseguían.

—Vamos Luis, apuráte, dijo la madre algo impaciente, te espera el cuaderno de los deberes y ya se está haciendo tarde, insistió la madre

con una voz que a Luis no le pareció ni maternal, ni simpática. Pero Luis no quería llegar al último escalón para entrar a su cuarto a quedarse solo, aunque allí estuviera su hermana dibujando minuciosamente una rosa, como generalmente solía hacer. No quería que el final del día, con su noche y sus sombras lo sorprendieran y lo envolvieran en su miedo. Quería formar parte de esos murmullos, de esas voces entonando canciones, de la máquina de escribir incansable que su padre tecleaba como si fuera un piano; quería ver de cerca la figura de Susana, que era tan linda y tan ligera que podía dar piruetas en el aire con solo levantar los brazos.

En cambio, mientras Susana y los adultos se quedaban en la oficina creando las escenas musicales para la próxima obra, él, que era el niño del cumpleaños, el festejado, y sin duda el más importante, al menos por ese día, tenía que quedarse en su cuarto a pegar figuritas en el álbum del fútbol, hacer los deberes de la escuela, leer algún *Billiken* viejo, o escuchar la radio, que tan mal había sustituido en la nueva casa la Vitrola que tanto extrañaba y que se había quedado abandonada para siempre sobre la alfombra roja de su antigua casa de la calle Franklin. Esa casa que habían dejado hacía ya mucho tiempo, y cuyos rasgos iba olvidando poco a poco.

Ya en su cuarto, después de que la madre le diera un beso y una sonrisa de buenas noches, se llevó el cuaderno a su cama, lo abrió y en unos cuantos trazos rápidos dibujó siete teclas. Después escribió sobre ellas los nombres de las notas: do, re, mi, fa, sol, la, si... y se quedó mirándolas como si las pudiese escuchar. En la siguiente página dibujó una mariposa con dos largas antenas desplegando sus alas. Puso cuidado en trazar en las alas figuras geométricas que contenían los mapas de su vuelo. Fue ordenando líneas paralelas, elipses con forma de puertas, líneas semejantes a las que las olas del río dejaban marcadas en la arena, dejando que la mano se moviera como si tuviera voluntad propia, sabiendo que esas marcas trazaban un camino secreto, una ruta de escape, una clave que la ayudaría a salvarse, a irse lejos si fuera necesario, hacia ese sitio que sin que lo supiera a ciencia cierta, lo esperaba al final del misterioso vuelo de la mariposa.



Plaza Falucho

Sentado en el escalón del porche mirando a la calle a través del jardín el chico se sentía seguro y protegido. El pestillo de la puerta del jardín a la calle estaba corrido, aunque sin el candado. Su mirada se había detenido en ese detalle pensando en la noche y la seguridad. Enseguida dirigió su vistazo a algo más amable,

las flores del jardín. El camino que llevaba a la reja era de baldosas rojas cuadrículadas. Para Luis el jardín era un parque y la enredadera de hojas pequeñas y redondas que cubría el muro del vecino, una cortina verde tras la que se escondía un bosque. Eso le gustaba imaginar, creer. Todo lo que veía escondía algo por descubrir. Eso hacía en sus exploraciones en bicicleta: reconocer entradas disimuladas, meterse por pasajes estrechos que lo llevaban a terrenos aparentemente de nadie, predios que no daban a ninguna parte. Su jardín había cambiado con la gardenia que su madre había plantado tiempo atrás y que pronto había crecido hasta convertirse en el centro de atención de toda la fachada. Se preguntaba si los demás podían percibir el perfume de esas flores, que su madre llamaba jazmines, pero que Luis sabía que eran gardenias, sin poderlo explicar. Parecía que el resto de las flores le rendían pleitesía a ese oloroso jazmín central: malvas silvestres, claveles del aire o pequeñas manzanas, todas puestas allí por su madre jardinera, que cada fin de semana lo desherbaba y retocaba como si se tratara de uno de sus dibujos.

El aire tibio y el leve murmullo de la temprana mañana lo invitaba a quedarse allí sentado en sus pantalones cortos mirando sus huesudas rodillas y la fresca herida apenas cicatrizando, que le había dejado una mala caída el domingo anterior cuando iba corriendo a lo de su amigo Pepe Habas. Tampoco esa mañana tenía apuro, nada lo presionaba, podía es-

tar allí sentado indefinidamente. Sabía que en cualquier momento la aparición de su madre y de su hermana marcaría la salida hacia el departamento de los abuelos. Mientras tanto disfrutaba del momento.

Era sábado, y aunque no era una ley judía, cumplían con el ritual de visitar a los abuelos paternos, que eran los únicos que tenían. Luis no olvidaba que al día siguiente, domingo, sería la fiesta de su cumpleaños. Ya estaban invitados los amigos del barrio y los familiares cercanos, los más queridos, como los que vivían en la calle México, y su padrino José, que junto a Rebe, su esposa, solía hacerle los regalos más vistosos y espectaculares. Su madre había vuelto a contratar al fotógrafo que cargaba con su aparatoso equipo. Luis no olvidaba el fogonazo del polvo de magnesio ni las muestras que llevaría días después, para que la madre encargara las copias que remitiría a cada uno de los invitados, —“para que quede siempre en el recuerdo”—, decía mientras escribía las direcciones con su bella letra. La madre actuaba siempre pensando en el futuro, tenía clara conciencia de que lo que hiciéramos hoy, trataríamos de volverlo a vivir algún día, se preparaba para el juicio que el futuro le depararía y lo decía.

Mientras tanto, sentado en el porche, Luis miraba una y otra vez el reloj pulsera que su padrino José le había regalado. Con la mano libre le hacía sombra para poder ver el brillo de las agujas y los puntos fosforescentes de la

carátula que marcaban los números. Miraba el reloj pero no la hora. La hora no le interesaba, no tenía apuro de nada. El reloj era para él una joya, un adorno y una pieza de precisión oculta, digna de un navegante, cuyo mecanismo le fascinaba aunque no se viera. Le daba cuerda y escuchaba concentrado el tic-tac al compás del segundero que no cesaba de girar y girar. —Puede dar todas las vueltas que quiera, se decía, que a mí me da lo mismo—. Para Luis los días y las horas eran infinitos.

Se abrió la puerta y apareció su mamá con la falda marrón y la blusa bordada en punto de cruz con hilos de colores. La que veía como hecha en Rumania. La cartera de cuero hacía juego con el resto del atuendo, en especial los zapatos que tenían una extraña apertura en la punta. Detrás apareció su hermana con un vestido floreado y dos moños amarillos amarrando sus trenzas. Luis se puso de pie sacudiendo sus pantalones cortos que combinados con el saco y la corbata le daban toda la apariencia de un niño formal y correcto. La imagen de conjunto podía servir de ilustración a una página del *Para Ti*, mostrando la muestra de una virtuosa familia suburbana saliendo a pasear al centro. El ritual de ir de visita a los abuelos le producía a Luis una íntima alegría. Era como volver a ver una película que le gustaba. Las emociones se podían ir viviendo de antemano. Las razones de su entusiasmo eran muchas, algunas las tenía claras, como los regalos que recibiría al llegar, y otras no las hubiera podido explicar.

Una vez más, podría tener acceso al universo del ropero de los abuelos, que era como un mundo dentro de otro mundo. Ese ropero guardaba cajas y cajitas, algunas con pomos de porcelana, otras de plata, estantes y perchas y detrás aún se escondían muchas cosas más. El viaje se le hacía largo y la casa de los abuelos lejana. Cuando pensaba en el edificio, visualizaba el gran patio de baldosas blancas, la reja negra, la puerta al *hall* del ascensor y los rayos de sol cruzando el cubo de la escalera con los ornamentos hechos de herrajes y bronce pulidos. Imaginaba a la hija del portero asomada a la ventana, con su mirada clara y su actitud garbosa.

Salir del pueblo hacia el centro era sumarse al torrente de transportes que llenaban las avenidas. A veces iban en tren y Luis disfrutaba de las estaciones, en otras ocasiones iban combinando colectivos que cambiaban de color, tamaño y carrocería, trolebuses y tranvías, unos rápidos y silenciosos, los otros lentos y cautivos de las vías que chirriaban como si estuvieran quejándose interminablemente. Luis prefería el camino largo del tranvía, sus ventanales, sus campanitas, pero como los desviaba mucho no era el que tomaban usualmente, a menos que hicieran un alto para visitar a Cándida, la dentista amiga de la mamá que vivía allá rumbo a Colegiales.

Lo que resultaba obligado era tomar el colectivo 10, que venía desde Munro, la localidad que

apoyaba a Lumiton, la que los había atraído a Florida. —Ahí viene —anunció Luis cuando su mirada aguda y experta distinguió a lo lejos el puntito verde del colectivo —ya cruzó las vías y se acerca—, dijo con tono del que sabe lo que dice. El colectivo 10 era el único que pasaba frente a su casa. Iba y venía como una ráfaga verde, como un péndulo que marcara el tiempo. Cada unidad tenía su propia personalidad. No había dos iguales, aunque llevaran el mismo uniforme. Luis los distinguía sin necesidad de verlos, le bastaba escuchar el ruido del motor y el chillar de la suspensión. Al menos eso decía. Se enorgullecía de la simpatía que algunos choferes le mostraban saludándolo al pasar con un corto *staccato* de la bocina. Ese gesto le producía un escondido orgullo. —¡Chau Omar!— gritaba en respuesta, saludando al conductor por su nombre, meciendo el brazo por un largo rato después que había pasado. Permanecía sonriendo satisfecho de sentirse parte de su barrio.

Subirse al colectivo era como entrar a la casa del chofer. El asiento frente al volante no era distinto al sillón de la sala: un centro de operaciones que tenía algo de trono y a juzgar por las figuras de culto que allí se erigían, también de altar. Lo enmarcaba un elaborado fileteo, es decir, una densa caligrafía de firuletes que daba realce a deidades futbolísticas y religiosas tratadas con fervorosa y barroca minuciosidad. El frente que rodeaba al parabrisas es-

taba plagado de símbolos, adornos y colores. Mientras la madre cumplía con el intrincado trámite de pagar el boleto, el niño paseaba su mirada por el despliegue de decoraciones que lo acosaban: espejos biselados, cortinitas con flecos, luces, muñecos, listones, calaveras, dados, pequeños floreros, el zapatito de un bebé, la cabeza de un payaso. Walt Disney no lo hubiera montado mejor. El colectivo era como un libro de cuentos habitado por personajes fantásticos que conducían el colectivo llevando a la gente de un sitio al otro.

—“Víctor Luis y Liliana Alicia van a visitar a sus abuelitos” — informaba la madre al conductor, como si hubiera estado obligado a tomar nota del destino final de cada pasajero. Pero eso a ella no le importaba. Cuando la madre establecía comunicación no se trataba de andar con monosílabos, ser breves o escuetos, al contrario, vertía una aglomeración de datos con límites imprevisibles. Mencionaba nombres y apellidos como si cumpliera con alguna norma que la obligara a respetar los términos precisos en que aparecían en el acta de nacimiento. Los pronunciaba con el tono de un maestro de ceremonias anunciando la llegada de los invitados de honor a una fiesta de gala. De existir hubiera incluido sus títulos nobiliarios, cuando se podía anteponía su profesión o cargo. El niño observaba con sorpresa la naturalidad con la que el chofer escuchaba y respondía a lo que él veía como un exceso y una invasión a su tiempo y de su privacidad. Al contrario, el chofer no mostraba el menor desconcierto, ni

apuro alguno, escuchaba y contestaba con una cordialidad totalmente natural, como si estuviera sentado en su casa, y los pasajeros fueran sus invitados. —Afortunadamente no se le ocurre estacionar a un lado de la calle y servir un té con leche— pensaba Luis.

—¡Fantástico lo que me cuenta, señora! ¡Qué tengan una muy grata visita con los abuelitos! — escuchaba decir, y no sabía si tenerle misericordia o admiración a ese chofer. Terminaba pareciéndole fabuloso que el chofer siguiera el juego de su madre con tanta propiedad, como si pronunciara los parlamentos de un guion. Lo veía como otra muestra de acción comunitaria, otro rasgo de ser vecino del barrio de Florida. Aunque como generalmente ocurría con los intercambios de su madre, la cosa no terminaba allí.

—Los abuelos de Víctor Luis y de Liliana Alicia, son don Mauricio Porter Boursanovsky y Bertta Lifchitz de Porter, inmigrados de Ucrania— continuaba o recomenzaba la mamá, mientras el chofer proseguía con el complejo ritual de seleccionar el boleto adecuado, cuyo precio y color variaba según la distancia establecida en la gaceta oficial, pegada en sitio visible bajo un papel celofán. Luego de recibir el dinero, el chofer daba el cambio presionando las lengüetas del monedero metálico situado en un lugar clave, cuyas unidades caían una a una sobre su palma respondiendo a la seguidilla de golpes del pulgar que funcionaba como una computadora humana. —El monedero de cuatro tubos es un invento local que requiere de habilidad—

pensaba Luis. En realidad era un artefacto que agregaba a las múltiples exigencias de un oficio, en el que era necesario sincronizar capacidades intelectuales y mecánicas: una mano maniobrando la palanca de cambios, la mente seleccionando el boleto correcto, la otra mano trabajando en el monedero y en el volante, el oído atento a la señal que pedía paradas, demandar o rogar en alta voz que se corrieran hacia atrás, y mientras tanto la madre hablaba y el chofer daba el anuncio de la próxima calle, pasando del monosílabo a la respuesta detallada, todo dicho en tono atento y cordial. Luis observaba estos malabarismos como si estuviera en un circo. El espectáculo le producía una mezcla de admiración, curiosidad, miedo y ansiedad.

Los diálogos de la madre con personajes circunstanciales no estaban reservados exclusivamente a los choferes de la línea 10. Poseía un repertorio de parlamentos que aplicaba espontáneamente a quien le saliera al paso, sin que importara el momento o la situación. Podía ser en una cola frente a la ventanilla del banco, con el mesero de la confitería, en una tienda de ropa, la farmacia, en una sala de espera, con los vendedores de flores, con el señor que caminaba con ayuda de un bastón, un culto vendedor de librería, el almacenero, en suma, en cualquier parte y con personas de cualquier tipo, la madre siempre estaba dispuesta a establecer complejas y hasta profundas conversaciones, en la certeza de que todo personaje

que se le cruzara en el camino tenía algo que decir, y mucho que escuchar. Teóricamente su capacidad de interacción abarcaba a toda la población, como si los que transitaban por la ciudad formaran parte de un inmenso elenco, cada cual jugando su papel sobre el escenario por el que se habían arriesgado a subir, sin saber que en esa acción estaban aceptando ser parte de una obra cuya guionista, escenógrafa y directora era Margarita, su madre.

Una vez atravesado el trámite del chofer y obtenidos los boletos, tuvieron la suerte de encontrar un asiento doble, de esos cuyo tapizado Luis asociaba con el de la butaca de un cine. Allí se acomodaron.

—Luis, guardá los boletos, por si sube un inspector— dijo la madre, repitiendo innecesariamente una instrucción hace tiempo entendida y aceptada.

A Luis le atraían esos papelitos de colores con los bordes dentados cuyos números de cinco cifras eran una lotería que escondía la posibilidad de obtener un capicúa. Le hubiera gustado coleccionarlos, pero como todos los desecharan como inútiles, solo los guardaba durante un tiempo, a veces entre las hojas de un cuaderno Rivadavia, pero tarde o temprano los tiraba al cesto de la basura.

—Algún día te arrepentirás de no haberlos coleccionado— se decía con toda razón.

El tramo que le correspondía al colectivo 10 en el largo camino a casa de sus abuelos era corto. Se bajaban en el Puente Saavedra y allí tomaban el trolebús 302 que iba por Cabildo hasta la Plaza Falucho donde los esperaba el colectivo 12. Una vez acomodados en el 302, los esperaba la larga recta de la avenida Santa Fe y luego Callao, por recorrer. Era entonces cuando comenzaba el juego que la madre había inventado desde tiempos inmemoriales, cuando los chicos viajaban todavía sentados en su regazo. Consistía en observar desde la ventanilla objetos o situaciones con sus personajes, para seleccionar aquello que les gustaría tener en su casa. Elegir y enviar ocurrían al unísono gracias a los poderes a cargo de la madre. Su gesto de prestidigitadora consistía en trazar un semicírculo con su brazo derecho, como si fuera una campesina segando el campo con una hoz, mientras pronunciaba las palabras mágicas: ¡Yuuuum, para casa! Entonces lo seleccionado del paisaje o de lo observado, se trasladaba mágicamente a la casa de Florida donde cabía todo, incluyendo personas, parques, enseres o monumentos. El conjuro materno le puso título al juego que convertía el trayecto en una selección de cosas atractivas, "¡Yuuuum para casa!" ... A Luis no le importaba lo que pudieran pensar los demás pasajeros de lo que decían y hacían. Le duraba muy poco la incomodidad que sentía al pensar de que ya no estaba en edad para seguir repitiendo ese juego de fantasías e irrealidades que convertía al viaje en un interminable y atractivo desfile de cosas a escoger.

Una vez que el trolebús arrancaba con el inaudible susurro de su motor eléctrico, comenzaba la búsqueda. Ponían atención minuciosa a todo lo que se iba mostrando allá afuera, detrás de la ventanilla. Sentados cómodamente en las butacas del vehículo, ahora convertido en platea de un teatro móvil, observaban el repertorio que la calle les ofrecía: veredas, fachadas, balcones, dibujos en las paredes, ornamentos y mobiliario urbano, herrería en los balcones, marcos en las ventanas, flores en las florerías, mercancía en los escaparates, frondosos parques con árboles inmensos, fuentes, senderos rojos de polvo de ladrillo, la gente, los rostros, la ropa de la gente, sus sombreros, sombrillas y bufandas, un niño en uniforme escolar llevando de la mano a su hermanita... un señor con cara de filósofo o historiador, y así se sucedían sujetos y objetos... uno tras otro. Se incluían los gestos teatrales de esa señora discutiendo en la cola de la panadería, la delicada empuñadura de un bastón en el que un abuelo se apoyaba para dar el siguiente paso, la intrincada reja de una entrada, números, letreros. Cosas que a veces aparecían vertiginosamente, y no había tiempo de verlas, otras cuya pausada lentitud permitía concentrarse y llegar a los detalles. Mientras tanto el trolebús continuaba su marcha sin barreras por aquellas avenidas donde todavía no existía ni se pensaba en las luces de colores de un semáforo.

—*Se comunica el cielo con la tierra,*

—*Se comunica el aire con el agua,*

—*Se comunica el viento con las hojas,*

—*Y nuestros ojos se comunican con el alma...*

Canturreaba la madre como repitiendo un ensueño o una oración. Palabras clave, metáforas que instaban a los chicos a poner atención en aquellas cosas cuya presencia les hablaba desde adentro, comunicándoles su armonía por medio de señales o gestos que ellos aprendían a distinguir. Señales que les enseñaban a mirar y a ver, porque formaban parte de las invisibles leyes que hacen que las cosas sean bellas y al serlo, se tuvieran que situar en el buen lugar.

Sin buscarlo ni saberlo, iban educando su mirada en la geometría invisible que los urbanistas y los constructores de la ciudad respetaban cuando creaban determinado objeto con determinada forma: el sinuoso soporte de un balcón, las finas molduras de una cornisa, las balastradas de las azoteas, el mástil donde ondeaba una bandera, las baldosas de las veredas. El juego los unía a su ciudad, por la que transitaban habitándola, como si esa virtual red pesquera que iban llenando de cosas bellas fuera la extensión del jardín de su casa.

De tantas veces que lo habían jugado, Luis podía anticipar apariciones, reconocer belleza en los lugares más inesperados, los más obvios o los más inverosímiles. En complicidad familiar compartían esa rara forma de consumo que les dejaba con la impresión de hacerse inmensamente ricos en cada viaje que hacían. A medida que el trolebús avanzaba, a veces rápi-

do, a veces lento, la ciudad iba mostrándose de una y otra manera como una escenografía donde los transeúntes, ese inmenso elenco con quien la madre interactuaba con tanta vivacidad, alegres o preocupados, atentos o distraídos, cumplían sin errores su papel de diseñadores de escenarios, entre actos que la madre inauguraba y clausuraba las veces que fuera necesario, como quien levanta o baja el telón.

—¿Qué más nos llevamos mamá?

—Sólo lo que se conecte con su corazón, chicos. Sólo aquello que busque nuestra mirada. Sólo aquello que escuche nuestra voz... y ninguna otra cosa— instruía la mamá con voz cálida y parsimoniosa, dando especificaciones precisas que los hijos entendían y seguían al pie de la letra.

—¡Allí están esas rosas enviando su señal desde el puesto de flores...

—Esa maceta en el balcón sabe que la estoy mirando...

—¡Yuum... para casa! decía la mamá, y enseguida Luis, imitándola estiraba su brazo, como si empuñara una imaginaria cimitarra, trazando un movimiento de guerrero, cortando el aire y apoderándose de todo lo que mostrara señales de formar parte de su mundo.

—Un viento verdulero trae manzanas...— dictaba la mamá en un solo verso, los niños entendían el llamado y dirigían la mirada hacia

el puesto de verduras alineadas por formas y colores...

—volemós en las alas abiertas de la panadería— recitaba la mamá, y los chicos entendían perfectamente bien lo que era necesario entender.

—Como si en las alturas se encendiera una lámpara, la mañana se comunica con el día— declaraba la madre con un tono de voz que no era del todo natural. Automáticamente los chicos miraban hacia arriba, buscando el cielo, entre cables y el intrincado follaje de los árboles.

—Entre las ramas y el viento se mueven las hojas...— decía la mamá, y el susurro de la brisa movía las hojas más verdes y distantes...

Los niños aplaudían y reían convencidos de que la avenida por la que transitaban era un camino tejido de adoquines no diferente al lecho largo y blando de un río, o al cauce de un sendero de agua. Guiados por la madre los hermanitos pasaban sin saberlo de lo coloquial a lo filosófico, de lo trivial a lo profundo. Lilitiana, siendo tan niña, sorprendía encontrando lo maravilloso, como una maga que descubre ese raro adorno escondido detrás de una solapa o en el forro de un sombrero. —¿Y cómo hacés?— Le preguntaba su hermano, reconociendo que él tendía a conformarse con lo obvio, mientras que ella anticipaba una mirada sabia que ejercía con total sencillez. Una vez escogido su tesoro para llevar a casa, se quedaba sonriente. La madre y el hermano se daban cuenta que lo que ella escogía era comprensible, se entendía,

no era raro, sino algo inesperado que tenía el valor de la decisión propia. —Me gusta andar en bicicleta, pero sin la bicicleta, decía Liliana, y Luis enseguida pensaba que sin bicicleta él nada más podía caminar, o a veces, correr. —¿Y cómo hacés?— le volvía a preguntar, pero en voz más tenue.

§

Era el momento de bajarse del trolebús. Habían llegado a la pequeña plaza donde estaba la parada del colectivo 12. La estatua del negro Falucho seguía abrazando la bandera igual que cualquiera de las semanas anteriores, repitiendo sin descanso su heroico papel. Esa mañana tan llena de sol lo hacía mejor que nunca, mejor que cualquier actor que hubiera querido tomar su lugar.

A Luisito el 12 le parecía un colectivo elegante. Le gustaba el color rojo apagado que contrastaba con las áreas gris platino. Ahora estaban en el último tramo del viaje. Circularían por Santa Fe hasta doblar por Callao, cruzar la plaza del Congreso y entrar a San Cristóbal, donde las calles y las avenidas cambiaban de nombre como para adaptarse al clima de barrio que tenía ese otro lado, el lado popular, de gente más sencilla y trabajadora, donde iniciaba la avenida Entre Ríos.

§

Cansados del ¡¡Yuum para casa!!, ahora se dedicaron a otro de sus juegos predilectos: ir reconociendo los lugares familiares que habían

visitado alguna vez o más de una vez. En la avenida Callao estaba El Tropezón, restorán de pucheros donde el padre los llevaba a menudo; la majestuosa plaza Rodríguez Peña, frente al edificio donde vivía su padrino José, el de los regalos inolvidables. Más tarde la lujosa y colorida confitería del Molino en cuyas vidrieras se reflejaba una parte del edificio del Congreso, con su estilo grecorromano. Luis miraba con desconfianza e incomprensión ese edificio que parecía siempre cerrado. Ignoraba que esa obra se había iniciado cincuenta años atrás, antes que sus abuelos llegaran de Ucrania, o los otros abuelos de Rumania, e ignoraba asimismo que después de tantos años, al pasar frente a su imponente fachada, el edificio se estaba dando por terminado.

El colectivo prosiguió no sin que antes Luis hiciera un esfuerzo por ver la plaza entera, aunque en su mirada quedó tan solo impresa la flamante fachada del cine Gaumont. Ya estaban en Entre Ríos. Solo faltaban nueve cuerdas para llegar a la calle Carlos Calvo, donde tenían que bajar. Cada una de esas nueve cuerdas tenía también un lugar conocido: el bar Ebro, el restorán La Cabaña, La Vascongada, el mercado de San Cristóbal ya casi concluido, y por fin la casa de deportes Testai. Al siguiente segundo vieron la reja negra y el patio de baldosas blancas del edificio de los abuelos. El 12 se detuvo y esperó paciente hasta que descendieron los tres. Luis, como era su costumbre, puso atención en la vidriera de la rotisería donde hileras de pollos giraban en una

novedosa máquina que contenía un fogón al centro. El conductor del tranvía que se había detenido poco antes en la parada les hizo una señal para que cruzaran seguros.

—¡No vas a comparar un tranvía con una locomotora!— le dijo Luis a su mamá mientras pasaban cerca de las ruedas de hierro del tranvía amarillo. La mamá lo miró:

—Claro que no. La locomotora es una enorme máquina que asusta con los chorros de vapor y el fuerte ruido de los pistones: “chucu, chucu, chucu, chu, chucu, chucu”— dijo, imitando el andar de las enormes ruedas de hierro. Luego agregó:

—la locomotora resopla como un toro: sssh-hhhhhhh! ssshhhhhhhhh!”, y lanza su silbato cuando va a arrancar: piuhhhhhhh piuhhhhhhh— La locomotora es la que nos lleva lejos, tan lejos como las vías quieran, agregó la madre, echando una carcajada que Luis no esperaba. La locomotora depende de los durmientes Luisito, ¿y sabes por qué se llaman durmientes? porque sueñan, y son sus sueños los que alimentan el rumbo del tren. La larga estela que deja a su paso no es otra cosa que esos sueños hechos humo.

Luis la miró de reojo con una sonrisa algo forzada, hasta creyó notar que el guarda del tranvía lo contactaba visualmente en un gesto de complicidad crítica mientras hacía sonar su campanilla. Su mamá era definitivamente un caso, una actriz o mejor dicho, una comedi-

ante... pensó, pero no dijo nada, aunque sobre su condición de poeta, de eso no le cabía duda.



Entre Ríos 962 - 5K

Ya estaban frente al portón que Manolo, el portero, dejaba abierto desde muy temprano. Pasaron por el gran patio de baldosas blancas a la puerta marcada con el número 962, donde esperaba el ascensor. Una vez cerrada la puerta acordeón con su tejido metálico que dejaba ver desde su interior la trayectoria a través de los pisos subiendo como una canasta móvil, Luis se apresuró a apretar el botón número 5. El golpe del motor con su inquietante sacudón marcó el inicio del lento ascenso. Luis observaba los entrepisos que separaban un piso del otro, como si se tratara de un secreto del edificio que el ascensor mostraba sin recato. Pero más que los secretos constructivos, a Luis le gustaba el interior del ascensor: los tableros de metal entre los que destacaba el tablero vertical de mando, las áreas pulidas por las huellas de tantas manos, la caricia de tantos dedos. Se habían dorado, y contrastaban con el verde oscuro del bronce que la pátina del tiempo había cubierto. Era imposible reconocer cuáles habían sido los tonos originales de esa vieja jaula que ascendía lentamente por el cubo central de la escalera.

La madre se arreglaba el pelo y el maquillaje haciendo gestos frente a uno de los espejos angostos ochavados en cada esquina. La hermanita iba callada, expectante ante la inminente llegada. Cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso, corrieron las puertas plegadizas justo en el instante en que la abuela abría la puerta del departamento asomando su repostera figura, no muy diferente a la de una muñeca rusa. Con su cabello oscuro y abundante, donde las canas ondulaban sujetas con varias peinetas aunque de todas maneras desbordado, Luis la observó como quien mira a una de esas actrices italianas de carácter, Alida Valli o Ana Magnani, que solía ver en las películas del cine Mascota, adonde lo llevaba Maica, que se consideraba hija del imperio greco romano.

—¡Ya llegaron Marga y los chicos!— anunció la abuela con voz estentórea, como si hablara desde un gigantesco y desproporcionado *hall* de una gran mansión. La abuela no era ni vieja ni gorda, como generalmente imaginamos a las abuelas. Era bajita, eso sí, sólida y juvenil, siempre en movimiento, caminando presurosa de un lado al otro y aunque le fallaran un poco las rodillas, como solía decir, no se detenía hasta que caía sentada justo después de poner en acción el samovar e iniciar el ritual del té con limón y desgajar manzanas.

—¡Ay! Luisito, ¡estas rodillas se resisten a sostenerme!— se quejaba con tono teatral la abuela.

Luis no concebía rodillas que no hicieran su trabajo. La abuela era, había sido y seguiría siendo hasta los 98 años a los que llegó, una *abuela*.

Esa mañana se la veía menos agitada que otras veces, disponiendo las tazas alrededor de la azucarera de aluminio color bronce, un artefacto novedoso y algo insólito que nadie imaginaba de donde había salido. Se la veía en gozosa plenitud viendo a sus únicos nietos allí sentados en la sala, frente al piano negro. Muy pronto se formó ese ambiente de reunión familiar en el que las risas de los chicos se veían interrumpidas por silencios que a veces se extendían más de lo esperado. En alguno de esos silencios la abuela se acercaba con suavidad, con la excusa de ofrecer unos pastelitos, y entonces, los tomaba de la mano de una manera tan especial, tan emocionante, que parecía que en ese contacto estuviera entregando el alma. Y así, casi balbuceando les decía: —Chicos... ¿ustedes saben?... — y allí se detenía, se quedaba callada, dejando la pregunta en el aire, como si sobre ese silencio naciera otro silencio más. Se acercaba un poco más y volvía a decir... — chicos, ¿ustedes saben?... — y ante ese llamado de atención los chicos le hacían caso, porque entendían que eso era lo que estaba pidiendo. Entonces la abuela volvía a sí misma, cambiaba de tono como si después de haber pedido auxilio, encontrara refugio en nuestras miradas... y continuaba:

—Chicos, a veces, me nacen palabras, palabras sueltas que me suenan tan lindas. No sé de

dónde vienen. Es un misterio indescifrable, como todo nacimiento. Son palabras en ruso, o a veces en idish, en el mismo tono en que hablábamos en casa con mis hermanas, mis hermanos, con mis padres. Por eso me doy cuenta que son palabras que me traje de mi casa, que se quedaron adentro mío, aquí— decía apuntando al pecho, pero sin dejar de mirar hacia lo lejos, como si esas palabras las estuviera leyendo en el aire. —Es como si las viera pasar. No importa de dónde vengan, las escucho con atención, sin asombro y entonces me digo: —voy a apuntarlas en el cuaderno que abuelo me regaló para mis lecciones de castellano, y mientras las voy deletreando, algunas se me vuelan, se esfuman como golondrinas, y otras logro dejarlas allí escritas en el papel. Es como si aprendiera a hablar de nuevo el lenguaje que era mío, que era el nuestro.

Luis y Liliana se miraban sin saber que decir, sin poder entender que era eso de las palabras, y entonces miraban los ojos de la abuela, fijos en la ventana, atravesando las copas de los árboles a lo largo de Entre Ríos y podían ver en el brillo de sus ojos las nubes que pasaban, paisajes en los que se inclinaban los álamos y los abedules. Entonces, los tres cogidos de las manos cuando nadie lo esperaba, la abuela comenzaba a recitar como en un canto, en ruso o en idish, palabras que los chicos, que no hablaban ese idioma, entendían:

Solo es mío el pueblo que está en mi alma,
sus calles me pertenecen
camino por ellas, como por mi casa.

El viento sopla y hace que los álamos se inclinen.

Llevo al perro sujeto a una correa.

Hago sonar el aire en mi flauta de caña,
el perro le ladra a las flores.

El día se ha consumido. Sus horas cayeron
como pétalos sobre mis sandalias y las cubrieron.

Un flujo de imágenes recorría la mente de Luis escuchando la voz de su abuelita recitando, cantando su canción.

—Suena como el oleaje del río Dniéper golpeando suavemente contra la orilla — dijo la madre que se había acercado en silencio para escuchar a la abuela. Luis notaba como en ese instante la madre veneraba a esa abuela cuya nostalgia no era diferente al de su propia madre al evocar la región de Timisoara de la que provenía.

—¿Por qué en ese instante no le pregunté como era su casa, como era el bosque por donde paseaba, cuál era el nombre de ese perro que le ladraba a las flores, cuál el de su padre? ¿Por qué no le pedí que me contara qué se llevó y qué dejó en su habitación cuando se fue de su casa para siempre? ¿y su mamá, que ya no vivía, cómo se llamaba? ¿y sus hermanos

dónde se quedaron, qué ocurrió con todas las cosas de aquel almacén donde vendían pan negro, servían bebidas y la tía Luisa cantaba entre las mesas donde humeaban las tazas de té?

Ninguna de estas preguntas pasaba por el pensamiento de Luis cuando la escuchaba recitar esos versos en los raros momentos en que ya quieta, los tomaba de las manos, como queriéndoselos meter en su corazón. Las preguntas llegarían años después, con una mezcla de urgencia y de ahogo, con la claustrofobia provocada por la imposibilidad de resignarse a la cruel realidad de que ya no había nadie que pudiera contestarlas. La abuela había estado siempre allí y allí siguió, fueron los chicos los que estaban de paso y no lo sabían. Mucho tiempo después, observando con cuidado fotos viejas rescatadas de cajas y álbumes volvieron a sentir el aire de su pelo ondulado bajando en remolino por su larga trenza, mientras atravesaba el campo tocando su flauta de caña como si con su soplido moviera el aire que pasaba entre las ramas de los árboles.

§

El abuelo Mauricio se vestía con pantalones de lino claros y una camisa fresca y ligera, hiciera calor o no. Nunca olvidaba su saco, aunque no le daba la importancia que para otros tenía. La corbata la llevaba suelta, sin ajustar o en uno de los bolsillos del saco, como para cumplir con un protocolo en el que no creía. Elocuente, aunque corto de palabras, sus intervenciones

eran breves con algún dejo de ironía o de humor no premeditado. Era reservado, más su silencio inspiraba confianza. Cuando estaba entre nosotros su presencia no intimidaba, al contrario, lo acompañaba un aire liviano, como si acabara de llegar del campo con un ramo de espigas en el ojal. La abuela, es decir, su esposa, lo trataba con suma consideración y respeto, sin poder ocultar a veces con un leve vaivén de cabeza su desacuerdo sobre algo, sin que llegara a ser un comentario crítico. Los dos formaban una unidad, aunque separados por una distancia prudencial. No era una distancia hostil, o de indiferencia, sino precavida, consecuencia de haber cumplido con su destino de inmigrantes conviviendo desde su temprana juventud en la misma casona, siempre bajo la mirada de familiares. Cuando el abuelo salió de su cuarto, Luis se le acercó alegre, mientras la abuela llegaba ofreciéndole un mate que el abuelo aceptó sin hacer un gesto ni decir nada. Luis sabía que esa tarde, después de comer, irían juntos a la imprenta, se lo había dicho por teléfono con cierto tono solemne, por el que Luis pudo percibir que no se trataba de una visita de rutina.

—Un paseo entre hombres— pensó Luis — el abuelo junto al nieto mayor. Así se sentía cuando estaban cerca, se parecían mucho en los rasgos de la cara, formaban un buen dúo de colegas. —Somos una combinación, pensaba Luis.

La reunión era bulliciosa, Luis le echaba la culpa a la comida que transmitía alegría. Una

fuelle estaba llena de bolas de *gefilte fish*, esa laboriosa especialidad que la abuela sabía preparar sin que se le desmoronara. Luego, la clásica berenjena picada con cebolla y el hígado hecho pasta que siempre jugaba un papel central. Es y era imposible nombrar todo lo que se servía. El tránsito de la cocina al comedor se parecía a esas rutas comerciales que unían a oriente con occidente. Cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa ovalada y colocada en diagonal para aprovechar mejor su contorno, era difícil entender cómo es que cabían: sus tíos, los abuelos, sus padres, su hermana y él, más alguna presencia inesperada, un primo o una prima, juntos conformaban el núcleo familiar íntimo, sólido y compacto que parecía irrompible e inamovible. Nadie podía presagiar que algunos de ellos se irían tan lejos y tan definitivamente, como la habían hecho los abuelos cuatro décadas atrás.

Cuando Luis estaba cerca de su abuelo, lo miraba y pensaba: —¿son así los rusos? La idea que tenía de Rusia provenía de la literatura, de mapas, de ilustraciones, del cine, y era diferente. —Mi abuelo hace libros— seguía pensando —¿qué seré yo cuando sea grande?— Se imaginaba corrigiendo galeras, junto a su hermanita, o tecleando como hacen los linotipistas como su abuelo.

—Abuelo, ¿quién te enseñó a ser linotipista?— preguntó Luis sin detener su cadena de pensamientos y sin importarle de qué estaban hablando los demás. Su pregunta abrió un es-

pacio nuevo en la mesa. El abuelo miró a su nieto y enseguida le respondió:

—Mirá Luis... esa es una larga historia; comencé a trabajar en la imprenta de unos vecinos en el granero de su granja, allá en mi ciudad en Rusia. De mi casa caminaba hasta las afueras de la ciudad, Ekaterinoslav. Cruzaba las trancas y entre parvas de heno y mugidos de vaca, comencé barriendo y limpiando las máquinas, y poco después quedé como aprendiz. Tenía menos de quince años.

La mesa entera detuvo su charla y puso atención a las inesperadas declaraciones del abuelo. Luis hizo un esfuerzo para imaginarse al abuelo, y a sí mismo, con quince años de edad. La tía Elsa como comentario al margen dijo: —Es notable como se parecen papá y Luisito, son una réplica el uno del otro.

Luis se sintió primera figura, algo que le gustaba mucho, y buscó los ojos de su padre para ver si estaba de acuerdo.

—Lo que más me gustaba de aquella imprenta— continuó el abuelo para sorpresa de todos que no esperaban que continuara con su historia —lo que más me gustaba era que me hacía pensar en lo maravilloso del ingenio humano. Era un trabajo manual, uniendo tipos, espacios, interlíneas, filetes, orlas, viñetas, hasta armar los moldes que se colocarían en la "rama" que se iba a usar. La impresión en las máquinas tipográficas era y sigue siendo un trabajo muy delicado.

No era que el abuelo no fuera conversador, lo que ocurría es que era discreto, sencillo y hasta podríamos decir, humilde. Mantenía un diálogo vivo con las cosas. Sabía lo que significaba hacer un libro, encuadernar ejemplares, colorear las capitulares. Luis intuía que había una pasión en su abuelo impresor y era su sentido práctico.

—Mi abuelo no es un contemplador, no es un teórico —se decía— es un hacedor de los que les gusta meter las manos en la masa. Como si hubiera estado escuchando el pensamiento del niño, el abuelo prosiguió, sin notar que la abuela se había llevado la botella de vino a la cocina, sospechando que esa podía ser la causa de que se le hubiera soltado la lengua...

—Todo está en todo, dijo el abuelo, con certeza, con énfasis. Todo va junto: mente, manos, gustos. Trabajando sobre la caja alta, la caja baja, las decenas de cajetines con sus letras, números, espacios, signos, formando moldes, que luego la tinta estamparía en el papel, así aprendí mi oficio. Por eso cuando llegamos a este país la idea era establecer una imprenta, pero para eso había que hacer plata porque no me iban a querer por mi genio o por mi figura. Llegamos y sabíamos que era urgente hacer algo, pero primero había que aprender el castellano.

—¿Y cómo aprendiste el castellano? ¿Fuiste al colegio?, —preguntó Luis sin temor a interrumpirlo. Ante esa pregunta la abuela Berta dejó de servir y levantó la cabeza, poniendo toda su atención en la charla del nieto con el abuelo.

—Aprendí escuchando, memorizando y cantando canciones, ¡ah!... y también leyendo el diario todas las mañanas— respondió el abuelo.

—¿Y en el diario... qué leías...?— continuó Luis.

—Leíamos a un paisano ucraniano que llegó a Argentina mucho antes que nosotros, Alberto Gerchunoff. Todavía escribe en La Nación, de él es el famoso libro *Los gauchos judíos*, ya ha de tener un poco más de 60 años... él nos animó a renovar nuestra identidad, a injertarnos en el nuevo árbol donde nos habíamos cobijado, a no quedarnos en el pasado ruso y transformarnos en argentinos, convertirnos en criollos, en gauchos y eso hicimos.

Gracias a esa explicación Luis comprendió porque no veía a su abuelo como un ruso, sino como un gaucho, también por qué los abuelos no se habían preocupado por enseñarles a hablar ruso o idish. Ahora entendía su interés en adaptarse, en pertenecer a su entorno, y como con el tiempo había incorporado a su personalidad ese aire de campo que a Luis tanto le gustaba. Hasta hablaba como un criollo campesino. —A la imprenta venían amigos payadores, traían sus guitarras, cantaban e improvisaban coplas, siguió hablando el abuelo. La imprenta publicaba sus hojas de música. La música popular apenas comenzaba a comercializarse, muchos tangos habían sido pensados primero como canciones camperas, después se dedicaron al habitante de la gran ciudad.

En ese instante Julio, que había advertido contaba con muy poco tiempo, dejó de masticar por un instante y agregó:

—Solían ir a la imprenta dos payadores, Betinotti y Juan Bautista Fulginiti... Bettinoti el que escribió "Pobre mi madre querida" ... también se acercaba Juan Pedro López, el payador uruguayo...— Iba a continuar pero Elsa lo interrumpió

—Julio, ¿pero vos los conociste?, creo que ya eran muy mayores...

—Efectivamente, retomó la palabra el abuelo, yo nací en 1890, Betinotti me llevaba más de diez años, y Fulginiti era como cinco años más chico que yo. El uruguayo era unos cinco años mayor que yo. Julio ya andaba por allí, los escuchó cantar, porque llegaban y se sentaban guitarra en mano a improvisar versos. Jorge, el más joven, agregó:

—Me cuentan que esos antiguos payadores, quizás los últimos realmente auténticos, atraían la atención de Héctor Pedro Blomberg, que daba clase de inglés en el entrepiso de la librería, y bajaba a escucharlos. Esto me lo contó Israel.

—Algo de cierto hay en eso, interrumpió el abuelo. Pero cabe aclarar que en el entrepiso, José Salas Subirat, el que tradujo el Ulises sabiendo un inglés elemental, era jefe de taquigrafía en la Compañía de Seguros "La Continental" y me pidió permiso para poner en los altos, una Academia de estenografía e idiomas,

y allí uno de los profesores era el poeta Héctor Pedro Blomberg.

Julio sintonizó con su memoria, y agregó —yo también di clases de taquigrafía allí. Recuerdo haber visto pasar a menudo a un visitante asiduo, Enrique Banchs—.

—¡Ah! si, Banchs gran poeta, el no venía a la imprenta, no le importaba publicar, no buscaba la fama, creía en una poesía que todos entendieran, “la poesía es melodía interior” me dijo alguna vez. Estaba enamorado de la hija de un vecino, que tenía un almacén y despacho de bebidas en la esquina con Garay, Luis Malinverno, padre del pintor paisajista Atilio. Su hermana terminó casándose con Banchs. Por eso iba a menudo, vestido de negro.

Desde atrás la madre tarareó los primeros compases de “La Pulpera de Santa Lucía”. Al escucharla, la abuela se activó enseguida diciendo:

—Entonces hay que mencionar a mis poetas preferidos: Juan Sebastián Tallón, Nalé Roxlo, y hasta recuerdo a un mejicano, Enrique González Martínez entre tantos otros. Margarita abandonando su tarareo para agregar su granito de arena, dijo:

—Fueron esos poetas los que nos llevaron por el camino de la poesía. Por ellos hoy sabemos cómo se fueron formando las jerarquías intelectuales en Buenos Aires, en Uruguay... y por ellos hoy ocupamos un lugar en la llamada generación del 40. Luis se dio cuenta que su charla con el abuelo había desencadenado

recuerdos y opiniones, y como no sabía que comentar, simplemente paseaba su mirada por las caras de los que se habían envuelto en la charla, sonriéndoles.

—Aprendimos muy pronto el castellano— continuó hablando el abuelo —pero pasó algo raro, a medida que agregábamos más palabras a nuestro vocabulario, a medida que más a fondo conocíamos sus reglas y sus secretos... y aunque eran letras que imprimíamos y leíamos, no por eso hablábamos más. Al contrario, hablábamos poco, yo diría demasiado poco. Ni Jacobo ni yo nos hicimos buenos oradores, algo tan importante para tener éxito en los negocios... fuimos y creo que seguimos siendo, en ese sentido, demasiado parcos, demasiado cerrados. Pero eso sí, no nos refugiamos en nuestra lengua materna, ni tampoco nos quedamos totalmente mudos... pero por eso no nos preocupamos por enseñarles a ustedes el ruso, o el idish, porque eso nos hubiera obligado a mantenernos aislados, sin integrarnos, que era lo que queríamos. Posiblemente haya sido un error, lo reconozco, pero no queríamos permanecer distintos, preferíamos que todos habláramos como los demás, no me refiero al mal castellano de las orillas de la ciudad, sino el que hablan los buenos criollos del campo. Hizo una breve pausa, y arremetió de pronto contra la abuela diciendo:

—No pasó lo mismo con la abuela, que habla hasta por los codos con ese acento que no se le ha quitado, ¡escúchenla!... llegó de Rusia antes

que yo y parece que hubiera bajado ayer del barco...

La abuela meneó la cabeza, mientras Liliana decía: — pero si abuela habla español como si fuera una verdadera italiana, ¡lo hace perfecto!

La abuela prefirió quedarse en segundo plano y no agregó más nada.

Elsa, con su tono de maestra prolija y acomodada, tomó la palabra diciendo:

—Papá, en su afán de conocer el castellano a fondo, no solo leía y escuchaba, también escribía. Lo hacía en cuadernos utilizando la más cuidadosa caligrafía, en cuadernos que por allí están guardados. Luis pensó en ese ropero infinito, que guardaba esos tesoros. Elsa prosiguió: —textos que no eran para publicar, recopilaciones de su poesía preferida que convertía en antologías personales, escritos sin pretensión alguna, pero impecables en sus rasgos, yo las considero obras de arte.

—¿Sería por eso por lo que el padre tenía la mano tan suelta y precisa con la lapicera? se preguntó Luis. La misma pregunta se hizo muchos años después, cuando ninguno de los allí presentes existía y en su cabeza volvieron a dibujarse, como en aquella lejana tarde de sábado, la *J* de Julio y la *M* de Margarita. Aparecieron en su mente como dos trazos ondulados, como los que deja en el aire el vuelo de una mariposa, haciendo piruetas en ese comedor en el que flotaba el humo del cigarrillo en

espirales que rodeaban y envolvían cada una de las letras allí pronunciadas.



Estados Unidos 1864

Después de la comida, el abuelo hizo una breve visita a su habitación por una corbata que puso en uno de los bolsillos de su saco, para luego emprender la salida hacia la imprenta. Una señal suya bastó para que Luis dejara su lugar en la mesa y lo siguiera. Pronto estuvieron caminando por Entre Ríos hasta la esquina de Testai, cruzaron la avenida y continuaron por *Estados Unidos*, camino hacia la imprenta.

Como siguiendo un diálogo ya iniciado que traía consigo mismo, el abuelo dijo:

—La imprenta es una empresa familiar; está pensada para que todos los miembros de la familia tengan una fuente permanente de trabajo, incluyéndote a vos, por supuesto— expresó dirigiendo la mirada al nieto que llevaba de la mano.

A Luis le gustaba su amistad con el abuelo. Lo animaba a imaginar un futuro en donde le tocaría formar parte importante de la industria gráfica. Se veía dirigiendo una colección literaria, tal como había hecho su madre

en su juventud, defendiendo intereses en el sindicato, como le había tocado a su padre, o revisando galeras, siguiendo el ejemplo de sus tíos Elsa y Jorge. También se imaginaba intercalando hojas, como hacía Rosita Tiempo, la hermana de César Tiempo, o estar encargado del taller, que era el oficio del tío Elías, el hijo de Félix Porter y la tía Luisa Lifchitz. También le agradaba la idea de visitar a los proveedores y clientes, como hacía el tío David, hermano de Elías... y así seguía dejando pasar por su mente lo que conocía de los quehaceres de la imprenta, incluyendo el oficio de encuadernar, de coser pliegos, tarea de la que se ocupaba Rosenda, la que llegó para barrer y pasar el trapo y en sus horas libres aprendió el oficio hasta llegar a ser la encuadernadora oficial, tratada como una más de la familia.

No tardaron nada en llegar al portón de la imprenta. —¡Qué cerca queda la imprenta, abuelo!— dijo Luis, por decir algo.

—Por eso nos vinimos a vivir a Entre Ríos 962— respondió el abuelo, para estar cerca. Antes la casa y la imprenta eran una misma cosa. Ocupábamos una casona unas cuantas cuadras más arriba, en Entre Ríos 1585, casi llegando a Garay y antes de eso, vivíamos en la calle Gallo. Luis escuchaba esos domicilios como si el abuelo le estuviera diciendo, “antes vivíamos río arriba, en otro lugar del bosque”, porque lo cierto es que como buenos suburbanos, tanto Luis como Liliana tenían poco claro el mapa de la ciudad, no lo conocían y por tanto no lo

entendían. Lo mismo les ocurría con el mapa familiar. Cuando intentaban ubicar los nombres de sus familiares, figurarse quién era hijo de quién, quién era hermano de cual, cuál sería la mamá y cuál la tía o a quién le pertenecía el recién nacido y por qué otros vivían solos o aislados en casas mono-familiares, como ellos, mientras otros vivían en comunidad, no encontraban las respuestas adecuadas y se quedaban detenidos ante mil dudas que se les enredaba formando una galleta como las del hilo de un barrilete.

§

Al llegar frente a la imprenta el abuelo le soltó la mano y metió la llave en la cerradura de la puerta de hierro. La abrió de un empujón y entraron. La antesala se veía desnuda sin la recepcionista. Pasaron a la Dirección, una oficina amplia de techo alto con un ventanal enrejado, que daba a la calle. El escritorio del abuelo y dos mesas de trabajo ocupaban una buena porción del lugar. El mobiliario era sencillo y austero, sin dejar de ser sólido y elegante, se veía como en una película en blanco y negro. A la luz del gran ventanal los sillones de la sala, forrados de cuero oscuro, formaban una especie de isla. Las vitrinas llenas de libros y revistas se distribuían en los huecos poniendo color desde sus cantos y carátulas.

Ya sentados en los enormes sillones de la oficina el abuelo retomó el hilo de su mensaje: —Hoy ves esta imprenta ya consolidada, pero debieras haber estado durante los primeros

pasos en la calle Gallo. Allí me casé. Allí nació Julio, tu papá. Hizo una pausa, y volvió su mirada hacia Luis: —Vivimos más de tres décadas en Gallo. Mas tarde nos mudamos a Entre Ríos 1585. Mi hermano Jacobo, que junto con Ernesto fueron los primeros en llegar a Buenos Aires, pusieron un local donde se vendían libros, billetes de lotería, y hasta cigarrillos... lo llamaron "El Invencible". Allí vivíamos alrededor y bajo la supervisión de mi mamá, que como tu abuela se llamaba Berta. Era la que llevaba el mando de todo, apoyada en mi hermano Félix, que con Abraham, eran los mayores. Félix era una especie de primer ministro, administraba y tomaba las decisiones. Tenía buena cabeza. Eligió como oficio la pintura. En eso se inspiró en el hermano mayor de tu abuela Berta, que era un artista dedicado a la pintura mural con pinceles. Félix en cambio se dedicó a la pintura de muros con brocha gorda— Dijo eso y sonrió de su ironía.

Enseguida prosiguió diciendo: —Pero ambos eran artistas a su manera. Salomón, se quedó en Kremenchuk, recibió premios por su trabajo artístico y se hizo notable. Félix también fue muy respetado por su corazón generoso.

Yo fui el último en llegar a Buenos Aires, con mi hermano Aarón. Aprendí nuestro idioma y logré entrar a trabajar como tipógrafo en la vieja imprenta de José Tragant, le decían *vieja* aunque había sido fundada pocos años atrás, en 1903, cuando yo entré tenía más de cien empleados. Esa experiencia y lo que allí aprendí nos llevó a instalar un taller de imprenta en

el sótano de la librería. Corría el año de 1912. Al principio nos dedicamos a trabajos comerciales, recuerdo que imprimimos la invitación para la boda del maestro de 6º grado de tu padre... menús, trípticos, programas de cine y teatro, talonarios, material de oficina, después imprimimos un periódico político, más tarde revistas. Eso nos acercó a militantes, escritores y poetas jóvenes. Pronto el sótano nos quedó chico, liquidamos la librería, compramos una Minerva, y subimos a la planta baja. Progresamos y compramos otra máquina, una Marinoni. ¡Ahora sí que hacíamos mucho ruido! Como si cayera una tormenta y se escuchara la lluvia estrellarse contra el empedrado. Ese ruido siempre fue música para mí, como si un arroyo pasara por la casa. La vecina que era profesora de piano no lo escuchaba igual. Tuvimos muchas discusiones con ella, hasta que decidió irse. Así se fundó la imprenta que bautizamos con el nombre de "Talleres Gráficos Porter Hermanos". De ese nombre lo que siempre me gustó más fue la palabra *hermanos*.

Ese sábado flotaba un aire tranquilo y silencioso con motivo del asueto declarado a último momento. En el escritorio reposaba un paquete de libros recién salidos de las prensas, aún sin abrir. Luis se sentó en el gran sillón, y sintió como se fue hundiendo lentamente en el gran cojín forrado de cuero de vaca. —Abuelo—, dijo en un impulso que a él mismo lo tomó por sorpresa —¿cuántos hermanos son ustedes? Los veo en las fiestas pero me confundo, aunque sé muy bien quién es el tío Abraham, que es el

que mejor baila la tijera. Pero no sé el orden, ni estoy seguro de todos los nombres, ¿me lo podés contar?

—Claro, claro Luis, dijo con entusiasmo el abuelo, los Porter somos siete hermanos: seis varones y una mujer. Abraham el que baila la tijera en las bodas, es el mayor, ya cumplió 67 años, nació en 1878. Le sigue Zeilik, es decir, Félix, que falleció unas semanas antes que vos nacieras, en 1938, el esposo de Luisa. Luego viene tía Refke, la única mujer, que tiene 63 años; Ernesto, el tío Ezrik, que es el padre de José, tu padrino que tanto querés... Luis abrió los ojos, mientras en su mente iba acomodando la lista de esos importantes personajes. Le sigue Jacobo, que tiene 59 años, después yo que en febrero cumplí 55, y por último el más chico, tu tío Aarón, el dentista, que tiene 53. Es el único que terminó estudios en la universidad. Los demás aprendimos diferentes oficios. Yo desde chico en Rusia, trabajé en una imprenta. Todos nacimos en Ekaterinoslav. Mi papá, fue el Reb Isroel Porter, era maestro, murió antes de que viajáramos a Argentina, eso hizo que mi mamá, Berta Boursanovsky, con el temor que enviaran a más hijos a la guerra, decidiera que nos fuéramos de Rusia a un lugar seguro. Los primeros en irse fueron Jacobo y Ernesto, en 1905, hace ya 50 años. Después mi mamá, con su hija Refke, y su esposo Gregorio Zeitlin, con un bebé de brazos, el único de los primos nacido en Rusia, Israel. Vinieron en el Cap Roca de Hamburgo a Buenos Aires. Llegaron el 12 de diciembre de 1905. Yo fui el último en llegar en

1910 junto con Aarón. Zarpamos de Odesa, no de Hamburgo como los demás.

—Luisito, dijo el abuelo cambiando de tono, te voy a dar una tarea para hacer... ¿podrías poner en orden cronológico las revistas que están en ese librero? Agregó señalando una de las vitrinas.

—Claro abuelo— respondió el nieto, con la naturalidad propia del que no tiene dudas sobre el significado de la palabra cronológico. Emergió con esfuerzo del hondo hoyo donde estaba sentado, y se dirigió al librero de donde extrajo una pila de revistas para llevarse a una de las mesas de trabajo. Se dio cuenta que era la mesa donde solía ver trabajando a su tía Elsa, la hermana de su papá. Elsa era maestra y correctora de estilo, es decir, lectora de galeras.

—Estoy trabajando en el lugar de mi tía, pensó Luis para sus adentros, complacido de ese hecho. Su tía lo consentía mucho. Cuando iba de visita a Roca le ayudaba a hacer los deberes y cuando se iban de vacaciones a Ostende o a Piriápolis, en Uruguay y su mamá salía con su papá, su tía Elsa era quien lo cuidaba. Sabía contar cuentos para niños... ¡y hasta escribirlos!... en su librero guardaba un pequeño libro con sus cuentos, publicado por el abuelo.

—Ya que estás revisando las revistas, no dejes de poner atención y darte cuenta de los contenidos, dijo el abuelo. —A lo mejor hay algo que te llame la atención y te interese leer... Tomate tu tiempo. No hay ningún apuro — agregó, después de una pausa. Luis acometió

su tarea con esa sensación de libertad que su abuelo siempre le inspiraba. "Hay tiempo, no hay apuro"... se decía repitiendo una consigna que era el eslogan de su abuelo. Le daba confianza tener tiempo de sobra; tiempo para leer, tiempo para dejar de leer y pensar en lo leído, tiempo para no pensar e inclusive para no leer. Era parte de su filosofía: —"La gente que sabe administrarse vive inteligentemente, y siempre tiene tiempo" — decía. Luis estaba de acuerdo.

Los dos, abuelo y nieto, se abocaron a sus tareas: Luis desplegando revistas sobre la mesa y ordenándolas, el abuelo abriendo el paquete para extraer uno de los ejemplares y revisarlo. En el silencio apenas interrumpido por leves chasquidos del papel, Luis podía percibir de cuando en cuando que la respiración del abuelo se interrumpía para dejar salir un breve suspiro, que sonaba a un dejo de resignación. Levantó la mirada y lo observó por un segundo, enseguida la bajó para no parecer entrometido. Continuó viendo las carátulas, los titulares, las fechas y las ilustraciones. Leía los nombres deteniéndose en aquellos que le sonaban familiares, y siguiendo la recomendación del abuelo, se detenía a leer. Juan Sebastián Tallon, era uno de ellos, un poeta que la abuela siempre ponderaba. Había escrito el famoso poema del "Sapito glo glo glo", que su madre le recitaba. El abuelo por su parte se veía complacido por la calidad del libro que estaba revisando. Lo paró sobre el escritorio. Luis alcanzó a leer el título: "Guerras y conquistas en Tucumán

y Cuyo". Siguieron dedicados a la lectura por un rato, Luis ordenando las revistas por fechas y buscando de paso imágenes y versos que le gustaran y el abuelo hoja por hoja, revisando el libro nuevo.

Cuando llegó el tiempo para un descanso, el abuelo se puso de pie y lo invitó a visitar el taller. De su pesado llavero, el abuelo escogió la pequeña llave de bronce cuya fisonomía antigua ya había llamado en otras ocasiones la atención de Luis. Era la del cerrojo de la puerta oscura y angosta, que para Luis era una puerta secreta, escondida tras un angosto vestíbulo. Era la que se abría a un pasadizo hacia el taller que consistía en una gran nave coronada con una hilera de luminosas claraboyas, bajo las que se distribuía la maquinaria de la imprenta. A Luis le recordaba al taller mecánico de la línea 10, situada en Munro y también a un *set* cinematográfico.

Esa mañana las máquinas no estaban trabajando y el lugar permanecía en silencio. Era la primera vez que Luis entraba al taller en esa excepcional situación. Hasta ese día lo había visitado en días hábiles, con las máquinas estrepitosas funcionando a toda marcha. Caminaba por los estrechos pasos que había entre uno y otro de estos enormes mecanismos, acompañado por su madre y su hermanita. Le recordaba su caminar temeroso y aturdido en la estación Retiro, junto a las locomotoras resoplando y echando vapor. El ruido era tal que parecía que en cualquier momento las máquinas se iban a desmoronar o a desarmarse. Otra

cosa que extrañaba esa mañana era el olor a papel y a tinta que generalmente flotaba en el aire dándole especial encanto a la imprenta. Sin obreros, sin sonidos, ni voces, ni olores, el lugar parecía una gran litografía en blanco y negro.

—Qué callado está todo— dijo Luis, con un tono entre sorpresa y decepción.

—Tenés razón, Luisito, contestó el abuelo, —el silencio y la imprenta no combinan, no son compatibles.

La gran impresora principal estaba dormida. Eso animó al chico a subir por los pequeños peldaños de hierro forjado que llevaban hasta el puente desde donde se manejaba el papel. Dando pasos muy cautos fue recorriendo esos caminos desde los que veía parrillas y rodillos que lo hacían sentir como si se hubiera montado sobre la piel de un dinosaurio mecánico. No aguantó mucho tiempo allí arriba, sentía como que estaba transgrediendo alguna ley, y bajó apresurado para alcanzar al abuelo. Mientras caminaban Luis iba pasando la palma de la mano por las superficies tersas de las mesas, mirando de reojo a las amenazantes guillotinas y atraído por las cajas llenas de tipos fundidos que le gustaba revolver como si se tratara de un juego de letras.

Cuando llegaron al fondo del taller, hasta ese instante aparentemente deshabitado, se encontraron con Rosenda, la cosedora de libros. Estaba aprovechando el asueto para encuadernar a mano una pila de pliegos atrasados, que

habían quedado para ser atendidos en algún momento oportuno. Luis y Rosenda se habían visto más de una vez. A Luis le simpatizaba Rosenda. Le inspiraba un tipo de cariño que no hubiera podido explicar. Era menuda y pálida con los cabellos rubios ralos y dos enormes pupilas color violeta. Luis había notado en su vestido, que le parecía siempre el mismo, unos remiendos. Los había observado disimuladamente porque le llamaban la atención. Eran unos zurcidos tan bien hechos que en vez de remiendos parecían bordados para adornar el vestido. El remiendo en su visión representaba una abeja posada sobre una flor. No se veía así a primera vista, aparecía después de un tiempo de mirarla. La misma sensación le provocaba el color de sus ojos; para llegar a verlos había que observarlos detenidamente y en ese lapso sufrían una metamorfosis que hacía que sus rasgos ordinarios se transformaran en los rasgos angulosos de un rostro refinado y distinguido de notable belleza. Luis pensaba que la pobreza podía tener diferentes caras, no siempre vinculadas a la fealdad propia de lo ordinario. Entendía que la belleza no tenía que ver con el dinero, sino con el mundo interior de las personas y el cuidado y la actitud en calma propio de los que sabían administrar su tiempo, como decía su abuelo.

—Se ve que esta chica fue pobre y ahora dejó de serlo— pensaba para sí mismo Luis. La veía como un ejemplo de aplomo, de alguien que era quien era, auténtico y resuelto, decidido, alguien que había dejado de barrer para aprender a

encuadernar y ahora formaba parte de la imprenta, es decir, era parte de la familia, de su familia.

—Buenos días, señorita Rosenda— dijo el abuelo quien la saludó formalmente, dándole la mano.

—Hola Sr. Porter— respondió Rosenda con voz elocuente. —Hola Luisito—agregó enseguida, con una sonrisa amable. —Hacia tiempo que no te veía por aquí. Luis superó el raro golpe de timidez mezclada con simpatía que esta mujer le provocaba al tratarlo con tal confianza y se recuperó enseguida para decir: —Mi abuelo me invitó a que lo acompañara para darle una mano.

—¿Te gusta la imprenta, no es cierto? preguntó Rosenda.

—Si— contestó Luis tomando conciencia de que con un monosílabo no se iba a mostrar muy elocuente. Decidido a no ser tan parco, agregó: —mi abuelo la fundó para que todos nosotros, la familia, trabajemos juntos. La primera persona en plural pretendía hacerle ver que él la consideraba parte de la familia, pero no tuvo la seguridad de haberlo logrado.

—¡Ah, sí, sí, claro!— respondió Rosenda, sin dar señal de haberse visto aludida, —entonces vos también vas a ser linotipista, como tu abuelo... porque sabrás que para ser jefe supremo de la imprenta, hay que ser linotipista— agregó con aplomo.

El abuelo había sido linotipista, pero no se había conformado con ser un simple obrero manual, de la misma manera que no aceptaba que su imprenta se calificara como comercial, porque no se consideraba un comerciante. De hecho, contrariamente a lo que se piensa de los judíos, el abuelo consideraba que ser un comerciante era lo opuesto a ser un artista. Tampoco le interesaba ser un militante, como su hijo había sido, sino un hombre sensible, quizás no un artista, pero sí un humanista, una persona, como lo había descrito alguna vez la abuela, que le gustaba ayudar a los necesitados, que prefería ser útil y agradecido con ese país que le había dado cobijo, que ayudaba a los que requerían de ayuda, quizás demasiado bueno, quizás demasiado ingenuo. Un hombre que se identificaba con los inmigrantes, con esa sociedad de oportunidades formada por muchos otros que como él, habían venido desde lejos para iniciar una nueva vida.

Por eso su éxito y su trabajo habían tomado fuerza y se había orientado hacia los que se abrían paso con nuevas ideas, escritores y poetas jóvenes, aún sin fama ni prestigio, pero comprometidos con la literatura, activos en la lucha social, determinados en sus ideales. La imprenta había ido tomando el papel y el carácter de un espacio donde se difundía la nueva literatura, se intercambiaban ideas, se leía, sin dejar fuera el debate político y la acción cultural. No en vano había sido el sitio donde la revista de vanguardia "Martín Fierro" había encontrado su hogar.

§

El abuelo formaba parte de ese tipo de líderes inmigrantes que protagonizó una grandiosa y deslumbradora tarea: publicar a los poetas nacionales, a las jóvenes generaciones, a los escritores jóvenes, hijos de inmigrantes, para difundir el pensamiento nuevo con la calidad artística propia de un país nuevo. La revista *Martín Fierro*, era símbolo y síntesis de lo que en aquél entonces era la modernidad. El abuelo Mauricio no había sido el creador de esa revista, ese papel estuvo a cargo de su amigo Evar Méndez, y más tarde de Oliverio Girondo, pero los Porter fueron sus hacedores principales. El papel que jugaban no era protagónico, ni buscaba serlo, su responsabilidad era garantizar una impresión de calidad, para lo que era necesario estar atento y alerta de los miles de ejemplares que tiraban quincenalmente.

Luis conocía la revista, en su casa estaba la colección completa, ¡45 números!... conocía también la historia de la imprenta, era un tema de sobremesa que le dio conciencia de la labor que allí se ejercía, y eso lo llenaba de un auténtico orgullo. Observaba y veía al abuelo, como a un abuelo, que jugaba el papel de director, sin la lejanía que provoca la investidura o ser un señor mayor. Lo mismo le pasaba con su padre, para él eran señores que no tenían edad, que lucían ágiles y verticales, garbosos, elegantes, merecedores de su prominente abdomen que habían cultivado como haciendo honor a las ricas comidas que sabía preparar

la abuela, mismas que, eso sí, ni uno ni el otro criticaban.

De regreso a la oficina, caminando despacio entre las máquinas, el abuelo se detuvo frente a uno de los viejos linotipos. Se quedó mirándolo por un rato que a Luis le pareció algo prolongado. De pronto, en un gesto que le nació de súbito en ese instante, el abuelo pasó la mano sobre el teclado como si le estuviera dando a la máquina una caricia. Ese gesto no le pasó inadvertido al niño, de hecho, lo sobrecogió.

—Fuimos los tipógrafos de la era del plomo, una profesión muy cercana a la del alquimista, a la magia— dijo el abuelo, como hablando consigo mismo, en una voz tan queda que casi no se le escuchó. Luis se quedó expectante, atrapado en una emoción que desconocía, observando a su abuelo que seguía mirando a la máquina como si fuera una persona. Dándose cuenta de la situación que sin querer había creado, el abuelo retomó el aliento y recomponiéndose, cambió de actitud continuando su camino, seguido por el nieto, y recogiendo el hilo del relato que había quedado interrumpido:

—... Cuando trabajaba allá en Rusia, en esa pequeña imprenta situada en un granero, la familia trataba a sus máquinas con la misma familiaridad con la que trataban a los animales de su establo. Nos enseñaron a tenerles aprecio, a pesar de lo ruidosas que eran... o quizás por ello, por su ruido. Porque una imprenta no es diferente al foro donde ensaya una orquesta, llena el espacio de sonidos, de acordes di-

sonantes que pudieran llegar a aturdir, hasta que vas aprendiendo a escuchar las notas limpias, los *vibrattos*, los ecos que convertidos en melodías, en ritmos, que a la larga todas juntas conforman el concierto... Entraron a la oficina. El abuelo se sentó en su escritorio y Luis trajo una silla para quedarse frente al abuelo que no había terminado de decir lo que quería decir. —Cuando la guerra nos obligó a irnos y mis hermanos comenzaron a despedirse, Aarón y yo, que éramos los más jóvenes, nos quedamos para ayudar a Abraham, el mayor, a desarmar nuestra casa. Trabajamos mucho, la casa no se vaciaba nunca, las cosas no se vendían, muchas cosas las regalamos, las llevamos adonde las recibieran. Los días pasaban hasta que llegó uno que bien podía preceder a ese mañana que solo es de los demás, esa mañana en la que tú te fuiste y ya no estas ni estarás nunca más. Y entonces, ¡que irónico!... por el miedo a morir, le dijimos adiós al número ocho de Skakóvaia Úlitzá y junto a esa casa, nuestra casa, también a nuestra querida ciudad Ekaterinoslav. Para no morir, desaparecimos. ¿Hay una diferencia?, creo que no, solo la de al desembarcar, volver a nacer, porque irse es otra forma de morir, una especie de anticipo de la muerte. Poco nos importó aquella imprenta en la que habíamos comenzado a aprender con tanto afán, con tanta entrega, sabiendo que ella, junto a nuestro padre, ya pertenecían al tiempo de los demás, para quedarse detenidos por siempre en ese ayer y emprender viaje hacia un nuevo mañana aparentemente menos amenazado, aparentemente un nuevo mundo.

¿Crées que Argentina se preocupó por mantener su promesa de nueva oportunidad a sus inmigrantes? Luis no hubiera podido responder a esa pregunta. El abuelo sí.

De todas maneras Luis comenzó a comprender. Volvió a ver, como le ocurrió con Rosenda, los dos retratos enmarcados en óvalos negros. Las fotos de los padres de su abuelo. Esas imágenes inmóviles que habían precedido, desde que tenía uso de razón, la mesa en la que siempre comían todos juntos, la foto de la Berta grande, la foto del Reb Israel Porter. Ambos personajes cobraron por un instante la realidad que no tenían cuando él no conocía su historia. Eran tan sólo parte del mobiliario. Cada fragmento de la historia encontraba su sitio, como piezas del rompecabezas que le dan sentido a todo lo que hasta ese instante eran sólo fragmentos de un paisaje.

—Fuimos los últimos en bajar por el Dniéper hacia el Mar Negro, a tomar el barco en Odesa y de allí a América del Sur. Un largo camino en que sobraba el tiempo para hablar, y sin embargo, lo que prevaleció durante todo el viaje fue el silencio. Llegamos a Buenos Aires en 1910 cuando yo tenía 20 años. Berta fue parte de la comitiva que vino a recibirnos. Soy el único de los hermanos que nunca viajó a Kremenchuk, razón por la que no conocí a los Lifchitz en su contexto, en su casa, ni conocí su teatral almacén, ni el mural de Salomón, ni al mismo Salomón, el adorado hermano de tu abuela Berta. Desde la rampa por la que bajamos del barco, la cabeza de tu abuela Berta,

con su cabello sostenido por peinetas, resalta-
ba desde lejos, como una escultura. Ni bien
me acerqué, le di la mano. Le di la mano, y fue
para toda la vida.

Luis escuchaba las palabras de su abuelo con
la barbilla hundida en el respaldo de la silla. En
esa posición podía advertir también el sístole y
diástole de su respiración que rechinaba como
una rueda de molino girando. "Chucu-chu-
cu-chucu", resoplaban los pistones de la lo-
comotora comprimiendo su pecho. Escucha-
ba el golpeteo de las ruedas en las juntas de
los rieles, el pentagrama interminable de los
durmientes, los sueños que se iban haciendo
humo dibujando una larga línea en el lienzo
azul del cielo. Podía ver girar las ruedas que lo
llevarían lejos, dejando atrás las lentas horas
de aquella mañana que había compartido con
el abuelo, dejando sobre la mesa las revistas
apiladas en orden cronológico; atravesando el
campo, rebasando la ciudad de Campana y las
demás poblaciones, dejando atrás el eco de su
silbato, como un grito de nostalgia; cruzando
fronteras, hasta estar muy lejos de Buenos Ai-
res, lejos de su infancia, lejos de la casa y del
jardín tan bien ordenado por su mamá alrede-
dor del jazmín, lejos de la quietud del departa-
mento de los abuelos, lejos del estrépito acalla-
do de la imprenta, lejos de los libros que allí se
habían impreso, lejos de los marcos negros y
ovalados de sus bisabuelos, lejos, lejos, rumbo
al inimaginable país de su adultez.



Franklin 2225

—¡Llegaron más invitados!— anunció con su acento germano y sus dejos pampeanos, María Waiman, la muchacha que su madre había bautizado como la “institutriz”. Por fin había llegado el domingo de la fiesta, cuyo atractivo principal, al menos para Luis, consistía en los regalos. Cada invitado llegaba a tocar el timbre con un paquete en la mano. Luis tenía que disimular la poca atención que ponía en el saludo, y la mucha que le ponía al paquete. Entre la sala y el patio los familiares se entreveraban entre sí mezclándose con los amiguitos del barrio dedicados a armar el bati-fondo que correspondía a una celebración de ese tipo. La fiesta había iniciado sin una hora predeterminada, y ahora que el sol comenzaba a descender por detrás de los altos árboles, los chicos parecían querer aprovechar lo que quedaba de luz para correr por todas partes como si toda la casa fuera un jardín abierto.

Los adultos se habían congregado en donde las sillas y los sillones los convocaban. Todos los rincones de la casa estaban ocupados, incluyendo la oficina del padre. El centro de la fiesta no era el piano, como la abuela hubiera querido, sino la mesa del comedor en constante reposición de platos y manjares. El menú seguía diversas tradiciones culinarias, a las que se sumaba el criterio de una mamá que le gustaba inventar platos y bebidas. Era suya la

idea de presentar espumosas jarras de chocolate batido, o de jugo de tomate con azúcar y hielo. Una fuente ostentaba los clásicos buñuelos rellenos de dulce de membrillo espolvoreados con más azúcar, y en los platos planos se alineaban los infaltables sándwiches de miga encargados a la panadería Ideal, de Maipú y Roca. Sobre un bargueño, la madre había acomodado el inmenso ramo de gladiolos obsequio de José y Rebe que servía de fondo a la escena. En algún lugar de la cocina se escondía la torta de cumpleaños, en la que habían plantado siete velas junto al número siete y un letrero hecho con un cucurucho que dejaba salir un gusano de chocolate, diciendo "Feliz Cumpleaños Luis".

La abuela Berta se portaba diferente cuando estaba en el territorio de su nuera. Se movía con cierta cautela pero sin dejar de observarlo todo con interés y atención crítica.

—Mamá— le decía Margarita, que así había decidido llamarla desde tiempos inmemoriales, imponiendo su condición de hija política, pero hija al fin.

—Vos quédate tranquila, sentada, charlando con la familia. Dejame que yo te sirva, aquí no es necesario que corras de un lado al otro, hoy vos sos la invitada y yo me ocupo de estas cosas.

La abuela delegaba su papel directivo con incomodidad, prefiriendo mejor no decir nada. Se puso contenta cuando vio entrar a los chicos agitados y encendidos, dirigiéndose hacia donde ella estaba cómodamente sentada.

—Vengan, vengan chicos, hagan un alto al juego, acérquense... les pidió, mientras ellos se encaramaban alrededor de ella como si hubiera sido un gran pompón de lana.

—¿Sabén una cosa?— preguntó. Los chicos enseguida le pusieron atención, la abuela tenía un poder hipnótico sobre ellos:

—Todos creían que yo iba a crecer alta como mi hermano Salomón, el mayor de todos, que era como un rey, alto, divino, rubio. Pero yo me quedé una morocha petisa que no creció nunca más. ¡Qué cruel desengaño! Para los chicos su abuela era una abuela dulce y bella que al hablar lo hacía con un acento musical que tenía algo de ruso y otro poco de idish. Para Liliana la abuela hablaba con acento italiano.

—Abuelita— le solía decir Liliana poniendo mucho énfasis en su comentario —¡Pero si vos sos igual que una actriz del cine!...

—Qué chica ésta, tan lisonjera— comentaba sonriendo la abuela en extremo complacida.

Estaban en la sala, cerca del piano. Para la abuela el piano tenía el mismo efecto que para otros un altar o la chimenea. Le gustaba sentarse cerca del calor del piano. Para la abuela el piano en una casa bastaba para demostrar que se trataba de una casa de gente culta.

—Quedensé un ratito aquí conmigo, charlemos... les pedía con cierta ansiedad y elocuencia, mientras con la mano hacía una contradicto-

ria señal de silencio, que no tenía sentido en medio del barullo de la fiesta.

—Anoche soñé que el cartero me llevaba a tu casa— le dijo Luis a la abuela. —Ojalá recibiera todos los días esa clase de correspondencia— le respondió la abuela sin titubear. —Si llegan cartas, yo digo, que sea para leer buenas noticias. En ese instante el abuelo se asomó a la sala. Luis se reconocía en él. Eran tal para cual, compinches naturales.

En algún momento de la tarde las fuentes y los platos con comida variada e informal se despejaron, e hizo su entrada triunfal el pastel de cumpleaños. Después del llamado que convocó a todos alrededor de la mesa, la madre fue prendiendo las siete velitas. Había llegado la hora de la celebración. La torta no había desplazado la presencia de los *blintzes* que la abuela había aportado como quien estampa su firma. La madre servía te, intermitentemente. Luis se concentró para apagar las velas de un solo soplo y eso hizo, dando paso al *Happy Birthday* tradicional que todos cantaron a coro desafinado un poco y con algunas voces dominantes. Enseguida comenzaron a cortar el pastel. La abuela en un gesto algo disimulado acercó los *blintzes* para que no pasaran desapercibidos, algo imposible en esa comunidad.

—Mamá, dijo Margarita, no te olvides que aquí hay cocina, horno y todo lo necesario, no tenías que traer más. Tanta comida no la vamos a acabar nunca, y vamos a seguir en la mesa hasta bien entrada la noche...

—No te preocupes Marga, “amor con hambre no dura”, “tener algo para morder ayuda a sonreír” — dijo la abuela que se apoyaba en dichos cuando le quería dar más peso a sus argumentos. Los intercambios entre la suegra y la nuera tenían casi siempre un fondo áspero, aunque vestido de cordialidad, cortesía y tolerancia.

La mamá, con los gestos de mago que le gustaba hacer, trajo de la cocina una bandeja de regalos para los invitados que consistía en manojos de hierbas de olor, de las que cultivaba en la pequeña huerta del fondo del jardín, que incluían largas ramas de hojas del laurel de la casa, envueltas en un paño estampado con flores amarrado con un listón rosado. —Este es un regalo del cumpleaños de Luis a los invitados, para que se lo lleven a sus hogares— dijo, sonriendo, satisfecha por su práctica idea. Los invitados fueron recogiendo los manojos, y como imitándose unos a otros se los llevaban a la nariz para oler la combinación de aromas.

En ese momento se asomó Elsa y se sentó junto a su mamá. Elsa, con sus 23 años, era la hija ejemplar, obediente y juiciosa, dócil y correcta, educada a imagen y semejanza de lo que Berta consideraba ser una muchacha formal, respetuosa y decente. —“Modosita”, era la palabra que utilizaba para definirla, y al decirlo acompañaba la palabra con el gesto de cerrar los botones de una blusa, uno a uno, de la cintura al cuello, como quien cierra un abrigo para protegerse de un vendaval.

Sin embargo, Elsa no se parecía a Berta, como Berta tampoco se parecía a ninguna de sus dos hermanas mayores, Luisa o Catalina. No hubiera querido que su hija se pareciera a ellas, a quienes consideraba demasiado ruidosas y atrevidas. Los bien fundados miedos de la abuela habían sido transmitidos como una herencia de inmigrantes a cada uno de sus tres hijos. Temores que se impregnaron en ellos con la capacidad metódica y sistemática que impone la ósmosis y su halo. Haber pasado por los *pogroms* y haber visto meterse a su casa a los cosacos, destruyendo lo que se les presentaba a la vista, y la familia escondida debajo del pavimento por donde desaguaban las letrinas, una y otra vez, fue suficiente lección para que la abuela sin llegar a renegar del judaísmo, decidiera ocultarlo lo mejor posible. Estaba agradecida con el apellido Porter, que no los delataba con ninguna religión o credo identificable, en lugar de su Lifchitz, que era claramente ilustrativo de su religión, y por tanto acusatorio. Estos profundos recelos, explicaban la excesiva privacidad de Elsa, aprehensión confirmada por la figura de autoridad del padre, hombre de pocas palabras cuando se trataba de asuntos familiares y más con mujeres entre medio.

Los dos varones, Julio y Jorge, detrás de sus fachadas de extrema simpatía y capacidad comunicativa, ingenio y humor, también cargaban con una fuerte herencia de temores, es decir, para que no haya dudas y quede claro, eran miedosos. Luis ignoraba todo esto, admiraba a su padre, se reía con su tío, y le gustaba esa tía que tan jo-

ven se había recibido de maestra y le ayudaba con sus deberes de la escuela. —Una maestra en casa— pensaba, convencido de que eso era un lujo.

No tardó Jorge en aparecer. Entró, saludó y se quedó de pie junto al piano cerrado, con ganas de que alguien se animara a abrirlo y tocar. Sus 20 años no lo intimidaban, rompía con lo convencional, era capaz de un humor temerario, con la suficiente fuerza para cambiar el rumbo de una conversación. No desaprovechaba propinar un golpe de palabra si eso podía darle nuevo impulso a una charla. Listo siempre para aportar con el tono y los parlamentos propios de una comedia, a veces de un teatro de revistas. Un tío así era lo mejor del mundo, al menos de ese mundo que se reunía con motivo de su cumpleaños que convocaba a un encuentro de culturas, de edades, de costumbres y de expectativas cuyas contradicciones Luis no llegaba a comprender, aunque sí a sentir o percibir.

Estábamos ahora en el nuevo nido de los Porter, que el hermano mayor, Julio, había construido junto a su esposa por el camino de la poesía convertida en programa radial, cine y teatro, motivo de las únicas dos razones parcialmente reivindicatorias: la fama y la fortuna. Mientras los chicos corrían literalmente por toda la casa, ahora que el sol se había puesto, la charla entre los adultos abrió un nuevo tema de actualidad: la obra musical titulada "Madame 13", que Julio estaba terminando de escribir mientras ya se ensayaban los números musicales.

—Julio es el productor, director y escritor— explicaba la esposa desplegando un orgullo temporal, acorde con la fiesta y las relaciones públicas, que no era el que profesaba en lo cotidiano. Orgullo destinado a desvanecerse apenas terminara la fiesta.

—Va a ser la primera comedia musical en Argentina con un elenco de tal dimensión: casi cuarenta elementos, entre actores, bailarines y actrices, más la gran orquesta. Todo con una escenografía monumental y los mejores vestuarios. Una comedia musical al mejor estilo de Broadway...— añadió. Cada cual formó en su mente una imagen de lo que entendían por Broadway. Las canciones y el aura de los primeros éxitos de Rogers y Hammerstein ya habían llegado a Buenos Aires creando una imagen esplendorosa del nuevo espectáculo musical.

—¿Y quién paga todo eso?— preguntó la abuela en tono cauteloso.

—Julio está invirtiendo en esta empresa todo lo que lleva ahorrado del trabajo en la radio. Es su gran proyecto— contestó la nuera asumiendo momentáneamente la defensa temporal del marido, aunque compartiendo en el fondo las mismas dudas que todos los demás.

—Esperemos que todo vaya bien— dijo el abuelo con cierta parquedad, en tono seco y poco convencido.

El escepticismo reinante era consecuencia de la acelerada carrera que el padre había tenido

a partir de sus programas de radio. Cada día tenía más trabajo, y sin embargo, lo que trascendía extraoficialmente como chismes de familia, indicaba que constantemente estaba en apuros económicos. Sus constantes angustias lo habían transformado. Del joven soñador y divertido que había sido en sus tiempos de poeta y militante político, se había transformado en una persona nerviosa y tensa disimulando sus preocupaciones por medio de bromas. Esta permanente contradicción formaba parte de la cotidianidad en Roca, fábrica de ideas que provocaba un alud de estrenos a los que puntualmente asistía toda la familia o de programas radiales que todos escuchaban pegados al aparato, mientras en la intimidad del hogar era imposible ocultar los constantes problemas con la cuenta del almacenero, el alquiler, los pagos en la escuela, la maestra de piano, los uniformes escolares y todo lo demás.

§

Julio y Margarita tenían 17 años, cuando se citaron al pie de la Torre de los Ingleses para conocerse. Julio estaba terminando el bachillerato en el Nacional Buenos Aires y Margarita en el Liceo No 1 de Barracas. Él era codirector de una revista estudiantil y ella una poeta que había reunido sus primeros versos en un abultado álbum ilustrado, encuadernado por ella misma. La revista de Julio había solicitado contribuciones poéticas a los alumnos de otros colegios. Margarita hizo llegar su álbum, con una señal en el poema que ponía a consideración de la revista. Dos semanas

más tarde, recibía su álbum de vuelta con una respuesta donde el codirector señalaba errores y posibles enmiendas, estrofa por estrofa. Era un análisis bastante desenfadado escrito con un dejo de innecesaria ironía. Margarita lo consideró una afrenta y no se quedó callada. Replicó defendiendo su poema y cuestionando el análisis recibido. Días más tarde, el que había firmado como Jotapé le volvió a replicar, esta vez firmando con su verdadero nombre. En la nueva carta anexaba un poema suyo, con la aclaración por escrito de que le daba "el más amplio derecho de despedazarla no como venganza, sino como deber". Margarita aprovechó para hacer su propio análisis del poema recibido, con la misma minuciosidad y siguiendo el tono de Julio, utilizando su propia ironía. A medida que el intercambio prosiguió, los matices se fueron suavizando. Lo que inició como un debate intelectual había tomado la forma de un diálogo por escrito, entusiasta y elocuente, entre dos incipientes poetas jóvenes. Sus palabras habían dejado entrever rasgos de ambas personalidades, sus creencias, principios, formas de percibir, incluso sentimientos. En una de esas cartas, Margarita incluyó una foto suya, tomada en una puesta en escena de un acto cultural de la embajada rumana. La foto la mostraba en el papel de un soldado y estaba firmada con el sobrenombre "Florica". La respuesta de Julio fue otro poema, esta vez más personal y entregado. Jota-pé, Julio, Margarita, Florica, y por fin Margot, fueron nombres que se fueron dando a lo largo de aquellas semanas de

intercambios, relacionadas con las diferentes identidades que habían dejado ver. La intensidad de la comunicación fue reclamando, cada vez con más premura, un encuentro presencial, de manera que se convirtieran por fin, en personas reales. Eso ocurrió al pie de la Torre de los Ingleses.

Dialogar en persona no apaciguó la producción de cartas. Al contrario, éstas se incrementaron. Se comunicaban de las dos maneras: conversando y escribiendo. Finalizaba el año, era época de exámenes y los dos estaban obligados a recluirse y estudiar, cuidando de no interrumpir su correspondencia. Escribir los hacía compatibles, al punto de llegar a plantearse la idea de crear un libro juntos. Margarita era aficionada a la encuadernación y ya había producido más de un 'álbum-libro', como le gustaba llamarles. Los hacía con diferentes temas, con fotos de familia, documentos de sus presentaciones en la embajada rumana, dibujos y recortes, sus versos escritos en cuidadosa letra manuscrita. El romance fue de esa manera tomando forma cuando finalizaba el año 1933.

Margarita había nacido en Guaminí, en la Provincia de Buenos Aires. Era la cuarta de cinco hermanos, tres de los cuales habían fallecido prematuramente, Juan y Luis por enfermedad, Anita, la menor, en una inundación. Esa estela de tragedias no terminaría allí. El 12 de enero de ese año naciente de 1934, Margarita partió a pasar unas vacaciones con su madre, a un sitio cercano a su ciudad natal. Diez días después, sucedió la tragedia que cifraría el resto de sus

vidas: la casa del Dock Sud donde se encontraban el padre y María se incendió durante la noche. En ese trágico accidente fallecieron ambos. El luto, como Margarita solía decir, fue el color de su vestido durante largos tramos de su niñez y juventud. La poesía tomó el papel de darle ánimo y servir como ventana por donde respirar aire nuevo, mitigar el dolor, recobrar la esperanza.

Margarita le informó a Julio de la tragedia que estaba viviendo. Se volvieron a encontrar, pero el estado de ánimo frenó el creciente impulso que la relación llevaba. Durante las siguientes semanas Julio le escribió una carta cada día. Margarita las iba guardando en un atado sujeto con una brillante cinta roja. Ante el infortunio, Julio se solidarizó con madre e hija que ahora se encontraban solas. La pareja hizo un pacto de amor y, a partir de allí, establecieron una unión que nunca dejaría de ser real ni tampoco literaria. Julio, ingresó a la Universidad de La Plata a estudiar abogacía, vivía en la calle Gallo con sus padres y hermanos; ella en Avellaneda, del otro lado del Riachuelo. Su romance se fue bordando con el hilván del ir y venir desde la vuelta de Rocha a la isla Maciel, por medio de un bote a remos que por cinco centavos los llevaba del muelle de una orilla al muelle de la otra. Su noviazgo conformo en ellos una nueva identidad. Julio la invitó a participar con él en su militancia política y de esa manera Margarita se sumó al grupo Claridad, en Lanús, que organizaba actos culturales y publicaba la revista *Fibra*.

Pasó el tiempo y su relación se convirtió en una sociedad de dos jóvenes idealistas que escribían poesía. Sus actividades, la experiencia en la imprenta, que dejaba la labor editorial a dueños de librerías o propuestas de promotores muchas veces comerciales, sumado al contexto político en que vivían, los llevaron a pensar en establecer una editorial cuyos autores tuvieran como característica una clara toma de posición y compromiso buscando despertar conciencias. Querían dar un paso más allá o hacer algo diferente de lo que los Talleres Gráficos Porter Hermanos alcanzaban a hacer.

Margarita y su madre, habían decidido alejarse de Avellaneda y alquilar con el poco capital que tenían, una casa en Caballito. Encontraron un sitio ideal en la calle Franklin 2225. Los novios vieron la oportunidad de montar allí la soñada editorial. Sería un buen proyecto para dar salida al talento de sus amigos poetas, y reconocer a sus maestros guía. Con suficiente espacio para albergarla, Franklin se convirtió en el punto de reunión de poetas jóvenes. La nueva editorial se llamó "Tiempo Nuestro".

A Margarita y Julio los había unido el amor y la tragedia. Ahora los seguiría uniendo la literatura y los ideales políticos con el propósito de aportar para tener un mundo mejor. Ambos habían definido una posición frente el avance del fascismo, habían vivido el ejemplo de España a punto de sufrir la represión y consecuente guerra civil. Vivían esos acontecimientos como si ocurrieran allí, en Buenos Aires, en donde los golpes de estado se iban convirtiendo en un

modus vivendi. Los resultados no se hicieron esperar. Muy pronto Margarita coordinó una ambiciosa colección de libros, extremadamente cuidados y pulcramente encuadernados en la imprenta de los Porter, titulada "Pluma de Oro". El primer libro que se publicó fue "El escarabajo de oro" de Edgar Allan Poe.

Inspirada por la amistad con Olga Orozco, a través de quien conoce el trabajo y la lucha de otras mujeres de su época, como María de la O Lejárraga y María Teresa León, Margarita se fue fortaleciendo con el ejemplo valiente de otras mujeres que le ayudaron a ver el valor de su condición de mujer. También encontró identidad e inspiración en los relatos y las canciones que formaban el infinito repertorio de canciones y poemas del folklore rumano, que yacía en la memoria de su madre. Todo ello fortaleció su carácter y la llevó a asumir una conducta emancipadora que la hacía creativa y atrevida a su vez. El año de 1937 continuó siendo un tiempo de revelaciones para ella, su labor en la editorial se amplió al publicar a sus poetas preferidos: San Juan de la Cruz, Artur Rimbaud, Gerard de Nerval, Charles Baudelaire, Czeslaw Milosz, Rainer María Rilke.

También el año 1938 inicio con muchas promesas. Margarita logró completar sus cursos en el Liceo, y Julio avanzó hasta el último año de su carrera de abogacía. Iban así cumpliendo con los objetivos planteados por el proyecto que se llamaba Tiempo Nuestro. Avanzaban paso a paso, cuando ocurrió algo que no habían considerado, ni era parte de su programa o de una

promesa alguna vez hecha: Margarita descubrió que estaba embarazada.

Como si hubiesen olvidado que habían sido una pareja de enamorados, como si el golpe del destino los despertara del torbellino en que Tiempo Nuestro los había envuelto, acordaron unirse en matrimonio. El casamiento se celebró el 26 de marzo de 1938. La fiesta puso un signo de alegría y bienaventuranza al año que iniciaba. Julio decidió dar por terminado su primer libro de poemas, hasta ese instante postergado, y publicarlo. Margarita acondicionó un espacio para el hijo, entre la habitación principal y el patio, definido por la alfombra tejida con azules y rojos, joya de su reducida herencia.

El primogénito haría su aparición en este mundo justamente un día 26, número cabalístico al que el padre era muy adepto, de un octubre lluvioso y primaveral. Él llegó a la maternidad del Hospital Rivadavia con un poema en una mano y un pequeño juguete de hojalata en la otra. En el marco jubiloso del flamante matrimonio, apareció el primer libro de poemas de Julio, impreso por los Talleres Gráficos Porter Hermanos. Llevaba una portada azul y se titulaba *Milagro*. Su recepción por críticos y colegas proclamaron al poeta como una promesa para las letras argentinas. Así fue como Margarita, Julio, Luis y Milagro se constituyeron como un nuevo núcleo familiar. La pareja de jóvenes poetas eran ahora una pareja de adultos papás.

Su proyecto literario siguió en marcha. Publicaron "Romancero de la España" de

Alberto Natiello y "Caramillo" de Eduardo Calamaro. Revisando galeras esperaba "Tierra Desencantada" de Rodríguez Itoiz y en la fila seguía la segunda edición de Milagro, "Carlitos Chaplin" de Emilio Novas, y una obra de teatro titulada "Maternidad" de Luis Ordaz. En junio de 1940, se publicó el primer número de la revista *Canto*, que representó un desprendimiento de las generaciones que los precedían, entre otros los martinfierristas. Fue seguido por la revista *Huella* y, bajo la coordinación de Margarita, una colección de libros titulada, "Nuevos novelistas argentinos".

§

En ese mismo año de 1940, Samuel Eichelbaum, periodista y dramaturgo, llegó a Franklin 2225, acompañado de un joven particularmente talentoso de la naciente radio y cinematografía argentina, Carlos Hugo Christensen. Christensen buscaba escritores jóvenes para crear o adaptar novelas a difundirse en la radio, en el nuevo formato de moda: el radioteatro. Tenía el apoyo del César Guerrico, director de Radio Splendid y cabeza de los estudios cinematográficos *Lumiton*. Desde la primera reunión, lo que Christensen planteó implicaba el acceso a un tipo de actividad que aunque desconocida para Julio, le resultaba familiar y muy atractiva: escribir guiones. Se trataba de sumarse a un proyecto ya en marcha, que además de certezas, abría un panorama económico de proporciones inusitadas, más aún si se comparaban con los pequeños

números que se manejaban en la editorial. Era al mismo tiempo una oferta desconcertante.

De la cara de asombro inicial, Julio pasó a una cara sonriente. Desde su criterio no había mucho que pensar. Era una oportunidad muy tentadora, prometía popularidad y dinero, nada menos. La siguiente reunión se llevó a cabo en las oficinas de Radio Splendid. Julio invitó a su primo César Tiempo. En esa reunión Julio presentó la síntesis de una historia suya, *Novia de Primavera*. Christensen se interesó de inmediato. Julio vio su idea aceptada y, de un día al otro se integró al equipo, que ya contaba con actores y actrices jóvenes y técnicos formados y capaces. La *Novia de Primavera* salió al aire en 1940, casi al mismo tiempo que lo hizo la revista *Canto*. Se trataba de dos realizaciones tan simbólicas como contrastantes.

Julio se vio de repente atendiendo dos frentes: el de su vocación original, la poesía, la editorial y sus ideales político-literarios y, por el otro lado, el del mundo del espectáculo relacionado con los medios masivos de comunicación. Los radioteatros y sus guiones se sucedieron sin detenerse. Al año siguiente, *Novia de Primavera* se convirtió en su primera película, filmada en Lumiton. El trabajo en la radio y en los sets eran muy demandantes. Muy pronto las peculiares y aceleradas exigencias de la industria del espectáculo entraron en conflicto con la dinámica de la editorial. El conflicto incluyó su ubicación urbana. Franklin quedaba fuera de la nueva órbita de acción y requisitos impuestos por el nuevo trabajo. La exigencia era vivir

dentro de los estudios, o lo más cerca posible, lo que significaba trasladarse fuera de la Capital, hacia el norte. Los estudios se ubicaban en un sitio aún campestre llamado Munro. No sin tensión y discusiones, decidieron buscar un nuevo domicilio más adecuado. El nuevo domicilio era un chalet en la calle Roca 1812. De esta manera se trasladaron a un mundo que no habían conocido antes.

Estos acontecimientos ocurrieron muy rápidamente. El 6 de octubre de 1941, ya ubicados en el nuevo domicilio, nació Liliana, en una atmósfera de algarabía y prosperidad. —Ahora tenemos familia completa, celebro el padre con la misma sonrisa que había inaugurado desde la primera visita de Christensen.

Pero la nueva dinámica ya no coincidía con el modelo de pareja de poetas militantes, de vanguardia, críticos, que los había caracterizado. Poco a poco se habían deslizado hacia una conducta tradicional parecida a la que pregona la revista *El Hogar*, celosa de las buenas costumbres y defensora de la vida doméstica. Margarita estaba cada vez más ocupada en su papel de mamá y ama de casa, atenta a los chicos, y tener la casa preparada para las numerosas reuniones sociales a las que convocaba el padre. El padre cada vez más ocupado en su oficina casera, exclusiva para él y su trabajo en su máquina de escribir. Sus amigos de la juventud se enteraban de los rápidos avances de Julio en su nueva carrera que recibían con sorpresa y desencanto. Para ellos la literatura era un arte para promover la conciencia y

la reflexión. Los programas de radio, el cine y cierto tipo de espectáculos, servían, en el mejor de los casos, tan solo para entretener.

—El papel del intelectual es orientar, guiar, dar esperanza. Entretener, equivale a distraer, y eso es ponerse al servicio de los valores más frívolos y de la publicidad, cuyos objetivos eran opuestos, comentaban. —La poesía es un bastión de resistencia política donde tratamos de mantener altos los ideales frente a las frustraciones que estamos viviendo.

Julio, en cambio tenía otro punto de vista. Había tomado ejemplo desde su niñez del espíritu de los martinfierristas, que eran transgresores, atrevidos, humoristas. Otras revistas creadas desde principio de siglo, a las que tenía acceso en la biblioteca de su casa, como *PBT*, *Caras y Caretas*, le permitieron conocer el lado despreocupado y desafiante de sus creadores. Ya de adolescente y joven, había escuchado de primera mano, las voces que sostenían que las calles de las ciudades formaban una red más vital que la de las academias. Había entendido que era preferible el absurdo a la lógica racional, dar paso a la intuición, al juego, a lo analógico y al azar, que circunscribirse a una lógica mecánica y funcional. Sus años de juventud estaban ocurriendo en esa década desafortunada, cuando ya no era posible experimentar la alegría de ningún triunfo, el desafío a las tradiciones, y sí en cambio, la vivencia en carne propia de muchos fracasos sociales, colectivos. Esa década fue el marco en el que la primera generación de hijos de inmigrantes,

asumían su mayoría de edad. Venían de padres que habían huido de sus países por problemas religiosos y políticos, y ahora en el nuevo mundo se volvían a encontrar con el fascismo que había cruzado el océano tras ellos, y los volvía a amenazar nuevamente desde muy de cerca, apuntando a sus propios hijos.

El carácter jovial, juguetón, muchas veces infantil del padre, había sido congruente con la adolescencia que le había tocado, formando parte de una empresa familiar bajo el estrépito de los linotipos imprimiendo a autores inéditos y a la revista *Martín Fierro*. Pero esto había ocurrido en la década anterior, cuando Argentina había alcanzado la cima que le dio la fama de la que se seguiría hablando por el resto de ese siglo y del siguiente. Fama que nunca jamás el país logró recuperar. El horror de las guerras en Europa había llegado a Argentina a entristecer a todos, incluso a ese grupo, reunido en la imprenta de su padre, que era también una casa, su casa, y la casa de su primo César Tiempo. No sabían que formaban parte, en la frase de Carlos Mastronardi, de "la última generación argentina de hombres felices".

Martín Fierro y el ultraísmo habían sido la versión latinoamericana del vanguardismo europeo que convertía el escenario de un teatro en una pista de circo, donde se probaban nuevas destrezas, donde hacer un chiste o ser un payaso no era una vergüenza. La generación del 40 se sintió descarriada cuando le llegó en carne propia el dolor de sus ideales arrasados y destruidos por la guerra civil española. La

poesía que escribía el padre estaba cargada de lamento, recogía el tono elegíaco y ensimismado de Neruda, como puede leerse en el sinfonema que se publicó en el *Romancero de Natiello* más lo perdurable del vanguardismo europeo y el surrealismo en boga, influencias que dejaron su marca tanto en el padre como en sus colegas poetas. Luis escuchaba con atención a León Benaros asiduo visitante de su casa, diciendo: — “somos graves, porque nacimos a la literatura bajo el signo de un mundo en que nada podía reír”.

Cuando en Radio Splendid, los productores de programas rieron ante las ocurrencias de Julio, que con su pseudónimo “Torrontés” gustaba escribir rimas burlescas e inventar personajes absurdos y cómicos y le sugirieron que esos personajes podrían ser los protagonistas de programas radiales, mismos que le ofrecieron pagar bien, descubrió que su vena no sólo hacía reír, cosa a la que estaba acostumbrado, sino que podía producir plata, algo que le resultaba inesperado. Julio sintió reivindicada esa capacidad tan a contracorriente del espíritu dominante de lamentación reinante en la Argentina de su época y en el círculo de los poetas militantes, que era su buen humor. Resultaba natural que como reacción a la década que lo había enfrentado a tanta desgracia, no se negara a la diversión, a huir de tanto peso y pasarlo mejor. Estaba harto de la solemnidad y el lamento. Fiel a su concepto del absurdo, del azar, aceptó tanto esa buena suerte como la de que reconocieran su talento

y le dieran la oportunidad de ejercerlo en los medios de difusión más populares.

Margarita se fue quedando cada vez más circunscrita a su papel de señora de Porter, de madre dedicada, de administradora de las fiestas. No encontraba aliados ni amistades en el ambiente de *Lumiton*, y prefirió hacer lo posible por mantener su círculo de amistades entre los poetas. Regresó a la actividad que mejor conocía, la de escribir cuentos y poemas, construir sus álbumes artesanales, disfrutar de su labor de encuadernadora capaz de dibujar y crear sus propias ilustraciones, aunque nada de eso se publicara.

Los éxitos del padre cubrían con un manto de nuevos rituales las costumbres cotidianas, hacer presencia en los estrenos, ir a los ensayos, participar en festejos. El tiempo pasaba y su refugio lo encuentra en el armado de sus libros, pegando fotos y recortes en las páginas de sus álbumes caseros, mientras el niño Luis, a su lado, utilizaba las hojas membretadas con el logotipo y emblema de la editorial Tiempo Nuestro, un cuadrado que mostraba una multitud de rostros manifestándose con la frente en alto, cruzada por los cables del progreso, bajo la estrella roja de cinco puntas, las usaba para hacer sus garabatos.

§

El domingo se había hecho largo. Sin embargo, la animación continuaba. Los siete años de Luis, ofrecían un marco festivo que no dejaba sitio para conversaciones críticas, indiscretas o

entrometidas, y menos aún si llevaban irremediablemente a consideraciones o conclusiones necesariamente drásticas. Era mejor cambiar de tema, no indagar más sobre *Madame 13* y los riesgos que esa nueva apuesta del padre implicaba, y menos todavía derivar a los pormenores de su riesgoso estilo de vida. Mejor pretender, tal como habían hecho desde que Julio y su núcleo se habían mudado a Florida, que todo estaba bien.

Las dudas se desvanecieron en un silencio que tenía la forma de un paréntesis abierto, de un ciclo que no terminaba de completar la vuelta. Muy pronto volvieron a la mesa para servirse de las fuentes nuevamente surtidas que parecían no tener fin. Ya con los platos llenos, todos retomaron su buen humor. Como toda reunión conversacional, la dinámica la imprimían las anécdotas para las que todos tenían talento narrativo, en especial Jorge, más las constantes intervenciones y ocurrencias de Luis, quien no se detenía a pensar dos veces y daba puerta abierta a todo lo que le viniera a la cabeza, convencido de que tanto la abuela como su madre, festejarían cualquiera de sus ocurrencias. Elsa y Liliana, correctas y atentas a la dinámica del grupo, observaban, mientras la mamá emulaba sin darse cuenta a la abuela, yendo y viniendo de la cocina, en esa tensa amistad de cómplices y adversarias que habían aprendido a llevar.

Las horas pasaban y siguiendo una extraña metamorfosis culinaria, el menú del mediodía, se fue convirtiendo en el menú de la cena,

que llevaba el sello de la abuela, cuyo golpe magistral constaba en invadir la mesa con sus propios y bien empaquetados knishes, una masa rellena de papa, junto a unos cuencos llenos de hígado picado. Así seguía la ingesta hasta que la abuela decía inacushltze! i'eh?!, exclamación donde los signos de pregunta iban acompañados invariablemente con los de admiración. Nacushltze no era una palabra idish sino rusa, de las que la abuela usaba cuando terminábamos de comer. La traducción más cercana sería: — ¡se llenaron, por fin!...

En la cultura judía, quedar satisfecho no implica un punto final. La comida nunca es el final de nada sino el principio de todo. Lo que sí iba llegando a su fin era el domingo y con el fin de jornada, el del cumpleaños. Como un bálsamo capaz de atenuar cualquier exceso, el té del final era la infusión llena de virtudes que precedía a un grato cierre. La madre lo sirvió como solía hacerlo desde el día siguiente de su boda, en las tazas de porcelana delgadas, pequeñas y frágiles que habían sido parte de los regalos. El festejado ya cansado, se acercó a la mesa de los grandes. Se sentó junto a su abuela y se quedó mirando los espirales de vapor que desde el círculo de la taza subían por el aire.

Finalmente la madre también se relajó. Se alejó del grupo con el pretexto de acomodarse en el sillón mullido que estaba junto a la chimenea. Desde allí paseó su mirada por el panorama del que había tomado distancia. Componían

un cuadro en el que protagonistas y detalles tomaban la misma importancia: los pequeños paquetes con manojos de hierbas que habían quedado aún sin recoger; el movimiento de manos y brazos de los invitados hablando animadamente sin que se pudiera distinguir una palabra de otra; el lenguaje corporal de Julio; las sonrisas de Luisito y de Liliána, las poses curiosas de algunos, el énfasis que ponían en sus argumentos... como si se tratara de una película muda. Esa escena se fue reduciendo en su mente, para dar lugar a otros círculos concéntricos formados por los nietos por venir, las generaciones futuras reproduciendo rasgos, gestos, actitudes, voces, todos girando alrededor de la elipse de la mesa, como si fueran planetas en movimiento, bajo el sol de la lámpara que colgaba del techo de la casa... la luz de la casa... siempre encendida, siempre iluminando, sin que importara si era el mediodía, la tarde o la noche.



Viamonte 447 Campana

—Mami, debajo del pavimento, ¿qué hay?— preguntó Luisito, un poco jugando y otro poco tomando conciencia que acostumbrado a ver tanto pavimento, le costaba imaginar una ciudad sin un suelo artificial y duro.

—¡Ah! ¡hijo!, contestó la madre... como si sus palabras salieran de su largo aliento... —¡Allí debajo está el campo!... exclamó, como si le hubieran tocado un área sensible de su piel, como si estuviera revelando un secreto o refiriéndose a una tragedia, al dirigir la vista al pavimento firme y duro.

El niño conocía el campo por sus cortos aunque usuales viajes a Campana donde un primo de la madre, Jorge Galetar y su familia tenían una panadería. Mas que una panadería lo que ellos tenían era una fábrica de pan, galletas y toda la familia de productos relacionados con la harina y los hornos. La panadería estaba ubicada en la última calle del pueblo, donde comenzaban los extensos y anchos campos pautados por infinitas líneas paralelas que se iban moviendo con uno, al caminar. Luis se detenía y miraba el paisaje como a un dibujo. Era una casa de campo típica, con el agregado de la panadería. Era sencilla pero con la dignidad propia de esa arquitectura de techos altos, y grandes dimensiones que habla de la generosidad y autoestima que el ser humano se tenía en las postrimerías del Siglo XIX. Bordeada por una galería techada con lámina, enmarcada con perfiles troquelados, el ritmo lo daba una hilera de esbeltas columnas de hierro fundido. Poseía todos los elementos propios de una granja, con tal claridad y precisión que podía haber sido la sede de un museo costumbrista, en cuyo corazón latían dos profundos hornos, donde se cocinaba el pan. Luis entraba a la cuadra y miraba las dos bocas oscuras, donde

resplandecía al fondo el fuego, como quien se asoma a un teatro de títeres que danzan como rojas flamas ondulantes, sobre un fondo oscuro desde donde crepitaban los panes.

La ciudad de Campana era el refugio adonde la madre acudía con sus hijos en momentos de crisis de pareja, que ya se habían establecido con cierta periodicidad. El viaje tenía un papel regulador que ayudaba a evitar decisiones extremas y servía como distractor para alejar a los chicos de las desavenencias conyugales. Esa era la razón por la que estas visitas se decidían de un día al otro, en cualquier día de la semana, hubiera clases o no, fuera invierno o verano. Para los chicos resultaba un regalo, unas inesperadas vacaciones que llegaban como un premio: "¡chicos, a hacer las valijas, nos vamos a Campana!".

Partían de Retiro en dirección a Zárate. En poco más de una hora, tiempo que a los chicos se les hacía muy largo, llegaban a su objetivo. Allí los esperaba Jorge con el carro panadero, de grandes ruedas, tirado por un caballo. Los chicos se acomodaban en la parte de atrás, entre las grandes canastas vacías, hechas de mimbre. Entre saludos y últimas noticias, atravesaban el pueblo, hasta llegar a la zona donde no había pavimento. Alguien abría el portón, enmarcado por profusa vegetación y múltiples enredaderas, ingresaban con el carro y se detenían junto a la galería que servía de andén. Una vez en tierra los chicos saludaban a María, la esposa de Jorge, y corrían junto a sus primos —Alejandro y Margarita (que

habían nombrado así en honor a su madrina Margarita Galetar)—, hacia la cuadra para ver los hornos. No había un comedor formal, o si lo había permanecía cerrado. La cocina era lo suficientemente grande para la mesa donde servían café con leche en las mismas tazas gordas de siempre. Luis volvía a admirar las montañas de pan fresco y galletas de grasa, los frascos de manteca y mermelada que María, preparaba con la leche de sus vacas y la fruta de sus árboles. Muchos enseres de la cocina habían viajado desde Rumania con los padres de la abuela Sofía, que allí también vivía. Habían sobrevivido largos viajes, testigos mudos de mundos que iban quedando atrás.

En Campana Luis cambiaba de manera de ser, de gustos, de actitudes, como si estar allí lo envalentonara e hiciera perder sus aprensiones y recelos. No le daba asco la nata de la leche, al contrario, le parecía rica y natural. La untaba con la cuchara sobre las rebanadas de pan recién cortadas por Sofía, entendiendo que no era otra cosa que crema fresca de leche. También aceptaba sin los remilgos de siempre, los alcauciles o el zapallo, que en su casa rechazaba, porque sabía que habían sido cosechadas allí mismo. —Son de la familia—, se decía.

Sofía hablaba como una gaucha rumana y su hija María lanzaba al aire de pronto una carcajada que no terminaba nunca y se repetía en una seguidilla que a Luis le recordaba al canto de una garza venida del estero cercano. Los chicos disfrutaban todos los ruidos, el cacarear

de las gallinas, el súbito canto de un gallo, un mugido, ladridos del perro del vecino, más la combinación de olores que flotaban en esa atmósfera abierta al aire libre. Aromas que venían de todos lados, el fogón, la caballeriza, las parvas de heno incluyendo el estiércol que servía de fertilizante. Todo eso formaba parte del ambiente de campo que tanto los asombraba y entusiasmaba.

Después de la cocina, se iban a recorrer la panadería, las largas bancas en las que se apoyaban las palas de madera, que como largos remos, alineaban los panes crudos listos para ser horneados. El pan recién amasado entraba blanco y pequeño, y con el calor del horno se transformaba y reaparecía crecido, cocido, oloroso y humeante. —¿Por qué el pan está tan oscuro Jorge?— preguntó la madre... —Por los campos devastados de Europa, el precio de la harina de trigo está por los cielos, toda se la llevan fuera y hay escasez. La tenemos que mezclar con harina de mijo, ¿podés creer? Una panadería mendigando harina... ¡y ofreciendo un pan casi negro!... ¡qué vergüenza!

—Pero Jorge, el mijo es bueno, es mejor para la salud que la harina refinada... ¡vas a ver, tarde o temprano se va a reconocer la importancia del mijo para una buena dieta!... —No Margarita, eso nunca, los clientes lo discriminan, lo ven como de una clase inferior—, contestaba desanimado Jorge. —Las semillas integrales hacen una mejor harina, insistía la madre, con esa capacidad de vislumbrar el futuro.

En el mismo instante de llegar a Campana regresaban a la mente de Luis los recuerdos de la anterior visita: el piso de mosaicos con colores ocres y naranja de la galería, la bomba de agua de hierro fundido, de cuya palanca gustaba colgarse para ver salir un chorro de agua pura y helada que caía dentro de una pulida cubeta de madera. Junto a la cuadra estaban las habitaciones, la gran cocina y al final estaba el baño de grandes dimensiones donde los muebles se veían desproporcionados. En un rincón de ese baño se había improvisado una regadera que parecía un cañón con muchos orificios de los que el agua salía como una tormenta tropical. En una repisa de ladrillo se asentaban enormes jabones amarillos. Raras veces prendían el calefón, de la ducha solo salía agua fría, aunque no tanto como para tenerle miedo.

A María le gustaba meterse en el baño con los chicos y animarlos para que el agua fría no los intimidara. Ese era otro cambio que Luis notaba, no le daba miedo el agua fría, se metía con mucha decisión, sabiendo que después, para quitarles el frío, María los restregaría con una toalla rugosa que les dejaba la piel rosada, como si los hubieran maquillado. Alejandro participaba en esa reunión nudista que formaba parte de la naturalidad que Campana imponía. ¡Qué diferencia a las costumbres en su casa de Florida, donde todo les daba vergüenza!

A Luis le gustaba despertar y no saber dónde estaba. Durante unos minutos, miraba el techo, los visillos cerrados de la ventana, el color raro de la cobija, hasta que el olor y los ruidos que

venían de la cuadra iban tomando sentido y le hacían recordar que estaban en Campana. Eso lo ponía feliz. Era temprano, bien temprano, y eso tampoco le importaba, no le interesaba quedarse más tiempo en la cama, al contrario le urgía salir al aire libre. Entonces se asomaba a la galería, donde todo estaba desierto. No tardaba en aparecer Miélule, el perrito de Pirulo, moviendo la cola, listo para jugar y pedir su desayuno. No tardaba la madre en asomarse y más tarde María anunciaba que el café con leche estaba servido. Una vez más, pasaban por el ritual de los tazones gordos traídos de Rumania, y el bochinche de las carcajadas y las conversaciones, como si alguien hubiera encendido la radio. Podía ser domingo o lunes, podía ser jueves o viernes, eso no importaba, muy pronto quedaban libres para ir al campo, o caminar por los sembradíos de la granja en busca de frutas y vegetales que servirían para el almuerzo.

—Mami, dijo Luis acercándose a la madre para que no lo escucharan, hoy vamos a ir de cosecha a la granja, para hacer una ensalada de colores. Se trataba de otro juego inventado por la madre: — Vayan al campo, les decía y traigan todos los colores que encuentren. Se iban por la galería rumbo al fondo pasando la zona de los animales, el establo con los caballos y el cobertizo para los carros panaderos. Luis observaba las enormes ruedas de madera montadas sobre muñones de hierro engrasados, miraba lo que colgaba de ganchos en las paredes: monturas, tiras de cuero, aditamentos

de talabartería, atractivos y curiosos. Seguían por el camino bordeado de flores, a lo largo del alambre tejido que encerraba a las gallinas y los gallos tras el que estaba el huerto de hierbas de olor. Dejaban atrás el granero con sus parvas, tambos y sacos de alimentos y fertilizantes naturales, la bodega con las pocas bolsas de harina que mostraba la escasez de la que hablaba Jorge, los comederos para los animales, la única vaca y el becerro allí parados, un par de cabritas juguetonas que Luis observó con precaución, los tambos de leche, la paja esparcida por el piso de tierra como alfombra, hasta llegar al fondo donde estaban los chiqueos y se oían los gruñidos de los chanchos.

Pasada la zona de olores fuertes estaba el campo y la huerta. Alejandro, que era un chico sencillo, demasiado tímido y reservado, se tomaba muy en serio lo que la tía Margarita había pedido, y como ejemplo se metía en los surcos y las plantas. Pronto encontraban los tomates colorados, choclos amarillos, detrás de un mechón de hojas, aparecía una zanahoria anaranjada. A ver, Luis, tratá de arrancar esos tallos, a ver qué pasa. Luis lo miró con sospecha e hizo lo que le pedía. Alejandro desenterró unos tubérculos y con la uña hizo a un lado la delicada piel que los envolvía y dejó ver un color púrpura intenso. —¿Qué es?— preguntó Luis. —Es una batata! Respondió Alejandro satisfecho con su revelación. Así regresaron a la cocina cargados de vegetales. —Vamos a hacer un buen puchero, dijo Sofía, mientras manipulaba unos huesos de caracú. Luis se daba cuenta que las

legumbres tenían otra presencia, que las miraba de otra manera. —Mamá va a estar genial el puchero con legumbres... ah!... y ya me di cuenta ¿eh?, agregó dándole una mirada de inteligencia que la madre lógicamente no entendió.

Para el día siguiente habían acordado acompañar a Jorge a repartir pan a las 7 de la mañana. Surtía a domicilio a clientes y a otras panaderías que no tenían cuadra. El recorrido pasaba por el puerto, así que iban a poder ver el río. Los caballos conocían el camino y solos se detenían frente a la puerta de cada comprador. Sabían también en qué momento continuar su trote. Los hermanos se admiraban que Jorge no tuviera que tocar las riendas. Al regreso el puchero estaba ya hirviendo lentamente y echando humo.

Como pasa en los barcos o en los hospitales, que nunca duermen, la panadería también estaba activa y en movimiento a todas horas. Los hornos encendidos eran como la caldera en un barco o una locomotora, señal de vida. Era imposible tenerle miedo a la noche bajo esas circunstancias. —No es la noche, sino el silencio, pensaba Luis, lo que no me gusta. En esta casa la noche se diferenciaba poco del día, cuyo único tiempo de descanso era la siesta. Luis reconocía que de la noche no había nada que temer, al contrario, podía ser misteriosa pero también podía ser una buena amiga. Lo que asustaba en la ciudad era que todos se fueran a dormir y uno se quedara solo. ¡Qué mundo tan seguro y tan lógico era para Luis

el de Campana! Se hacía pan, se vivía del pan, y todo lo demás estaba allí. Dormía profundo, con esa seguridad que daba el silencio total de la noche campesina. En medio de la noche, antes de la madrugada, todavía se escuchaba la faena, amasar, meter al horno, dorar, y llenar las canastas del pan de cada día, como una obligación comunitaria antes que un negocio.

—El artista, decía la madre, es como el panadero, trabaja con sus manos, es un artesano, aporta con su trabajo que es su mercadería. El pan es aquí como los cuadros en casa del pintor, o las canciones en casa del músico, o los barriletes que arma el juguetero... —¿Barriletes? saltó Luis, ¿cómo los que yo hago en casa con caña y papel delgado? —Si Luis, ¿no te parece una obra de arte un barrilete que vuela atado a un cordel que vos manejas con tu mano? Ese papel de color que compraste en la papelería ahora es una mancha de acuarela bailando sobre el cielo azul... como si fuera una pequeña estrella hecha en la tierra. —El panadero, como el poeta, es una persona común que ayuda a que vivamos en un lugar mejor; puede ser hombre, puede ser mujer, agregó, subrayando. Luis se quedó mirando uno de los panes, lo tomó con su mano y lo observó como si fuera la primera vez que veía un pan. —En el campo se vuelven a bautizar todas las cosas, pensó.

En vez de dormir la siesta, cuando el sol brillaba con fuerza, mientras Lilita jugaba con su prima Margarita, Luis se iba con Alejandro a caminar por el campo. Iban entre charcos llenos de renacuajos, descubriendo sapos escondi-

dos, cruzando empalizadas, abriendo y cerrando tranqueras. Vamos a la tapera que compró mi papá. Está cerca del río, pero yo sé ir por un camino corto, decía Alejandro. A Luis le gustaban las cortadas, los atajos, las puertas escondidas, y más que nada, en ese momento, la idea de una tapera ubicada cerca del río. A Luis no le preocupaba si al meterse en campos ajenos estaban transgrediendo alguna ley o no. Se dejaba llevar por su primo, que disfrutaba de su condición de baqueano, mostrando más audacia y coraje del que Luis hubiera sido capaz.

Luis miraba el paisaje, las huellas de ruedas de madera en el barro, caminaba por esas calles de tierra en la que se elevaban grandes matas de pasto desbordado, flores y plantas silvestres que se confundían con las ramas de los árboles inclinadas por el peso de las hojas y de los frutos, en ese paisaje descuidado, dejado a su propia suerte. En la llanura los largos surcos dibujaban entramados como los de un telar, eran los brotes en línea de la futura cosecha. En medio del paisaje a Luis le quedaba claro lo que el asfalto y las casas habían tapado en su gran ciudad. —Esto es lo que cubre el pavimento: no es solo la maleza, ni los yuyos, las plantas, sino también las ranas, los pájaros, las liebres, las vacas, los caballos... esto es lo que el pavimento tapa, se repetía como enojado, solo le da permiso a tener estrechos patios, contados jardines, huecos. Sin embargo, la ciudad no podía ser enemiga total del campo, y de alguna manera negociaba, dejando huellas, resabios, lechos de ríos convertidos en canales

y más tarde en veredas, origen de los caminos escondidos, explicación de los atajos, cuna de los misterios que la urbanización creaba.

—¿Mami, cómo puede ser que la tierra que es negra produzca tantas verduras y legumbres de colores? —No, no, Luis no es así... primero, la tierra no es negra, la tierra está llena de minerales y si la viéramos con un microscopio verías que no es negra, es multicolor. Negra es la noche, la oscuridad y también la fertilidad, porque se compone de restos fósiles de nutrientes. La tierra es el material con que está hecho el mundo, que es fuego y piedra, contiene hierro y muchos minerales, coronados por el agua, como una fruta cuya corteza contiene una esfera líquida. A Luis le gustaba no entender del todo lo que su madre le decía.

—¿Y de qué más está hecha?... dijo para que la madre siguiera improvisando.

—Bueno, principalmente... dijo y se detuvo como para ir más allá... en realidad, no importan los materiales, que son muchos, quizás demasiados... pero podría resumirlo con más precisión si te digo que la tierra está hecha de colores.

—De colores que se oscurecen... dijo Luis para estar de acuerdo.

—Si Luis, dijo la madre animada... porque la tierra es esencialmente verde, afirmó, aunque de muy lejos es azul, y se quedó callada un instante. Cuando llega el otoño nacen los amarillos, el oro, como las espigas de trigo que

viste esta mañana cuando te fuiste a caminar con Alejandro.

—Ah, sí, cierto... reaccionó Luis, ¿me habrá estado espiando? pensó.

—Y cuando llega la primavera se entrega de lleno al blanco, porque los jazmines son blancos, y hasta la lluvia que no tiene color, es fresca como la blanca y transparente claridad. Prosiguió la madre inspirada. —Los jazmines, la flor de los manzanos, las malezas, las amapolas... los cardos, la flor de Maica que algunos llaman diente de león, son todas blancas.

—Sí, sí...volvía a decir Luis, mirando pasar unas nubes blancas. Sí, sí... todo se viste de blanco... ¿y entonces?...

—Entonces viene el invierno, que muchos confunden con el blanco de la primavera, pero no, no, no... el invierno no es blanco, no, de ninguna manera, decía con seriedad, el invierno es rojo, como el corazón del quebracho, como las brasas rojas de fuego, como el fondo de los hornos de la cuadra. En el invierno las orejas y hasta la nariz se nos ponen coloradas.

Luis estuvo de acuerdo, pensando en los sañaones que le salían en sus orejas, y hasta en los talones de sus pies...

—Y al final, o quizás al principio, no lo sé bien, ocurre un milagro, una fusión, como pasa con la letra y la música, como el todo y la nada: aparece el verano, el esperado y sorprendente

verano... y el verano, ¿de qué color crees que sea?

—¿De qué color? Se preguntó a si mismo Luis, para no responder al primer impulso, para ganar tiempo, y dar una respuesta que hiciera juego con la imaginación de su madre... se tomó otros dos segundos extras y siguiendo el envío, se atrevió a dar la respuesta en forma de pregunta: —¿será negro?

La madre abrió grandes los ojos sonriendo... —¡¡Tal cual, Luis!!... veo que sabes darte cuenta de la esencia de las cosas. El verano, aunque sorprenda a más de uno, es del color de las sombras, es el color del reverso de las hojas de un árbol, iluminadas y verdes hacia arriba, pero negras de sombra hacia abajo, como las nubes cargadas de agua, como los lentes oscuros que filtran la luz del sol, como las rendijas, como el carbón, como el fondo de un lago. El negro es la gran metáfora, es un "no color" lleno de simbolismos. Cuando la luz del sol brilla en el verano, brilla más cuando la vemos desde la sombra, sentados bajo un álamo, un sicomoro o un sauce llorón.

Luis no necesitó más argumentos, le bastaba haberlo intuido y que su madre lo aplaudiera, para él la teoría del arte entera estaba en ese diálogo y por ello quedó convencido y satisfecho. Ya estaban regresando a Buenos Aires, y desde donde estaba podía ver los oscuros listones horizontales de la persiana filtrando la luz reflejada en los vidrios de la ventanilla.

—Es verdad, pensó, el verano se reconoce en las filigranas que forman las ramas y sus hojas, como cuando las nubes blancas se agrietan y dejan ver el gris que anuncia la tormenta del verano. Recordó del *Tesoro de la Juventud*, los cuentos de Persia, donde las ilustraciones dibujaban celosías. Volvió a mirar el cielo desde la ventanilla del tren en movimiento junto a los postes y los cables de luz que pasaban en sentido contrario, junto al enjambre de ramas dibujándose contra el azul del cielo.

Ahora que estaba entre las casas que hacían a la ciudad, veía los árboles como algo prestado, los parques como vestigios de otro paisaje, pruebas vivas de un mundo donde la naturaleza había perdido su libertad. María les había preparado paquetes y bolsas llenas de pan y de verduras. Luis había quedado emocionado en esta nueva despedida, sin saber por qué. Todavía tenía en su mente la figura de los familiares saludando con las manos levantadas al cielo y pensó que ellos también se habían quedado un poco tristes con la partida y sin embargo, sonreían. La imagen que le quedó en la cabeza mostraba a María con esa mirada lánguida tan suya, Alejandro distraído, mirando para otro lado, Margarita con una muñeca que apretaba entre sus brazos y Jorge allí presente pero distante. El tren se siguió deslizando, como resbalando por las vías, las ruedas golpeaban las juntas de los tramos de vía, creando un golpeteo como música de fondo. La madre y la hermanita estaban calladas, moviéndose sin querer de un lado al otro por el vaivén del vagón. Luis ponía

atención en las humaredas lejanas de ramas y hojas quemándose. Creía oler el vaho de la hojarasca quemada. La velocidad del tren le daba esa certeza del que sabe adónde va. Luis veía pasar las largas líneas de árboles frutales, de surcos sembrados, de parras florecidas, como hileras de soldados en un desfile militar.

A lo lejos un arco de ladrillos señalaba la entrada a una estancia. Pasaban graneros, puentes, riachuelos, que se estremecían con el paso del tren. Paulatinamente, las calles de tierra iban dando paso a empedrados, más tarde al asfalto oscuro. La campanilla de los cruces donde había barreras sonaba estrepitosamente y al pasar cambiaban de tono, como si un músico lo hubiera decidido, el maquinista hacía sonar de vez en cuando el silbato, como si se tratara de un Shofar, de un cuerno sonando en Roshashona, anunciando su llegada, conquistando el camino.

Por fin lo que parecía una vía férrea principal, se fue metiendo por caminos traseros, mostrando traspatios de la ciudad, cruzando por la retaguardia de barrios populosos, las casas cada vez más próximas entre sí, hasta irse montando unas sobre otras en pirámides y pilastras verticales, edificios habitados, cobijando a alguien y sin embargo, no se veía a nadie asomado a una ventana o sentado en un balcón. El olor a alquitrán y la presencia vibrante de la ciudad los iba envolviendo, apagando la inocencia rural que los había cobijado esa misma mañana y que ahora estaba metida, guardada en las bolsas y paquetes que contenían

el pan que con tanta entrega y nobleza habían amasado esa madrugada los panaderos en la cuadra. Traían el olor a horno, las huellas del fuego y de las manos diestras de Juan, de Fermín, de Sebastián, los trabajadores de Jorge.

El tren como una larga mecedora, los adormiló por unos instantes, hasta que el tráfico y las estaciones anunciaban la cercanía de Retiro. Por fin el tren entró a la inmensa nave cubierta con una bóveda monumental. Bajaron cargados de paquetes, bultos y valijas. Caminaron a lo largo del andén, a un lado de las grandes ruedas de hierro de la locomotora. Luis se sentía pequeño en el inmenso vestíbulo. Llegaron a la calle. Luis levantó la vista para estudiar ese horizonte de chimeneas y edificios, que no permitían ver el río. Lo imaginó como una estela perdida donde los barcos se alineaban para recalar en el puerto, ese puerto invisible, escondido detrás de inmensas tranqueras de acero, pero que, sin embargo, allí estaba, a pocos metros, el mismo lugar donde alguna vez bajaron de un barco y pisaron tierra argentina sus abuelos rusos y sus abuelos rumanos.

Se pusieron en la cola del colectivo 6. Luis miraba el piso en que estaban parados. Observó las baldosas abiertas, las grietas del pavimento. Notó como crecían entre los intersticios unas diminutas plantas, florecitas de color blanco y de color amarillo, entre hilos verdes, largos tallos, gérmenes de pasto abriéndose paso, floreciendo. Pensó que por allí se asomaba el campo, como quien no se da por vencido, como el que sigue luchando para recuperar su lugar.

—¡Qué bien que el campo no se dé por vencido! —dijo de pronto Luis, rompiendo el silencio que los había acompañado en esas horas de regreso, buscando la atención de la hermana y la mamá mientras llegaba el colectivo 6 que los llevaría a casa de los abuelos.

—¡Qué bien que la naturaleza de señales, como diciendo: ¡aquí estoy!... ¡aquí estoy! ino me voy a dejar ganar!— insistió Luis.

La mamá pensaba en otra cosa, no alcanzaba a ponerle atención.

—¡Qué bien que el campo trate de hacerse respetar!— decía, mirando los monumentales árboles de la Plaza Británica que tenían enfrente, mirando las palmeras, los arbustos, la alfombra de césped, enmarcando el ladrillo rojo de los muros de la monumental e histórica Torre de los Ingleses.



Belgrano 1288

Sonó el teléfono. La madre lo atendió enseguida. No tardó en colgar.

—Es papá que avisa que ya viene para acá— anunció, como lo hacía cuando el padre avisaba que llegaría a buena hora. Había oscurecido y algunas luces de la casa estaban encendidas. Cada cual se fue ocupando de encender las que faltaban. Se encendieron todas, inclusive la del pequeño guardarropa debajo de la es-

calera y la del baño de visitas, cuyas puertas permanecían siempre cerradas. Muy pronto la casa brillaba por dentro y por fuera. El padre había establecido que cuando llegara a encontrarse con la familia todavía despierta, todas las luces debían estar encendidas. Llegar y encontrar todo iluminado era para él una buena señal, una manera de llamar a la buena suerte y ahuyentar lo que más temía, la yeta, es decir, la mala suerte.

Estaban festejando la inauguración de la nueva y flamante oficina que el padre había alquilado muy cerca del centro, en un sitio equidistante entre Radio Splendid, el Teatro Maipo, y la casa de los padres, donde siempre encontraría algo rico que comer y un sillón donde reposar. El cambio se hizo imperativo por los nuevos contratos, el éxito de sus programas de radio, y el nuevo musical en ciernes. Florida quedaba demasiado lejos y ya no funcionaba como punto de reunión. Su primo Tiempo había quedado a cargo de los guiones para Christensen, Julio buscaba triunfar con el teatro y en particular en el género de la comedia musical.

Mientras la madre acomodaba la mesa de la cena, los chicos se asomaban a la puerta buscando señales de la llegada del padre. Por fin hizo su aparición en su Lincoln Zephir, del que bajó cargando un conjunto de paquetes envueltos para regalo. Verlo entrar en forma tan aparatosa los hizo sonreír. La esposa presurosa le ayudó a deshacerse de su carga. Los chicos sabían que muchos de los envoltorios irían al ropero, eran regalos que guardaba para irlos

repartiendo a medida que los compromisos lo requiriesen. Julio no concebía llegar a ninguna parte con las manos vacías. Por eso llenaba el ropero de paquetes, en lo que a Luis le parecía una habitación dentro de la habitación. Ya con el cuerpo más visible todavía colgaban de sus hombros un par de bolsas de rejilla que contenían paquetes envueltos en papel blanco con el familiar sello azul de la rotisería Willy. Willy era el alemán alto y simpático, dueño de la Deli-Gourmet de la avenida Maipú, del que el padre era uno de sus clientes favoritos. En su negocio ofrecía todo tipo de tentaciones culinarias, incluido el pan de queso brasileño, el pan negro de centeno, arenques, pepinos y otras delicias. El mostrador de Willy recordaba el del almacén del pequeño sol rojo, que los Lifchitz habían tenido en Kremenchuk.

A los chicos les encantaba esa llegada triunfal del padre envuelto en un halo de lavanda inglesa Atkinsons y desbordado de paquetes. Sobre la mesa ya puesta y engalanada del comedor, iluminada como si se tratara del escenario de un teatro, el padre fue intercalando y a veces sobreponiendo entre los platos servidos, las contribuciones que nadie le había solicitado: filetes de pescado blanco, salmón ahumado, matambre con guarnición, vitel toné, ensalada de col, encurtidos de berenjenas y pimiento morrón, un enorme frasco de crema, un pan de queso, otro de centeno, rebanadas de postrom con pepinos agridulces, y hasta unos merengues, que aunque totalmente vedados por su médico, le gustaba incluirlos como si formaran parte de

su menú. —Me prohíben comerlos, pero no comprarlos, aclaraba riendo.

Luis disfrutaba de la mesa exageradamente llena de platos para festejar la nueva oficina. Le gustaba la idea de que no fuera sábado o domingo, que cualquier noche pudiera servir para una fiesta espontánea, a la que el padre llegaría temprano y con tiempo para estar juntos. Flotaba en el aire la incompatibilidad entre lo que la madre había preparado, rico y suficiente, y los no solicitados extras, a todas vistas superfluos, elaborados comercialmente, aunque sabrosos. Pero nadie se atrevió a decir nada. Luis, famoso por resistirse a comer y cuya delgadez había sido una constante preocupación para la madre y para su tía Elsa, ya no era un problema. No sólo no oponía resistencia alguna, sino que parecía emular y hasta competir con su padre en cuestión de gula y excesos. Flaquito como seguía siendo, había cambiado radicalmente de hábitos. Según su madre, repitiendo un mito argentino, su apetito era resultado de la operación de las amígdalas. Según ella, Luis había comenzado a comer después de que el doctor le atoró unas tijeras y lo despojó de algo considerado sobrante en la garganta.

Ahora era un cómplice entusiasta de los gustos del padre y lo sería de su nueva oficina a la que Luis acudiría al menos una vez por semana a hacer sus deberes. No era necesario especular mucho para entender que la idea de que Luis fuera de vez en cuando a la oficina de su padre a hacer los deberes, era una más de las estrate-

gias que la madre aplicaba para mantener a la familia unida, por decirlo de alguna manera. La justificación para que el hijo fuera al menos una vez por semana fueron los 70 tomos de la recientemente adquirida *Enciclopedia*, que le resolvería a Luis muchas de las preguntas que el colegio lo obligaba a contestar. La enciclopedia ocupaba todo un muro del entresuelo. El espacio era muy adecuado para que alguien se instalara a hacer los deberes, tenía cierta privacidad y estaba equipado con un pequeño escritorio y suficiente iluminación para que el chico lograra concentrarse, leer y escribir.

§

Por fin llegó el primer día que Luis viajaría a la oficina de la avenida Belgrano. La mamá le acomodó bien el sobretodo sujetando con fuerza las solapas, casi sacudiéndolo. Después lo dejó ir hacia la parada del colectivo 10. No era la primera vez que viajaba solo. Luis se alejó con paso apresurado, pero no pudo evitar mirar hacia atrás. Su mamá seguía allí, saludándolo sonriente. El colectivo se demoró algo, pero por fin llegó, se subió y casi enseguida lo invadió un sentimiento nuevo, que aunque ya lo presentía, ahora le llegaba con nueva fuerza: sentirse libre.

Ya sentado junto a la ventanilla, ni le pasó por la cabeza la idea de jugar al ¡Yuum para casa!... —Son ideas de mamá, valiéndose de nuestra mente infantil, se dijo, pensando en su hermanita todavía mucho más inocente que él, pero que ya había logrado una libertad que él

envidiaba. ¡Liliana no le da bolilla a nadie, y en cambio todos se meten conmigo! pensó algo molesto, pero ahora soy un pasajero más, como cualquier otro, reafirmó para combatir cualquier debilidad, con el tono de una declaración de independencia.

Eso le gustaba, ser un adulto como todos. Ir mirando por la ventanilla con ojos de adulto, transitando por la ciudad de todos, una ciudad como todas las ciudades, llena de gente como él. —Todos, se decía, soy parte de todos, decía mirando las personas desconocidas que iban y venían, pero que también vestían corbata, saco, algunos sombreros, todos preocupados por tener los zapatos lustrados. También veía otras cosas, por ejemplo un balcón con antepecho de mármol labrado, con pajaritos de porcelana en la cúspide, o un acabado de mármol con vetas rosadas, pero no se inmutaba. No se dejaba sorprender por ese señor vestido con bombachas de gaucho, un chambergo de ala doblada adornado con una pluma de faisán, —no es común, comentaba para sus adentros, pero no me va a distraer. Nada le parecía espectacular o único. —Son cosas normales que hay en todas partes, se decía, evitando entrar en disputas consigo mismo, mientras guardaba el boleto con el escondido propósito de esta vez sí, iniciar una colección.

Ahora su atención estaba puesta en el camino, en las calles por donde andaba, de vez en cuando constataba los números que le decían la altura a la se encontraba, cuantas cuadras le faltaban para hacer la parada, el tiempo para

apartar el cambio para el pago del siguiente boleto, en fin, se sumía en las preocupaciones comunes de cualquier pasajero. Nada de cosas únicas y excepcionales para llevar a casa. Así pensaba sin poder evitar escuchar desde su interior la voz de la madre diciendo:

—“Mi hijo está viviendo una nueva etapa. Ahora es un muchachito que viaja solo y no se distrae con aquellos juegos fantasiosos de antes. Está creciendo.” Era imposible vencer a la madre, iba siempre un paso adelante. Ahora Luis estaba aprendiendo a transitar por una nueva calle y una nueva zona de la ciudad, tenía que ubicar la calle Santiago del Estero, porque a esa altura de Belgrano estaba la nueva oficina. Las calles Ayacucho y Esmeralda, eran las coordenadas de trabajo del padre, por eso se había ubicado en el barrio de Monserrat, pegado al de San Cristóbal.

Desde ese mezanine que Luis veía como un balcón que daba a la oficina de su padre, se podía escuchar el repiqueteo de las máquinas de escribir, que le recordaban la imprenta de su abuelo y la oficina de su casa, ahora poco o nada utilizada. En lugar de linotipos, las Remington imprimían sin detenerse guiones y libretos que salían disparando hacia las estaciones de radio, o el teatro donde ensayaban. Ello ocurría entre el humo del cigarrillo y las voces de los que colaboraban en la creación de tramas, argumentos, partituras y versos, constantemente interrumpidas por carcajadas, altisonantes frases sueltas, exclamaciones, tarareos y tonadas que ascendían hacia el en-

trepiso con la nítida claridad, como si le estuvieran hablando al oído. —Por fin participo de la oficina de mi padre—, pensaba Luis, muy satisfecho y contento de tener la *Enciclopedia* toda para él.

En los días acordados, saliendo del colegio, en lugar de irse para Roca, Luis cruzaba Maipú para tomar el trolebús, que lo llevaba hacia el centro, a la oficina del padre, a la que llegaba a la hora que más hambre tenía. Comer con su padre era un acontecimiento que lo entusiasmaba. —Aprendo más en el restorán que con el Espasa Calpe, le gustaba decir por exagerar. Iban juntos a los restoranes favoritos del padre, donde mozos, chef, cocineros, y hasta parroquianos desde sus mesas, lo saludaban con simpatía. Era un ir y venir de manos y comentarios dichos en voz estentórea, refiriéndose a cosas, personas y acontecimientos que aunque extraños para Luis, enseguida pasaban a formar parte de su repertorio y de sus intereses.

—Vamos Luis que ya hace hambre, decía el padre, y Luis bajaba en un instante la escalera de caracol del mezanine listo para salir.

El padre no le decía a qué restorán irían ese día. Podían ir a pie o en taxi, pero juntos se enfilaban hacia alguna parte. A veces los acompañaba Samuel, a veces Raúl, aunque generalmente iban los dos solos. Luis se dejaba llevar. Caminaban por la vereda hasta que de pronto el padre abría unas puertas que podían ser de metal, de madera o de cristal, y entraban ambos uno detrás del otro, no a buscar mesa, sino

para seguir sin detenerse, directo a la cocina. Con el tiempo Luis se acostumbró a que el padre pidiera la venia de sus amigos cocineros, se pusiera al día de lo que allí pasaba, antes de ir a su mesa. Se metía en la cocina sin pedir permiso y Luis lo seguía como si fuera parte del remolino que su voluminoso padre iba creando a su paso.

—Hola don Julio— lo saludaba con familiaridad el cocinero, mientras el padre levantaba la tapa de las ollas, o echaba una mirada a las sartenes en plena acción. Pronto se acercaba el chef, algún garrotero, todos con las manos extendidas, saludando.

—¿Qué me dice Porter, cómo vio este domingo a la máquina? ¿qué tal ese 2 a 1 en Centenario?

—¡Un jugazo, mejor imposible!

—¿Cuánto cree que nos dure Peñarol, con Pederñera, Labruna y Lusteau juntos?

—¡Ni un minuto!... ¡segundos!... contestaba el padre, que era un fan de River.

—¿Y la Academia? — preguntaba otro. ¡Ah! Esa pregunta hagasenlá a Margarita, mi esposa, que es de Avellaneda. Pero no discuto al Racing, ha sido el primero de Barracas al Sur, donde ella estudiaba.

Luis sabía a qué se refería el padre cuando hablaba de Avellaneda. La madre a veces lo llevaba a caminar por allá, cruzando ese oscuro puente que a veces aparecía en sus sueños como un laberinto o un conjunto de fierros ne-

gros y armaduras como extrañas cuevas dignas del parque japonés.

En la cocina estaba el verdadero foco de interés del padre, la comida: —¿Qué trajeron fresco del mercado? Le preguntaba el padre al cocinero —¿Qué tal estuvo la pesca esta madrugada?... ¿tienen radicheta fresca? Las preguntas las respondía el crepitar de las merluzas en pleno cocimiento. —Yo no abro mi apetito con aperitivos, decía el padre, prefiero los olores de la cocina. Una vez obtenido un panorama de los especiales del día, entonces se dirigían hacia una mesa. Pero no a cualquier mesa. En cada restaurante el padre tenía sus mesas favoritas, generalmente las que combinaran privacidad, ventanas y mucha luz.

—Me gusta ver lo que como, aclaraba el padre. No acepto comida en la penumbra, y menos aún en la oscuridad, ¿o caso me viste alguna vez comer pochoclo en el cine? Luis se rio acostumbrado a sus chistes. El mozo se acercaba con esa parsimonia propia de los meseros porteños que son un dechado de caballerosidad, memoria y profesionalismo y nada parece sorprenderlos. Jamás le ponían al padre un menú delante. El mozo tomaba nota mental de lo que le iba dictando, que en lugar del nombre de un plato, era una receta, especificando con claridad y precisión lo que quería, machacando los detalles con insistencia, en especial lo que no quería.

Esa mañana, como otras veces, fueron al Tropezón. Era de los restoranes a los que el padre

le gustaba ir cuando hacía un poco de fresco, corría el viento y el cuerpo pedía un caldo caliente. No era el mejor clima para ir caminando, pero caminar era algo que al padre le gustaba hacer. El Tropezón estaba a unas diez cuadras de la oficina. Al padre le gustaban los ángulos rectos y no las diagonales ni los atajos, tenía algo en contra de esa geometría. De tal manera que iban cinco cuadras por Belgrano hasta llegar a Entre Ríos y otras cinco por Entre Ríos hasta el Congreso, cruzaban la majestuosa plaza, pasaban la confitería del Molino, cruzaban Sarmiento, y antes de llegar a Cangallo atravesaban las puertas estilo "art deçó" del *Tropezón*, donde los esperaba el plato clásico, un puchero que servían desde una olla de acero inoxidable mate, con un cucharón que a Luis se le hacía insondable.

Cuando pasaban por El Molino, el padre le contaba de un dicho que había inventado con la madre, el llamado "humor 12". La madre tomaba el colectivo 12 desde Vieytes y Lujan, después de cruzar el puente Pueyrredón, para llegar a la esquina de la confitería donde solían encontrarse, Rivadavia y Callao. El 12 llegaba, bajaba gente y... el humor 12 dependía del tiempo que la madre lo hiciera esperar.

Una vez en El Tropezón, el padre le dijo a Luis: —Aquí no es necesario ir a la cocina. No hay vuelta que darle, ¿verdad Luis?, las cosas en este restorán son muy claras, transparentes como el caldo de un buen puchero.

—¡Puchero con caracú para dos!— exclamaba feliz el hijo —¡Y nada de pan! — agregaba el padre, subrayando la palabra *pan*: — “El pan llena espacios preciosos que hay que preservar para algo mejor”, era una de sus consignas gastronómicas que nunca dejaba de repetir. El padre no sólo conocía los clásicos restaurantes porteños, sino también otros, menos populares, que podían estar escondidos en la trastienda de una rotisería, tras una puerta disimulada detrás de un mostrador, en el sótano o en el último piso de una sinagoga. Lugares que tenían algo de clandestino, o de logia secreta, como cuando iban a la sala hogareña de una casa particular donde la cocinera era una abuela y los mozos sus nietos, o al anexo de un almacén “Deli”, con hornos al rojo vivo, no tan distinto del que habían tenido los Lifchitz en Kremenchuk, donde la hermana mayor de la abuela Berta, la tía Luisa era la que servía, y la otra hermana, la tía Catalina, la encargada de la caja.

A Luis le gustaba sentirse cómplice de las costumbres de su padre, aunque en casa lo consideraban excesos y excursiones temerarias donde se rompían los mandatos del médico del padre, el especialista en diabetes, Usher Faerman, su primo, el hijo de la tía Catalina. Solían regresar de sus almuerzos charlando mientras caminaban por la vereda.

—Caminar es bueno para la digestión, comentaba Luis, racionalmente.

—Y además, te ayuda a abrir el apetito, lo interrumpía el padre con una de sus salidas. Sin embargo, no pasaba mucho tiempo para que ese comentario se hiciera realidad.

—¿Qué tal si vamos a la panadería por unas masitas, o mejor una pastafrola que nos ayude a bajar la comida acompañada de unos matecitos? Preguntaba el padre, sabiendo que todo eso, menos el mate, le estaba prohibido, pero consolándose como si el paladar del hijo pudiera tomar el lugar del suyo. Y eso solía hacer. El hijo quedaba satisfecho después de una buena comida, sin lugar para postre y el padre le pedía uno, un flan con dulce de leche y crema chantilly, nada más para verlo como se lo comía y en algún momento, darle un cucharazo al flan.

Pasado el berretín gastronómico, retomaban el ritmo de trabajo como si tal cosa, a nadie se le ocurría pensar en una siesta. Entre visitas y charlas, el padre iba despachando tareas: un libreto para radio Splendid, avances del guion de "Rigoberto", la película en ciernes basada en la obra de su amigo chileno Armando Moock... la lista seguía y cuando parecía que se terminaba surgía una nueva entrega, un nuevo proyecto. El padre parecía tener tiempo para todo, incluyendo las carreras de caballos, una partida de póker, de generala o de dominó, antes o después del café, en su constante deambular entre la oficina, el centro y sus teatros. Eso sí, el principio y el final de cada día ocurría en su casa de Roca, allá en Florida junto a los

suyos. Nunca fallaba. —“El alma encuentra su cura cerca de la familia”, decía.

La radio, el cine, la comedia musical eran para Julio otra forma de ejercer la poesía, y se proponía demostrarlo. Su problema no fue nunca la creatividad, el arte o el uso de la imaginación, la rapidez con la que aprendió el oficio de guionista, había ejercido en él avances en su personalidad, desatando y revelando nudos escondidos. Su afición por el juego era uno de ellos, que ejercía a través del humor y del poder que la súbita popularidad le daba. Sentía que esos aplausos era un reconocimiento que lo eximía de culpas. Creía en los augurios y sabía que las cifras o los signos esconden premoniciones. No es fortuito entonces que su primera obra musical ocurriera en un ambiente de dados, ruleta y naipes, llevando como título: “Madame 13”.

La pieza ocurre en plena temporada veraniega cuando se está por realizar un concurso de belleza en Mar del Plata. Una de las modelos que se presentan, sufre un ataque de amnesia y se despierta desconociendo su verdadera personalidad. Un admirador la bautiza como “Madame 13” y se enamora de ella. El argumento gira alrededor de descifrar el enigma de su belleza. El número 13, que en la mitología popular representa mala suerte, para Julio resulta un número asociado a los cambios, no le teme, al contrario, lo busca. La pérdida de memoria es una muerte simbólica, que representa la posibilidad de lograr un renacer, un nuevo estado, que puede ser de mayor enten-

dimiento o de crecimiento espiritual. La fortuna del porvenir, lo que se conoce como "manía", llevaba a Julio a poner atención a toda señal que pudiera ser una fuerza externa con influencia. No es de sorprender esa mentalidad en un poeta, si consideramos que la poesía está íntimamente relacionada con la magia, y se alimenta de esa potencia oscura que es la superstición, haciendo del poeta el guardián de un conocimiento diferente.

Madame 13 anticipa algo que el padre no hubiera visto como casualidad. Es una obra musical que precede a otra que ocurriría en la Broadway que Julio deseaba trasladar a la calle Corrientes. Se adelanta cinco años a la obra del compositor y autor Frank Loesser, que Julio conocía a través de sus canciones. Ambos aplican el tema y algunos principios propios de la magia del juego. Julio lo hace en 1945 en la obra *Madame 13*, Loesser lo hará 5 años más tarde, en una de las obras musicales que más éxito han tenido en la historia del espectáculo: "Guys & Dolls". Loesser combina el misticismo de la religión, representada por un grupo del ejército de la salvación, con el azar de los dados. Porter pone en escena personajes susceptibles de encontrarse en la calle, en el hipódromo, en el casino, en mesas de billar, de póker, entre orilleros, gente del arrabal, malvivientes, o en cualquier sitio donde se puedan agitar cubiletes. El mismo contexto y tipo de vida llevaría el padre de Luis, quien junto con Raúl Gurruchaga, coautor de *Madame 13*, un hombre recto y elegante, acostumbrado a

sumergirse en ese "otro-estado" al que llevan las bebidas, harían la sociedad ideal capaz de traducir en palabras lo imposible de anticipar, poniendo en imágenes la creencia de que vivir es estar atados a lo imprevisible. Julio practica esa creencia, y encuentra en Gurruchaga un oráculo, a través del que se pone al servicio de un lenguaje cuyas palabras responden a la inspiración del momento, al azar y a todo aquello que se contrapusiera a la tiranía de la razón. Julio prefería adivinar lo que podía llegar a ocurrir, antes que pensarlo dos veces.

En Madame 13 el azar se pone en escena siguiendo un guion cuyo germen podía ser un rostro, un anuncio, o palabras que no merecían ser olvidadas. Descifrar códigos requiere suerte. Julio había aprendido a escribir para la radio, para el cine, después para el teatro, más tarde para la televisión, siguiendo su instinto, inventando técnicas que no había aprendido en ninguna escuela ni en ningún libro de texto o manual. La proliferación de su producción asombraba a todos. Podía manejar al mismo tiempo argumentos, música, decorados, orquesta, escena y público. Su éxito en un campo restringido a unos pocos, sin convocatorias abiertas al público, lo acostumbró a manejarse con información y capacidades que no se aprendían en ninguna escuela, no eran del conocimiento común ni se discutían con nadie. El mundo del espectáculo estaba en manos de una pequeña élite y en ella los protagonistas se sentían, como sigue ocurriendo hoy en otra forma y medida, con la gente del

espectáculo, escogidos por la fortuna. Su suerte le confirmaba sus sospechas. No tenía dudas, y por eso seguía sus creencias, tanto su vida profesional como en la de todos los días, apoyado en la experiencia de ayer, moviéndose a medida que iba obteniendo nueva información y entendiendo que lo imprevisto, lo arbitrario, jugaba un importante papel en los cambios a los que obligaban estas probabilidades subjetivas. De esta manera fue transitando del papel del poeta que oye, poseedor de la música que sigue lo que el lenguaje elige y le dice a un lector que nunca conocerá, a ser un escritor que aprende a plantear conflictos dramáticos, para resolverlos de acuerdo con el espectador que sentado en la platea del cine o del teatro, espera un final feliz. Esta transformación implicaba un intercambio entre su conciencia y la realidad que ciertamente tuvo un efecto en él.

Entre crisis y apogeos, en medio de la sensación de poder que da la popularidad, del aparente acompañamiento que provoca el aplauso del público, del estilo de vida propio de la farándula, un estilo de apariencias y fachadas, estrellatos efímeros, egocentrismos patológicos, compra y venta de intimidades, el poder que otorga abrirle las puertas a nuevos talentos, y su presunción de generosidad, eran muchas y diversas las emociones que Julio y su círculo cercano experimentaban a lo largo de cada jornada. En un mundo de fantasmas que aparecen y desaparecen, sus aliados continuaron siendo las palabras, los argumentos, los diálogos convertidos en guiones, en suma, las ideas.

Había nacido artista y ese sello permanecía en él, como un escritor que además de palabras, manejaba el lenguaje del cuerpo, la imagen, la música, el movimiento, el sonido, la voz. El padre había sido siempre una persona confiada en su talento y en su percepción, que no se atenía a las normas. Había sido desde siempre un soñador, en un mundo grandilocuente y estentóreo, que en realidad era, como lo definió su buen amigo Luis Ordaz, “un mundo de sueños pequeñitos y muy indefensos”.



Plaza de Mayo

Esa mañana habían vuelto a ir juntos a la imprenta. Luis era una vez más el invitado especial del abuelo. —Vamos Luis, quiero que me acompañes—, le había dicho en tono un poco seco, extrañamente parco. Luis se sentía responsable cuando el abuelo le pedía que lo acompañara. —Seguramente necesita que lo ayude en algo— se decía, convencido de su papel. Sabía que el abuelo era bastante solitario y acostumbrado a resolver sus cosas por su cuenta, tomando sus propias decisiones, y eso mismo lo convertía a él en su ayudante ideal, nieto y compañero a la vez. Eso lo enorgullecía. Entrar a la imprenta y hundirse en el mullido sillón de la oficina del director, para leer una revista o hacer cualquier cosa, le parecía una noble tarea que mucho le correspondía. Con esas ideas flotando se transportaba a un posible futuro donde él era uno de los responsables en la

imprenta, esa imprenta que era también su casa. Pensaba: —soy heredero de la dinastía Porter.

Sonó el timbre de la calle. Por la forma en que el abuelo reaccionó ante la campanilla vibrando Luis se dio cuenta que no lo tomaba por sorpresa, que lo estaba esperando. Con el rabillo del ojo vio entrar junto al abuelo a un señor de más edad que él, aunque menos corpulento. Se lo veía distinguido y formal. Antes de acomodarse en la pequeña sala de los sillones mullidos, el abuelo lo llamó para presentarlos. —Luis, quiero que conozcas al Dr. Roberto Leiviller, diplomático e historiador. Luis se acercó al recién llegado hasta tenerlo en primer plano. Se dieron la mano. Luis pudo observar los tres botones perfectamente alineados en el puño del brazo extendido mientras le estrechaba la mano sin condescendencias, tratándolo como a una persona mayor. En ese instante el abuelo tomó del escritorio el libro que había estado revisando y se lo presentó. Ambos se sentaron en los sillones de cuero a conversar. Leiviller sin poder apartar su atención del libro. Luis ya conocía el título del libro que trataba sobre las Guerras y Conquistas en Tucumán y Cuyo. Ahora, desde más cerca, pudo leer el subtítulo en letras rojas: “Fundación de Mendoza, San Juan, San Miguel de Tucumán y Córdoba...”. Mientras los adultos iniciaban su charla Luis regresó a su mesa para retomar su tarea, tratando que su presencia pasara lo más desapercibida posible.

—Don Roberto— escuchó al abuelo decir, mientras hojeaba el libro, —Observe la alta calidad

de impresión de los grabados que nos facilitó, los detalles se ven con muchísima claridad, y como bien usted sabe, claridad es calidad. El autor se veía satisfecho con lo que estaba viendo, curioso por revisar cada fascículo. No pasó mucho tiempo y el timbre volvió a sonar. El abuelo le pidió a Luis que acudiera a atender al nuevo invitado. Con esta nueva llegada, Luis confirmaba que se trataba de una reunión concertada con anterioridad.

El que esperaba en la entrada era un hombre alto, delgado, de ojos azules, que lo saludó con simpatía juvenil, aunque no se trataba de un joven.

—Hola, soy Héctor Pedro Blomberg, ¿y vos?

—Yo soy Luis Porter, el nieto del Sr. Mauricio—, contestó Luis con la firmeza que le contagió ese hombre de espíritu franco y ligero.

Intercambiaron saludos mientras el abuelo ponía sobre la mesa de centro una gran jarra de agua con cuatro vasos altos. Luis se sintió incluido. Se acomodaron en los sillones, Héctor puso sobre la mesa un grueso cartapacio y tomó la palabra.

—Quiero decirle don Mauricio que acudo a su llamado pensando en los textos escolares que tengo ya listos para su publicación. Cuando me advirtió que estaría aquí el Dr. Leiviller presente, lo interpreté de esa manera porque entiendo que él también está elaborando textos para los jóvenes alumnos del nivel primario, una vocación en la que ambos coincidimos a

estas alturas de nuestra carrera!... ambos estamos preocupados por la educación. A lo que el Dr. Roberto se apresuró a agregar: —No sé si este Ud. enterado, querido Héctor, y también usted, don Mauricio, que mi proyecto toral, hoy día, es reivindicar la figura y la vida de Américo Vespucio. Estoy poniendo en orden narrativo los documentos que demuestran que fue él el primero que visitó el continente, mientras que Colón no pasó de Cuba, Vespucio llegó hasta Argentina, lo puedo probar. Por eso América se llama como se llama, aunque no es lo que se enseña en las escuelas, por supuesto.

—Yo, por mi parte— continuó Héctor Pedro, traigo aquí conmigo para su consideración la colección completa de mis libros de texto para la primaria, junto a una colección de poetas que cantaron a los indígenas de toda América, —y al decirlo extrajo de su portafolios un voluminoso manuscrito perfectamente contenido en una carpeta que puso sobre la mesa, junto a la jarra de agua.

El Dr. Roberto sonrió... —es curioso que los dos, ambos en la década de los cincuenta años, bueno, yo ya casi cumpla los sesenta, y usted Héctor calculo que unos años más joven que yo, estemos dedicando nuestro trabajo a la educación de las nuevas generaciones, mientras la situación del país presenta una realidad tan artificial, basada en la mentira y en la más abyecta ficción.

El abuelo aprovechó el breve momento de silencio que provocó la referencia directa a la

mala situación del país para decir: —Querido Héctor y querido Dr. Roberto, voy a serles franco, no quiero darle vueltas al asunto, son muy amables en haber acudido a mi llamado en un día de asueto como el de hoy. Son muy generosos en traer su producción literaria a esta imprenta, no me sorprende que hayan llegado con interesantes proyectos, no esperaba otra cosa de ustedes. Pero esta vez los llamé por otra razón. El abuelo se contuvo para respirar hondo, tener aliento y no dejar que la emoción lo invadiera. — Necesito consultar con personas de criterio, como ustedes, informados, conocedores de la política, de la historia de nuestro país, y a la vez críticos y honestos. Necesito ver su reacción a lo que tengo que decir y lo hago por primera vez en voz alta. La imprenta vive una situación seria. Se encuentra en un fuerte desbalance financiero, y no veo cómo podemos superar esta crisis, dijo, y sin dejar de hablar, extendió los brazos con las manos abiertas para que no lo interrumpieran.

—Quiero aclarar antes de continuar, que no los estoy consultando, esperando que me digan qué hacer, que me den una solución. No. Eso es imposible. No se trata de eso. Lo hago porque no es algo que haya discutido antes, y necesito ponerlo en palabras sonoras, dichas en voz alta, a gente con conocimiento del momento que vive la Argentina, gente con criterio, en quienes confío. Ustedes tienen un panorama amplio de lo que está ocurriendo y de lo que sufren empresas como la nuestra, empresas

amenazadas con la bancarrota. De eso se trata esta reunión.

La declaración a quemarropa provocó un obligado silencio. Blomberg fue el primero que cerró el intervalo:

—¿Bancarrota? pero mi estimado Porter, eso sí que no me lo esperaba de una empresa con tanto trabajo como la de ustedes. No me sorprende, por lo que conozco que se está viviendo en la industria. Ustedes se han convertido en una de las imprentas más importantes de la región, no simplemente de esta gran ciudad, sino del triángulo sur en conjunto. Es doloroso que la empresa se encuentre en una situación tan vulnerable. Sin embargo, eso está ocurriendo con muchas, el gobierno ha impuesto reglas de juego que complican un funcionamiento sano, los salarios reales aumentaron un 50%, ahora el patrón se ve obligado a acordar en paritarias con los sindicatos, políticas benignas con una buena parte de los trabajadores, pero sin considerar tiempos de transición que permitan a la empresa poder enfrentar las nuevas condiciones.

—Imaginen lo que le espera a una imprenta como la nuestra— dijo Porter. —Es una imprenta, como ustedes saben, que no vive de títulos comerciales, ni de traducir libros europeos o norteamericanos de moda, sino de publicar a escritores locales, jóvenes representativos, militantes, idealistas críticos... la mayoría desconocidos. Estamos creando un público formado por jóvenes lectores

de las nuevas generaciones, muchachos y mujeres abiertamente antiterroristas. Estamos condenados a ser intervenidos, o a negociar, lo que significa ceder, y no tenemos los márgenes financieros ni siquiera para intentar hacerlo.

—Ya lo dijo nuestro nuevo líder— respondió Blomberg con clara ironía —Mejor que decir es hacer, y lo que está haciendo hoy en Argentina, es demasiado elocuente.

A Luis le llegaba la conversación como un murmullo dicho en lenguaje de adultos. Como cualquier otro chico de su edad estaba acostumbrado a conectar y desconectar su atención de los diálogos de los grandes. Desde su lugar veía los zapatos relucientes de los dos invitados como si un reflector los iluminara. Sin embargo, ciertas palabras sueltas y el tono de su abuelo lo inquietaban. Rebasaba lo que podía imaginar: ¿bancarota? ¿qué significaba eso?... Al no poder ver más allá puso toda su atención en el poema que había encontrado. Era de José Sebastián Tallón, el poeta que su abuela tanto admiraba y que había hecho dibujos a los cuentos de su tía. Como era usual en Tallón, el poema hablaba de un sapito, o quizás en esta ocasión, de un sapote:

Tan desnudo y lustroso, y tan feo y romántico
cuando inflas, oh sapo, tu croclera garganta
yo te escucho celoso, porque sé que tu cántico
brota para una sapa que presuntuosa canta...

Siguió leyendo, tratando de sobreponer la voz del poeta Tallón que en ese momento era su voz interior a las voces sonoras que conversaban alrededor de la mesa. Pero no era tan fácil, por momentos el diálogo se elevaba de tono y dominaba el aire.

—El problema para la imprenta se agrava por la inversión que se hizo en nueva maquinaria, más las ediciones completas hechas a pedido y ya entregadas a la librería Anaconda, que no han sido cubiertas.

—En el contexto político actual, el carácter crítico y vanguardista de la imprenta sumado al desequilibrio financiero que padece, la hace sumamente vulnerable, dijo Héctor Pedro.

—Prosiga Ud. don Mauricio— dijo el Dr. Roberto, entendiendo que el abuelo estaba sacando de su interior algo que le pesaba.

—Después de lo que ocurrió el pasado día 17, hace apenas diez días, la imprenta, y toda la industria gráfica sólo puede esperar que la creciente injerencia estatal, se intensifique y recrudezca. La situación es ya prácticamente imposible y va a empeorar. Se han incrementado arbitrariamente sueldos y ventajas. Los obreros se aprovechan de sus nuevos atributos: aguinaldo, indemnizaciones, prebendas... y han dejado de mostrar una actitud solidaria. Por otro lado, el mercado no ha cambiado, los precios no amortiguan los costos y este desbalance nos impide salir bien librados en las cuentas.

Blomberg, conocedor de la situación política que se estaba viviendo en la industria gráfica intervino:

—La Secretaría de Trabajo cita constantemente a la Cámara del Libro, simplemente porque saben que no congenia con el régimen. Ahora, con lo que acaba de pasar, resulta que empresas como la de ustedes, que siempre han sido respetuosas de la ley, solidarios con los autores, democráticos, gente de izquierda, se los trata como explotadores o como terratenientes.

—Así es, continuó el Dr. Roberto, se ha polarizado artificialmente a la población, los sindicatos anarquistas y los comunistas, han necesitado apoyarse en las corporaciones empresariales más grandes para crear un frente opositor...

—Mientras tanto, desde el Ministerio de Trabajo— comentó el abuelo —se ha movilizado a la gente, con promesas seductoras. Los convenios colectivos han llevado a que los empleados se reúnan a cada rato, ya nos han amenazado con crear un tribunal de trabajo, y la imprenta no está para estos cambios.

—Lo que está ocurriendo en estos días en Argentina, es una manipulación evidente— respondió Héctor Pedro —Todos estamos muy alarmados. Hasta agosto de 1944, movieron las piezas con mucho sentido de la organización, siguiendo el ejemplo de la Italia fascista, la estrategia se basa en la propaganda, la radio se ha convertido en una red dedicada a machacar un mismo discurso una y otra vez.

—Lo estamos viviendo, dijo el abuelo —todas las imprentas debemos publicar los llamados... ipanfletos patrióticos!... un verdadero alud de propaganda política por la que no recibimos nada a cambio.

El Dr. Roberto agregó: —el corporativismo del movimiento obrero, los aguinaldos, el aumento de salarios, todo eso es parte de una demagogia, para engrosar las arcas de algunos sindicatos, liquidar a los independientes, y colocar a toda la clase obrera bajo el control del Estado. Eso se hizo de la misma manera tanto en la Italia fascista como en la Alemania nazi.

—Efectivamente, respondió Héctor Pedro— me lo confirmó el mismo Cipriano, con quien me veo de vez en cuando; se está montando un aparato propagandístico, una estrategia masiva, para controlar la comunicación en todo el país. Ya no hay radiodifusoras independientes, ni centros de publicaciones que vayan a estar fuera de la más estricta censura.

Yo entonces no sabía tu importancia en la vida, ni supo enternecerme tu novia enamorada...

Fue todo por mi honda, mi honda sapicida,
que se hizo enemiga de tu garganta inflada.

Luis seguía leyendo con los ojos fijos en la revista, mientras sus oídos captaban a su manera lo que los adultos iban explicando. Recordó a su padre haciendo hincapié y advirtiéndole seriamente que no se le ocurriera contar en la escuela nada de lo que se comentaba en la

mesa de la casa. Eso le había hecho ver que en la calle, y hasta en su escuela, había personas dispuestas a escuchar, tomar nota y a denunciar. Eso daba miedo.

El abuelo echó una furtiva mirada hacia donde Luis se encontraba. Ahora que las cosas se decían en voz alta por personas de total credibilidad, confirmaba en su fuero interno que para eso había convocado a esa reunión, para escuchar lo que su voz interna no dejaba de susurrarle. El abuelo se sentía aliviado compartiendo con su nieto la crisis que estaba amenazando su razón de vivir, su proyecto y única fuente de recursos. Luis intuyó que él jugaba un papel más real que simbólico, que el abuelo estaba compartiendo algo que no podía compartir con ninguno de sus tres hijos, que ya lo habían rebasado y estaban en otras cosas. Ni tampoco con su hermano y socio, Jacobo, cuya familia de militantes comunistas estaba siendo perseguida, lo que lo tenía desesperado en su afán de proteger a los suyos. Su empresa familiar, que ostentaba la palabra *Hermanos* con mayúscula, estaba sucumbiendo.

Sin quitar su mirada del poema, el pensamiento de Luis iba y venía de la mesa del centro donde se hablaba de política, a la voz de un poeta que le hablaba desde la revista.

Tú, como yo eres manso, y tienes mi alegría;
mis músculos te salen en tus brazos de atleta...
te pareces a un niño, tu mirada es la mía,
y hasta mides tus cantos como un viejo poeta.

—Porter— intervino Héctor Pedro —lo que le pasa en la imprenta es la gota donde se refleja el universo en que vivimos. Las históricas demandas del movimiento obrero argentino en gran parte no han sido satisfechas. Llega este caudillo, y no le cuesta mucho conformar un proyecto político que, a partir de la ofensiva patronal del año pasado, se presentara como un proyecto antagónico al del bloque de poder liberal dominante.

El Dr. Roberto dentro de su gallarda compostura no pudo disimular ciertos signos de impaciencia. Él ya había pasado por esta toma de conciencia y anticipándose, había cambiado radicalmente su proyecto de vida. Nada de lo que allí se decía era novedoso para él. Después de haber llegado a muy altos niveles del poder, tenía información y visión suficiente para saber lo que desde hacía tiempo se venía gestando. Ya había hecho pública su posición y al hacerlo había automáticamente clausurado su carrera política y diplomática. Había salido bien salvado de un régimen que aniquilaba al enemigo, ahora se dedicaba exclusivamente a su auténtica vocación: la historia y la educación, reivindicando los complejos caminos que llevaba la historia hacia los orígenes latinoamericanos.

—Ya declaré y ha quedado escrito, dijo —que hay que denunciar el nazismo que ya está tomando el poder. Nuestras opciones no son democracia o fascismo, sino guerra o paz. En Argentina se han refugiado grandes intereses nazis, han llegado eminentes científicos y

técnicos, muchos criminales de guerra. No se van a quedar tranquilos. La retórica de la justicia social se da al mismo tiempo que reformas y medidas concretas (congelación de precios máximos para artículos de primera necesidad, subida de salario, bajada de precios de alquiler, etc.), una serie de cambios muy atractivos para los trabajadores que las reformas estructurales a largo plazo prometidas por las tradicionales ideologías obreras.

—Estamos atados de manos para negociar— insistió el abuelo, —la gente está envalentonada, y debo admitir, en esta imprenta hay mucho trabajo, producimos mucho, se requieren varios turnos, trabajamos hasta en la noche, eso ha traído malestar, incluso con miembros cercanos de mi familia.

En ese instante se oyó un leve llamado en la puerta que llevaba al taller. El abuelo miró a Luis quien fue enseguida a abrir. Era Rosenda que ignorante de la reunión que se celebraba se había acercado para dejar unos libros a la dirección. Al ver que interrumpía, pidió disculpas, entregó el paquete a Luis y cuando se iba a retirar el abuelo se puso de pie y la detuvo diciendo:

—Rosenda, ¿te molestaría quedarte un ratito con nosotros y hablar con Héctor Blomberg y el Dr. Roberto, sobre lo que me estabas comentando el jueves pasado?

Rosenda titubeó tan sólo por un segundo, y decidió no perder la oportunidad de expresarse en su calidad de obrera militante:

—Como no, don Mauricio, con mucho gusto...

—Tomá asiento— le dijo el abuelo señalándole uno de los grandes sillones. Rosenda se acomodó en rápidos movimientos, quedando como flotando sobre el mullido sillón. Parecía que no pesaba.

—Héctor Blomberg y el Dr. Roberto son viejos amigos de la casa, le aclaró como forma de introducción.

—¡Cómo no saberlo— respondió Rosenda, —son personajes muy conocidos aquí y fuera de aquí... ¡mucho gusto!... dijo extendiendo su mano para saludar...

—Estamos conversando sobre la situación de la imprenta, que tú vives a diario, como parte del personal, y en la que últimamente has jugado un papel cada vez más relevante.

—Gracias don Mauricio, dijo y barriendo con la mirada a todos los presentes continuó: —Empezaría diciendo que hace unos meses me sindicalicé. Aquí tengo el carnet —dijo, sacándolo de su cartera y mostrándolo. —No tuve que pagar, porque la afiliación ahora es obligatoria para todos los gremios, con excepción de gráficos que nunca se incorporaron. Gráficos siempre ha sido, como ustedes bien lo saben, un gremio difícil, una especie de tribu aparte.

—Es el primer sindicato fundado en la Argentina en 1857 —señaló Héctor — Comenzó como una sociedad mutual y fue el primero que organizó una huelga general en 1878. Rosenda

puso atención en esos datos históricos, pero no los relacionó con lo que traía en mente, por lo que siguió sin desviarse:

—Pues, como Ud. sabe, don Mauricio, hemos seguido trabajando normalmente en el taller. Yo me ocupo de coser, en especial de intercalar. Aunque con la máquina cosedora que usted adquirió, esto también va a cambiar, la máquina me terminará suplantando. Quise ser delegada del personal, después de formar parte de la comisión interna. Me eligieron los compañeros porque dicen que tengo facilidad de palabra. Naturalmente, era necesario afiliarse previamente al sindicato para poder ser elegido como delegado.

—Así es— intervino el abuelo, —me pareció muy bien verte en ese papel.

—Yo lo sé, don Mauricio, usted ha sido siempre muy respetuoso con todos nosotros, pero disculpe que se lo diga, don Mauricio, con la guerra en Europa, por un lado, y el déficit con las librerías Anaconda, por el otro, los libros que le pide y no le paga, las colecciones que van a consignación y se vendan o no se vendan, no se ve el dinero, nosotros solos, como empresa, nos pusimos en la lista negra. Si estamos en problemas, es por una administración que tiene problemas. Los hermanos Porter son solo dos dueños y ya están grandes, sus hijos no asisten, no participan, los sobrinos se quejan, y aunque usted nos trata a todos por igual, los que no somos de la familia queremos garantías.

El resumen así presentado era específico y sonaba rotundo, no se prestaba a la polémica, por lo que nadie agregó palabra. —“Esta chica de pupilas violeta, menuda y sencilla, suena como una trompeta final, dispuesta a desprender el séptimo sello”, pensó el abuelo. Ante la falta de respuesta y llenándose el pecho de nuevo aire, Rosenda prosiguió:

—Don Mauricio, usted me enseñó que los libros son más que una artesanía, que son una verdadera obra de arte. Aunque desde que llegaron las nuevas máquinas, desplazando a las manos, seguimos cuidando a los libros, uno por uno, como puede ver en ese que tiene sobre su escritorio y acaba de salir. Aquí Rosenda fijó su mirada en el libro del Dr. Roberto y como cambiando de aire retomó la palabra:

— Ud. no lo sabe, don Mauricio, pero en donde vivo, algunos estudiantes me traen los libros de sus padres, libros viejos, para que los vuelva a encuadernar bien. Algunos son verdaderos ejemplares que trajeron de Europa, siendo inmigrantes pobres, herencias... yo los ayudo, porque aprendí a coser libros a mano y también a preparar y coser libros grandes, dijo como explicándoles a los dos invitados. Enseguida regresó al hilo suspendido, —Esta es una empresa familiar que ya tiene su antigüedad, se hicieron grandes cambios, verdaderas inversiones, pero las máquinas van desplazando a los obreros, le van dando otro carácter al trabajo. Hubo grandes cambios, pero no hubo cambios en el sentido de la convivencia entre obreros, técnicos y empleados especiales... y

especializados. Yo como delegada he trabajado para consolidar la estructura sindical impulsada por las nuevas directivas. Por eso me ocupé de la aplicación del convenio colectivo y de discutir en las comisiones paritarias. Siempre he tratado de solucionar problemas, las suspensiones por llegar tarde y los inconvenientes de todo tipo. Recuerde que pagábamos un diez por ciento como aporte jubilatorio y logramos que la empresa se hiciera cargo del mismo, no en detrimento de sus ganancias, siempre tratando de sostener la actividad habitual. Eso sí, nos hubiera gustado que reparara la calefacción, porque en invierno hace mucho frío y nos tenemos que envolver los pies con papel de diario para que no se nos congelen...

El abuelo sabía a lo que se había expuesto al invitar a Rosenda, pero justamente su idea era que se ventilara la situación que estaban viviendo, que pudieran vivirse a través de un testimonio auténtico, y poner las cosas sobre la mesa. Esta mujer estaba resumiendo la situación desde su punto de vista. Se hacía evidente que mientras el contexto cambiaba en contra de ciertas empresas, al interior de ellas no se habían tomado las previsiones necesarias para evitar la crisis.

—Y hoy me atrevería a decirle, si me permite continuar— dijo Rosenda, —que todo esto va a seguir cambiando. Ya sabe lo que pasó hace pocos días, el 17 de este mismo mes, algunos de nosotros nos fuimos de la imprenta para la Plaza de Mayo. Salimos a las 11 de la mañana, caminamos hasta Victoria y bajamos rumbo

a la Plaza de Mayo. Cuando pasamos por la fábrica de calzado Oscaria y la otra que hay en esa misma calle, se unieron los compañeros y ya éramos una columna larga. Llegamos a la Plaza y ya éramos una manifestación. Se fueron sumando gente de otros sindicatos, y nos quedamos hasta bien tarde, aunque ya habían liberado al líder.

Tú invítame a hermanarme con el bagre y la anguila,

y yo a ti con el hombre, con el ciervo y el toro,

y los dos nos iremos por la senda tranquila

donde hallemos hermanos que nos canten en coro.

Continuaba leyendo Luis, mientras Héctor y el Dr. Roberto, miraban con esa calma que nace de la resignación ante el discurso espontáneo y a la vez bien armado de Rosenda. Ella era una clara manifestación de la nueva política nacida de los discursos, repetidos una y otra vez, hasta penetrar en la mente de los más necesitados como esta muchacha, con sus sandalias y su vestido simple, cuyos remiendos parecían abejas volando alrededor de una flor.

—Cuando estuve de vuelta en casa de mi papá —continuó Rosenda que no quería dejar de contar toda su experiencia— todos estaban escuchando el discurso por la radio. Todos contentos porque ya se iban a imponer las buenas leyes que venían del socialismo, las ideas de Palacios, que parecían pura letra,

pura promesa, y ahora se iban a traer a la realidad, y por eso, don Mauricio, aunque hoy se suspendió el trabajo, yo quise venir porque todos estos días he regresado a trabajar con más esperanza, pensando que posiblemente pase del arte de la encuadernación a ser representante sindical para defender mejor los intereses de los trabajadores. Yo sé que aquí no están de acuerdo con estas reivindicaciones, en realidad nuestro gremio nunca fue solidario con la base. Cuando me hablan de otras imprentas, me doy cuenta de que hay una gran presencia anarquista, anarco-sindicalista, socialista y comunista en todas ellas. Pero eso ocurre entre los linotipistas, entre los técnicos que están en puestos altos, los demás, los que tenemos menos categoría, como los de encuadernación, los que hacemos los trabajos más simples, los de limpieza, los peones, etc. esos si creemos y necesitamos el cambio.

Rosenda se puso de pie, para señalar que había terminado. El abuelo se quedó callado, moviendo la cabeza con ese vaivén que lo caracterizaba. Héctor le sonrió a Rosenda, con la simpatía que le nacía de saber que era sincera y abierta en su forma de expresarse. Se trataba de una coyuntura en donde el choque de intereses más los problemas administrativos, y la falta de liquidez, le quitaba poder a los patrones. Para superar la crisis, como una visión del futuro pudiera haberlo constatado, especialmente a partir de la inmediata clausura de los sindicatos y la eliminación de todos aquellos enemigos al régimen, más el aparato de control

que se comenzó a consolidar de inmediato, no quedaba mayor alternativa ni opciones laterales. El cambio que Rosenda no podía llegar a visualizar era la inminente instauración de una dictadura que un dirigente con el carisma y las concesiones propias del que sabe seducir y convencer impondría. Con ello quedaría clausurada la promesa que había atraído a tantos inmigrantes a instalarse en ese país. Se inauguraba en cambio una etapa de desgracia que anticipaba una nueva migración a aquellos que habían dejado a sus padres y a sus tierras allá lejos, apenas si una generación atrás. Argentina, promesa para los inmigrantes, paulatinamente dejó de serlo.

Luis cerró la revista que estaba leyendo, mientras Rosenda se despedía con una actitud humilde y hasta un poco culposa. Casi enseguida, los invitados se pudieron de pie, para despedirse y evitar un corolario de tono demasiado fúnebre. Héctor fue el primero que se puso de pie, volviendo a guardar el cartapacio con su manuscrito, y dándole un abrazo fraternal a su viejo amigo y mentor, Mauricio. El Dr. Roberto, le dio el saludo propio de un avezado diplomático, que había acudido a la imprenta por su libro, sin esperar encontrarse con una nueva evidencia de lo que ya había presagiado...

El abuelo se acercó a Luis, y revisó con cuidado las dos pilas de revistas perfectamente acomodadas por fechas. Miró con simpatía el libro abierto en el poema de Tallon y se quedó observando lo que Luis había estado acomodan-

do. —Muy buen trabajo— le dijo, tomándolo de la mano para salir juntos, — Muy buen poeta el que estabas leyendo. Abuela ya debe tener la cena lista— añadió —cenamos algo y se regresan a Florida. Luis imaginó el viaje de regreso, que se le hacía más largo en el crepúsculo, y sintió que el corazón se le apretaba.

Sin pensarlo, como nacido de quién sabe donde, se escuchó a sí mismo diciendo: —Un niño grande como yo no llora. Poco después se repitió a sí mismo, con la mente puesta en el sapo y la sapa del poema que acababa de leer, — ya tenés siete años, cuidado Luis, no vayas a llorar— eso ocurría mientras caminaba junto a su abuelo por el lado par de la calle Estados Unidos, rumbo a Entre Ríos. Sin embargo, a medida que avanzaban no pudo evitar sentir lo mismo que cualquier adulto hubiera sentido. En ese cumpleaños, no había cumplido un año más, sino muchos años más, aunque su aspecto siguiera siendo el de un niño. El abuelo lo miró de reojo, sin decir nada.

Luis se dio cuenta en algún instante que el abuelo le había pedido que lo acompañara porque el abuelo era un adulto y además de un adulto era un abuelo, y además de un abuelo era el director de la imprenta, y en esas condiciones menos que nadie podía ponerse a llorar. Luis volvió a escuchar su propia voz diciendo: —El abuelo me trajo porque aunque quiera, él no puede llorar.

—Su imprenta va a la bancarrota— pensó o se continuó diciendo, asustado de usar

por primera vez esa palabra en su vida. Sin embargo, no lloraría, se impuso y se contuvo, hasta que llegaron al 962 de la avenida Entre Ríos, y se detuvieron frente a las puertas abiertas de la reja negra que daba al gran patio de baldosas blancas. Fue cuando se dio cuenta que las lágrimas se le escurrían por las mejillas. Que lloraba sin que se notara, casi, que lloraba sin sonidos, que lloraba en lugar de su abuelo para que el abuelo, que era un adulto, que era un abuelo y que además era el director de la imprenta, no se quedara solo con sus lágrimas allí atoradas.



Caseros 1173

Saliendo de su casa y tomando por la calle Roca rumbo a Maipú, a los pocos pasos se asomaba la intersección con la calle Caseros. La casa de la esquina, donde vivían los Acuña, formaba un semicírculo cuya curva suavizaba el paso de la calle Roca a Caseros. En esa esquina un permanente charco de agua tenía la forma del mapa de América del Sur, con su fondo de resbaloso verdín que a Luis le evocaba al Amazonas. Al menos eso veía cuando caminaba mirando el pavimento de Caseros, con sus sombras y sus parches de sol representando el verano. Caminaba sin rumbo fijo,

esperando el encuentro casual con algún vecino para ir a jugar juntos.

Como tantas otras calles situadas en los bordes de Buenos Aires, Caseros era una típica calle de barrio, de un barrio construido de a poco y con cuidado por familias sencillas y modestas. En un principio las diferencias entre las casas que se iban construyendo no eran notables, se diría que se copiaban unas a las otras, utilizando rasgos similares y procurando a la vez, marcar alguna diferencia que les diera su propia personalidad. En el caso de los Covi, cuya casa lo invitaba a asomarse, lo que la distinguía eran los pilares pintados de blanco y el madero de quebracho oscuro, que enmarcaba la parra de la que colgaban racimos de uvas pequeñas y negras. Parecía un lugar traído de Italia y plantado allí como un estandarte. Las casas, formaban parte de la fisonomía de las familias que habitaban en ellas. La mayoría o quizás todas, nacidas de inmigrantes españoles, italianos, polacos, alemanes, entre los que se diseminaban los criollos locales o llegados de alguna provincia conformando una comunidad que le daba contenido a su condición de barrio. Luis caminaba hacia la casa de los Covi, observando cada una de las fachadas, las cornisas que remataban las azoteas planas, los arcos de las entradas muchas veces de piedra, el número de la casa estampado en una placa ovalada de hierro esmaltado. Muchas casas no tenían rejas o barreras que las separara de la calle, a veces una cerca baja, como la de los Covi, que no interrumpía la vista, al contrario, parecía

que invitaba al transeúnte a tocar el timbre para conversar.

En la silueta sencilla que esa arquitectura delineaba donde lo que más contaba era la presencia del cielo, se distinguían unas pocas casas mucho más ambiciosas que las del conjunto, que convivían con ellas como si fueran sus hermanas mayores. Su principal alarde, si así quisiéramos llamarle, eran sus altos techos inclinados, recubiertos de tejas planas de barro horneado que los barcos traían de Inglaterra, según contaban, como lastre. Eso era también cierto para los adoquines del empedrado, traídos de canteras de Irlanda y Gales, que servían para darle estabilidad a los barcos que cruzaban el Atlántico para venir a llevarse en esas mismas bodegas, granos y otras materias primas, que se llevaban en ese entonces como lo siguen haciendo hoy. Algunas de estas casonas se esmeraban agregando en la fachada algún ornamento que podía ser de hierro forjado o de cantera labrada o diseminaban pequeñas esculturas alegóricas propias de la jardinería limitada a la estética propia de los negocios de ese ramo: un gnomo sonriente, una tortuga, un hongo gigante con lunares blancos, la virgen del Pilar. Algunos de estos chalets, estratégicamente situados, podían competir con cualquier mansión de cualquier lugar del mundo. Aun así, su presencia no le quitaba al barrio su natural sencillez, al contrario, le agregaba un toque de distinción, como puede hacerlo una flor en la solapa, un

arete en la oreja o en términos urbanísticos, la presencia de una iglesia o de una escuela.

§

En ese barrio tranquilo y poco transitado, la calle Caseros se utilizaba como una cancha donde ejercitar múltiples deportes, como un patio de juegos, propicio para cualquier reunión vecinal, festival, o un certamen. Allí se organizaban los corsos en el carnaval, ocurrían intensos duelos de fútbol, prolongadas carreras de autitos de juguete, o de carros de madera con rulemanes, se peloteaba un béisbol criollo que formaba parte de importaciones clandestinas, guantes de cuero que se conseguían como aquellos "bubble gums", chicles inflables que vendían en una clandestinidad provinciana, en un quiosco de la avenida San Martín, casi llegando a la avenida Maipú. En esa calle Caseros paulatinamente, él y sus amiguitos, se presentaron por primera vez en público, vestidos con pantalones largos. En esa calle el papá del Horacito estacionaba y remendaba todos los días su viejo taxi, Beto le ayudaba a arreglar el motor, así como otros motores, en su improvisado taller instalado a un lado del cordón de la vereda. El Luis Anolles jugaba fútbol con su pierna cíclicamente enyesada, los Vignale atendían su verdulería, el tío Darío y su esposa Elsa, la hermana del padre de Luis, estrenaban su primera casa. Caseros era un listón de asfalto estampado con las sombras de los árboles cada vez más frondosos con cada primavera, en cuyos bordes transitaba una permanente hilera de autitos de juguete, o se jugaba a las

bolitas diestramente empujadas por los pulgares percutores de las pequeñas manos de los chicos del barrio.

§

En ese año de 1948 a Luis le había tocado experimentar el primer cambio de escuela. Después de la muy breve estancia en el jardín de niños del Santa Teresita, había cursado los primeros tres años de primaria en el Florida School de la calle Urquiza 2151, a pocas cuadras de su casa. La escuela se había instalado en un antiguo chalet inglés, construido con todas las de la ley, al menos la ley inglesa. Estaba lleno de detalles, adornos, remates, molduras y piezas de madera que subrayaban su estilo. Las ventanas presumían sus vidrios biselados y la carpintería de barniz oscuro que le daba ese aspecto cinematográfico típico de las películas en blanco y negro, que eran las únicas que existían en aquella época. Los alumnos vestían uniformes grises con un escudo bordado, con algún toque rojo, donde se leía el lema: "Uno para todos y todos para uno". A pesar de la diversidad de fisonomías, sus compañeritos se conducían como si todos tuvieran ojos azules y cabello rubio. Ahora, al pasar a cuarto grado, en el año de 1949, los padres habían decidido inscribirlo a la Escuela número 8, una escuela pública exclusiva para varones. Sin que fuera discutido abiertamente Luis atribuyó el cambio a las crisis periódicas que provocaba el pago de la escuela inglesa. Muy pronto se sintió cómodo en la nueva escuela que no tenía los rituales y convenciones de la inglesa. Se sentía protegido y

querido por su maestra Elsa Tapia, que lo cuidaba a pesar de sus 10 años.

Su rutina cambió, no llevaba uniforme sino un guardapolvo blanco almidonado y una cartera de cuero para sus útiles y cuadernos. Salía más temprano e inexorablemente pasaba por su amigo Ricardo Covi en Caseros 1173.

Como tantas mañanas Luis abría el pequeño portón de madera de quebracho dura y entintada con alquitrán oscuro de esa casita sencilla y acogedora, pasaba por debajo de la sombra de la parra cargada de racimos de pequeñas uvas chinche, hasta llegar al fondo, donde la gran higuera cubría de sombras el jardín. Se detenía un segundo, con la vista fija en las ramas cargadas de higos negros, miraba el muro donde la presencia o ausencia de la bicicleta delataba si Don Berto estaba o ya se había ido en la madrugada. Al fondo del pequeño jardín estaba el taller donde trabajaba Federico, el hermano mayor de Ricardo, a quien mucho admiraba por su habilidad para armar y desarmar mecanismos siguiendo las instrucciones que leía en la revista *Mecánica Popular*. Esa mañana estaba la Legnano de don Humberto, con su característico verde oliva. Era la envidia del barrio. Abrochado en el cuadro colgaba un artesanal estuche de cuero donde don Humberto acomodaba sus herramientas. Trabajaba en Obras Públicas.

—¡Entrá, entrá Luisito!— gritó con voz aguda cargada de fuerte acento italiano doña Francesca, la mamá de los hermanos, Ricardo y

Federico, invitándolo a pasar. Luis se sentaba en la mesa de la cocina y sin consulta o advertencia de por medio, la madre le servía un café con leche y nata, en un enorme tazón blanco de cerámica gruesa. Ricardo, como era usual, estaba en el baño acicalándose. Luis ya se había acostumbrado a esperarlo. Tardaba años en el baño, nadie sabía a ciencia cierta qué tanto hacía... sin embargo, para Luis la espera era grata. Era así por muchas razones que ni el mismo hubiera podido describir: la paz que daba la penumbra de esa cocina, el tejido blando de palma de la silla en que se sentaba, los tempraneros rayos de sol proyectando la sombra de la higuera, el mantel a cuadros, las pequeñas velas encendidas bajo la imagen de esa santa que tanto veneraban, el aroma que anticipaba el sabor del café con leche, su segundo desayuno, después del que le había servido su madre en su casa minutos antes.

Doña Francesca ponía la mesa con objetos que Luis imaginaba que alguna vez habían estado presentados de igual manera en su casa de Italia. En cada rincón se reproducía aquella otra casa que habían dejado junto al río Po en la región de Reggio Emilia. Imaginaba que de allí provenía esa azucarera esmaltada de la que se servía tres cucharadas de azúcar para endulzar su café. La mantequera con el grueso pedazo de manteca que había dejado el lechero un rato antes. La gran hogaza de pan, que era el centro del desayuno, la fiesta de la mañana, abundante de miga, que Luis pellizcaba en grandes trozos sin forma, imitando los gestos

y las formas de los de la casa. Allí, en esa casa Luis fue aprendiendo a comer a la italiana, conoció las enormes rodajas de mortadela, los sorrentinos, los *capeletis* caseros de Ricotta y jamón con sal, los trozos de la naranja cocida que la misma doña Francisca preparaba, la mermelada de higo, hecha con la fruta de su propio árbol. Hubo alguna vez que doña Francisca sirvió una jalea de profundo color dorado, hecha de una mezcla de naranjas chinas, los llamados *chinottos*, mezclada con nísperos, limones y mandarinas.

Luis se había acostumbrado a compartir ese tiempo escolar matutino en la tibia sombra de esa cocina, situada de paso a la escuela pero fuera del tiempo, donde los relojes no hacían tic-tac. Ricardo, encerrado en el baño, se preparaba a salir escena, para lo que requería estar bien engominado y mirarse una y otra vez al espejo oliendo a Brancato, sin que le importaran las frutas y el café con leche que lo esperaban en la mesa, cuyos olores le llegarían mezclados con la voz de doña Francesca hablando y hablando sin dejar de disculparse por cualquier cosa y de sonreír complacida por el solo hecho de estar allí. A ella no le importaba lo que tardara su hijo en el baño, era su hijo consentido y lo adoraba. Federico, el mayor, se le había escapado de los brazos. Desde chico había sido más huraño, y con el tiempo se había convertido en ese muchacho serio y un poco enojado, atormentado por el acné y las cicatrices que ya le había dejado en su cara y que parecía no detenerse en su labor destruc-

tiva. Ricardo en cambio, parecía una efigie griega hecha de porcelana. Luis compartía con todos ellos ese rato hecho de largos minutos, como un hermano más. Su vista se detenía en cualquier parte que le llamara la atención: el dibujo de los mosaicos del piso, el vidrio ondulado de las ventanas, la pantalla de la lámpara de pie, mientras seguía escuchando a doña Francesca hablar sin detenerse, siempre en un tono de justificación o disculpa, como quien busca dar vuelta la hoja, hablando en un dulce y sonoro italiano que ella creía sin poner en duda, que era castellano.

—“Luiggi”, “Luiggi”...— decía en tono inquisitivo y curioso. De inmediato desencadenaba una serie de preguntas y de comentarios sobre lo que pasaba en el barrio, con los vecinos de la cuadra o adentro en su casa, o en aquella casa donde vivió hasta llegar a ser una jovencita, situada en Pieve de Gualteri. —Pienso, decía, en la casa de mis tíos y de mis primos que hace tanto tiempo dejaron de escribirnos. Ni una postal, Luisito, y pensar que de mi casa a la de ellas caminabas solamente unas cuadras, un poco menos de un kilómetro y llegabas a Guastalla, que también era el pueblo de Berto. El río Po estaba cerca de casa, mucho más cerca de lo que estamos aquí del río de la Plata.

Doña Francesca saltaba de un tema al otro, de un recuerdo a otro, de unos primos a otros, armando una secuela de relatos y anécdotas que siempre tocaban la historia de su pueblo, donde Mussolini había sido, según ella, un buen maestro joven, y quién sabe qué pasó

después. Saltaba de la placentera tarea de servir el desayuno, a relatar con detalle los caprichos del marido cuando ya servido en la mesa un pollo al horno, le pedía que le friera un pescado o le hiciera a último momento unos sorrentinos amasados a mano. Mientras hablaba acomodaba en una fuente los racimos oscuros recién lavados de las pequeñas uvas negras, jugosas y dulces de la que su parra brava estaba cargada. Esa mañana, mientras todas estas cosas iban pasando como siguiendo un guion previamente escrito, en un instante especial y no cualquiera, don Humberto se asomó a la cocina. Serio y algo distante, como solía ser, saludó a Luisito con una sonrisa y con su voz velada, afónica, dijo enseguida, en un tono entre irónico y afectuoso:

—¡Ché Luisito! Anche tu ci metti così tanto tempo in bagno a lucidare la faccia? Lo que el oído entrenado de Luis traducía como: "¿vos también tardás tanto en el baño para arreglarte la cara?" Y Berto con un enojo que no disimulaba, señalaba con el codo hacia la puerta del baño, y movía los ojos elocuentemente entre su esposa, el baño y la mesa del desayuno.

En ese instante Ricardo que escuchaba todo lo que pasaba, porque el baño estaba allí mismo, pegado a la cocina, se dio cuenta que era urgente que asomara la "facha" que con tanto escrúpulo se arreglaba. Emitió un urgente y chifludo "¡ya voy!", seguido de una aparición casi inmediata. El padre se imponía. La entrada a escena de Ricardo no era muy diferente a la que hubiera hecho Rodolfo Valentino en una pelícu-

la de aquellas que se filmaban en California. Vertical y derecho como los tablones de su guardapolvo immaculado, almidonado por su madre, se había puesto una escarapela aunque aún estábamos lejos del 9 de julio. Le gustaba usarla como adorno, lástima que no sea colorada, decía. Con su enorme sonrisa, y las mejillas rojas como si se hubiera puesto colorete, su frente angosta y horizontal delineada por sus gruesos mechones de pelo rubio, casi dorado, lucía su peinado con raya, jopo, y un exceso de gomina que contribuía a darle ese aspecto de sonriente muñeco feliz.

—Ya nos vamos, Luis— dijo, tomándose en dos profundos tragos su café con leche ya tibio, mirando de soslayo a su padre, que le devolvía la mirada con una mezcla de resignación y rabia. Una mirada que Luis pensó que iba a ser más dura, pero que finalmente no, fue convirtiéndose en una mirada tierna y comprensiva que dejó ver dos estrellas, que eran el brillo de sus escondidos ojos azules. Los ojos y la mirada de don Humberto, trajeron a la mente de Luis aquella tarde de un domingo del verano pasado, en que los Covi habían invitado a la familia Porter a tomar el té. Allí acudieron Luis, su madre y hermana, alrededor de la mesa de esa misma cocina. La ausencia del padre se justificaba porque se trataba de una reunión de vecinos, hecha en medio de las horas hábiles de un día de semana. Solo que en aquella ocasión no era un desayuno matinal, sino el consabido té de las cinco de la tarde. Aquella vez, como en esta mañana, Luis había descubrier-

to los pequeños ojos claros de don Humberto, que por alguna razón no eran visibles, quizás por las pestañas, posiblemente por sus pesados párpados. Luis se sorprendió y llevado por la sorpresa, no pudo detener el impulso de exclamar, —¡Pero Don Humberto, no me había dado cuenta de que usted tiene los ojos azules!

—¿No se me alcanzan a ver los ojos?... le contestó don Humberto, en un gesto de histriónica sorpresa. —“¿Non riesci a vedere i miei occhi?” Repitió como un eco en italiano, como prefería hablar, en voz más queda. Luis en ese mismo instante se arrepintió de haberse entrometido en un tema tan personal. —Me parezco a mamá, se dijo, súbitamente molesto consigo mismo. Se hizo un silencio.

—Es que se me fueron apagando con la vida— continuó don Humberto acompañando sus palabras con una sonrisa que buscaba suavizar, a juzgar por el silencio, la carga de tristeza que ese pensamiento contenía.

—Como una nube sobre otra nube, el otoño llegó a mis ojos— añadió. —“Come una nuvola sopra un'altra nuvola, l'autunno è venuto ai miei occhi”, repitió en voz queda...

—¡Uy, esa frase! Exclamó para sus adentros Luis, —es imposible que mamá no trate de llevársela a casa. La miró, con temor a la reacción que ya adivinaba, justo en el mismo segundo en que la mamá ya estaba diciendo,

— Pero don Humberto, si usted está hecho un pibe, un muchacho... está en su plena primave-

ra!... obligando a Don Humberto a darle una mínima sonrisa que expresaba lo poco que esa frase llegaba a convencerlo. Ante el silencio, la madre siguió horadando:

—Don Humberto, les haría mucho bien hacer una visita a Italia para recuperar la juventud.

—¡Ahí! ino!... respondió con un par de abruptos monosílabos don Humberto. Pasadas las interjecciones, conteniéndose sin embargo, y cambiando drásticamente de tono, dejó salir un torrente de palabras:

—No, Doña Margarita, disculpe, pero no creo que me gustaría regresar, no creo que vuelva a encontrar la luz de aquellos días. No sé quiénes de los míos estarían por allá vivos, o al menos reconocibles. Se pasó más tiempo de lo que mi cabeza puede guardar. Se fueron borrando aquellas quietas amistades de zapa y cuchillo. Las cartas escritas en papel cebolla dejaron de llegar. Ese mundo se volvió para mí, un mundo fantasma. Si regresara a mi pueblo, a mi calle, al camino que llevaba de mi casa a la casa de Francesca, me la pasaría buscando las huellas de aquel muchacho joven que yo fui...

La mamá de Luis se quedó desconcertada ante esa seguidilla de reflexiones dichas por don Humberto en su voz velada, casi sin acentos, pausas o volumen, como si estuviera hablando consigo mismo. Sin embargo, a pesar de que la madre era un ser sensible y bien intencionado, o al menos eso pensaba Luis, su competencia comunicativa no incluía saber cuándo abandonar un tema, así que sin contemplar lo que

hubiera sido social o humanamente más apropiado, insistió, aunque ya con menos fuerza:

—Imagínese don Humberto, volver a visitar el lugar donde pasó su niñez... dijo bajando de volumen, comprendiendo que era una empresa fallida, que era como tocar la piel sensible al dolor.

Luis padecía la situación sintiéndose culpable de haberla propiciado con su pregunta inicial. Don Humberto quizás se dio cuenta de ello, y prosiguió paciente, como disuadiendo a la madre:

—È una lunga strada. Dovendo attraversare di nuovo il mare, è molto per cercarmi così, senza sapere cosa può aspettarti. Es mucho camino. Tener que volver a atravesar el mar, es mucho para buscarme así, sin saber lo que puede esperarle a uno.

Siendo un hombre de pocas palabras, esta súbita apertura de sus sentimientos provocó el silencio respetuoso de los demás hombres presentes. Las mujeres, en cambio, parecían sentirse estimuladas a sacarle más, aprovechando su repentino e inusitado protagonismo. Sin embargo, su negativa a volver al pasado provocó un silencio, y de la sombra que el silencio dejaba sobre esa mesa donde estaban reunidos frente a la delicada vajilla para el té, sin que nadie lo esperara, como musitando, la voz de don Humberto, continuó sonando como si llegara desde lejos, como si estuviera declamando un poema:

—El sol, mi Dios, las noches susurrando, la lluvia, las voces de mi padre y de mi abuelo conversando, el campo y la manera en que las espigas se inclinaban, los días en que soplaba el viento, y allá detrás, muy al fondo, invisible pero presente con su perfume y con sus aves, el río, que como su nombre lo dice, en el idioma de los de Liguri o también en el nuestro, el de los Emilianos, es un río tan hermoso, y sobre todo... sobre todo...

Su voz se desvanecía y no intentaba recuperarla, regresaba al silencio, callaba. Francesca entonces con un gesto nervioso pero expresivo, mientras sus manos enrollaban y desenrollaban una servilleta de lino blanca, llamó la atención de los presentes cuando se incorporó tomando aliento para hablar. Respiró hondo a la vez que suspiraba, y con su voz casi temblando se dejó oír:

— Da piccola, da ragazza... comenzó diciendo, sobreponiéndose al silencio, tratando de retomar la palabra que había quedado en el aire flotando. Luis la miraba y trataba de imaginarla de pequeña, de jovencita.

—Da piccola, repitió —De chica, cuando yo era una niña, esperaba con temor el día que me tocara irme de mi casa, porque sabía que nos iríamos como se fueron muchos otros del pueblo que nunca más volvimos a ver. Recuerdo que por mi ventana veía en la parcela de los vecinos, cerca pero lejos, flamear las guirnaldas colgadas en el alero de la casa, como si la fiesta continuara, como si siguieran por siempre

anunciando la boda apurada que celebraron antes de partir, a la que nosotros, toda mi familia, habíamos sido invitados. Me sentaron en la mesa de los chicos. De allí podía ver los baúles abiertos con la ropa, las telas cuidadosamente dobladas, blusas, faldas, ropa de cama, canastas tejidas de paja, largas calcetas, ovillos de lana, listones de colores, zapatos, tratando de que cupiera todo... todo lo que hubieran querido haberse llevado y no se pudieron llevar. Recuerdo como todo ocurría al mismo tiempo: las manos saludando, los brazos abrazando, el cuerpo agradeciendo y al mismo tiempo todo apuntaba hacia una sola palabra: adiós, adiós, adiós...

La mente de Luis regresó a donde estaba cuando recordó aquella tarde en la que había descubierto los ojos claros de don Humberto y se atrevió a decirlo. Ahora estaba de nuevo en la cocina, a punto de irse a la escuela con Ricardo. Había sido un pestañeo y al volver a la realidad de esa mañana, vio el guardapolvo immaculado de Ricardo allí de pie, por fin listo para salir de la casa, mientras el padre lo observaba. Como desde una foto fija, todo se puso otra vez en movimiento. El tic-tac del reloj volvió a marcar el tiempo y ahora se estaba haciendo tarde de verdad y había que apurarse. Ricardo besó a su madre, le dio una caricia en el hombro a su padre, y juntos empujaron la puerta de la cocina, caminando apresurados hacia la calle.

¿Qué tenía esa casa de Caseros 1173 tan blanca por fuera como por dentro, de cuyas ventanas

colgaban cortinas de hilo tejido, con su mesa de pino apoyada contra la pared, el armario construido por don Humberto, bajo la imagen de Nuestra Señora de las Nieves a la que Francesca era tan devota? La cafetera seguía perfumando silenciosamente la cocina. La azucarera, la mantequera, la fuente de la fruta, los frascos de mermelada, todos esos enseres se quedaron quietos, alineados, esperando a la mañana siguiente, en esa casa luminosa, en cuyos rincones sombreados se reproducían las hojas onduladas de la higuera, que se encendían y apagaban como un contingente de pájaros o de ángeles yendo y viniendo entre el jardín y la cocina.

§

¿Por qué quedó grabada en su memoria la cuadrícula de mosaicos tejidos que cubrían el piso como una alfombra? ¿Por qué recordaba con tanta nitidez la luz incrustada en la ventana del baño? El idioma italiano flotando en las conversaciones de esa casa, poblaba la soledad que habían traído de Italia, de aquella otra casa construida por los abuelos, o quizás mucho antes, por los ancestros que se aposentaron cerca del río, entre los sinuosos campos verdes cuyo aire seguía presente en la nueva casa. La nueva casa vuelta a construir como una sombra de aquella otra, tan viva y tan borrosa a la vez, tan presente y tan perdida en el pasado.

—Tu mamá extraña Italia — le dijo Luis a Ricardo mientras caminaban con paso rápido hacia el colegio —Tu papá, pareciera que no,

pero también lo extraña, siguió diciendo, dándose cuenta mientras lo decía, de lo banal e incompleto de sus palabras frente al dolor y los sentimientos que formaban parte de ellos, de todos ellos.

—Para poder viajar al nuevo mundo, tuvieron que casarse, sino los padres no les hubieran dado permiso, continuó hablando Ricardo. Sabés qué repite una y otra vez mi padre? —“Quella terra ingiusta!”... ¡Esa tierra injusta!— eso dice todavía hoy mi padre, con rabia por haber tenido que irse, subrayaba Ricardo. Todavía sigue con el reclamo, le tiene amor y rabia a Italia. Llegó de Génova a Buenos Aires y ya nunca buscó nuevos amigos. —Él, con sus manos, construyó nuestra casa para protegernos del sol y de la lluvia— agregó Ricardo que cuando hablaba en serio recurría a frases así, convencionales. Luis no agregó nada. Como respondiendo a ese silencio Ricardo continuó.

—¿Vos sabes Luis? He escuchado decir a mi padre: “Siamo andati per pochissimo. Non valeva la pena andare così lontano”, eso dijo, eso dijo, repitió como asombrado, como adolorido: “Nos fuimos por bien poco. No valió la pena irse tan lejos”.

Ricardo había estado citando textualmente las frases dichas por sus padres. Luis lo escuchaba y le volvían a llegar a su oído las conversaciones en italiano, un idioma tan presente y cercano al castellano, que todos los argentinos, o al menos los porteños, lo entendían. A veces los escuchaba hablando en el dialecto Emilia-

no, cuando estaban de otro humor o trataban temas privados, como regresando por momentos a su juventud, mientras los chicos hacían los deberes. Pensó en sus abuelos hablando ruso y a veces Idish. Pensó en su madre hablando rumano con Maica en la cocina. Pensó como, al hacerlo, traían al presente la música que habían dejado en su tierra de origen, bajo aquel techo materno. Intuyó que ese techo materno contenía un léxico, una dicción, una forma de decir, que ahora, bajo el nuevo techo que los protegía de la lluvia sombría y del sol sonoro, sonaban diferente, ya no eran los mismos.

Habían caminado hasta el colegio, sin que les importara los silencios que sus pensamientos abrían a lo largo de su caminata. Silencios que tomaban el lugar de las palabras que no llegaban a expresar lo que querían. Ya estaban sentados frente al pizarrón, pero en su cuerpo seguían transitando los sentimientos de pertenencia a esas casas que habían sido construidas como un reflejo de otras situadas en un país y en un tiempo distante, casas que desconocían y que no llegarían a conocer nunca.

¿Cuáles otros podían ser sus sentimientos, los sentimientos de los hijos de inmigrantes que en su casa escuchaban hablar el dialecto de su región que no entendían y veían cocinar en el fogón de leña, como quien transporta y recrea el fuego del pasado? Ellos, la nueva generación nacida en el país al que habían emigrado, inauguraban una nueva historia, su historia nacida bajo la luz serena de esas mañanas tempranas o las alas fugitivas de esas nubes

que el viento del sud, la sudestada, empujaba sobre el río y veían pasar con prisa, en la desbordada primavera de la que formaban parte. Nube sobre nube, "una nuvola sopra un'altra nuvola", como retoños de esos árboles, de esa mínima viña, de la higuera en el jardín plantada, la mesa servida, el mantel extendido como las palmas de las manos de sus padres, sin padres y sin abuelos.

—Aquí, bajo este cielo hay una luz serena— escuchó decir dentro suyo Luis, como un eco de las palabras del padre de su amigo. "Qui, sotto questo cielo c'è una luce serena..."

La mañana escolar había terminado. Salieron del aula al patio, y del patio a la calle, para emprender el regreso a su casa. Esta vez Luis procuró regresar solo. Se adelantó para tomar otro camino a casa, el camino que tuviera sombra, sorteando las baldosas rotas de la vereda, reconociendo cada accidente del camino, las mínimas rampas por donde su bicicleta subía de la calle a la vereda o de la vereda a la calle. Caminó hasta llegar a Roca y Caseros, la esquina de su casa. Se detuvo donde siempre se formaba un charco, un charco que tenía la forma de un mapa, y cuyo fondo verdoso era muy traicionero. Allí se había resbalado con la bicicleta más de una vez en caídas aparatosas. Dio unos pasos más hasta detenerse frente a la puerta del jardín de su casa. Allí permaneció mirando a su casa como si no fuese suya.

—No debieron haberse ido, pensó sin pensarlo mucho. —No hay que irse, se siguió diciendo

como si estuviera enojado con alguien. Detenido frente a su casa, miraba el jardín como si fuera la primera vez, como si allí residiera una familia desconocida, otros que hubieran salido a preguntar quién era, si hubiera tocado el timbre. Se quedó allí parado con esa sensación de ser un forastero, un intruso, un extraño. Luego, volvió a mirar su casa como queriendo no olvidarla nunca, trató de memorizar cada detalle, cada uno de sus rasgos, las baldosas, la reja, las plantas, el buzón. Observaba los dibujos del alambre, el jazmín que su madre había sembrado, el porche y la pesada puerta de madera... levantó la cabeza hacia el cielo y se quedó mirando hacia el horizonte, muy a lo lejos corría una hilera blanca de nubes formando una cadena.

—Esas nubes lejanas deben estar sobre el río, se dijo, sosteniendo la vista por encima de los tejados. —Río, nubes, jardín, jazmín, porche, siempre los tendré presente, nunca los voy a olvidar. Le vino a la cabeza esa frase sin buscarla ni quererlo, sin saber si se refería al río, al jazmín, al jardín o a algo más, a otra cosa. —No los voy a olvidar, se repitió, apoyando una mano en el enrejado. —Los tendré presente y no los olvidaré nunca, insistió. Nunca, nunca, nunca, decía, sin saber lo que decía.



Esmeralda 443

Desde el entrepiso de la oficina del padre, sede del Espasa Calpe, donde Luis hacía

sus deberes dejándose llevar hasta perderse por las lecturas de la enciclopedia, el chico se sentía como en el palco de un teatro. Sentado frente a su pequeña mesa con su cuaderno abierto, su figura se reflejaba en un juego de espejos reproduciendo imágenes de las páginas de los pesados volúmenes que consultaba alfabéticamente dejándose llevar por el azar, la siguiente palabra o la anterior, la que venía todavía después, todas interesantes, todas llenas de sorpresas. Al mismo tiempo podía distinguir lo que pasaba y se decía allá abajo, en la oficina de su padre. Como un enorme pliego de papel, el silencio servía de fondo al repiquetear de las máquinas de escribir.

Raúl por un lado, la Sra. Carmen pasando en limpio hojas revisadas por el otro, y por último el padre, concentrado frente al teclado, como un pianista dando un concierto. Cada tanto el repiquetear de las máquinas parecía detenerse para dar lugar a un estallido de voces que irrumpían al unísono como si se pusieran de acuerdo para hablar todos en ese preciso instante. De vez en cuando llegaban visitantes que se sumaban al diálogo como si no se fueran a ir nunca, hasta el instante menos esperado en que desaparecían. Algunos notaban la presencia del chico y lo saludaban desde abajo, como se saluda a los chicos, con simpatía y pronto olvido.

Esa mezcla de cordialidad e indiferencia hacía que Luis se sintiera aún más libre en ese privilegiado rincón que le habían asignado para hacer sus deberes. No se sentía un

alumno aplicado o un lector empedernido, porque no lo era, pero sí un consumidor de información y conocimiento, contento de haber encontrado sus fuentes y una manera fácil y práctica de llegar a ellas. Podía decir que su curiosidad por el mundo había crecido, siempre movida por la escondida sospecha de que existían tesoros escondidos a los que podía llegarse por caminos aún no descubiertos. Los adultos parecía que hubiesen perdido esa esperanza, ese interés por descubrir. Lo veía en los amigos y colaboradores de su padre. Le llamaba la atención que nadie de ellos, los que se congregaban allí abajo, se tomaran las cosas en serio. —¿Quién habrá escrito el Espasa Calpe?, se preguntaba. La escuela, destinada a chicos y jóvenes se pasaba de seria, había que formar fila, tomar distancia, fijar la mirada en la bandera, cantar algún himno o la marcha de San Lorenzo, al menos esa le gustaba, todo bajo la mirada severa de los celadores. No se mostraba el interés por la aventura, la curiosidad ante lo desconocido, la libertad. Para ellos la disciplina era lo fundamental, no la libertad. No creía que ninguno de los que habían inventado ese sistema escolar pudieran escribir una enciclopedia. Sentía que a los chicos de la escuela los obligaban a comportarse como adultos, mientras los adultos podían comportarse como chicos jugando en el recreo. Y que ninguno de esos dos grupos mostraba inquietudes por lo desconocido. Jugaban, simplemente. Por ejemplo, estaban allí abajo creando una obra teatral y se comportaban como los personajes

de la comedia que escribían. Solo algunos mostraban ese lado soñador, esperanzado en los milagros que estaban en alguna parte, escondidos, esperando. Esos eran sus favoritos. Eran pocos, contados, a ellos les brindaba una silenciosa simpatía. Los demás, en cambio, la mayoría, le generaban desconfianza y los miraba con recelo. Su padre, para muchos un enigma, era para él el que luchaba entre ser así, como él quería que fuera, o dejarse llevar por los apuros que tocaban a la puerta, apurándolo a que completase el libreto en turno, la entrega ya vencida, el inminente ensayo.

Esa mañana, junto con el aroma del cigarrillo, los comentarios de las escenas que iban delineando en el guion subían hasta el entresuelo con los bucles de humo. La comedia musical, él ya lo sabía, era Madame 13, y por todo lo que ya había escuchado en su casa, estaba consciente que era el primer proyecto de gran escala que el padre montaría en una sala de prestigio como era el Teatro Maipo. Muchas razones lo empujaban a hacerlo: su carrera, las finanzas, su vocación, pero más que nada su convicción de que la comedia musical era un género de enorme proyección, en la que confluían grandes tradiciones en la combinación de música, letra, diálogo y baile. El padre la consideraba como un paso arriba de la zarzuela, y uno indefinido respecto a la ópera. En todo caso lo veía como una extensión de la poesía, y una actividad propia del compositor y el letrista. Como respuesta a las críticas que no asumía sobre su aparente abandono de la lírica y su

pasada solidaridad y acción con compromisos políticos y sociales, quería demostrar que en la estética del espectáculo musical también se aplicaban los postulados propios de un poema, se comunicaba un contenido con una intención que incluía lo político, y eso era lo que se había dispuesto a hacer.

—Madame 13 es un poemario— decía el padre, aunque su nombre correcto sería, en mi vocabulario, el de un “sinfonema”, precisaba. Al hacerlo rescataba, de un cercano pasado, el nombre que le había puesto en sus años de poeta a un largo canto grupal dedicado a la guerra de España.

Desde el entropiso que ya había hecho suyo, Luis había ido entendiendo cómo se construía un libreto teatral. Cada acto correspondía a lo que en un libro es un capítulo. Cada capítulo se ordenaba en cuadros que correspondían a números musicales. Su papá y Raúl estaban a cargo del argumento que iban paulatinamente escribiendo, generando los temas y dando sentido a las letras de los números musicales. Entre sus propias conversaciones surgían los diálogos que delineaban la historia, su conflicto dramático y posible resolución. El maestro Andreani junto con Daniel French, quien en realidad era una mujer llamada Nélica y le decían Nelly, creaban la música. Como allí no había piano ni otro instrumento musical, Andreani trabajaba parte del tiempo en su casa y en la oficina cantaba o tarareaba sus números. Luis veía a Andreani como a un trovador italiano, jamás hubiera imaginado que era un judío

polaco nacido en Varsovia, de saberlo hubiera buscado sin titubear en la enciclopedia todo lo relativo a esa ciudad.

Ninguno de los integrantes del equipo que giraba en torno al padre jugaba un papel determinado y fijo, al contrario, constantemente cruzaban fronteras dejando poco claro quién hacía una cosa y quién hacía la otra. Podía decirse que todos tenían que ver con todo. Esa mañana, por ejemplo, Andreani tarareaba una melodía mientras Julio convertía las sílabas musicales en versos y viceversa: Andreani cantaba los versos buscando el tono que pudiera corresponder. Raúl, con su actitud siempre formal y circunspecta, buscaba rimas, sinónimos o agregaba otra nota musical para corregir o completar una estrofa. Andreani aprobaba con la cabeza anotando en el papel pautado una serie de signos con mano rápida y destreza europea. Era común que se comunicaran entre ellos con gestos, evitando agregar sonidos que pudieran interrumpir su inspiración. Parecían jugadores de truco comunicándose a través de señales y códigos. Podría decirse que esa forma de trabajar era un juego de invenciones que creaba figuras que tomaban cuerpo en el aire y forma en el papel, y del papel saltaban al escenario. Cuando hacían un alto para tomarse un café, conversaban de sus viejas experiencias con proyectos ambiciosos o de las obras musicales de Broadway recientemente estrenadas en los cines.

— Recuerdo a la gente del periódico Martín Fierro— decía Julio: —A ellos lo que les importaba era estar en la vanguardia, pero no simplemente copiando lo que venía de Europa, sino siendo capaces de inventar, de romper reglas, de encontrar lo nuestro, como ellos encontraban y transmitían lo suyo. Me consta que se divertían mucho.

—No hace falta ser un ingeniero o un científico para ser un inventor, basta con ser un artista— agregaba Raúl desde su submarina seriedad.

— No hay leyes a seguir, tan solo dejar volar la imaginación. El desafío está en evitar que se impongan los viejos protocolos heredados que llevamos dentro...

—Como los de la opereta, aclaraba muy profesionalmente Nelly.

—Vivimos un mundo nuevo y la poesía, el teatro y la música tienen muchas sorpresas que dar todavía— remataba Andreani. —Seguimos atados a estereotipos que debemos ir desarmando para rehacerlos de otras maneras.

§

Luis había aprendido que mientras que el teatro trataba de reproducir historias del mundo real con diálogos realistas y escenografías simulando lugares reconocibles, en la comedia musical no ocurría lo mismo. En la comedia musical, cuando menos se espera, un actor puede pasar del habla al canto como del caminar al baile, como si eso fuera algo natural.

—¿Y por qué no lo sería? se preguntaba Luis contento de verbalizar algo que siempre había pensado con el sentimiento. —¿Por qué la gente dejó de cantar y de bailar en su conducta de todos los días? ¿Por qué no hablamos rimando, en lugar de decir frases que uno inicia sin saber cuándo van a terminar, de cualquier medida, en cualquier orden, las más de las veces sin métrica ni estética, como vayan saliendo, desordenadamente? ¿No sería más divertido si todos habláramos en verso? ¿o los versos están fuera de moda?

—Las palabras están en constante nacimiento, respondió el padre, forman parte de nuestra relación con los demás. Podríamos decir que la palabra es parte de la respiración. La respiración es un intercambio de flujos de aire. Esos efluvios no solo nos mantienen vivos, sino que le dan sonido, o sea música, a la voz. En pocas palabras Luis, nuestra garganta es un instrumento de viento creador de música, gracias a las cuerdas vocales que vienen con nuestro cuerpo, todos somos potencialmente vocalistas, es decir, músicos que podemos cantar si nos lo proponemos. Mientras respiremos, habrá música, habrá poesía.

Después de un silencio que Luis usó para acomodar en la mente todas esas realidades que damos por hechas y por lo tanto olvidamos, el padre cambió de tono y agregó: —Hay una razón poderosa por la que la gente ha dejado de expresarse poéticamente.

—¿Cuál es? Dijo con urgencia el hijo.

—La falta de interés por el otro, la falta de interés por nuestro semejante. La falta de afecto es el síntoma de una mala respiración, de una carencia de efluvios. Nos desconecta, nos quita el aire, apaga nuestro ritmo, nos lleva al silencio, pero al mal silencio, que podríamos llamar incomunicación. Una indiferencia que a veces mal llamamos timidez, —Es que soy muy *tímido*, decimos, y eso no es exacto, lo que tenemos no es otra cosa que miedo.

Luis sintió que estaban tocando dos de sus cuerdas más débiles: el miedo y la timidez.

—¿Qué pasa con la timidez? Preguntó, tratando que no se notaran suyos los temores que daban origen a su pregunta.

—Vivimos en un mundo en el que te están juzgando constantemente, en el que hay que tener éxito y demostrarlo. El miedo a fallar apaga a la persona, le da inseguridad, lo inhibe. El miedo a no tener éxito es lo que mata la palabra, enmudece.

Luis pensó enseguida en la escuela y su inclinación a tratar a los alumnos como si estuvieran a prueba, como si fuera una situación provisional que quitara la confianza en el alumno, eso era para él una falta de respeto. Los exámenes, los rituales de obediencia, la disciplina, los celadores vigilando, los constantes arrebatos demandando silencio, la demanda de pruebas de que éramos quienes éramos...

—La solución es que nada de eso te importe y cantes o bailes cuando se te dé la gana— prosiguió el padre. Que cantes porque quieres darle un mensaje al amigo que te importa, al que va destinado tu música, ese otro que en el fondo es tu espejo, porque lo que le envías, regresa, vuelve, entra por una oreja y entra por la otra.

—Si, claro, eso se dice muy fácil, papi. Pero imagínate ponerte a cantar, así porque sí, en cualquier momento, para que ese otro te escuche y te entienda, y que te salga natural, como quien no quiere la cosa... sin que piensen que eres medio extravagante, medio raro. Me cuesta trabajo imaginarlo.

—¡Ah!... ¿ves? vos también formas parte de los que esconden sus emociones, de los que no se sienten con el derecho de decir su palabra, de manifestarse, de comunicar su sentimiento. Para eso sirve entrenarse en el teatro. Lo primero que te imponen en las clases de teatro, como un mandato, es tocar madera, ¡porque el que toca madera está salvado!

—Pero ¿Qué clase de superstición es esa? ¿de qué estás hablando... por qué te va a salvar tocar madera?

—¡Ah!... porque tocar madera, es encomendarse al árbol, y es el árbol el que te conecta con la tierra y con el cielo, por sus ramas y por sus raíces. ¡Uno respira a través de los árboles!

—¿Y si estás lejos de un árbol? Preguntó Luis

—El árbol está en todas partes, en el bastón de un viejo, en la baranda de una escalera, en la duela o el parqué del piso, en la mesa en que te sirven la comida, en la silla en que te sientas, hasta en el lápiz con que dibujas...

—¿Y de dónde saca tanta fuerza, tanto poder el árbol?

—El árbol sostiene al pájaro que canta, invita al rayo para que no lastime a nadie, al viento para que encienda su eco, que es el alma de la rima. El árbol está hecho de brillos y de sombras, de savia, y de brotes, de ciclos que son renacimientos. En suma, el árbol acepta todo: la flor, el pájaro y el rayo.

—¿Y las clases de teatro, cómo logran desinhibirte, sacarte la timidez, o el miedo?

Con reglas de juego que se establecen y en las que te entrenas. Primera regla, no existe el ridículo. Nada de lo que hagamos es ridículo porque no hay tal cosa como quedar mal, equivocarse, tropezar. Eso no existe, son reglas de juego borradas, anuladas. En el teatro se obtiene permiso para todo, tropezarte y caerte, olvidar un parlamento, ponerte colorado, titubear, quedarte congelado. Luis respingó ante esa ristra de aseveraciones. —Todo se acepta, continuó diciendo el padre, y de eso trata el entrenamiento. No hay error que cometas que pueda hacerte fallar... —¿y sabes por qué?, preguntó el padre inquisitivamente, con esa actitud que lo llevaba a entrecerrar los ojos como quien enfoca la cámara.

—No, no lo sé, contestó Luis—, pero quiero saberlo.

—Porque sobre el escenario, como en la vida real de todos los días, uno está para decir la verdad, su verdad. Uno es uno y es también el personaje que representa.

—¡Qué extraño!... en el escenario uno actúa simulando ser otro, y sin embargo, no deja ser el que es, porque lo hace desde su verdad. Se viste de otro sin dejar de ser ese uno, único y verdadero. La verdad es el motivo, la razón, el fin más importante del actor, ¿por qué? Se preguntó el padre a sí mismo antes de que su hijo lo hiciera —Porque no es posible decir la verdad con miedo o timidez, porque cuando decimos la verdad no estamos ocultando nada, y no hay temor o inseguridad o timidez que nos asalte. El escenario es como el árbol, más que el árbol, es el jardín, es el bosque entero, es la misma primavera, es decir, es la entrada a la madera.

—¿La entrada a la madera? preguntó Luis y a continuación creyó escuchar la voz del padre diciendo: “—y hagamos fuego, y silencio, y sonido, y ardamos, y callemos, y campanas—” Sin embargo, la boca del padre no se movió. Luis miró hacia las ramas del árbol que casi tocaban los vidrios de la ventana, creyó estar recordando unos versos.

—¿Entonces, papi, si estudio teatro, me van a dar permiso a que sea como me salga ser, a que sea en verdad el que soy, callado, charlatán, o

ruidoso como un barquillero haciendo sonar el triángulo...?

—Un barquillero haciendo sonar su triángulo, invitándote a jugar a la ruleta, 10 centavos por un barquillo, pero podés sacarte dos o tres... si tenés suerte... y el triángulo siempre sonando... así es Luis, buena metáfora aunque no tenga nada que ver, es un juego que gira sobre vos mismo para dejarte ser lo que sos, como si fueras un pájaro en una de sus ramas, la flor que nace o el rayo que fulmina... ¿cuándo viste que un pajarito, la flor o el rayo, fueran tímidos? No los son, no son tímidos, son libres y eso te van a hacer ver en el teatro, donde no estás a prueba, donde sos libre, para hacer lo que tengas que hacer, para hacerlo como lo entiendas, como mejor te salga. El pianista se sienta frente al solemne piano de cola negro, y lo que menos le preocupa es equivocarse, porque si le preocupara no podría tocar, toca con confianza porque sabe que equivocarse es parte de lo humano, y porque puede equivocarse sin dejar de creer en la exactitud de su interpretación, sus errores no cuentan, ni se notan, son parte de su perfección.

—¿Y el público?— preguntó Luis, sabiendo que su pregunta los involucraba a ambos.

—También el público, y hasta un chico como vos, deben ejercer su libertad, es decir, todos debemos actuar libremente dentro y fuera del teatro, arriba o abajo del escenario.

Luis sonrió. No le sorprendían esos acuerdos tácitos con el padre, que lo invitaba a imagi-

nar la escuela como un teatro, que lo llevaba a verse a sí mismo en un bosque, en un escenario de madera, o sumido en un tomo del Espasa Calpe y al mismo tiempo mirando por la ventana. Entonces pudo imaginarse y enseguida se atrevió a verse a sí mismo como un actor o como un espectador, como un payador, asomándose apenas, a la idea de lo que podía significar sentirse libre...

—Libertad artística— subrayó el padre —como si hubiera estado leyendo sus pensamientos.

Luis entendía la importancia de la palabra *libertad*, le gustaba escucharla, le parecía una palabra clave. "La palabra es el principal medio que se usa en el teatro, donde palabra y música forman una indisoluble unión", había leído. Ninguna palabra está sobre la música, ni va primero o va después, no había respuesta a esa duda, letra y música van juntas, se alimentan mutuamente. Ahora comenzaba a entender el impacto emocional que provocaban los instrumentos musicales de la orquesta o las palabras del coro. Ahora podía comenzar a imaginar la vida como una comedia donde hablar o cantar, inclusive hablar rimando, eran opciones posibles, al alcance de la mano.

—Así debería de ser cada día—, pensaba. Si así fuera, ir a la escuela sería mucho más divertido, y al decirlo se imaginaba llegando al patio central, acercándose a sus compañeros con sus guardapolvos blancos, invitándolos a transformar la marcha de San Lorenzo en una canción para bailar alrededor del mástil de la bandera:

"Febo asoma, ya sus rayos iluminan el histórico convento...", cantó, imaginando a su salón entero bailando rítmicamente bajo la bandera ondeando en la cúspide del mástil, mientras los celadores palmeaban con sus manos meneando la cadera y dando inesperados giros de molino o gritos guturales, como el de su admirado compositor cubano Pérez Prado.

§

Esa tarde, cuando regresaba a su casa, caminando las tres cuadras que la separaban de la Avenida Maipú, se sintió contento, y como hacía automáticamente cuando se sentía feliz, se puso a silbar. No le importaba qué canción silbaba, era un hábito que según su madre lo había heredado de su tío Luis Galetar, al que nunca conoció, el hermano de su madre. Lo que sabía y no tenía duda era que le gustaba silbar y que silbar lo acompañaba muchas veces en el camino, haciéndolo más corto y llevadero, aunque nunca, hasta ese momento, había pensado que silbar pudiera ser una manera de hacer música, de actuar o de emitir sonidos en la calle, es decir, en público.

Con los ojos bien abiertos, cayó en cuenta de ese descubrimiento. Silbar era una forma de hacer música, tenía cierta semejanza con tocar la armónica, o la ocarina, ese "instrumento aerófono", según el Espasa Calpe, que podía ser de cerámica color verde claro, como la que le había regalado su padrino José.

Siguió silbando, improvisaba, recordaba alguna tonada, le ponía algo de su cosecha,

se dejaba llevar por la melodía que el mismo creaba mientras caminaba, y alguna que otra persona pasaba a su lado, sin inmutarse. —¡Soy libre para silbar en público!, se dijo y repitió: silbo en público sin ninguna timidez, ni mucho menos miedo, afirmó orgulloso. Y en ese instante le hubiera gustado tener un saxofón en la boca y ponerse a tocar fuerte, atraer a la gente a que viera lo que le estaba pasando: —Silbo y canto porque soy libre, y no soy el único que silba, hay otros, los he visto, porque se me han cruzado en el camino, que también silban. Convocar al público para compartir con ellos su libertad y ya con todos sentados alrededor de él, seguirles explicando: —Amigos, cuando yo silbo, es como si me subiera a un árbol para estar más cerca del aire, para estar por encima de las sombras, porque sobre las ramas soy como un pararrayos, como un pájaro, como el viento, y tengo más valor para alzar mi voz y también cantar, como si formara parte del elenco de bailarines y cantantes de una comedia musical.



Florida y Cangallo

Los reportes que Luis le daba a la madre de sus estancias en la oficina de su padre estaban tan transparentemente relatados que terminaban siendo una fuente de alegría para ella. A Luis le costaba trabajo reproducir sus

conversaciones con el padre, o explicarle lo que escuchaba y leía del proceso de creación de la comedia musical, pero, lo que era un hecho es que estaba encantado con esa visita semanal a la oficina, de las que salía siempre con nuevos aprendizajes. Pasó una semana más y llegó el día que le tocaba de nuevo ir a la oficina de su padre. Pero esta vez sería distinto, ahora llegaba con una nueva visión del trabajo que allí hacían, ahora actuaba como alguien que veía factible un mundo donde los diálogos fueran musicales, donde bailar en las calles fuera usual, y los actores y bailarines, que no eran otra cosa que gente común y silvestre, pudieran vestirse de princesa, arlequín o de mimo, sin que ello se pudiera tomar como disfraces.

Esa mañana lo esperaba otra sorpresa. Estaba programado ir todos a un ensayo, pero no a un ensayo cualquiera, sino a uno que se llevaría a cabo en "un teatro que no era un teatro". Al menos con esas palabras se lo había descrito su padre. Se trataba del famoso salón de los espejos, un espacio clausurado por el gobierno y por lo tanto semi abandonado, al que el director Luis Mottura, tenía libre acceso, gracias a sus buenas relaciones con funcionarios a cargo de monumentos históricos. Mottura era un admirado amigo del papá, que acababa de dirigir dos recientes guiones escritos por él para cine: "Rigoberto" y "Un beso en la Nuca". Ahora estaban trabajando juntos en el siguiente libreto titulado "Treinta segundos de amor". Mottura había sido un actor del teatro italiano que en un momento de crisis decidió

viajar y radicarse en Argentina. Ahora ya era una gran autoridad dirigiendo cine y teatro, un proyecto tras otro. Le había ofrecido al padre que utilizara ese recinto, que estaba en plena calle Florida. Ese día el gran salón de los espejos estaría a disposición de la compañía que montaba *Madame 13*, que requería comenzar a ensayar cuadros que requerían un espacio de mayores dimensiones.

Luis ya había conocido personalmente a Mottura, y más que eso, había escuchado hablar sobre él en la mesa del comedor de su casa. Su fisonomía coincidía con su historia, la de un actor que había pasado a director. Hablaba con fuerte acento italiano, tenía un estentóreo sentido del humor y una sensibilidad que dejaba translucir un dejo de nostalgia o de tristeza. Era de las amistades del padre con las que Luis simpatizaba. Muy pocas semanas antes su padre había sido su asistente de dirección en la película *Rigoberto*. Esa experiencia compartida había dado lugar a una relación más estrecha entre ambos.

Luis sabía que Mottura era un apoyo importante para los proyectos tanto teatrales como cinematográficos del padre. Lo comentaba la madre en sus relatos, y el mismo padre hacía referencia a Mottura como un excelente maestro y consultor. Esa admiración promovía conversaciones de sobremesa que dieron lugar a que los chicos se enteraran que la vida de Mottura estaba llena de leyendas y de personajes míticos. Destacaba de su vida lo que podía tomarse como una inverosímil novela

romántica. Siendo un actor precoz, con una brillante carrera ya en curso, de pronto había dejado todo atrás, su carrera, sus padres, y algo más, para comenzar de nuevo. Ese algo más era una hija, producto de su gran amor con la famosa actriz Paola Pezzaglia, mujer cuya vida se interrumpió prematuramente. Ese episodio no se comentaba o si se hablaba de ello, se comentaba a medias, con discreción y sumo cuidado. Mottura se había radicado en Argentina y ya llevaba una trayectoria llena de éxitos, pero su hija y aquella mujer, habían quedado atrás, en Europa.

—¿Se fue de Italia y lo dejó todo? Preguntaba Luis a su madre. ¿Y por qué?...

—No importan las razones, intervenía el padre que no quería dar pie a relatos parciales que provocaran especulaciones. ¡Qué bueno que haya venido a vivir aquí a contribuir con su experiencia al espectáculo porteño! yo no podría haber encontrado un mejor maestro y consultor en mi propia carrera.

—¿Qué lo hace tan bueno y especial, papi?

—Es un hombre con sensibilidad y talento. En Italia montó espectáculos de gran complejidad, en grandes teatros, con excelentes elencos, con otros grandes artistas renombrados. Nació con este siglo, en 1901, y fue un actor precoz de mucho éxito, comenzó muy joven y acumuló mucha experiencia, vino a Argentina en 1930 y hoy trabaja con nosotros.

§

El salón de los espejos, que Mottura llamaba "su palacio", era un espacio que nadie de las multitudes que transitaban por esa sección de la calle Florida, la única declarada exclusivamente para peatones, imaginaba que estaba allí. Era una de esas lujosas mansiones construidas en Buenos Aires por familias encumbradas, en tiempos de bonanza. Esta, en particular, pertenecía al estilo afrancesado con muros y pisos de mármol. Ahora estaba deshabitada y sujeta a intereses encontrados que neutralizaron la voracidad de los inmobiliarios que la hubieran demolido sin piedad, como ocurrió con otras. Para cubrir las apariencias y saciar la curiosidad del público, algún gobierno había puesto una placa de bronce en la puerta equivocada que decía "aquí se cantó por primera vez la Marcha Patriótica", la gente lo leía y seguía su camino con un raro sentimiento de satisfacción. Gracias a su influencia, Mottura podía hacer uso de esas instalaciones que permanecían clausuradas al público en general.

Salieron de la oficina, y como sólo pasa en las películas, el padre levantó la mano y de inmediato se detuvo un taxi. Luis celebró que fuera un coche de esos antiguos, cuya mullida suspensión los convertía en una especie de embarcaciones flotantes.

—A Florida y Cangallo— indicó el padre al conductor.

Luis miraba por la ventanilla reconociendo a su pesar, el sentimiento de rechazo que le

provocaba el centro. Era una reacción inevitable para alguien acostumbrado a andar en bicicleta por los senderos libres y coloridos del suburbio. Las calles del centro se le hacían angostas y hostiles. No era el tráfico lo que le disgustaba, sino el apretujamiento de edificios grises antiguos, cuyas molduras y ornamentos no lograba apreciar como lo hacía desde el trolebús en aquellos juegos infantiles dirigidos por su madre. Desde el taxi los veía solemnes y lúgubres a la vez. Detestaba en especial los basamentos de granito oscuro, las huellas del tiempo en las paredes que jamás habían vuelto a pintarse, si es que alguna vez se habían pintado, a lo que se sumaba la sensación lúgubre que le daban las persianas siempre cerradas. No comprendía el celo que los porteros ponían en pulir el bronce de los picaportes, los buzones, las placas de timbres en hilera, mientras lo demás era abandonado a la inercia del tiempo. También le molestaban los timbres advirtiendo la salida de algún coche que nunca aparecía...

—Justamente lo opuesto a las casas y jardines de mi barrio— pensaba Luis, instantáneamente nostálgico de sus veredas y de los atajos que sólo él conocía y que lo llevaban a muchos destinos, su escuela, el club, el río, o al encuentro de algunos personajes de novela. Se conocía esas calles al derecho y al revés, gracias a su bicicleta, de la que no se desprendía nunca, como si el fuera un *cowboy* y la bici su caballo.

Con esa ambivalencia que le provocaba “el centro”, como le llamaba a todo lo que estu-

viera después de la Avenida General Paz, descendieron del taxi para entrar a ese "palacio" cuya fachada en nada anticipaba lo que aguardaba en su interior. Una vez atravesada la serie de vestíbulos y vallas que mostraban residuos de antosalas lujosas, ahora irreconocibles, ingresaron a un gran salón circundado en todo su perímetro por una serie de puertas o paneles con espejos enmarcados en dorado. El salón era amplio y los espejos se sucedían uno tras otro, como puertas vidriadas. El conjunto impresionaba.

—¡Bienvenidos!, exclamó Mottura al ver al grupo caminando sobre el oscuro parqué opaco del gran salón y se acercó solícitamente, abandonando con un gesto a la gente con quien estaba reunido.

Mottura le producía a Luis una simpatía inexplicable, como si fuera su tío o su padrino, como si se tratara de un amigo incondicional. Le daba seguridad. Aunque lo había visto pocas veces simbolizaba algo que no podía precisar. Después de haber saludado a cada uno, se le acercó sonriendo y le pasó la mano por la cabeza, o más bien, le restregó la cabeza con su mano abierta, como queriéndolo despeinar, o más precisamente, despeinándolo. Luis respondió con una sonrisa que expresaba su más cariñosa confianza. Mottura era amable, tranquilo, no tan alto como su padre. Sus rasgos dejaban adivinar su pasado de galán de teatro y cine. Había dejado atrás aquella dramática juventud, cuyos pormenores formaban parte de las indiscreciones que la madre vertía a la

hora de la sobremesa familiar. Nadie la detenía mientras se sumergía en sus relatos llenos de información en la que venían entremezclados detalles íntimos o personales, que nadie sabía de dónde sacaba.

Ahora Luis veía a Mottura en persona, compartiendo un salón lujoso, caminando bajo un alto techo abovedado, también cubierto de espejos que reflejaba la escena también desde arriba. Una furtiva mirada que echó hacia arriba le mostró su pelo despeinado, junto a un grupo de cabezas que parecían formar parte de un libro de cuentos infantiles, de esos con figuras plegadas que al abrir toman forma, una tercera dimensión inesperada.

—“Este es un teatro que no es un teatro”— escuchó la misma frase dicha por alguien, mientras se dirigían hacia el piano, precedidos por Andreani. Los miembros del elenco estaban esperando, algunos pocos se habían agregado apenas, miembros del conjunto de bailarinas bajo el mando de Victoria, la coreógrafa. En un rincón estaba el grupo de las que llamaban “maniquí vivan”, que Luis relacionaba con los títeres o las marionetas. La coreógrafa les estaba explicando el sentido del número:

—Ustedes son las que van a hablar con el lenguaje del cuerpo: ritmo, equilibrio, balances— la escuchaba decir de lejos. —¡Qué ejemplo de diseño es nuestro cuerpo!... exclamaba Victoria... —La Naturaleza nos envolvió en un paquete perfecto...

Cuando menos lo esperaba, entró Susana con paso ligero. Luis no pudo evitar que le brincara el corazón ante tan grata sorpresa. Ella al verlo, se le acercó caminando a grandes pasos, abriendo sus brazos, exagerando su saludo, llamando la atención. Gestos que el niño aceptaba contento. Se acercó y le dio un beso en cada mejilla. —¡Qué lindo que hayas venido, Luisito!... dijo en un tono extremadamente porteño, sin haberse separado y con la boca todavía acabando en el aire ese beso que comenzó en su mejilla.

Luis la miró de cerca, con conciencia de que rara vez la podía ver tan de cerca. Hubiera querido que ese instante se detuviera en el tiempo. Podía observar la delicada piel de su rostro, su nariz respingada, sus bucles moviéndose como resortes, y hasta su voz vibrando al pronunciar su nombre, con un dejo infantil que no sabía si aceptar o calificar como extravagante. Si bien su cuerpo era delgado y menudo como el de una niña, en su rostro se veía el carácter firme de una mujer. En ese instante Luis sintió que había perdido toda la libertad conquistada con las enseñanzas de su padre, incluyendo su capacidad de silbar en público. Lo envolvió una mezcla de audacia y timidez.

—Ahora no podría silbar aunque quisiera— pensó y menos cantar. Hubiera querido intentarlo a ver si se le cerraba la garganta, pero mejor no dijo nada.

Los interrumpió el piano de Andreani tocando la primera canción. Alguien encendió unos

reflectores que con su luz hicieron visible una señorial chimenea francesa de mármol, hasta ese entonces sumida en la sombra. En ese instante Elena Lucena, la protagonista, puso sobre la repisa de la chimenea un ramo de flores rojas y blancas. Con esos detalles el salón recuperaba su suntuosidad, igual que en esas mujeres que llegada cierta edad, las sombras revelan la belleza que alguna vez tuvieron y que un resplandor muestra que aún poseen. En ese instante Andreani, sentado al piano comenzó a tocar la canción de apertura de Madame 13...

JULIO —(TOMANDO LA INICIATIVA EN VOZ MUY ALTA, CASI GRITANDO)— Primer cuadro, se levanta el telón. Al centro del escenario, iluminado por un reflector, brilla un pequeño piano blanco. El músico tiene las manos sobre el teclado. El escenario no tiene escenografía. Es un gran salón convertido en un foro. No hay un área de butacas para el público. Los espectadores se acomodan en donde pueden, áreas libres, mesas con sillas, bancas corridas, plataformas escalonadas, puntos de visión desde donde se puede ver y vivir el espectáculo... ¡ACCION!

Victoria, la coreógrafa, da la entrada.

El director grita: —¡¡COMENZAMOS!!

(DESPUES DE LAS PRIMERAS OCHO BARRAS DE MUSICA SE ABRE EL TELON CON LOS BAILARINES LISTOS PARA INICIAR SU NUMERO):

Obertura (Andreani al piano)

Coro:

En Mar del Plata

cada día es como ayer

y sin embargo, el mañana

te invita a apostar de nuevo

para ganar o perder.

Hay más arena que vida

y en la arena duerme el viento

mientras tu sigues dormida

Tengo una herida y no siento

de jugar no me arrepiento.

Sale el sol, sale la luna

salen los astros dormidos

sale el cangrejo escondido

sale una araña funesta

Perdí mi sombra en la apuesta.

Al final de la obertura, las luces del salón se apagan. Las bailarinas se ven reflejadas en los espejos por pequeños reflectores. Todas son diferentes, están vestidas con su ropa de ensayo, solo las iguala el uso de suéteres de lana tejida, aunque de diferentes tonos, siguiendo la moda. Desaparecen por las puertas vidriadas para volver a aparecer haciendo alarde de su alegría lo suficientemente impúdica como para mantener al público atento. Luis no quita

los ojos del conjunto de bailarinas guiado por la coreógrafa. Desde donde está alcanza a ver a Susana esperando su entrada. Está junto a un ventanal muy luminoso. En los espejos del techo se refleja su figura y a través de la ventana se ve un jardín vecino con un naranjo al centro. Luis observa el contraste y la variedad de imágenes y piensa: —“como todo en este lugar, el naranjo forma parte del pasado”.

La mañana fue transcurriendo en múltiples repeticiones, correcciones, vueltas a pasar, la monotonía propia de todo entrenamiento teatral. Después de un buen tiempo abrieron un intervalo para descansar. Una asistente dispuso sobre una mesa unas bandejas con empanadas, sándwiches de miga y jarras de refresco de granadina. Luis se sirvió un par de sándwiches sobre una servilleta, se sirvió refresco en un vaso, se fue hacia una banca y se puso a leer unas revistas que estaban por allí apiladas. Todo ocurría en un ambiente de camaradería, de conversaciones y comentarios. Con el rabillo del ojo Luis vio acercarse a Mottura que se sentó junto a él y en un gesto de camaradería le pasó el brazo sobre los hombros mirándolo con una sonrisa tierna.

— ¿Sabés Luis?... le dijo, haciendo una pausa una vez obtenida la atención del niño. Prolongó el silencio como meditando, advirtiéndole que se disponía a decirle algo importante. Luis dejó el sándwich y le puso atención.

—Tengo una hija que vive en Turín, en la misma ciudad y en la misma casa donde yo nací.

Ella vive con mis padres— agregó, sin apartar su mirada de los ojos del chico.

Luis no pudo ocultar cierto rubor. Se trataba de una noticia dada en tono confidente, pero él ya conocía la historia, la había escuchado en su casa, de la voz de su madre: la niña había nacido cuando él era un joven actor de 19 años que se había enamorado de la primera actriz de la compañía, una actriz famosa, célebre, doce años mayor que él. Ambos estaban muy enamorados, pero era un amor imposible. Imposible porque Mottura era muy jovencito, y además un muchacho pobre, apenas iniciándose en su carrera y ella se había apenas separado, contra la voluntad del marido, un actor con el que había tenido un hijo. Paola se vio obligada a recurrir a abogados que le ayudasen a superar los obstáculos que les impedía vivir juntos sin que ello diera pie a más rumores y escándalos consecuentes.

En medio de esa lucha, se habían aferrado a sus sueños, y cuando supieron que un bebé venía en camino, decidieron darle la bienvenida porque lo veían como una señal del destino a favor de ellos. Para ellos ese hijo simbolizaba su amor, sin embargo, sus planes no pudieron cumplirse y ese bebé nació sin que pudieran establecerse como familia. Fue una niña que nació cuando las circunstancias los obligaron a separarse. Paola la cuidó y fue una compañía constante en el peregrinaje que su vocación y su fama la obligaban a cumplir, de teatro en teatro. Nunca abandonó a la hija, pero cuando la niña cumplió cinco años, la madre

cayó enferma de una neumonía fulminante y trágicamente murió pocas semanas después. Eso ocurrió en Florencia en el año 1925, cuando Paula tenía 36 años de edad. Mottura hizo valer su condición de padre y logró rescatarla. Se hizo cargo de la hija, pero no pudo llevarla a vivir permanentemente con él, como lo había hecho la madre. La mejor solución fue dejarla en la casa familiar de Turín, a cargo de sus padres, ellos se encargaron de ella, la protegieron y la educaron. Desde 1930 había visitado la Argentina como actor y en 1939 emigró definitivamente para iniciar una nueva vida. La hija de 14 años se quedó en Turín con sus padres. Esa era la historia que la madre le había contado y que a Luis le había parecido una historia más, seguramente exagerada y maquillada, producto de su imaginación romántica.

Ahora Luis estaba frente al protagonista constatando la realidad y obligado a fingir que nada sabía. Para proseguir le dijo lo primero que le vino a la mente:

—¿Y por qué no la trae a Argentina? preguntó presuroso.

—Lo intenté, vino a visitarme. Pero solo fue uno y después otro verano. Es un viaje demasiado largo, tanto para mí como para ella. No era fácil, ya estaba acostumbrada a tener un padre lejano. Ella se adaptó a la manera de mis padres y a la amistad con su medio hermano Ruggero. Los años pasaron rápido. Cuando la vuelvo a invitar para que me visite, ella prefiere que sea

yo el que vaya. Estando ella en otro hemisferio los calendarios y las agendas nunca se ponen de acuerdo. Nos hemos acostumbrado a ser padre e hija desde lejos. Pero la visito siempre que puedo —se apresuró a aclarar— y nos llevamos muy bien.

—¿Y cuántos años tiene? —curioseó Luis pensando que era una pregunta que cabía en ese diálogo.

—Justamente el pasado 25 de julio, cumplió veinticinco años— le respondió Mottura...

—¡Veinticinco años! exclamó Luis en tono de sorpresa y algo de decepción al comprobar que no era una adolescente como él.

—¿Y cómo se llama? se le ocurrió seguir preguntando, dándose cuenta de que ni Mottura, ni su madre habían pronunciado nunca su nombre.

Mottura se quedó otro instante callado, como si al evocar su nombre y disponerse a pronunciarlo hiciera presente la imagen de su hija allí con ellos.

—Anna— dijo por fin y lo expresó en voz muy baja, casi en un suspiro triste. Luego, elevando la voz con inusitado orgullo, como volviendo en sí, contento de poder evocarla... volvió a decir casi gritando:

— ¡Anna!... ¡Anna Mottura! repitió con énfasis, como lo hubiera dicho un actor, o un cantante de ópera sobre el escenario, poniéndose de pie y dejando brotar su acento italiano, como para darle más énfasis a su declaración.

—Anna Mottura... nacida en Fucecchio, cerca de Florencia, hija de Paolina Pezzaglia y de este señor que lleva tú mismo nombre... Luigi...

Así habló y seguidamente se inclinó, de la misma manera que lo hubiera hecho un rey al saludar, o un histrión, o un saltimbanqui toscano de la ópera buffa para luego, enseguida, recuperando el control de sus emociones, quedarse inmóvil en su gesto, con callada dignidad.

La poco usual presencia de un niño en ese espacio le había removido la nostalgia por su amor malogrado, su paternidad no ejercida, evocando a esa hija, que representaba a aquella gran actriz, su gran amor de juventud, reminiscencia de un amor infortunado. Con un breve saludo y una sonrisa melancólica, le dirigió una última mirada a Luis, y se fue alejando lentamente, retrocediendo, inclinándose levemente, dando aún más pasos hacia atrás, para después erguirse como hacen los toreros, con dos orejas del toro en una mano y ramos de flores recogidos de la arena, en la otra y saludar a los cuatro puntos cardinales.

Luis le devolvió la sonrisa, sin dejar de observarlo mientras se alejaba así, semi inclinado, sin girar y darle la espalda. Lo vio internarse entre sus gentes que despejaban el escenario dejando el campo libre para la continuación del ensayo. Su voz despidiéndose se confundió con el murmullo de otras voces, las notas del piano, el taconeo de las bailarinas...

Desde otro ángulo surgió la ronca voz del padre, vociferando:

—¡SILENCIO!, ¡SILENCIO!...

ENSAYO GENERAL - ¡NUMERO DE CIERRE!

—CONTINUAMOS.



Plaza Francia

No iba a dejarse amedrentar por el río. Haría lo necesario para lograr subir a la embarcación que había quedado en acudir a su rescate. La caminata río adentro se había hecho demasiado larga. Haber llevado su bicicleta, que empujaba a un lado, asida por el manubrio, la había complicado. Se apoyaba en ella mientras la sujetaba, pero a la vez se sentía atado de las manos. —La bici es un objeto incongruente dentro de un río, se dijo, molesto. Había dejado el muelle atrás. ¿Cuántos pasos había caminado ya y el agua tibia y terrosa apenas le pasaba de las rodillas? El horizonte había dejado de ser una línea recta, ahora era un círculo que lo rodeaba. Donde mirara, la vista se topaba con una franja iluminada por los últimos rayos de sol, que contrastaba con el apagado color pardo de las aguas. En el cielo limpio del crepúsculo se dibujaban los garabatos trazados por unas pocas aves alejándose. Ni una embarcación a la vista. Las plantas de los pies descalzos sentían la textura corrugada de la arena que permanecía tan dura como allá en la orilla. Apenas podía distinguir, a través del agua turbia, las ondulantes crestas

negras del arenoso barro, sobre un fondo que por momentos emitía reflejos dorados.

No quería dejar de caminar porque sabía que al hacerlo sobrevendría el sentimiento de soledad con más agudeza, ante la aparente mansedumbre de las aguas incomprensiblemente silenciosas. Un leve rumor se elevaba desde algún sitio impreciso. —Es la voz del río, escuchaba su propia voz diciendo. La arena cada vez más lodosa parecía anticipar una trampa. Pocos metros más adelante, si es que hubiese sido posible medir por metros aquella superficie desmedida, atisbó una lengua oscura, como si el río se hundiera en una larga sombra. ¿Sería la hondonada de la que tanto le habían hablado? Los que estaban acostumbrados a navegar entre las corrientes de ese río lo tenían claro: era un río traidor. —¿No sería demasiada osadía, no sería una temeridad seguir caminando río adentro?—

Esa y otras inquietudes lo mantenían inmóvil, asido a su bicicleta, petrificado, sin que le fuera posible despertar. El ahogo se intensificó y con un movimiento desesperado se sacudió de encima las cobijas y logró incorporarse de un sólo salto. Hizo lo posible por mantener los ojos abiertos. Tragado por la luz de la mañana el río se disolvió como por arte de magia. Lo primero que pudo reconocer fueron las persianas que daban a la terraza, que aunque entornadas dejaban pasar un ramo de rayos de sol con el brillo propio del verano. Respiró. Contra la pared que tenía al frente se reflejaban hileras

de luces oscilando en forma de pentágonos. Le recordó el oleaje de aquel río que seguía palpitando en su cabeza. Las sombras de la Santa Rita se sobreponían como si fueran algas peinadas por la corriente. La pared parecía la pantalla de un cine. Se imaginó sentado en una butaca. —Una butaca... ¡de un cine!... exclamó en un grito, incorporándose por completo y mirando vertical, de frente. Eso bastó para borrar el último vestigio de su pesadilla y dejar que el susto lo invadiera. Confirmaba en su mente que esa mañana tenía que presentarse para actuar en las escenas de "Un pecado por mes". Así se llamaba la película escrita por su padre, que se estaba rodando y a la que le tocaría acudir para hacer un papel menor, pasajero, al que, sin embargo, su madre le daba la mayor importancia, como si su hijo hubiera sido el protagonista del *film*.

—Pero si solo voy a salir de extra, se decía para combatir los nervios que le provocaba ese compromiso. —Si, pero los extras no tienen parlamentos y a vos te va a tocar actuar y hablar... se respondió insistente. Como generalmente le ocurría, en su diálogo imaginario se introdujo la voz de su madre: —"Hoy se filma la escena en la Plaza Francia donde sos un vendedor de lápices y libretitas, Luisito. Tenés que estar bien despierto, muy alerta". Para ella esta era una importante ocasión para iniciar su camino y anticipar su futura posible carrera como actor. —¿Desde cuándo resulta que seré actor?

¡Ay! mamá, mejor calláte, son cosas mías, dijo Luis, hablando solo y gesticulando al aire.

Tuviera su madre razón o no en darle tanta importancia a esa filmación, decidió no seguir pensando en ello y recordar que era imposible hacer el ridículo, como ya le había dicho su padre al hablar de actuar sobre un escenario... y lo había convencido. Se distrajo con los reflejos que se seguían meciendo sobre el papel tapiz que ahora parecía una red de pescadores. De a poco, como si alguien estuviera subiendo el volumen del sonido, fueron haciéndose más nítidos los ruidos que llegaban del pasillo.

Casi enseguida otro murmullo fue invadiendo el espacio. Era el repiquetear de la ducha que se mezclaba con un leve tarareo cuyo timbre y entonación no podía ser de nadie más que del padre.

En el otro rincón de la recámara, su hermanita seguía durmiendo ajena a la música de esta sinfonía matinal. Luis fijó la vista en la lámpara provenzal que pendía del cielo raso y se reconcilió con la idea de que un par de horas más tarde estaría bajo los reflectores de la filmación haciendo alarde de su libertad. —No me importa tener que actuar, se dijo, ojalá el de la cámara sea Aníbal González Paz, es mi amigo y su presencia me hace sentir bien. —Le preguntaré a papá. En ese instante recordó el guión que habían revisado con su padre la noche anterior. Sus parlamentos eran pocos y su intervención bien sencilla. No había porque preocuparse. De inmediato se puso a silbar.

—Me voy a poner la tricota a cuadros que ya está usada y gastada— se dijo, pensando en cuál sería la indumentaria apropiada para su papel de un vendedor callejero que ofrece libretitas y lápices a los transeúntes. No tenía que memorizar nada, simplemente imitar a esos chicos que solía ver en el tren ofreciendo persistentemente su mercadería. Aun así, no podía negar que esa nueva experiencia tan anunciada y esperada lo inquietaba. Por fin el momento había llegado y era cuestión de tragarlo de un golpe, como cualquier medicina.

Su madre no había dejado de comentar con todo el que se le cruzaba acerca del inminente debut de su hijo como actor de cine. —Un tema más para sus exageraciones— le recriminaba Luis en su pensamiento. Se quedó pensativo mientras se estiraba sobre la mullida duna de plumas que cubría la cama. Una vez desperezado, le sonrió al aire. Solía combatir sus inquietudes sonriendo, haciéndose el despreocupado, como si nada le importara. Era un mecanismo de defensa que le había dado la fama de ser un chico feliz y tranquilo.

La pila de ropa ordenada que le había dejado su mamá sobre la silla lo decidió a incorporarse y abandonar la cama.

—¡Baño libre!— había anunciado el padre minutos antes. Su hermanita lo estaba mirando cuando pasó con la ropa entre sus brazos rumbo al baño.

—¿Y vos, ¿qué mirás?, le dijo.

Ella le contestó con un indiferente gesto de ¿qué te pasa? Cerró la puerta del baño y se asomó a la ventana abierta de par en par. Respiró el aroma de los jazmines flotando en el aire otoñal. Desde la ducha podía ver la azotea de enfrente donde la China intentaba colgar unas inmensas sábanas blancas que flameaban con el viento como banderas. No era la primera vez que la saludaba mientras se duchaba, divertido de estar desnudo sin que ella pudiera ver más que su gran sonrisa, sus dos brazos diciendo hola y el agua cayéndole en la cabeza.

Un poco más tarde, ya frente al espejo del lavabo, se quedó observando el recipiente para esterilizar la jeringa que su padre había utilizado un rato antes para aplicarse su diaria dosis de insulina. Ahí había quedado también su brocha llena de espuma. Se volvió a sentir decepcionado de no tener suficiente barba para justificar su uso. Se dedicó a lavarse bien los dientes y poner cuidado en darle forma al jopo, untando los dedos en la gomina roja del frasco que llevaba una gran etiqueta con la marca Brancato. Ya estaba casi listo cuando escuchó voces y palabras girando en torno a la hora, el desayuno y la inminente partida.

Ya vestidos y listos desde el jardín se despidieron de María, "la institutriz" con unos cuantos y rápidos *chaus*. Se acomodaron en los mullidos asientos del Lincoln Zephyr de doce cilindros que el padre había adquirido en un sospechoso intercambio de deudas, con alguien a quien la madre había tildado en el fragor de las negociaciones como un "engañabobos".

El automóvil invariablemente comenzaba a sobre calentarse a la altura de la General Paz. Los vahos de vapor que comenzaban a salir del motor y sus extraños silbidos incrementaban el nerviosismo general que acompañaba cualquier travesía con el padre al volante. Luis no hacía caso, le gustaba la entrada triunfal a la General Paz por el Puente Saavedra y más cuando el coche se deslizaba descendiendo por la rampa que llevaba a la avenida Uriburu. En esa bajada se podían ver los jardines y el edificio del Colegio Raggio donde su tío Jorge había estudiado por algún tiempo.

Esos terrenos que se le habían ganado al río estaban llenos de imágenes gratas. El tramo recientemente ampliado de la avenida le daba al camino un halo moderno y luminoso, con más cielo y vegetación. Pasaron por el estadio monumental al que el padre lo llevaba de vez en cuando, y siguieron por la orilla de los parques cuyos gigantes cuerpos verdes estaban subrayados con las líneas rojas de los senderos hechos con polvo de ladrillo, o diríamos mejor, ladrillo desmenuzado, una de las características que le daban tanta personalidad a los bosques de Palermo. Las palmeras se intercalaban con los Ceibos, las más altas Araucarias, y los retorcidos troncos oscuros de los Jacarandaes. Por fin vieron aparecer del lado izquierdo las columnas del Museo de Bellas Artes. Al llegar a ese lugar, el padre volvió a repetir lo que siempre decía: —“Este museo tiene una importante colección de pinturas donadas por la familia del Dr. César Guerrico” — Guerrico

era el director de Radio Splendid, fundador de los estudios Lumiton, empresas que eran las principales fuentes de trabajo, prestigio y fama para el papá. El Dr. Guerrico era además o ante todo, uno de los del grupo llamado *Los locos de la azotea*, un grupo de médicos argentinos promotores de la radiodifusión a nivel mundial

Un último golpe de timón del padre orientó la nave hacia la subida de Pueyrredón. Estacionaron bruscamente en la parte alta de la Plaza Francia y al apagarse, el motor echó un último resoplido que más parecía un suspiro de alivio. Luis notó la mirada que el padre le dio a los vapores que continuaban saliendo por debajo del capó. —“Este coche tiene complejo de olla express”, dijo. —Parece la cacerola de la abuela cuando cocina buseca— agregó Luis y los dos se rieron.

Era un día típico del principio del otoño porteño. La calle estaba poblada de hombres de saco y corbata y mujeres con sombrero y vestidos formales, como si la calle fuera el *hall* de reunión de invitados a una boda. Algunos transeúntes se dejaron llevar por la curiosidad que provocaba la presencia del equipo de filmación, la gente y sus aparatos. Luis y la familia se confundieron entre los curiosos que se acercaban hacia donde se concentraba la actividad. Al caminar por esa elegante plaza, que siempre veía al pasar, desde alguna ventanilla, Luis tomó conciencia que era la primera vez que caminaba sobre sus elegantes baldosas cuadradas. Estaba familiarizado con el Rosedal, sitio al que los padres solían ir cuando

eran novios, pero esa plaza la había visto siempre desde lejos en los paseos dominicales que usualmente culminaban en una de esas novedosas parrillas que a últimas fechas les había dado por instalar en la costanera.

Al acercarse al grupo de técnicos y operarios, Luis comenzó a reconocer caras familiares. Los había visto en los estudios y en los asados que los padres organizaban en su casa. Allí estaba Aníbal González Paz, como él esperaba, también Gonzalo, el chino Palomero, el utilero Juan Cascarelli, el pizarrero Alberto Scarcini, el sonidista José Alberani y su ayudante Juan Mesa Sánchez. Saludó a todos. El director, Mario Lugones, todavía no llegaba, como tampoco ninguno de los actores. Instalando la Arriflex sobre el carro de *travelling* estaba Aníbal, el camarógrafo de cabello negro ensortijado, que a Luis tanto le simpatizaba. En ese momento se encontraba conversando con Traverso, el director de iluminación. Se agregaron al dúo y el padre le explicó a Luis la responsabilidad de Traverso, un maestro que todos querían mucho:

—“Traverso es el que define el lente, el que dice qué diafragma corresponde, la sensibilidad de la película, el filtro más conveniente para un día de sol como el de hoy— le aclaraba el padre a Luis. —¡Con este solazo te va a sobrar luz! le espetó el padre a Traverso. A lo que él respondió: —“Les voy a ahorrar mucha electricidad. Nada de arcos voltaicos. Bastarán unas cuantas pantallas”. En ese instante se acercó un joven

que a Luis no le era familiar. —Mirá Luis, te voy a presentar a Josesito Martínez Suárez, le dijo el padre, es el asistente de Lugones.

Josesito era un joven distinguido de 24 años, alto y de grandes ojos azules, vestía un saco Príncipe de Gales y un gajné de seda natural bien ajustado al cuello. Llevaba puesta una gorra con visera inglesa, que tocaba con la punta de los dedos, como quién hace la venia, al saludar muy caballerosamente a cada miembro de la familia. Cuando llegó a Luis se detuvo, le sonrió y tomándolo del brazo lo invitó a que lo acompañara.

—Vení conmigo Luisito, tengo algo para darte.

Luis asintió sorprendido y juntos se encaminaron hacia un baúl de donde José extrajo una bolsa de papel con un atado de largos lápices y unas libretitas.

—Aquí está la mercancía que te toca comerciar, a ver qué tan buen vendedor nos resultás.

Luis tomó la bolsa y preguntó: —¿A cuánto los tengo que vender? Josesito titubeó ante esa pregunta y enseguida contestó:

—Cincuenta centavos por cada libreta... ¡pero el lápiz es gratis! agregó, riéndose. El reconocerse entre amigos hizo que Luis se sintiera tranquilo y en confianza, como parte del equipo de Lumiton.

—Es muy posible que mi futuro esté en el cine— meditó.

De un automóvil blanco sport que se estacionó detrás del Lincoln, sobre Ricardo Levene, descendieron el director y los dos actores principales. El saco blanco de Lugones hacía juego con su coche. El actor Hugo Pimentel, en cambio, vestía un traje gris oscuro que contrastaba con todo lo que lo rodeaba. Susana Canales se veía demasiado seria con su vestido azul abotonado hasta arriba y suelto abajo, con plisados blancos dibujando ribetes de adorno, zapatos de taco alto, y un sombrero amarrado con unos listones al cuello, que dejaba desbordar los bucles rubios de su cabello. No parecía tener sólo 20 años. Los tres caminaron hacia la cámara como si se tratara de una escena en una calle de París. El padre se acercó, los saludó y señalando a Luis, les dijo —Aquí les presento a mi hijo, a quien hoy ustedes bautizarán como flamante actor.

Tanto Hugo como Susana se portaron cariñosos con el chico, contribuyendo al clima cordial que ya flotaba en el aire. El director con el libreto en la mano comentó las escenas que ese día filmarían, y de allí se dirigieron hacia las sillas que había alistado la Chola Bartolomé y la Coca, su ayudante, encargadas del maquillaje. —Les vamos a dar una retocada... dijeron. —A vos también Luisito, agregaron casi hablando en coro. Luis les hizo caso, aunque le parecía raro que un vendedor callejero necesitara maquillaje. —Ya estamos en acción— pensó Luis, mientras le pasaban un paño suave con algún polvo por la cara y una especie de plumero en miniatura que nunca había visto antes. —“No

me afeitado pero me maquillo", se dijo. Le estaba comenzando a gustar la experiencia.

Mientras Lugones conversaba con unos operarios, Josesito, acompañado de Scarinci, un ayudante, se había hecho cargo de filmar unas escenas previas: la llegada de Susana, el breve diálogo al encontrarse ambos, su desplazamiento por la vereda de la plaza. Ahora tocaba el turno a las escenas donde intervenía Luis. Emplazaron la cámara que siguió a la pareja caminando en dirección hacia una de las bancas del parque. Luis los persigue anunciando su mercancía. La cámara encuadra a la pareja ya sentada. Luis se acerca por detrás, dejando ver al fondo la avenida Uriburu con sus transeúntes y el tráfico real en movimiento. Ensayaron una sola vez, siguiendo las instrucciones de Josesito, aunque ya con Lugones presente.

Luis estaba seguro de que haría su papel como un actor profesional, y así fue. Actuó fluidamente, aunque al ver a la pareja de actores de cerca y tan maquillados los percibiera como dos muñecos de celuloide. Aníbal los seguía con la cámara, mientras Luis calzado con zapatillas, pantalones cortos y su tricota abotonada hasta el cuello, perseguía a la pareja hasta la banca diciendo:

—Señor señor... cómpreme una libretita... sea bueno, cómprele una libretita a la señorita... mire que linda, con lápiz y todo...

Hugo, sin discutir ni regatear, le ofrece un billete y recibe la libreta y el lápiz, desdeñando el cambio.

—¿Todo el resto del peso para mí?— dice asombrado el niño... —¡Fenómeno!...— termina rematando con una sonrisa que no fue actuada, sino natural, para irse como había llegado, corriendo.

Se filmaron dos tomas y ya no se necesitó una tercera. Alberani grabó, aunque por el ruido ambiental, la escena se doblaría más tarde allá en alguna de las salas de grabación de Lumiton.

—Eso fue todo, dijo Josesito, dedicando un halago a Luis por su actuación. Hugo y Susana también lo felicitaron, así como Lugones, su padre, madre y hermanita. Para Luis eran demasiados reconocimientos, pero los aceptaba contento, aunque pensando: —“No exageren, si yo no hice nada!”—. Parecía que todo había ocurrido en unos pocos momentos, sin embargo, cuando miró el reloj, le sorprendió que ya estuvieran tan cerca del mediodía.

§

El día de trabajo había terminado. Mientras los integrantes del equipo iban acomodando las cosas en el camión en el que habían llegado, Luis se sentó en una banca junto a Josesito.

—Es entre aburrido y divertido hacer cine, comentó Luis.

—Hay que tener paciencia, es divertido y más que eso, es fácil, le contestó José.

—¿Fácil? Preguntó Luis asombrado por esa inesperada afirmación.

—Si, digo que es fácil porque cuando miramos la realidad a través de un lente, lo que sea que veamos automáticamente se vuelve interesante, mejora. Como ocurre en el arte, todo lo que se enmarca, un dibujo, una pintura, se transforma, adquiere otra dimensión y otra importancia. Lo mismo hace el lente de la cámara, y por eso digo que el cine es un arte noble y fácil, porque además de nuestra mano o de nuestro ojo, la técnica te ayuda. Hay algo de magia en apresar una imagen, y más aún una imagen en acción, en movimiento.

En ese momento Traverso que estaba escuchando mientras guardaba la Arriflex se sumó a la charla:

—En el ambiente de cine muchos tienden a exagerar sus capacidades, algunos se sienten como dioses. Nosotros los de Lumiton, no somos así, o tratamos de no serlo, al menos. Y más aún cuando estamos filmando en exteriores, donde estamos expuestos a la opinión de la gente que pasa. Tratamos de ser respetuosos y gentiles con el público y disciplinados en nuestra tarea. En Lumiton nos gusta ser gauchos, evitamos alardear, o creer que somos una elite de especialistas privilegiados. Aunque en realidad... ¡sin duda que lo somos!, agregó riendo.

El año 1949 sería un año malo para Argentina, cayó en un modelo de crisis que se repetiría una y otra vez en el futuro de la historia económica del país. Después de tres años de expansión de la producción y del gasto, comenzaban a aparecer señales de un mal endémico para el país: debilitamiento económico, por la balanza comercial y la inflación, bajo nivel de exportación, reducción de divisas y compresión de las importaciones que era la base para la producción industrial local. Sin duda el gobierno no era austero ni tenía recato alguno en sus dispendios y corrupción creciente. Esto afectaba a la industria del cine. Ya habían sufrido tiempo atrás la falta de celuloide, ahora eran las relaciones laborales con los obreros los que se complicaban. Las demandas rebasaban el presupuesto. Los controles que el gobierno había impuesto perjudicaban a la industria en general, sin que se vieran signos de una voluntad estabilizadora. El rápido progreso popular se iba deteniendo. Las estructuras económicas vivían significativos cambios que se reflejaban en lo social. En la industria se encontraban los restos de la inmigración proletaria de extracción anarquista y socialista.

—Estamos viviendo una grave confusión, irrumpió Traverso, hombre reflexivo y observador —Al no ver lo que está ocurriendo aquí en el país, y echarle la culpa a causas externas, en vez de luchar contra el imperialismo y los oligarcas, preferimos estar del lado de los ingleses, dueños de los frigoríficos, que del lado de los obreros argentinos. Nos concentramos en valores

extranjeros que entendemos como civilizados, y vemos los nuestros como bárbaros. Solo basta con observar los temas de las películas que filmamos, el lenguaje que se usa, los tratamientos, y sobre todo los contenidos. Seguimos colonizados. En lugar de trabajar en escenarios naturales, de aprovecharnos de la geografía y de la cultura de nuestro país, imitamos a Europa o a Hollywood, con escenografías de lujo que podrían ubicarse en Nueva York, o en París, y escogiendo actores y actrices cuya fisonomía tiene los rasgos de los que consideramos modelos a imitar. —Es verdad dijo Luis, ¿por qué los actores hablan de tu, si lo natural es hablar de vos?

—Son convenciones, respondió Traverso, así los diálogos suenan artificiales. Se ve que no hay reflexión que lleve a cuestionar formas de hacer las cosas.

—Imaginate Luis, dijo Josesito, que nosotros nos hemos formado, y nos seguimos formando en la práctica. Qué lindo sería si hubiera una universidad que enseñara a hacer cine... eso no se ha inventado todavía. Lo que hay son estudios de cine construidos como se construye cualquier fábrica que genera un producto y no como escuelas que enseñan la profesión. El cine en sí mismo es un medio educativo, paradójicamente realizado por técnicos y especialistas que no se educaron para ello. Aunque muchos tengan cultura y hayan leído, el cine lo hacemos personas que no estudiamos para hacer lo que hacemos. Para llegar a ser lo que hoy somos y lo que queremos ser en el futu-

ro, comenzamos como hacían los aprendices en el Renacimiento: limpiando, barriendo, observando. Nuestra preparación cinematográfica proviene de los espectáculos que vemos, y claro de la lectura, y lo que más termina enseñando es la oportunidad de experimentar en la práctica.

—Hace poco mi padrino José, bueno, es el único que tengo, me regaló una cámara, pero no se me había ocurrido que pudiera ir a una escuela para aprender a utilizarla, dijo Luis, pensé en aprender sólo en la práctica. —Eso se llama ser autodidacta... aclaró José, y prosiguió: —Otra posibilidad es ir a algún estudio fotográfico profesional, donde aprenderías trabajando, de la misma manera que nosotros. Aunque no te van a considerar un alumno sino un empleado. Aunque es un comercio, y no se consideran escuela, tienen que entrenarte, y es en ese instante cuando hay que mostrar interés y capacidad. De allí en adelante todo depende de vos, dijo Josesito. — Y de alguien que se interese en que progreses, dijo Luis como para sus adentros.

—Así comenzamos nosotros, limpiando y cargando el chasis de la cámara, agregó Traverso. De esa forma fuimos avanzando pacientemente. Es un camino que puede llevar diez o quince años. Yo este año cumplo diez de trabajar en esto, dijo sonriendo. Como empleado te llaman para que les sirvas en diferentes cosas, por eso algunos somos técnicos *orquesta*, como esos músicos que aprenden a leer música solos y terminan dominando diferentes instrumentos. —Cuando sea grande voy a trabajar

en cine, dijo Luis. Pero ¡ojo!, no como actor... aclaró enseguida, sino como escritor de historias, como contador de cuentos. —Pensá que todavía te falta conocer otras especialidades que no las ves en el *set* ni menos aquí en exteriores. Son trabajos clave que se hacen en instalaciones especiales: la música, el sonido, por ejemplo, o el montaje, la compaginación. Luis se quedó pensando. —La cámara, mi bici y ahora la compaginación, murmuró para sí mismo, preguntándose, ¿qué sigue? La pregunta le provocó una punzada de hambre, que lo llevó a dirigirse al padre: —¿Qué sigue papá?... le preguntó.

—De aquí nos vamos al Loprete— respondió el padre —A festejar tu ingreso al cine y de paso el estreno de *Yo no elegí mi vida* y más cosas. Los invitados de honor son Arturo de Córdova, Discépolo, Olga Zubarry y otros más. Luis pensó en su favorita, Susana Freire, y en su cara apareció una sonrisa cómplice de sus propios pensamientos.

La Plaza Francia se fue despoblando. Los invitados se movilizaron rumbo al sur, hacia el Loprete, algunos en automóvil, otros en colectivo o en taxi. Esta vez el Lincoln por razones inexplicables ni bufó ni echó humos, acrecentando su misterio y ayudando a que el trayecto hacia Monserrat transcurriera con bastante normalidad. Sentado junto al padre que estaba al volante, concentrado, Luis observaba su perfil, los anteojos, el bigote bien recortado, la camisa blanca inmaculada, el saco de paño de lana con ligeras rayas verticales, la corbata de

seda natural, en la mano al volante destacaba su anillo de oro del que nunca se desprendía, con las máscaras entrelazadas de la comedia y de la tragedia.



Luis Sáenz Peña 739

—Si, si, allí vamos, justamente allí, a comer al restorán Loprete— aclaró por enésima vez el padre —Festejaremos el final del rodaje de “Yo no elegí mi vida”, y de paso los avances de “Un pecado por mes”, repitió algo hartó.

—¿Entonces, estamos invitados todos a la farra?— preguntó Susana, dejando salir inadvertidamente el acento español que generalmente disimulaba.

—¡Todos somos Lumiton! exclamó el padre.

—¿Sabe Porter cuál es la hora ideal en España, para comenzar la fiesta?... preguntó Susana con ese gesto de muchacha traviesa y sencilla no afectada por la fama.

—¿Cuál? Preguntó a su vez el padre

—¡Cualquiera!, soltó de sopetón Susana con una carcajada inesperada y desproporcionada ante su mal chiste. Eso ocurría justo cuando llegaba a la mesa su papá, el actor Ricardo Canales, quien era un galán apuesto y a la vez paternal y acababa ese mismo año de actuar

en la película *Juan Tenorio*, junto a Luis Sandrini y Tita Merello, dirigidos por Amadori. Era un actor destacado.

—Aquí llega un papá precavido que no deja a su hija sola ni a sol ni a sombra— dijo Julio, saludando al recién llegado.

—Y con mucha razón, insertó tal una cuña su frase Josesito, allí de pie con su elegante saco de tweed —Una jovencita de 22 años, con la belleza de Susana, es objeto de constante persecución. Sé muy bien lo que digo, pues me la paso evitando agravios a mis hermanas gemelas, la Chiquita y la Goldie.

El restaurante no le era ajeno a Luis, quedaba camino a casa de los abuelos, lo había visitado al menos en una ocasión cuando le sirvieron el helado cubierto de sambayón y nueces que le daba fama. Loprete era de los restoranes grandes, utilizado comúnmente para despedidas, bodas y fiestas tumultuosas. Para este festejo habían dispuesto en un área estratégicamente situada, dos mesas en forma de T. Muy pronto los invitados se fueron acomodando indistintamente sin preguntar si había algún orden previamente planeado.

—La gente se acomoda por simpatías o afinidades, dijo Josesito. —O como vayan llegando, agregó el capitán Pedro Loprete, uno de los dueños del lugar.

—No en este caso, difirió Traverso, el técnico de Lumiton más apreciado por la comunidad cinéfila, aquí se está reuniendo una comunidad

que ha afianzado sus lazos de amistad durante muchos años. Hay una fuerte unidad entre ellos, puedo apostar que todos son antifascistas.

La familia Porter ocupó uno de los extremos libres de la mesa en T. Pronto se acercó Antonio Momplet, el director de *Yo no elegí mi vida* y no dudó en sentarse junto a Susana Canales, su paisana. No era casualidad que confluyeran tantos exiliados de la guerra civil en una mesa de luminarias, incluyendo a Miguel Gómez Bao, actor omnipresente en las películas de Lumiton. Ellos habían sufrido las barreras puestas por el gobierno argentino para la admisión de los exiliados republicanos que huían de la guerra civil. En algún momento los habían calificado como "extranjeros indeseables" y eso disminuyó el número de exilados, pero algunos tuvieron la suficiente protección, y rehicieron su vida en esa ciudad que les parecía tan familiar y suya. Aquella guerra llegó a conmocionar tanto al campo cultural de Argentina, que muy pronto el pueblo tomó partido. Veían su propia realidad en el trágico espejo de esa guerra. Los españoles acabaron siendo aceptados y muy queridos.

Luis podía notar en otras mesas las miradas de curiosidad que la gente de cine generaba entre los demás asistentes.

—Esta es una reunión histórica, dijo el padre, cuya trayectoria había ido creciendo en los recientes años con una seguidilla de estrenos. Al éxito obtenido, ahora se agregaba la honrosa

sociedad con el gran autor de tangos Enrique Santos Discépolo. Eso le daba una nueva dimensión a su trabajo: creatividad y abría un futuro promisorio.

Josesito Martínez Suárez también se había sumado a este grupo que se apiñonaba en uno de los extremos de la mesa, y no tardó en comentar la declaración del padre:

—Es verdad Julio, ésta tiene todo el aire de ser una reunión histórica. Podríamos decir que estamos viviendo la apoteosis de Lumiton, una empresa que hoy, por primera vez, se encuentra sufriendo conflictos laborales que nunca hubiéramos podido predecir, aunque sí sospechar.

El padre no se sintió atraído por el tema de los conflictos, hablar de condiciones laborales le parecía fuera de lugar en esa celebración, era anticlimático, de manera que no hizo caso y sólo se encogió de hombros.

— Recordemos que Lumiton estableció un sistema laboral muy fuera de lo convencional, insistió Josesito, parecíamos internos en un monasterio, con reglas muy estrictas, mismas que funcionaron bien y la convirtieron en un enclave productivo y de elite. Ante el silencio que dejó el comentario, a Julio no le quedó otra que opinar:

—No olvidemos que sus directivos era un grupo de notables científicos y a la vez que empresarios interesados en desarrollar las fuer-

zas productivas con un sentido idealista de las relaciones sociales.

Josesito animado por esa respuesta entró a fondo con uno de sus temas preferidos, pues Lumiton era su escuela de cine que mucho veneraba.

—Ellos pensaron en establecer estudios cinematográficos tecnológicamente avanzados, con una visión práctica y moderna, propia de científicos bien formados. Solo a ese tipo de mentes se les hubiera podido ocurrir la palabra Lumiton, mezcla de los conceptos de "luminosidad y tonalidad". En 1932 realizaron la primera película, misma que costó 18 mil pesos y recaudó más de un millón. Y así continuaron... hasta hoy, en este 1949, que en el Loprete, sin saberlo, estamos festejando un sistema de eficiencia y de trabajo en equipo, de muy alta calidad y mayor éxito comercial. Pero también podemos decir que estamos reunidos como quién comienza a despedirse de todo aquello que alguna vez fuimos.

—Che, Josesito, reaccionó Julio, no vengas con tu mufa justo hoy y aquí, que estamos de fiesta... soltó el padre que no quería saber nada de malos vaticinios o tonos amargos.

Sin embargo, Julio bien sabía que ese 1949 marcaba un cambio drástico en las relaciones laborales, que se harían cada vez más conflictivas al confrontarse formas opuestas de administración en los estudios. Desde su ingreso a Lumiton, en 1942 hasta esa tarde, siete años después, Julio había transitado con

gran éxito por todos los frentes del espectáculo, comenzando por la radio, después el cine y más tarde el teatro. Había escrito uno tras otro los guiones de trece películas, siete de ellas dirigidas por Christensen, cuatro por Mottura y las demás por Lugones. Todavía escribiría otras doce, antes de comenzar a dirigir las suyas propias, de las que solo la primera de las once que llegaron a ser se filmaría bajo el sello de Lumiton. En 1949 también concluían dos de los programas cómicos de radio que llevaban años transmitiéndose. Uno era el de Pepe Iglesias "El Zorro" imitador de voces y creador de canciones populares de gran simpatía, y el otro, la famosa "Escuela humorística Toddy" cuyo protagonista era Pepe Arias, el famoso *Maestro Ciruela*, y en donde, entre otros que harían gran carrera, debutó un actor descubierto por el padre, Mauricio Borensztein, rebautizado como *Tato Bores*. La comicidad de esos programas había dado pie a que las revistas publicaran caricaturas que habían hecho icónico los lentes de marcos gruesos negros del padre.

El año de 1949 marcaría el inicio de un nuevo ciclo en la carrera del padre. Mientras se filmaba *Yo no elegí mi vida*, Enrique Santos Discépolo lo invita a que escriban juntos una comedia con matices musicales que titularán *Blum*, el apellido de un magnate. La escriben al alimón y muy pronto la experiencia que viven los establece como un dúo perfectamente ensamblado que se complementa con gran equilibrio. Comparten un mismo sentido del humor y una fuerte inclinación por el drama.

El padre comenta en la mesa de su casa, junto a sus hijos:

—Discípulo tiene la fuerza y el genio de un Carlitos Chaplin. A veces hasta creo que estoy con un doble de Chaplin. Es capaz de saltar de la risa al llanto y conmoverte con una sola palabra. La obra está programada para estrenarse en el teatro Alvear este octubre.

A la llegada de nuevos invitados, y el tránsito de unos y otros saludándose y encontrando su sitio final, se sumaban los mozos del Loprorete desfilando como soldados portando sus bandejas. Luis, junto a su hermana y su mamá, se sentaron cerca del padre y de Momplet, que ahora tenía puesta su atención en Ricardo, el padre de Susana Canales, su paisano. Ambos habían llegado de España ya cumplidos sus 50 años de edad. Julio con apenas 33 años departía con sus colegas que nacieron con el siglo y le llevaban cerca de dos décadas. Los respeta y admira; conoce a fondo su cultura, por ser lector de sus grandes poetas y haber sufrido desde donde estaba, la guerra civil. Reconoce en Momplet al experto en música folklórica española que inició su carrera difundiéndola por toda Europa. Danzas y cantos populares que ahora se escuchan en los teatros y locales de la Avenida de Mayo.

Mientras Momplet y Ricardo conversan, Julio aprovecha para acercarse con Luis a su madrina cinematográfica.

—Susana Canales también comenzó de muy joven a actuar. Fue una niña precoz —le dice a Luis—. Llegó a Montevideo siendo una niña, y gracias a su padre actuó desde los 10 años en el elenco de otra gran actriz española exiliada, Margarita Xirgu.

En eso estaban cuando vieron entrar al local al mexicano Arturo de Córdova, acompañado por la nueva figura, Olga Zubarry, Todavía faltaba que llegara la estrella principal, al que el padre comparaba con Chaplin: Enrique Santos Discépolo.

§

Momplet era un inmigrante más llegado en 1937. En 1944 se había ido a México, para escribir y dirigir seis películas que formarían parte de la época de oro del cine mexicano. Las realizó con actores como Julián Soler y María Félix. Discépolo, había viajado a México en 1945 acompañado del poeta y compositor Homero Manzi. No imaginaba que fuera a entrar a un mundo diferente cuyas características sociales y culturales lo ubicarían en una nueva realidad que lo llevaría a verse a sí mismo y su arte con nuevos ojos. Un primer hecho que lo conmueve fue ver de cerca, presenciar y sentir la íntima relación existente entre el tango y el bolero, afinidad que puso de manifiesto las raíces que compartía con los grandes músicos mexicanos, Agustín Lara, Gonzalo Curiel, Alfonso Esparza Oteo, Tata Nacho, entre muchos otros.

La cálida recepción que recibió en México, la identificación y entrega del público a su música y sus letras, le abren el corazón, uno que provenía del teatro y tendía a una filosofía amarga no pocas veces destilando un contenido de desazón y soledad. En México, nace en él una especie de primavera a todo color, que jamás había experimentado en Buenos Aires, ciudad en blanco y negro. La primavera mexicana, se convierte en el marco propicio para descubrir una nueva forma del amor, que no había formado parte de su poesía ni, por tanto, de su experiencia.

De la sierra morena
cielito lindo vienen bajando
un par de ojitos negros
cielito lindo de contrabando.

Quirino Mendoza y Cortés (nacido en Xochimilco en 1862)

Era rubia y sus ojos celestes
reflejaban la gloria del día
y cantaba como una calandria
la pulpera de Santa Lucía.

Héctor Pedro Blomberg (nacido en Buenos Aires en 1889)

Ese había sido el inesperado milagro que le ocurrió a Discépolo en México: enamorarse de una muchacha de esas que en esa cultura se educan en casa y en la calle y así crecen, inocentes y confiadas, espontáneas, sencillas,

auténticas, entregadas y por supuesto, engañadas y mal tratadas. Muchacha muy joven, que saltó a la vista del público por ganar un concurso dedicado a los ojos más bellos, y más tarde fue conquistada y seducida por delincuentes y tratantes de blancas, que la habían sumido en una vida sórdida que sobrellevó con mucha penuria. Su nombre era Raquel Díaz de León. Agustín Lara la encuentra en la famosa casa de citas de Gabriela Olmos, *La Bandida*. La considera demasiado bonita para dejarla allí y se la lleva con él.

En México no existía la vida rutinaria típica de los países con presencia de una clase media nutrida, como en Madrid o en Buenos Aires del siglo pasado. El México del siglo XX vive otros ritmos, cada día es diferente del anterior, hay siempre sorpresas, se rompen reglas o se vive sin ellas. Es un país nada uniformado, muy diverso, un país de tradiciones, romántico, cuya gente es naturalmente sensible y artística. Es un país, además, con fuerte presencia indígena, con menos influencia europea, si la comparamos con Buenos Aires. Predominan las raíces culturales que los liga a un remoto pasado. Eso los puede hacer parecer más introvertidos aunque no tímidos, al contrario, es gente más reservada, discreta o pudorosa, y a la vez emotiva, expresiva. La música es parte de la vida diaria, pareciera que todos cantan, todos tienen una cualidad de músicos naturales.

Discípulo convivió meses hospedado en la casa de su contraparte mexicana, Agustín Lara, que como él, también nació con el siglo. Se sintió

cómodo y bienvenido en esa sociedad cordial y respetuosa, lejos de Buenos Aires y su constante y creciente malestar político. Fue el caso de un célebre porteño ágil, rápido, acelerado, que se vio obligado a relajarse en el México más lento y apaciguado. Lo recibieron los círculos elitistas, miembros de la nobleza artística. Discépolo no se identificó con ellos, pero sí se dejó ir con el clima socialmente cordial, ceremonioso y correcto, característico del mexicano. Gente amable, nada competitiva, más bien laxa, con tiempo para todo, con un eterno "mañana" para cumplir las cosas, en fin, otro cantar.

Discépolo se fue acomodando a ese ambiente, se relajó, fue ingresando a un estado de ánimo que no había conocido hasta ese instante, propicio para que surgiera un sentimiento nuevo de amor, diferente, nacido de la libertad, de la confianza, desconocido para él. No hacía chistes auto denigrantes como solía, ya no hablaba de su delgadez o de su nariz, ni de su fealdad, había recobrado un sentido de la dignidad que lo ubicó en otra actitud.

Eso ocurre poco antes que Lara se tropezara con María Félix, con quien puede concertar una pareja tan comercial como sentimental. Agustín Lara ve en María Félix la socia ideal para expandir todavía más su fama, crear una canción inolvidable y de paso ponerle algo de pimienta a su vida pública. Raquel queda relegada. Lara se la encomienda a Discépolo que al estar conviviendo en su casa, es testigo

de todos esos acontecimientos tan apropiados para dar material a las revistas y pasquines que a eso se dedican. Raquel está acostumbrada a someterse a estos intercambios comerciales donde lo que impera es la conveniencia. Viendo las circunstancias, acepta la oportunidad de cambiar un flaco feo, como era Agustín Lara, por otro flaco que aunque tampoco era atractivo, tocaba el violín de una manera diferente. Las opciones de Raquel era escoger entre los dos compositores de música popular latinoamericana más grandes que ha dado el siglo, aunque con estilos muy diferentes de vivir y de demostrar su amor. Son dos idiosincrasias distintas aunque paralelas: el porteño del Río de la Plata, y el porteño del Papaloapan. El casi huérfano solitario de Balvanera, con apenas dos nombres propios, y el jarocho de estirpe española bautizado como Ángel Agustín María Carlos Fausto Mariano Alfonso del Sagrado Corazón de Jesús Lara y Aguirre del Pino. Raquel se queda con el del nombre más corto: Discépolo.

Discépolo está prendado, invadido de sentimientos que no conocía. Deciden vivir juntos. En esta nueva vida se hacía notorio el contraste de los exabruptos que vivía junto a Tania —mujer poco refinada, que no lo respetaba—, frente a la dulce cordialidad de la mexicana. De pronto descubre y vive una relación diferente, más pausada, menos tensa, más silenciosa, con una mujer de palabra que no lo contradice ni lo

desafía. Decía Momplet el director de varias películas de la época de oro del cine mexicano:

—Cuando dirigí en México “A media luz”, “Salón fru-fru”, con Hugo del Carril, nos encontrábamos a menudo con Discépolo, se lo veía feliz.

—Es como estar en una película de Technicolor, comentaba riendo —Nos salimos del blanco y negro porteño, decía con su voz estridente.

Sus compromisos profesionales llevan y traen a Discépolo de México a Cuba; a veces a Venezuela, de por medio en el itinerario. Son separaciones temporales que estimulan la relación y la necesidad de escribirse profundiza el diálogo. No se trata de mensajes ni telegramas, son verdaderas cartas de amor. Es en la correspondencia donde dejan volar su palabra poética. El talento literario de Raquel será más tarde reconocido y respaldado por el poeta mexicano Renato Leduc que la orienta hacia el periodismo y la literatura. La distancia les permite conocerse de otra manera. Las parejas de celebridades que se unen para compartir y sumar famas, como ocurre en la mayoría de los casos en el ambiente del espectáculo, viven relaciones diferentes de aquellas parejas que logran leer el alma del otro por medio de la exaltación de la palabra escrita. Eso le da a la relación otra calidad, una nueva dimensión y otro sentido.

Discépolo regresa a su país para cumplir con obligaciones. Lleva dentro suyo la experiencia mexicana de amor. En febrero de 1946, los

acontecimientos políticos que suceden en Argentina lo empujan nuevamente a salir. Regresa a México donde lo espera Raquel. Tania, su compañera, subestimando los sentimientos de su compañero y dudando de su capacidad amorosa, tarda casi un año para percibir el peligro que amenaza su relación. Cuando se da cuenta, comenzando 1947, se siente alarmada porque se ha puesto en riesgo su seguridad y más que nada su carrera. Decide entrar en campaña para poner en orden las cosas. Utiliza para ello todos los medios que sabe efectivos como buena conocedora de las flaquezas de carácter de su compañero. Tania sabe cómo aplicar estrategias de coerción. El objetivo urgente es convencer y si no, obligar a su compañero a regresar a Buenos Aires.

Tania viaja a México y después de escenas y presiones que no dan resultado, amenaza con suicidarse. Discépolo por fin cede, regresa con ella y abandona México. Al hacerlo renuncia a su nuevo hogar en ciernes. Raquel está embarazada de su hijo, un embarazo que juntos acordaron. La disyuntiva es ética y moralmente definitiva. Raquel no aplica ninguna presión, lo deja libre, es una mujer que aun conociendo su derecho moral, deja la decisión final en manos del hombre. Tres meses más tarde, el 21 de abril de 1947, con Discépolo ausente, nace el hijo esperado. Lo bautizaron Enrique Luis, firmando como testigos de nacimiento Luis Sandrini y Tita Merello, populares actores argentinos exiliados en México, amigos de la pareja. Esta historia y sus pormenores, cuyo

proceso ha sido hecho público, son reprimidos y callados por los intereses que se mueven en la política argentina, en la que los actores y actrices de prestigio juegan un destacado papel.

En las sobremesas familiares de Roca el tema había sido reiteradamente comentado, discutido y analizado. Discépolo y Julio llevaban una convivencia cotidiana, primero trabajando juntos en el guion del film *Yo no elegí mi vida*, estrenado en 1949, proyecto que precede al conjunto de la obra teatral *Blum*, escrita en 1948 y estrenada en el Alvear en 1949, a la que sigue la película *El hincha*, en 1951. Convivencia que ocurre inmediatamente después de la ruptura de Discépolo con Raquel. De manera que Julio había visto y vivido de primera mano el ánimo y la condición en que Discépolo se encontraba con la situación creada por su renuncia. Basta conocer los tangos de esa época, *Cafetín de Buenos Aires*, o el guion de la obra *Blum*, para ver con claridad que Discépolo estaba fuertemente afectado y deprimido.

Margarita, la madre, había tomado con pasión la defensa de Raquel. Sabía que Discépolo se había enamorado de ella, sabía que reconocía a ese hijo suyo, conocía a Tania, había conversado con ella, estaba informada de primera mano de lo que estaba ocurriendo y no sé quedaba callada. De allí que sus hijos supieran los pormenores de ese drama porque eran inevitablemente testigos de esas discusiones.

—¿Cómo puede ser que no lo ayudes a ver las cosas más claras? Le recriminaba a Julio la madre.

—No, Marga, Discépolo no es una persona que te escuche, él no deja hablar, él tiene el micrófono y la batuta todo el tiempo. Claro, eso no ocurre con Tania que lo domina. Discépolo no escucha.

Es así como los debates familiares siguen el proceso, hasta concluir con el veredicto de que la justicia y la ética se habían quedado en México y Discépolo en Buenos Aires. Más de una vez, le manifiesta a su amigo Osvaldo Miranda, el remordimiento y la culpa que siente por haber abandonado a su hijo. Siendo un buen hombre, se condena a vivir su claudicación con culpa y mucho pesar. Un pesar que mina su ser y su salud.

§

Luis se sentía incómodo escuchando todo eso que no le era nuevo. No podía dejar de reconocer que gracias a las narrativas de sobremesa de su madre, estaba enterado hasta el menor detalle de las circunstancias en las que Discépolo había sido manipulado emocionalmente. La madre no bajaba de arpía a Tania, quien lo había forzado a regresar, para separarlo de lo que la madre calificaba como un verdadero amor, una pasión acorde a la de un volcán, decía, de los que tanto había en ese país telúrico y eruptivo, agregaba con certeza académica. Nadie que no cree en el amor acepta a un hijo,

decía. La madre veneraba a todo hijo como prueba fehaciente de amor y compromiso.

—No está en el carácter de un verdadero hombre argentino dejar hijos abandonados, agregaba contundente.

Luis iba entendiendo que vivía en un mundo donde nacer y permanecer en la ciudad natal, en el país al que se pertenecía, no era algo común. Se levantó de la mesa para ir al baño. Atravesó el gran salón, pasó por el largo mostrador donde se daba el ir y venir de las órdenes, de los platos, entre códigos, órdenes dadas una sola vez, con disciplina deportiva, con sabiduría culinaria. Al salir del baño, caminando por el angosto pasillo, se abrió una puerta lateral y apareció la figura de un hombre delgado, enfundado en un Perramus beige que parecía que le quedaba grande, con un sombrero de paja tejida que no llegaba a cubrir una desproporcionada nariz que exaltaba de alguna forma su rostro enjutado. Lo pudo reconocer sin problemas, porque lo había visto en su casa y en su mesa más de una vez y también en las recientes jornadas, mientras pegaba recortes y fotos en el álbum con su hermana y su madre. Le era tan familiar, que ante el sorpresivo encuentro no pudo dejar de sonreírle y saludarlo, extendiéndole la mano con confianza, como sí lo hubiera estado viendo todos los días.

—¿Y vos quién sos? Le pregunto Discépolo a Luis.

—Soy Luis, el hijo de Julio Porter, respondió Luis con su usual orgullo cuando se presentaba así.

—¡Claro... Luisito!... exclamó Discépolo, si te he visto más de una vez allá en tu casa de Florida, con Margarita y tu hermanita... ¿o ya no te acordás? ¿tan pronto te olvidaste de mí?...

—¡Claro que no! Claro que me acuerdo... dijo Luis pensando que había caído en el juego de palabras típico de Discépolo, en el que las cosas se volteaban al revés.

Juntos irrumpieron en el salón y caminaron hacia la mesa rebosante de invitados, ya todos presentes una vez que habían llegado hasta los más rezagados.

Se hizo un bache, un silencio. Todos, absolutamente todos, se detuvieron en lo que estaban haciendo, para poner atención en este par de figuras delgadas, ágiles y sonrientes que se acercaban a la mesa con forma de T; Luisito y Enrique entrando juntos como viejos amigos. La madre no podía creer tal escena. La gente le ofrecía las manos al célebre Discépolo para saludarlo, se agitaban en su asiento ante su presencia. Discépolo sonreía mientras cuchicheaba confidencialmente con Luisito, ambos riendo de quien sabe que dichos, mientras se dirigían sin rodeos hacia donde estaba el padre:

—¡Julio!... dame un abrazo, por fin ya terminamos de filmar, ¡estuvo apoteósico!, ¡culminante!, ¡jubiloso!... ¡mejor imposible! ¡¡¡fantástico!!!...

El padre estaba acostumbrado a la efusividad de Discépolo y al uso de sinónimos entre signos de admiración, para machacar de forma por demás exaltada un rasgo o un sentimiento.

—¡Vamos a hacer capote con esta película!... ¡y lo mismo va a pasar con *Blum*, te lo advierto!...

—¡Seguro! agregó el padre con su voz ronca que contrastaba con la vibrante y aflautada de Discépolo.

Desde que habían comenzado a escribir juntos y ahora con *Blum*, habían descubierto muchos parecidos; sus diálogos se fundían en un mismo sentido del humor, eran tan afines entre sí, tan del estilo, que constituían una especie de amalgama, de fusión, un dúo articulado.

—Ahora que terminamos *Yo no elegí...*, liquidemos *El Hincha* y vamos a concentrarnos en *Blum*, dijo el padre.

—Si Julio y es urgente, ya tenemos fecha de estreno, está programada para fines de octubre en el Teatro Alvear.

Varios invitados se habían acercado a Discépolo para llevárselo, sin lograrlo, hasta que por fin lo tomaron del brazo y lo arrastraron hasta el otro extremo de la mesa. Eso ocurría justamente cuando por la puerta principal entraba Arturo de Córdova junto a una muchacha de 19 años, que estrenaba carrera, Olga Zubarry. Hubo otra ola de saludos, entre unos y otros, un desorden. Con Arturo de Córdova presente México no dejaba de jugar un papel

de liderazgo en la industria del cine y el espectáculo, como había ocurrido entre los años del 44 al 47, cuando habían coincidido en otros proyectos y latitudes. El padre le hizo una señal a Luis y juntos se acercaron a Arturo y a Olga para saludarlos.

—Luis, aquí tenés a Arturo, le dijo el padre.

Muchas cabezas giraron hacia este nuevo encuentro. Era conocida la vieja relación de trabajo que el padre y Arturo habían vivido en el pasado. Ahora, a su ya ganada fama, su reciente paso por Hollywood, donde había formado parte del elenco con Gary Cooper e Ingrid Bergman, y su reciente película junto a Billie Holiday y Luis Armstrong, llamada *New Orleans*, Arturo le agregaba el aura que le había dejado el año anterior, el éxito y los premios recibidos por la película "Dios se lo pague", dirigida el año anterior por Amadori. El abrazo fue breve y sentido. Se agregó al encuentro la simpatía de Olga Zubarry, apenas una jovencita bien argentina pero llena de vigor hispano, concretamente vasco. Un instante después se volvían a reintegrar a sus lugares en la mesa.

—¿Sabes Luisito?, conozco a Arturo desde que éramos jóvenes. Mi primer trabajo lo hice para él en Radio Splendid. Seleccionábamos un poema y a partir de la historia que esos versos relataban, escribíamos un radioteatro de un solo capítulo. Un poema por audición. Yo apenas había cumplido 20 años o a lo mejor

todavía ni los había cumplido. Arturo, que me lleva casi diez años, estaba en el final de sus veintes. Había vivido en Argentina desde los 12 años, un poco más que tu edad de hoy... Lo trajeron los padres escapando de la inseguridad provocada por la revolución mexicana. Como ves, la política provoca viajes, obliga a muchos a irse. Algunos son viajes muy largos, que a veces no tienen regreso. Argentina y México son los extremos de un camino que muchos se ven obligados a tomar. En el trayecto hay otros puertos de llegada: Brasil, Venezuela, Cuba, sitios donde el espectáculo tiene mucho público, o se hace cine, o teatro, se convierten en puertos de refugio para los que se ven empujados a emigrar. Otro sitio atractivo es España, el idioma juega un papel importante. También son lugares a los que se va de gira, pero ese es otro cantar.

—Papá, estamos rodeados de gente que tuvo que irse de su país. Son muchos, son demasiados... ¿por qué son tantos?

—Uy, Luis, esa es una pregunta corta que requiere de una respuesta muy larga. Cada persona es una historia. Los actores y las actrices, los que cantan o bailan, cuando llegan a ser figuras públicas reconocidas, su posición cuenta. Cuando no existe la democracia en un país, cuando no hay derecho a expresar libremente tus ideas, si no estás a favor de un gobierno, te convertís en una amenaza, y por eso te ponen en la lista negra y te dejan sin trabajo y entonces la gente se va a donde puedan trabajar, continuar construyendo su carrera, su nombre, su pres-

tigio. Esto entra en los temas que te advertí no conviene hablar en público. Luis recordó todos los consejos que le daban cada día. Tenía la conciencia de que cualquier vecino o inclusive un amigo, podía ser un delator. Vivían bajo un régimen de fuerte control. Habían aprendido a cuidarse.

—Si, si, entiendo, dijo Luis con miedo de haber sido demasiado indiscreto y estar metiendo la pata. Mejor se calló.

Lo que el padre no podía resumir en una respuesta sencilla era el hecho de que la inestabilidad política de los últimos años, y muchas de las decisiones que afectaban al espectáculo en general, les impedía a los autores expresarse con libertad. La Segunda Guerra Mundial, la simpatía de Argentina hacia el nazismo alemán, el control y censura aplicadas al uso del lenguaje, cuyas normas atentaban, entre otras, contra el habla popular, contra el llamado lunfardo, materia prima de las letras de tango, llevaron a vetos y prohibiciones que hicieron que artistas con prestigio internacional y otros deseosos de hacer fama, aceptaran invitaciones o buscaran suerte en otros mercados. México había sido el tradicional rival cultural y mercantil de Argentina. A Discépolo le habían censurado tangos y lo habían obligado a sujetarse a usar las palabras adecuadas. Nada de hablar un español no aprobado por la Real Academia, era la consigna. Discépolo, como otros, lo resintió y se fue a México, como hicieron otros.

El autoritarismo que se ejercía en Argentina no tenía rival, a no ser la Alemania nazi.

En ese año de 1949 Argentina estrenaría 48 películas nacionales, que ya eran muchas, mientras que México estrenaba durante el mismo período 108. Competían, pero también colaboraban, eran dos países hermanos.

—Competimos mientras convivimos, solían decir los famosos que iban y venían de un país al otro.

Los técnicos y los que componían el equipo, como guionistas, cuyos nombres podían prescindir de aparecer en los anuncios, no se movilizaban de la misma manera. En México las políticas migratorias y los sindicatos coartaban la libertad de obtener la visa correspondiente y ser contratados. Argentina, en cambio, llegaba a ser más permisivo, siempre que no intervinieran factores políticos. Los españoles republicanos no habían sido bienvenidos en su momento, y aunque el mercado del espectáculo estaba más abierto, existía un total control sobre todo lo que pudiera influir sobre la opinión pública, no eran raras las imposiciones y lo que es más grave, no faltaban personajes muy poderosos con fuertes trastornos mentales.

Los manteles blancos de la T estaban ahora cubiertos de colores. Las canastas de pan, las botellas de soda, las de vino, las flores, las copas, los platos servidos, las fuentes humeantes, todo se componía en la fiesta gastronómica que es comer en cualquier lugar de Buenos Aires.

Luis estaba con los ojos fijos en la bandeja de antipasto que tenía cerca de su tenedor. Le gustaba ese platillo que era un muestrario en el que había de todo un poco, inclusive mariscos. Después del antipasto Luis se había dedicado al plato de canelones a la crepe que le habían servido. Se distrajo comiendo. Frente a él, Susana Canales y Antonio Momplet dialogaban mientras comían. El padre de Susana se había abierto un espacio entre ella y Momplet. La mesa era como el fuelle de un bandoneón, capaz de estirarse más de lo imaginable. Todos hablaban al mismo tiempo, pero Luis puso su atención en la conversación que le llegaba de forma oblicua con un tono de confidencialidad y misterio en la voz de Ricardo Canales.

El padre de Susana estaba contándole a Momplet, con un tono claramente molesto de mucha indignación que un "jerarca del gobierno" estaba enviándole a su hija regalos e invitaciones en forma obsesiva. No podemos sacárnoslo de encima. Luis entendía que esa charla no era para chicos de su edad, así que hacía como que no oía, disimulaba, poniendo su mirada en otra parte, aunque seguía atento a cada palabra que venía de ese preciso lado de la mesa. Le interesaba saber qué ocurría.

—Regalos, invitaciones, visitas inesperadas, este señor está empeñado en conquistar a mi hija, a pesar de las respetuosas aclaraciones que ya le hicimos y los rotundos *no* que le han seguido.

—Momplet se acercó al oído del padre de Susana para lograr la mayor discreción bajando el tono de voz. Susana estiró el cuello para escuchar lo que le iba a decir y Luis, sin mover ni un músculo, haciéndose el muy ajeno, aguzó aún más su oído para no perderse ni una palabra.

Asumiendo un tono solemne, Momplet dijo:

—Ricardo y Susana, hay algo que tengo muy claro y sin temor a equivocarme quiero decirles. Por lo que sé de primera mano, en éste, como en otros casos de abuso de poder, no encontrarán manera de evitarlo, ya han habido casos similares, de craso ultraje. Ese hombre está loco de poder, absolutamente protegido por el régimen, con acceso directo al presidente, es el hermano de la primera dama, y no tiene escrúpulo alguno. Consideren ahora mismo en tomar la acción más radical, puesto que no veo que exista otra solución. No quiero sonar catastrófico o apocalíptico, pero sí advertirles, huyan ahora mismo, es cuestión de vida o muerte. Deben de considerar la opción de irse con urgencia de este país. No digo alejarse, no digo esconderse, digo irse, o con mayor claridad, en su caso, huir. Huir, repitió, subrayando la palabra.

El Sr. Canales parecía perplejo. El rostro de Susana trocó su rubor por una sombría tonalidad pálida. Se quedaron en silencio.

—Estamos hablando de gente capaz de cualquier cosa, prosiguió Momplet, ellos gozan de total impunidad y están acostumbrados a ob-

tener por todos los medios posibles y con total arbitrariedad, cualquier capricho. Esto se ha agudizado en los últimos años, comenzó en 1944, y con más fuerza desde el 46. No hay otro camino que el de la partida. No se trata de otra cosa, piénsenlo bien, se tienen que ir.... Tienen que escapar mientras puedan, y cuanto antes mejor.

—Escapar, pensó Luis, irse, se repitió, y no pudo dejar de sentir un apretujón que era una emoción novedosa para él. Si bien no se escuchaba lo que estaban hablando, las caras y los gestos, la dinámica o la atmósfera que emanaba de ese grupo, llamó la atención de algunos. Entre ellos Discépolo, que desprendiéndose de sus conversadores colegas, curioso y acomedido se les acercó.

—¿Podrían decirme de qué están hablando que ponen esas caras?

—Momplet le dijo al oído, en tres palabras, de qué se trataba. Es ese personaje del gobierno, acosando a Susana. Ya ha llegado a un extremo y mi consejo es que regresen a su patria.

—Irse de Argentina, dijo Discépolo, poco o nada sorprendido. Era el fantasma que lo perseguía y sabía que en esa reunión con mexicanos presentes, tarde o temprano el tema podía resurgir.

—Irse, viajar, partir... dijo, como si fuera a recitar la letra de uno de sus tangos, es algo que constantemente ronda en mi mente. Es un impulso. Algo que quisiera hacer hoy mismo.

Tengo asuntos serios que atender, asuntos de vida o muerte que he dejado allá lejos, que he abandonado.

Momplet se quedó desarmado ante tal confesión. Sabía a lo que se refería. Todos lo sabían. Discépolo sabía también que los demás lo entendían. Se recuperó, y cambiando radicalmente de tono y actitud, asumiendo su capacidad del actor que cambia de papel, como si estuviera frente a una cámara, prosiguió declarando:

—Pero irse es un precio demasiado alto a pagar. Para ustedes, dijo, dirigiéndose a Susana y su padre, es otra cosa, porque es regresar a su patria. Para nosotros es obligarnos a anclar en un sitio que a la larga, siempre resultará ajeno. Lo he vivido y no pienso repetirlo. ¿Cuántas vidas tenemos? ¿Cuántas podemos vivir? ¿Cuántas veces es posible morirse y volver a nacer? Observen a Arturo García Buhr, ¿por dónde anda? ¿qué tan lastimado regresará de donde está, si es que algún día regresa a Buenos Aires? Lo llamaron a colaborar en un programa para el gobierno, sabía que no podía decirle que *no*, y esa misma noche se fue de Argentina. Esa fue su respuesta, desaparecer. Yo ya pasé mis buenas temporadas fuera y no lo repetiría. Yo ya me fui, yo ya no estoy, yo ya no me quiero ir, dijo, con cierta desesperación, como si estuviera solo frente a un micrófono, como si nadie más que su conciencia lo estuviera escuchando.

—Bueno, Enrique, vos sos una celebridad, pertenecés a este mundo, espero que nunca te pongan a prueba como a García Buhr o a otros. Vos sos Buenos Aires, si te vas vamos a tener que construir de nuevo la avenida 9 de julio, el obelisco, el Kavanagh, ila dársena Norte!...

Discépolo se quedó escuchando con una sonrisa triste.

—Irse, regresar a España, regresar adonde seremos respetados, queridos... cuidados, o regresar a México, donde encontré lo que jamás tuve en Buenos Aires, mi niñez, mi padre ausente, mi hermano lejano y ajeno, las incomprendiones, las traiciones, una luz entre tanta tiniebla... Allá en México, me encontré a mí mismo y allá me quedé, no vuelvo porque ya estoy allá, si fuera, sería para buscarme y rescatarme, para volver a ser ese yo que allá dejé y ahora tiene un heredero. Allá me espera Raquel, y me espera ese hijo, mi hijo. Pero no creo que pueda hacerlo. Ya tomé una decisión y aunque quiero volver no quiero irme. Ser ese otro yo, es como una canción desesperada. Irme es volcar los sueños al mar, huir sin que nadie pueda verme caminando por sitios desconocidos, sin guía. Vivir en la nostalgia, con la necesidad de hacer esos nuevos espacios míos, nuevamente míos para trascender en ellos. Volver a visitarlos como si fuera la primera vez. Estar en esa ciudad ajena que se deja ver, aunque nunca del todo, nunca de este modo ancho y derramado como lo hace nuestro río, como lo hacen las avenidas de nuestra

ciudad. Irme para en verdad vivir, irme para en verdad habitarme.



Teatro Alvear

Esé miércoles 26 de octubre habían festejado el onceavo cumpleaños de Luis. Dos días después, viernes, volvían a engalanarse, Luis estrenando sus regalos de cumpleaños: una flamante camisa blanca, el traje azul nuevo... se vivía un aire de euforia y nerviosismo. La familia se aprestaba para asistir a lo que sería el momento más álgido de la carrera del padre, el estreno de *Blum* en el teatro Alvear.

—Fue justamente la madrugada de un miércoles como el de antes de ayer, la noche lluviosa en que naciste. ¡Ay! Qué tormenta caía, la podía escuchar desde la camilla en la que me transportaban a la sala de partos...— Se largó a hablar de golpe la mamá, en medio de los apuros para estar listos. Nadie le hizo mucho caso, pero ella prosiguió como si estuvieran tomando el té:

—Eran las 2 y media de la mañana cuando te escuché llorar, y respiré tranquila. Tu padre no tardó en asomar la cabeza sonriente. Te traía un poema para vos y un juguete de hojalata como regalo: ¡una locomotora!... no sabíamos si iba a nacer una niña o un niño, pero tu papi

desde antes ya lo había visto en la vidriera, y lo compró como si fuera para él. Una locomotora, creo que tiene mucho de simbólico, reúne tantas imágenes nostálgicas... el silbato, el humo, el chucu-chu-cu, el liderazgo, la partida, la distancia, las vías, los durmientes... todo eso es materia de la poesía, y mucho más construido a escala pequeña con hojalata estampada... presintió que andarías por largos caminos de una estación a otra, saliendo y llegando de los hangares de Retiro. Retiro. Retiro... se quedó diciendo la madre, repitiendo esa palabra.... Ya hace once años, Luis. Luis miró a su madre que tenía la mirada fija en la ventana abierta, por donde pareció entrar la voz de María, que anunciaba que el taxi ya estaba allí.

Partieron hacia el teatro Presidente Alvear, a la gran gala. Llegaron con tiempo y pronto ingresaron al señorial *foyer* donde estaban reunidos muchos amigos y familiares. Reinaba un ambiente de acontecimiento. Había sido un día lluvioso, y la gente se entreveraba con sus paraguas y sus impermeables, provocando un murmullo que parecía marcar un ritmo, como si se tratara del oleaje de un río pegando en las orillas. Luis lucía su nuevo traje azul de pantalones cortos, y la camisa como si fuera de nieve con una corbata tan delgada que parecía el listón de un *cow-boy*. Liliana llevaba un vestido lleno de brocados y una cofia bordada que la madre se había empeñado en que se pusiera. Por supuesto traía trompa.

—¡Parezco disfrazada! se quejaba con mal humor. La mamá la amenazaba con no ponerle

un "muy bien diez" en sociabilidad si seguía protestando.

La gente tardó tiempo en quedarse callada una vez sentada en la gran platea. El Pullman y la Tertulia estaban llenos, el núcleo familiar estaba distribuido en las pocas sillas de dos de los palcos delanteros, casi sobre el escenario. Luis estaba acostumbrado a esos privilegios y le gustaba observar la platea desde ese sitio prominente. Por allá al centro, pudo identificar a Fierro, Blanquita y Perico, sus primos, hijos de Elena y Tiempo. Un poco más lejos estaba la barra de los de la calle México: Dito, Coco, Coca, con sus padres, y en una butaca aparte la presencia suave y discreta de Rosita, la hermana de Tiempo. Por allá vio a Rosa y a la otra Margarita Porter, hermana de José, sí, su querido padrino.

Luis conocía poco o nada de la obra que se iba a estrenar. Se había escrito lentamente y por partes, lejos de las oficinas del padre o de su casa. Se reunían cuando Discépolo encontraba tiempo, generalmente en su departamento de la calle Callao, otras en un apartado de El tropezón, un par de cuadras más adelante. Nadie había tenido acceso a los ensayos. Todo eso acrecentaba su curiosidad. Esa noche tenía toda su atención puesta en la revelación del misterio que la obra significaba para él. Se levantó el telón, la escenografía mostraba la oficina de Blum, centro de una gran corporación. Francisco Ángel Carcavallo, el escenógrafo, es un pintor de 25 años, que con su diseño recrea el ambiente de un tronco

imperial de los negocios, prediciendo el futuro mundo cibernético del cómputo. Blum es el equivalente de lo que en su época significaban Hirsch, más Bunge & Born, más Dreyfus, más Bemberg, que hoy podríamos equiparar con Jeff Bezos, Bill Gates, Elon Musk o Carlos Slim. En medio de la solemnidad de su magna oficina, enfundado en un sobrado traje gris, dentro del que su figura se pierde, con el rostro subrayado por un enorme bigote que parece la sombra de su desproporcionada nariz, el cabello arremolinado en un bucle descuidado, su mirada entre asombrada e inquisitiva, Discépolo logra la presencia dramática y a la vez fársica, propia de un arlequín o un cómico de la legua, desde la que irá denunciando su realidad oculta, ignorada o controlada.

Luis sigue con atención cada movimiento, disfruta del tono burlón de Blum. Mucho más cuando él, en una nueva llegada a su oficina que se anuncia una y otra vez, con anticipación, lo hace pedaleando un triciclo, lo que resulta insólito para todo espectador y arranca las carcajadas del público. El triciclo es un modelo para producir en alguna de sus fábricas. Entrada que marca el contraste entre lo excepcional y lo absurdo en que el personaje de Blum se mueve. No han pasado diez minutos de la obra y la gente ya está totalmente entregada al personaje. Luis tenía clara la figura de Discépolo en su casa, sentado en el patio bajo la pérgola de la Santa Rita, relatando anécdotas con la vehemencia que lo caracterizaba, comunicativo con él, en

su calidad de jovencito. Sus visitas dejaban huella. Su padre comentaba en la sobremesa mucho sobre su manera de ser. Lo admiraba y al mismo tiempo le provocaba inquietud, era una persona diferente a todas las que había tratado, fueran estos actores, poetas o intelectuales. Discépolo, como Joesito Martínez Suárez lo definiría muchos años más tarde: "era un humanista, alguien que quería a la gente, y que quería que la gente se quisiera entre sí". Al verlo sobre el escenario interpretando a Blum, no encontraba ninguna diferencia del personaje que había conocido en su casa. La personalidad de Blum no era otra que la de él mismo: Blum es Discépolo y Discépolo es alguien que desde ese escenario donde ahora está actuando, tiene la fuerza de introducirse en el alma del público que allí está para aplaudirlo, para quererlo y para quererse entre sí. Ante los ojos de Luis, Blum, actúa con la misma naturalidad y profundidad emotiva que lo hacía Carlitos Chaplin en las películas mudas que acostumbraba a ver con su abuelita Maica en el cine Mascota.

§

En ese 1949, mientras actúa en Blum, Enrique Santos Discépolo se encuentra en un momento de su vida y de su fama, es decir, de su carrera, que bien puede equipararse a la de un magnate. Su gran capital era su popularidad y su poesía simbolizaba las letras más representativas del alma misma del porteño. Discépolo traía en su mente la idea de ese personaje que domina la escena, que tiene mucho poder, sin

dejar de tener el suficiente buen gusto y medida para evitar toda solemnidad recurriendo a un humor que resuelve y aligera muchas de las escenas, divirtiendo a la gente. Un perfil que contiene la tragedia y la comedia que Luis pudo ver y escuchar en su casa y que su padre llevaba en las dos máscaras como anillo al dedo.

Discépolo constituía una presencia clave en la vida profesional de su padre. Era como un miembro de la familia, y los comentarios sobre su conducta, su sentido del humor, su manera de ser, sus contradicciones y sus virtudes, eran cotidianas. En esa noche de estreno Luis pudo ver, desde el primer acto hasta el final, que el personaje de Blum no era otra cosa que una versión de sí mismo, trasladada al mundo del capital y de los negocios. Blum es el hombre todopoderoso y a la vez poco o nada diestro en las cuestiones del amor.

—“Blum y el amor son cosas incompatibles” afirmará el Dr. Aliso, su asesor principal en los negocios.

Esta afirmación no se contradecía con lo que ya se sabía y había comentado en las sobremesas de su casa, por un lado la actitud filial y más que tolerante de Discépolo ante Tania, su impositiva e irrespetuosa compañera, astuta y cómoda en su firme establecimiento con una figura que la había creado y situado en el lugar que estaba, en cuyas fortalezas se apoyaba, y cuyas debilidades le permitían moverse con libertad en su particular estilo de vida, que

en definitiva resultaba poco o nada solidario o respetuoso con su excepcional compañero de vida. En pocas palabras, Tania no era bien vista por los amigos de Discépolo, y su madre parecía representarlos cuando la criticaba sin ambages, es decir, sin circunloquios. El padre, más medido y discreto, quien huía del tema que lo podía poner en falta (la infidelidad), no se manifestaba, pero tampoco negaba las contradicciones que cargaba su amigo y coautor.

Cuando al finalizar el acto primero sobrevino el intervalo, el público que salió al *foyer* estaba altamente complacido con lo que ya había visto, y presentía que todavía faltaba lo mejor. Los comentarios se combinaban con carcajadas y citas o remedos de los diálogos recién escuchados. Luis salió del palco para buscar en la platea a sus primos. Blanquita era su amor secreto y saludarla era un gusto que no iba a perderse. Fierro su primo pelirrojo, heredaba todos los colores y la seriedad de Elena, su madre, junto a la mirada penetrante de su padre, Tiempo. Este se encontraba presente y era el tío que con más cariño le tiraba de las orejas. Se acercó David, su hermano, y no tardó Rosita, la dulce y generosa hermana a quien le había tocado una butaca discreta y suave como era ella. Desde la platea Luis veía en el palco que había momentáneamente dejado, la figura destellante de su orgullosa abuela, junto al perfil adusto de su abuelo. A Liliana la había ido a saludar su tía Marcela, junto con Freda y Sarita. Todos hablaban emocionados, se abrazaban,

estallaban en exclamaciones, comentarios, observaciones, el teatro era una fiesta.

Blum se mantuvo en cartel durante tres años consecutivos, sobrepasando las 500 representaciones. ¿Qué significa esto en término de días o semanas? ¿Cuántas personas la llegaron a ver? Las tres temporadas ocurrieron en tres diferentes teatros de Buenos Aires, la de 1949, en el Teatro Presidente Alvear, la de 1950 en el Teatro Politeama y la de 1951, interrumpida, en el Grand Splendid. Es una obra que se concibe en un momento de apogeo en la carrera de Discépolo, misma que no se limita a la música y al teatro, abarcando un amplio espectro de las artes del espectáculo. La obra obtiene un éxito total. La madre solía llevarlos a verla a menudo, a veces demasiado a menudo. Luis en cada ocasión la veía como si fuera la primera vez, nada lo aburre. Iba penetrando paulatinamente en la personalidad de Discépolo, en su figura y en sus parlamentos. Con lo que ya sabe de su vida, la obra va demostrándole un dolor que los chistes no logran cubrir. Luis podía percibir que las carcajadas del público demostraban que había una dimensión dramática, que percibían sin poderlo explicar. No era una obra musical, como podían esperar, o una obra cómica; no, era un drama.

Luis, que era todavía un niño, sentía el lado humano de Discépolo, entendía porque lo podía poner en contexto. La madre había abogado por él, usaba el tema para arrinconar al padre con conceptos como integridad, responsabilidad, amor, tomando partido por el de Discépo-

lo de Blum. Percibía, porque era algo sabido, reconocido, que Discépolo estaba muy lejos de ser un seductor, ni mucho menos alguien acostumbrado a halagar o a conquistar al sexo opuesto. Al contrario, Discépolo era constantemente criticado por la relación desigual y conflictiva que sostenía con su compañera. Conociendo de cerca a los protagonistas del drama, Luis podía descifrar el personaje de Blum de una nueva manera. Veía en Blum lo que Blum mostraba: el alma de un hombre que no sabía o no podía amar, a pesar de su profunda sensibilidad y su gran corazón. Veía en Blum, al desconcierto que pudo haberle provocado el amor que descubre por accidente, un amor que no había sentido nunca y que ocurre lejos de lo que le es familiar y suyo, en un mundo cuya cultura y sociedad le son ajenas por extrañas y distintas. Bajo este estado de ánimo atribulado y en crisis emocional, podía entender mejor la concepción de la obra y la vehemencia de su actuación.

Blum es una historia contada desde una herida abierta, herida que no cerrará, y acabará empujando a su protagonista hacia su propio final. Historia que ha sido oficialmente silenciada, manipulada por intereses y poderes capaces de tergiversar la verdad y de reescribir la historia, que queda relegada en los confines de un país lejano, en figuras que hasta el día de hoy, más de setenta años después, continúan reclamando sus derechos, buscando reivindicar una historia clausurada por personajes que tuvieron los contactos y el poder para negarla.

Sin embargo, aquella lucha por reivindicar un nombre continúa y seguirá hasta que la verdad limpie y traiga la justicia postergada. ¿Lograrán los nietos de Discépolo la justicia que el Dr. David Blejer, ex embajador de Argentina en México, abogado de Raquel de León y su hijo, no pudo obtener?

§

En el colegio No 8, sus amiguitos le preguntan a Luis sobre la obra de su padre. Luis acostumbra a llevarle a su maestra y a sus compañeros, entradas para Radio Splendid y otros espectáculos a los que tiene acceso. Su papá tiene programas allí, y su tío es el afamado locutor, Darío Castel, que lo lleva cotidianamente a conocer muy de cerca a los directores y músicos de las orquestas de tango. Con Darío conoce a personajes como Horacio Salgán, Astor Piazzolla y Osvaldo Fresedo. En la radio hay salas de grabación, auditorios y programas musicales o de entretenimiento que aceptan público. Pero su tío no lo deja en una butaca, lo sube al escenario y lo sienta en una silla muy cerca de los bandoneones, o cuando se puede, cerca del contrabajo, para que aprenda a distinguir la estructura base de la canción.

Cuando en el colegio le preguntan sobre Blum, Luis les cuenta que ya la ha visto más de treinta veces, y sin titubear se dispone a contarles la historia, los sienta en el patio y durante los recreos, por partes, les va contando la obra. Al contarla Luis siente que está haciéndole justicia a un hombre atrapado por las circunstancias,

a una mujer y a un niño, desolados, viviendo lejos en un país que imagina gracias a las películas que admira, como las dirigidas por el Indio Fernández, y las que lo hacen reír, como las protagonizadas por Cantinflas, o las que lo llenan de valor y arrojo, como las de Jorge Negrete donde se luce la canción ranchera, los mariachis, los balazos de una pistola como los estallidos de las piñatas. Un país que sin conocer ya admira. Lo que cuenta en el recreo a sus amigos, no alcanza a expresar el dimensión del drama que Luis niño es capaz de percibir.

Muchísimos años después, en 2018, un escritor argentino, Andrés Kischner, dice en un artículo lo siguiente: “Comenzaba el verano en Buenos Aires y le pidió a Tania que le acercara un pullover de vicuña. Al igual que el protagonista de su pieza teatral Blum (1949), sobre el final de la obra que fue su vida, Discépolo sintió frío. Quizás en esa temperatura se vislumbre algo del clima que acecha a la esperanza, o al menos a su cara profana: la espera”.

Soledad y desconcierto, poder y a la vez, debilidad en un mundo vulnerable. Caída, derrota, retirada, una vida espléndida pero con frío. Frío en un día de sol. Discépolo nos relata desde el escenario el momento que vive. Su lucha interna, que no es nueva, la trae desde la niñez: soledad, desazón y amargura, que tan bien alimentan las metáforas de sus tangos. Todo ello queda flotando en la atmósfera del teatro una vez que el telón ha caído. El público que aplaudía de pie, con la mirada puesta en el personaje, después

de una y otra caída del telón, por fin da la espalda y comienza a salir lentamente. Las manos sobre los bordes cromados de las butacas van quedando atrás los tapices de terciopelo, a medida que atraviesan la majestuosidad del teatro, como quién sale de una recepción en palacio. Caminan bajo la cúpula ornamentada, reflexionando sobre el hombre y su personaje.

No saben si recordar los números musicales o las situaciones y las salidas jocosas. Por debajo de las escenas y sus diálogos, se dejaba sentir un dolor, que proviene del esfuerzo de este diminuto actor interpretando a un gigante, o de la pena gigante que se cernía sobre un personaje aparentemente diminuto. El público continuaba saliendo, lentamente, entre ellos Luis y Liliana, la familia, sin que el silencio se viera opacado por el murmullo que había predominado antes de comenzar la obra, o durante el intervalo... salían flanqueados por balcones donde brillaban los relieves en dorado, que no lograban mitigar el desconsuelo, el desconcierto, augurios, señales, evocaciones o premoniciones de un drama vivo y presente, no resuelto, sin certezas y con muchas incertidumbres.



Callao 771

En junio de 1951, cuando se representaba por tercer año consecutivo la nueva temporada

de *Blum*, que no había dejado de tener llenos noche tras noche, cuando el éxito vaticinaba más temporadas por venir, Discépolo recibió un llamado de la Subsecretaría de prensa y difusión del gobierno. Un llamado de esa Subsecretaría no podía traer nada bueno. Se trataba de una instancia del aparato de Estado en la que se concentraba toda la información que se generaba en el país día tras día. Allí se decidía todo lo referente a la difusión en los medios, sin dejar ninguno fuera, incluyendo lo que se publicaba o difundía en diarios, radios, teatro, pantallas de cine, etc. Era un organismo clave para el control de la opinión pública, una férrea herramienta de la dictadura que había mostrado gran eficacia desde el inicio del régimen, cuando se fueron adquiriendo y confiscando todas las emisoras radiales del país. De allí provenían las consignas, lemas, frases, mitos y biografías que daban fisonomía al régimen, muchas de ellas prevalecientes hasta el día de hoy.

Entre todas estas invenciones un importante papel lo jugaba el revisionismo histórico, es decir, la manipulación de datos históricos con fines políticos. Ello incluía la cancelación y borrado de personajes indeseables para el gobierno, la invención de personajes míticos, la producción de pasados y orígenes que incluían el del mismo presidente y su señora esposa. Era una perfecta sala de maquillaje que fue tergiversando la historia al punto de que hoy las nuevas generaciones no están en condiciones de afirmar a ciencia cierta cuáles

fueron los hechos reales y cuáles los inventados. Podemos afirmar que en Argentina, las nuevas generaciones no conocen la verdadera historia y cualquier versión resulta sospechosa. La verdad es entonces, una utopía.

En este siniestro sitio, la Subsecretaría de prensa y difusión del gobierno, se generaban las estrategias de difusión pública, el contenido y formato de las noticias, se censuraba y se cancelaba todo aquello que no se considerara conveniente; se financiaban proyectos, se distribuían créditos, hasta el extremo de estar a cargo del suministro del escaso celuloide para el cine o del papel para periódicos y revistas. Era el centro de inteligencia y comunicación del régimen, donde se llegaba al detalle en lo que se refiere a los espectáculos públicos, en que se seleccionaban guionistas, artistas y directores que dirigirían películas y obras de teatro, se decidía quién trabajaba y quién no, así como a quiénes les había llegado el momento de pasar a manos de la Policía Federal. Era indudablemente un instrumento de terror, en una época de terror, en que se aplicaban mecanismos efectivos de control. A esa Subsecretaría pertenecía la "Dirección de Asuntos Especiales", donde se censuraba y se aplicaba inteligencia en específicas redacciones de los medios. El control de esa dependencia del gobierno era tal, que manejaba inclusive la administración de las cárceles.

Todo esto someramente sintetizado era obra de un sólo cerebro, un hijo precoz de la inmigración alemana, que desde el principio había

estado detrás del presidente. Poseedor de una mente maquiavélica, inspirada en los más oscuros personajes del fascismo alemán, este personaje era el diseñador de las estrategias de difusión y propaganda que dejaron huella en la memoria de todos aquellos que vivieron esa época. Se trataba de un individuo con astuta visión mediática, que puso a servicio del gobierno su creatividad comunicativa para servir al despotismo que se alistaba para conservar su poder absoluto al menos por el siguiente periodo.

La nueva campaña de reelección pondría a prueba la efectividad de dicha Subsecretaría. Era un desafío que debía enfrentarse con toda la fuerza y la astucia posibles. La imagen presidencial se iba debilitando, recuperarla requería de una acción concertada que tuviera todas las capacidades de manejo de propaganda y convencimiento requeridas. Parte de la estrategia incluía la presencia y el apoyo incondicional de personajes con amplio alcance popular, aquellos muy admirados por el público, los que mayor influencia tuvieran sobre una buena porción de los habitantes. Para ello, entre muchas otras acciones, se creó un programa clave a ser transmitido por la radio, el medio en ese entonces más recurrido, en el horario de la mayor afluencia de radioescuchas. La emisión, que se transmitía por cadena nacional de lunes a viernes a las ocho y media de la noche, por cinco minutos, se llamaba "Pienso y digo lo que pienso". La idea era que destacadas figuras artísticas de la

época, aplaudieran y pregonaran los logros del gobierno.

De allí que un llamado de esta Subsecretaría podía poner en riesgo la trayectoria de cualquier persona, especialmente si se la invitaba a colaborar, porque implicaba un mandatorio decir que sí, o huir del país de inmediato, en ese mismo instante, porque sin duda sería castigado, condenado al ostracismo o en el mejor de los casos, desterrado. La carrera de cualquiera se ponía en juego, lo esperaba la lista negra o las trampas que lo inhabilitaran en sus actividades. Consentir o desaparecer. Para ello el plazo eran las breves horas que mediaban entre la solicitud, y su respuesta.

La sociedad argentina de esa época, la clase media que conservaba valores sociales humanistas, la gente honesta, los intelectuales comprometidos y los artistas, en pocas palabras, la gente con principios, pensamiento, cultura y opinión sabía que se encontraba bajo una dictadura y por lo tanto prevalecía en ellos una fuerte aversión por el régimen en el poder. Este rechazo se había reafirmado y fortalecido, después de varios años en los que la dictadura se había ido endureciendo y haciendo más poderosa, criminal y despótica. El control había sumido al país en el miedo que lleva al silencio o la simulación, al disimulo necesario para evitar ser denunciado por los delatores que acechaban por los rincones. El país vivía una gran farsa. Por lo tanto una reelección que llevara a la repetición de otro período que auguraba ser peor, no era algo que

un importante sector del ciudadano común deseara.

Es en el transcurso del mes de junio de 1951, cuando Discépolo es situado en la mira como invitado especial, en su calidad de ídolo del pueblo y por lo tanto pivote para tratar de contrarrestar la oposición política que amenazaba los resultados de las próximas elecciones. Discépolo, que vivía en su propio mundo y se mantenía distante de este tipo de dinámicas y acontecimientos, recibe la invitación sin tener la disposición, ni el deseo de asumir con absoluta conciencia lo que ello implica. Reacciona como si se tratara de una charla en la mesa de un café, esbozando una negativa basada y expresada con ingenua inocencia en su falta de tiempo.

—Estoy lleno de compromisos, no sé de dónde podría sacar tiempo para algo así.

Agradece y declina, como si eso pudiera darse con tal facilidad y naturalidad. Ante la insistencia habla de su constitución física.

—Me siento muy cansado, la obra me deja sin energía, me siento agotado, muy vulnerable. No estoy para esos trotes, dice y continúa hablando de sus planes y obligaciones, causa de su cansancio.

Frente a esta primera respuesta evasiva, le dan un plazo para que lo piense.

—Lo necesitamos Discépolo, no es algo que podamos postergar.

Después de esa llamada se abre un corto intervalo. Discépolo sabe que allí no termina la cosa, y decide consultar con sus colaboradores más cercanos que son a la vez sus amigos. En esos momentos se encuentra finalizando con Julio el guion de su próxima película: "El Hincha". Se reúnen junto con su mejor amigo y compañero de escenario en *Blum*, Osvaldo Miranda. Una vez reunidos alrededor de la mesa se da cuenta que la convocatoria no la hace tanto para consultar si debe aceptar o no, como para que lo fortalezcan ante la decisión que ya empieza a entender inevitable.

Sus amigos reaccionan con alarma ante la situación y la debilidad que vuelve a transmitirles su gran amigo. Ven lo que el parece negarse a ver, los efectos desastrosos que una colaboración de ese tipo puede provocar.

—El público se te va a echar encima, le dicen. — La gente te va a repudiar... Discépolo no parece escuchar, está acostumbrado a aislarse y hacer oídos sordos de todo aquello que no comparte ni espera. No son consejos los que quiere escuchar. Cuando le mencionan la palabra exilio, reacciona con rabia. Aparece el Discépolo rebelde, dueño de una íntima convicción de que tiene permiso a hacer lo que quiera.

—¿Exilio? Eso está totalmente fuera de todo plan. Si es necesario aceptar lo haré, no voy a salir ni cortar mis planes.

Entonces lo inevitable sucede. A partir del momento en que asiente colaborar en el programa de propaganda, Discépolo traslada su

preocupación a un nuevo problema: inventar un personaje que lo ayude a hablar bien del régimen y le quite la chatura que el programa en su carácter oficial posee. Ahora se interesa por corregir el tono retórico y falso que el programa ha adquirido. Lo transforma en un problema de guión, de actuación, como si se tratara de una cápsula de ficción narrativa, que de pie al lucimiento del actor. Tiene a su lado a su coautor, Julio, y le pide que se sume a la empresa de inventar un nuevo *Blum*.

—Ya no un millonario Julio, sino un ciudadano sensible, absolutamente convencido de los logros del gobierno, dispuesto a cuestionar a todos aquellos que digan lo contrario. Lo convoca nuevamente.

—Julio, te necesito, voy a hacer el programa que me piden de la Subsecretaría. Ya sabés el de las 8 y media, “Pienso y digo lo que pienso”, vamos a tener que cambiarlo, que renovarlo, tenemos que idear un nuevo personaje, un personaje convincente, con mucha fuerza, definitivo.

—Pero Enrique, ¿cómo aceptaste meterte en este lío? No vamos a poder ir en contra de la corriente. Disculpá que te lo diga pero venía con la esperanza de no encontrarte, de que me dijeran que te habías ido, que habías desaparecido. No importa si dejabas a *Blum* o a *El Hinchado* o todos nuestros planes colgados.

—No Julio, no, eso nunca. No voy a abandonar mi trabajo, por eso dije que sí. Ahora me tienes que ayudar a salir adelante en este nuevo de-

safío... es un personaje que debe de superar al mismo Blum.

—Pero Enrique, no es un asunto de personajes, no es ficción, esto es real, vas a defender a un dictador que allí está, ejerciendo verdaderos actos criminales. Ni vos ni yo somos adeptos a este régimen, Enrique, no es algo que queramos o sepamos hacer. Todo lo contrario, es algo que no sabemos ni queremos hacer.

—No tuve disyuntiva, no quiero irme otra vez al exilio, no me adapto a otras ciudades. Estoy bien aquí. Vamos a pensar este programita pasajero de mínima duración como si se tratara de una comedia. Lo podemos resolver así, es un desafío pasajero, juntos podemos sacarlo adelante.

—¿Pasajero? Es una decisión que tiene muchas consecuencias al corto y largo plazo. Pensá en tu público, ¿qué va a decir si te convertís en cómplice de este régimen? Además, no se me va a ocurrir nada. Yo estoy acostumbrado a hacer reír, y en todo caso hacer llorar, pero no a hacer enojar a mis amigos diciendo mentiras. No puedo ayudar a que la gente vaya y vote por quién ha demostrado ser lo peor que pudo pasarle a nuestro país. No le encuentro salida a la política de la hipocresía, lo veo muy complicado, Enrique, lo veo muy difícil.

—Llamemos a Abel Santa Cruz, él es lo suficientemente cínico para lograr que nos riamos de esta situación y le encontremos una salida posible. Julio, me sorprendés... no te había conocido tu lado pesimista.

—¿Pesimista? Decí mejor realista. Vas a ver que Abel no va a estar contento con la invitación, es un militante de la contra todos lo saben... no va a aceptar... no le veo gracia ni salida alguna al problema, es mejor que te vayas, insiste el padre.

—No tiene salida, confirma Discépolo. Tenés razón, no la tiene... pero estoy entre la espada y la pared y los tengo encima mío, más ahora que saben que no me interesa. Me resistí todo lo que pude, no creo que a estas alturas pueda irme al aeropuerto sin que me detengan. Ya es demasiado tarde.

Convocan a Abel Santa Cruz, un guionista popular, no muy diferente en perfil al de Julio. Ambos son poetas letrados, ambos son de izquierda, ambos combinan el humor con el drama, son expertos en crear climas, personajes, situaciones. Abel, después de poner sobre la mesa sus principios y convicciones, consiente en participar, como un favor, ayudando a su amigo. Discépolo ejerce un fuerte poder sobre ellos, lo ven, por encima de sus muchas debilidades, como un ser superior. Así es como los tres, ensayando posibles alternativas, van creando a un recalcitrante adepto al régimen que conviene en llamar "Mordisquito", como referencia a la mordacidad del personaje. También cambian el nombre del programa. Deja de ser "Pienso y digo lo que pienso", ahora se llama: "¿Y a mí me la vas a contar?" ...

Mordisquito es un fervoroso convencido de las políticas populistas del dictador, y en forma

sardónica e inquisitiva, cuestiona a aquellos que critican al régimen, poniendo por delante las quejas de la gente como fútiles y superficiales, y las acciones del gobierno como verdaderos pasos para darle al pueblo lo que le faltaba. Entre el 11 de julio y el 11 de noviembre de 1951, Discépolo emite justo a las 20:30 horas un total de cuarenta programas cortos, de unos cuantos minutos, dedicados a hacer propaganda en favor de la presidencia en curso. Su personaje en el programa juega el papel de un comentarista analítico que utilizando un lenguaje básico, dialoga con el opositor con una mezcla de ironía y humor, de ingenio y argumentos hábiles dichos con convicción. Combate al opositor, utilizando su propia lógica, aplicando un discurso del que está convencido de la grandeza y bonanza de las políticas vigentes. Escucharlo era escuchar a un ingenioso defensor del régimen, que abogaba por su continuidad. Era teatro, pero Discépolo mostraba su talento de gran actor, que había madurado en esos años.

En *Blum* había aprendido a ser su propio personaje y también el personaje central del "El hincha" que se había estrenado en ese abril. Es Blum y es él mismo, como una persona firme en sus criterios, contundente. Nadie hubiera podido dudar de su adhesión al régimen. Pero no era esa su ideología, ni ese programa expresaba sus convicciones, fue una trampa en la que cayó o que él mismo se puso. Fue, para algunos, un autocastigo que se confirió, por su traición o por su cobardía ante el amor y la

paternidad no asumida. No lo sabemos. Pero podemos reflexionar al revivir su experiencia. Podemos problematizar y darnos respuestas. No las que dieron sus biógrafos "oficiales", algunos sesgados con todo propósito, otros, en la imposibilidad de ser más objetivos, bajo una realidad como la que se continúa viviendo en ese país, donde muchas cosas de aquél remoto pasado siguen siendo cosas del presente.

Es así como se delinearán noche tras noche los 40 guiones que Discépolo utilizaba de base, para readaptar sobre la marcha, en monólogos donde desplegaba su capacidad de gran actor. Deslindaba el contenido político, de la forma de decirlo, creía que la gente se iba a dar cuenta que lo que hacía era simplemente ficción, una actuación magistral más. Sin embargo, el público reunido alrededor del aparato de radio escuchaba lo que escuchaba. *Mordisquito* era un acendrado defensor del régimen, que no dejaba ninguna duda acerca de su lealtad y su solidaridad al presidente. El público lo escucha y toma lo que dice al pie de la letra. Se convence que su ídolo es aliado de un régimen despótico, y de inmediato como consecuencia lo repudian.

Luis mismo escucha en el aparato de radio que le regalaron, a las 8 y media de cada noche, el exacerbado monólogo de *Mordisquito*. Más tarde, reunidos en la mesa de la cena, los comentarios van del asombro a la resignación. El hecho se convierte en un tema incómodo. La madre esgrime argumentos basados en la ética, en los principios. Todos están en falta, todos

son cómplices de una traición. Tanto Santa Cruz, miembro del partido radical, y un claro y abierto opositor al régimen, como el padre, exmilitante socialista, los tres se lanzaron a la aventura suicida de escribir ese programa. Ellos también vivirán sus consecuencias.

Desde el primer programa, Discépolo recibe el rechazo de la gente, de su gente, de su público. Las agresiones le llegan de todas partes, por teléfono, por correspondencia, más tarde en la calle. Tiene que salir de su casa tomando precauciones, no puede dejar que lo reconozcan. Se tiene que cubrir. Todo ello tiene una repercusión en la forma en que lleva el programa. En lugar de intimidarse, de arrepentirse, se exaspera y se radicaliza en favor del personaje que hace la propaganda a favor del régimen que tanto rechazo provoca. Frente a la intensidad que le imprime a su personaje llamado "Mordisquito" las agresiones crecen. En el teatro interrumpen la obra con gritos y actos vandálicos. En otra ocasión compran todas las entradas y el telón sube frente a una sala vacía. Es un círculo que va haciéndose cada vez más violento. Ahora recibe agresiones incluso físicas. Esto exacerba su discurso frente al micrófono. Los libretos escritos por sus colegas los transforma en un discurso cada vez más vehemente y enérgico. La rabia que le provoca el rechazo de su público alimenta su empecinamiento.

Es una actitud auto destructiva que alimenta el otro proceso que es el de su salud, que se deteriora a grandes pasos. La estocada final se

la da un gran actor que, junto con su hermano Armando, había sido un padre para él. Se trata de Orestes Caviglia, exiliado en Uruguay por haber dicho que no a uno de los mandatos de la Subsecretaría, suele viajar a Buenos Aires disfrazado para que no lo reconozcan y pueda visitar a su nieta. Al encontrarse de casualidad, frente a frente con Discépolo en Callao y Córdoba, esquiva el abrazo que Discépolo le ofrece, hace un semicírculo con el brazo extendido, y escupe en el suelo. Josesito Martínez Suárez, que está de visita en Florida, comenta el hecho el mismo día que sucede, durante la cena:

—Orestes Caviglia le negó el saludo, y encima escupió en el suelo. ¡A Enrique!... eso fue como una puñalada. Le sigue un silencio consternado.

Blum cierra la temporada, ya no se va a representar. —No sé cómo va a aguantar todo esto Enrique, se lo ve demacrado, se lo ve mal, comenta el padre. La crisis crece mientras, paradójicamente el padre está entregado a uno de los proyectos más relevantes de su carrera: dirigir su primera película: "De turno con la muerte". Es la que encabeza las siguientes 14 películas que constituirán su carrera como director de cine. Se trata de un libro suyo, escrito con Gurruchaga, dedicado al tema de la profesión médica. Se filma en Lumiton con Roberto Escalada y Silvana Roth. Eso no es todo, paralelamente se encuentra escribiendo "Ritmo sal y pimienta", para Torres Ríos, donde debuta la joven cantante Lolita Torres, y otro *film*: "Una noche cualquiera", para

Mottura con Elena Lucena de primera actriz. Para completar el cuadro de intensa actividad está dedicado a la siguiente comedia musical de mucha relevancia: "Ladroncito de mi alma" que se estrenaría en el mismo teatro donde se estrenó *Blum*, el Grand Splendid, el 15 de marzo del año siguiente, 1952.

En medio de la vorágine que significa esta múltiple presencia en diferentes proyectos, la campaña para la reelección llega a su fin. Los efectos en Discépolo ya son una preocupación para todo su círculo de amigos cercanos. Su salud se ha deteriorado al extremo de tener que recluirse en su casa como si estuviese internado en un sanatorio. La pregunta que surge es: ¿Por qué no se quiso ir? ¿Por qué aceptó? ¿Por qué creó y se entregó a ese nefasto personaje llamado *Mordisquito*?...

Julio lo visita y no puede ocultar sus dudas: — ¿Qué es lo que te detuvo de irte, Enrique? le pregunta. México hubiera sido el sitio exacto para alejarte y esperar a que este régimen se desmorone y el infierno que vivimos quede atrás, tu prestigio intocado, y de vuelta a continuar...

—Justamente Julio, diste en el punto, irme significaba entregarme a un exilio que no podía tener otro destino que no fuera México. Sabés que allá quedaron asuntos míos muy importantes sin resolver, o mejor dicho, allá me espera el otro Discépolo, el que nunca creí ser... el enamorado y además padre de un niño, yo le llamo, el Discépolo mexicano. Y te pregunto

una cosa Julio: ¿Vos me ves cómo mexicano? ¿Vos me imaginás vestido con un traje colorido, con un sombrero de ala ancha, dándole la cara al sol tropical? Yo, que siempre me he vestido de un gris motorman, que no puedo cerrarme la camisa si no me ayuda una corbata? Y no es una cuestión de indumentaria nada más. Imaginate vivir en una ciudad donde la primavera es eterna, ¿cómo escribir la letra de un tango donde no existe el otoño?... Imaginate vivir en una ciudad que no tiene un río... es otro mundo Julio, ¿vos ves algo de parecido entre la música de Agustín Lara y la mía? Solo nos parecemos en lo flaco y en lo feo. Yo pertenezco a Buenos Aires, no soy un trotamundos, jamás me ha interesado el turismo ni la política y menos la vida rural. Ni en La Lucila, pude quedarme a vivir, imaginate en México... ese Discépolo mexicano que tanto me reclama, que cada día me busca y me llama, pero en el fondo, ese no soy yo.

Julio entiende y ve, por primera vez, el problema que su amigo ha estado cargando. La lucha interna que ha postergado día tras día junto a su respuesta a Raquel y a ese hijo que juntos acordaron tener. Lo que lo ha llevado a esa situación es la contradicción que vive ante la necesidad imperiosa de unirse a ese ser que ama, a esa mujer a la que no puede reemplazar con ninguna otra, que además ya carga con el hijo que juntos procrearon, cuya ausencia lo deja sólo en el mundo, huérfano. Esa situación lo tortura, y lo hace sentir condenado y castigado por un Dios que siempre lo ha ignorado.

Contrariamente a Tania, Raquel no presiona a su enamorado en ningún momento, es una mujer estacionada en un silencio digno, y eso acentúa tanto su amor como su remordimiento. Ahora Julio podía poner en contexto la vehemencia que Enrique ponía en esas escenas claves, simbólicas de *Blum*.

—¿Pero no entendés Julio, no te das cuenta de que mientras permanezco inmóvil en mi departamento, hay una fuerza mía, una voz interna que me grita que me vaya y corra a sus brazos? Julio ve el karma que pesa sobre su amigo. Entiende de dónde brotaba en el escenario, esa fuerza que no era otra cosa que su verdadero drama. Entiende los más recientes tangos, que acaba de escribir: *Uno*, y *Cafetín*, los dos con música de Marianito Mores. Incluso entiende a ese personaje llamado “Mordisquito”. Relatos de la vida como un deambular hacia un objetivo fundamental que es el amar. El resultado, sin embargo, es la frustración final. Los héroes de Discépolo son antihéroes que nadie entenderá, destinados al fracaso. La poesía de Enrique trata sobre la fatalidad del destino, sobre la imposibilidad humana. Ha vivido siempre su vida con un sentido trágico. Un ser humano que se arrastra “entre espinas”, que sufre “en su afán de dar su amor”. Un ser que será castigado injustamente, porque su falta consistió en descubrir el amor en un mundo remoto, ajeno, diferente.

—Es como si me hubiera enamorado de una rusa, dice.

Un camino que de seguir lo obligaría a abandonar su lugar de origen, su cuna. Su perdición es irreversible, no tiene salvación. Lo que ocasiona esa cruel toma de conciencia es un hecho nuevo en la vida del personaje: tiene frente a sí a alguien que lo quiere y le promete nuevo amor. Pero el hombre ya no puede amar: está vacío. Es el drama de la imposibilidad humana ante un destino trágico cuyo guion no lo escribió él, ni sus colegas Julio o Abel, sino en todo caso Dios, un Dios ante el que tampoco se rebela, ni entiende bien los designios que trae un nuevo amor ante el que no puede responder.

El resultado es la soledad: al negarse la opción que puede significar la familia que lo espera. Ni siquiera el amor puede salvarlo de esa soledad: "Uno está tan solo en su dolor.../ Uno está tan ciego en su penar...". Es en ese momento que su alma llega a un "punto muerto" que no puede superar. La ilusión ha desaparecido para siempre. Esa es su maldición cuya sombra abarcará en el futuro remoto que no vislumbra, el rechazo al reclamo de su hijo legítimo por su nombre y su herencia, acompañado y avalado por Raquel y sus amigos argentinos. Sin embargo, ambos fallecerán sin que se haga justicia. Las anécdotas de esta triste etapa con los años han ido surgiendo en las redes actuales. Hoy están al alcance de cualquiera que vaya por ellas, aunque la mayoría sean versiones ligeras, poco profundas que no dan respuesta ni explican lo que realmente ocurrió. Un estudioso podrá corroborar todo lo que estos recuerdos relatan. Sus admiradores hablarán

de su carrera, y mencionarán ese desastroso año de 1951, pero nadie mencionará la obra *Blum*. Aun así dejan ver y dan elementos de evidencia. Irónicamente el discurso oficial continuará usufructuando aquel error cometido por un ídolo popular que sigue siendo leyenda. La historia argentina se revisa y se acomoda una y otra vez, con la aparición y desaparición periódica de una y otra corriente política. Para unos el Discépolo adepto al régimen es un activo que no se resignan a perder. El malentendido se hace historia. Sus "biógrafos" lo robustecen, nunca lo aclaran. Tania, como es de esperarse, hasta su fallecimiento tardío, será cómplice de esta tergiversación y descrédito, pues le resulta ventajoso y políticamente correcto. Discépolo sin saberlo sigue y seguirá causando penas a lo largo del transcurso de la vida que no vivió. Raquel y su hijo morirán sin que todos sus esfuerzos legales para ser reconocidos, los detiene la manipulación y los intereses políticos. Los nietos continuarán con esa lucha.

§

Llegó el viernes 26 de octubre de 1951 día en el que Luis cumplía 13 años. La mamá le había anunciado una sorpresa. Luis estaba contento con la fiesta convocada para el día siguiente, sábado, de manera que no le hizo mucho caso al anuncio. Justo a las 5 de la tarde, la hora del té, que en su casa a veces se respetaba y muchas veces no, sonó el timbre de la calle. Luis bajó las escaleras, abrió la puerta y miró hacia la calle. Era la figura menuda y suave del pastor Clouzet, con sus bigotes dibujando

una delgada línea sinuosa siguiendo su sonrisa. Lo acompañaba su esposa, que al lado suyo parecía una estatua o un monumento. Luis giró la cabeza y anunció: —imami, es el pastor Clouzet! caminando hacia la reja para abrir la puerta.

Clouzet traía, como siempre, su valija de piel negra que lo hacía ver como un doctor llegando a una visita domiciliaria. La madre se apresuró a saludar al matrimonio encaminándolos por el pasillo lateral hasta el patio de atrás donde las Santa Rita se enhebraban entre las vigas de la pérgola desplegando un tejido de sombras. Hasta ese momento Luis tomó nota de la mesa que su madre había preparado para esta tertulia. No faltaba nada, más que una torta al centro. —La torta con velitas la dejé para mañana, aclaró la madre dirigiéndose a todos, adivinándole el pensamiento a su hijo.

Una vez acomodados, la madre tomó la palabra:

—Hoy es un día especial, vamos a realizar un Bar Mitvah cristiano y casero, íntimo y familiar, para eso le pedí al pastor Clouzet que es un judío espiritual, y a su hermosa señora, chilena como él, que viniera a hablar sobre el tema del crecimiento y las edades simbólicas, como el 13 que para los judíos cristianos como nosotros tiene un importante significado. No tardan en llegar otros invitados, la profesora de piano Blanca Berisso, la profesora de solfeo, Lydia Gracia y su hermanita Celina, la tía El-sita y los abuelos también vendrán. María ya está aquí.

Luis comenzó a sentirse algo incómodo, pero al ver al pastor montando su proyector y desplegando la pequeña pantalla luminosa que formaba parte de su equipo de predicador, se sintió más tranquilo. Clouzet le simpatizaba mucho. Sus lecciones bíblicas eran siempre interesantes. Después de la oración con la que siempre abría las sesiones, y una vez servido el té a los invitados que iban llegando acomodándose en las sillas que la madre había dispuesto frente a la pantalla, comenzadas a ser saboreadas las masitas y otros postres servidos, Clouzet proyectó la primera lámina, unió sus manos, e inclinándose como solía hacer al tomar la palabra, dijo: —Luis, hoy cumples 13 años, y en nuestra calidad de judíos espirituales vamos a declararte un hijo de los mandamientos, un adulto que conoce la ley y está dispuesto a seguirla. Para eso comencemos leyendo el versículo 11 de Corintios 13:

—“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”.

Hizo una pausa y prosiguió:

—En La Biblia se habla específicamente de este cambio de niño a hombre. Es un acto iluminador y decisivo. El paso de la niñez a la condición de adulto es impostergable, y lo que esta pequeña ceremonia busca, es que llegado el momento se celebre al adulto que deja atrás al niño que fue. Así Luis, es que hoy te invito a que más tarde, al mirarte al espejo, te saludes

con mucho afecto y te digas: hola, Luis, ya sos un hombre.

Luis se sintió complacido con la sugerencia del pastor, y buscando en su mente algo para decir, lo primero que se le vino a la cabeza fue:

—¿Y cómo puedo demostrar que ya soy un hombre adulto?

—Estrictamente hablado se considera adulto el que conoce las leyes y está dispuesto a cumplirlas.

—¿Entonces se trata de memorizar los mandamientos y cumplirlos? A lo que Clouzet respondió.

—No, no se trata de memorizar, no se trata de seguir verdades que otros te inculcan. Se supone que en estos años que han pasado has acumulado suficiente experiencia, y ya puedes responder a las preguntas que surjan en tu camino, y cuando eres capaz de responder, se te califica como responsable.

Luis se quedó pensativo por un instante. El pastor Clouzet creía en la educación que llevaba a la emancipación, los presentes lo escuchaban con respeto, no estaban acostumbrados a discutir esos temas. Clouzet le daba tiempo a cada uno de los presentes a que dijeran su palabra. Esa noche Luis se fue a dormir pensando en los sabios y profetas que habían escrito la Biblia y luego pensó en los historiadores que escribían lo que pasaba y había pasado en el mundo, los que buscaban la verdad y los que la alteraban a

conveniencia de unos y en desmedro de otros. ¿Cómo saber que era verdad y qué no, qué es cierto y que no es cierto? Eso se preguntaba y con esas preguntas tomó el té que la madre había servido, se miró al espejo para aceptarse como adulto y terminó quedándose dormido.

No supo cuántas horas habían pasado cuando lo despertó el teléfono que no dejaba de sonar. Bajó alarmado por las escaleras sin que esas escaleras le dieran el miedo que usualmente en la noche le daban. Ya soy un adulto, se dijo y descolgó el tubo para contestar sin que la puerta del patio le inquietara, pero del otro lado ya habían colgado.

—¿Por qué no contestaron? se preguntó y subió las escaleras. Ya era muy tarde. Pensó que al día siguiente sería 24 de diciembre, día de Noche Buena.

—Tendrá eso algo que ver? Luis vio a su hermanita sentada en el borde de su cama con cara de interrogación.

—No sé qué pasó, pero parece que mamá y papá tuvieron que irse de urgencia. ¿Le hablamos al abuelo?

—No, mejor no, es muy tarde, ¿seguro que no están?

—No, no hay nadie. Algo pasó. Sigamos durmiendo.

—Es que no me da sueño. ¿Está todo cerrado?...

—No sé, no quiero ir a ver.

En ese instante volvió a sonar el teléfono, Luis se adelantó y contestó enseguida. Escuchaba lo que le decían y contestaba con monosílabos. Colgó, mirando a su hermana.

—Es que se murió Discépolo, le dijo.

—No estaba enfermo, comentaron los padres a la mañana siguiente. Los médicos no tenían nada que hacer, simplemente se dejó morir, o como dijo Tania, "murió de tristeza". No estaban acostumbrados a hablar de la muerte. No lo habían hecho cuando murió Maica. Era la primera vez que la madre hablaba de velorios, de la muerte de un ser querido, cercano. Alguien, pensó Luis, que durante 500 representaciones había hablado de las veces que se muere uno y que termino muriendo en los brazos de ese mismo secretario particular, Pereyra, que en la escena se había quedado con la mujer que amaba, pero que en la vida real no lo traicionó jamás, siguió siendo su mano derecha, su mejor amigo, el actor que se llamaba Osvaldo Miranda.



Sta. Fe 1860

El Citroën tomó el camino de la costanera. Al doblar por una esquina apareció el mar tan de frente y tan de pronto que fue como si el paisaje pegara contra el parabrisas dejando entrar por las ventanas olor a sal y a caracoles.

—Mi tío maneja estupendamente bien, pensó Luis respirando hondo el olor a vacaciones.

Habían pasado horas desde la obligada parada en el Atalaya, donde habían repetido el ritual del café con leche con medialunas. Durante el resto del camino habían comido la fruta que María les había envuelto en un paquete atado con hilo y moño. No habían dejado de charlar en todo el camino. Luis y el tío Darío siempre encontraban motivos para reír y temas para comentar. Recordaron el concierto en el Gran Rex dirigido por el precoz Pierino Gamba, los ensayos de Horacio Salgan en LR4, Pichuco arrastrando la voz. —Es tan fácil hablar con él, le comentaba Luis a Darío, me puso las manos sobre el teclado y me dijo que tenía todo lo necesario para ser un buen pianista. ¿No me estaría cargando, tratándome de decir que no me faltaba ni un dedo?...

El tío Darío lo llevaba a muchos espectáculos en los que participaba en su calidad de locutor. Eso le había permitido a Luis ver y escuchar a gente extraordinaria desde lugares privilegiados, muchas veces desde el mismo escenario, o dentro de la cabina de grabación, a unos pasos de los ejecutantes. En ese viaje hablaron mucho de Al Jolson y de las obras musicales en Broadway. —Es justo lo que papá quiere hacer, obras musicales de Broadway pero en el Maipo, o en el Grand Splendid de Santa Fe. Aprovechando la nueva fama que las películas sobre su vida le habían dado en 1949, y su inesperado fallecimiento ya avanzado ese mismo año, el tío había creado un programa

que pasaba todos los días de semana a las 11 de la noche dedicado a la vida y música de Al Jolson. Luis no se perdía ninguno, se había convertido en su ídolo. La radio era su mejor compañera cuando se metía a la cama ya para dormir. Transmitían directamente desde el teatro obras, algunas de Abel Santa Cruz como *Los ojos llenos de amor*, o *Mi marido hoy duerme en casa*, otras como *Cuando los duendes cazan perdices* con Luis Sandrini, sainetes como *El patio de la morocha*, *El conventillo de la paloma*. También repetían por su éxito *Qué noche de casamiento*, con Charmiello, Luis Sandrini, e inclusive *Blum*.

El tío Darío tenía una verdadera colección de discos de jazz y un buen equipo de sonido, en el que Luis pasaba horas escuchando música. Las lecciones de piano que sufrió con su maestra Blanca Berisso le dieron agilidad como para improvisar y formar parte del conjunto que habían hecho con sus amiguitos de Vicente López. Se llamaba la *Yerba Buena Jazz Band*, Carly tocaba la batería como le venía en gana. Ensayaban en casa de Serravalle sin la menor teoría ni conocimiento formal.

§

Tío y sobrino se juntaban casi todos los días para reírse. Los fines de semana se iban a pasear en bicicleta. De todo hacían bromas. No tomarse nada en serio parecía ser la consigna familiar. El padre era líder en el arte de las salidas inesperadas y chistosas. Su tío era más joven y tenía espíritu joven, a pesar de su prematura calvicie.

—No te laves la cabeza todos los días, le había dicho a Luis mientras se afeitaba, y menos con jabón... eso te debilita el cabello. A Luis le pareció raro que su tío, que había trabajado en un banco, creyera eso.

El paseo preferido de Darío y Luis era el río, y los caminos que llevaban a San Fernando, o esos puertos escondidos que aparecían donde menos uno se lo esperara. Ahora que estaban en Miramar, tenían todo el mar para ellos. A esa hora, cuando llegaron de la carretera, la costanera estaba casi vacía. Detuvieron el Citroën a un lado de la rambla. No podían postergar el placer de sentir la arena en los pies y bajaron a la playa ancha y espaciosa. Soplabla una brisa fresca y las olas rompían a lo lejos con lentitud, formando un bucle que se deshacía con estruendo sobre la arena para disolverse en un súbito silencio. Luis dejó los zapatos sobre el muro y corrió hacia el mar. Iba dando saltos entre la espuma, rastros de algas marinas y las huellas que el viento dejaba en la arena. Estaba en el mar y no en su río, dos inmensidades distintas... Levantó la cabeza para mirar el horizonte. Unas gaviotas emprendiendo el vuelo hicieron que la vista se pareciera a la foto de un calendario. Regresaron al coche, —ya pronto es la hora de cenar, pensaron simultáneamente, sin decir palabra. Se morían de hambre.

Estacionaron frente al hotel que más parecía una casa particular. Era de un solo piso y pintado de un raro color mostaza, con un letre-

ro pequeño, hecho a mano por algún familiar voluntario con vocación gráfica.

—Este no es un hotel de lujo, pensó Luis.

El piso del *hall* recubierto con mosaicos españoles olía a kerosene y brillaba de limpio. —Que manía la de lustrar los pisos, pensó Luis. Detrás de un área que a juzgar por los muebles hubiera podido ser una sala, se veía el sol pegando sobre un patio, con un aljibe al centro y una hilera de macetones alrededor. Las galerías estaban cubiertas de enredaderas de las que colgaban unos racimos de flores color lila. Eran glicinas. Como las de San Isidro, dijo Luis a Darío, una de las paradas cuando salían en la bici. A Luis le gustaba la palabra *glicinas*. ¡Qué raro es el vocabulario interno! ¿dónde se esconde esa palabra que jamás utilizo?

La recepción se componía de un escritorio antiguo sobre el que podía verse una gran carpeta en desuso, un calendario, un teléfono vertical y a un repertorio de folletos turísticos en donde se leían nombres como Carhué, Pehuajó, Trenque Lauquen... Como un anexo, se veía la caseta telefónica que se utilizaba para las llamadas de larga distancia. A pesar de que sus puertas estaban cerradas, se escuchaba la voz destemplada de un huésped hablando en el tono y el volumen que se utilizaba para la larga distancia.

El Sr. Soto, el gerente, los saludó amablemente y les entregó unas pesadas llaves, encadenadas a una tableta de pino donde alguien había pirograbado un número,

mientras les informaba que las señoras y la señorita habían salido a dar una vuelta en bicicleta. Luis recordó que el hospedaje del hotel incluía el uso de sus bicicletas. El ciclismo también era uno de los pasatiempos principales de Miramar. Iban caminando hacia el cuarto, cuando detrás escucharon las voces de la tía, madre y hermana que llegaban de su paseo. Todos se agitaron para dar el saludo.

—¿Y los abuelos?... terminaron preguntando.

—Ellos salieron a caminar. Seguramente estarán tomándose un jugo en el Bar Mickey, que está aquí cerca, en la 21. Que las calles estuvieran numeradas lo transportó a su visita anterior, un año atrás. Ya se había olvidado. Las cosas regresaban rápidamente a su memoria como si no hubiera transcurrido un año. Y menos un año como el que habían pasado, que tanto sentido le daban a estas vacaciones.

—Al Mickey, le llaman bar, porque tiene un mostrador, aclaró Luis, no porque sirvan vino o bebidas que no sean refrescos o leche batida con chocolate y vainillas. Es un bar americano, no distinto a una Vascongada, agregó. Se distribuyeron en sus respectivos cuartos que eran amplios y con más camas de las necesarias. Mientras su madre le ayudaba a acomodar la ropa, se enteró que el siguiente fin de semana irían a Mar del Plata.

—Lolita Torres y los españoles, Valverde y Zarzoso entre ellos, hacen un asado para todo el equipo. Papá está ahora con ellos. Ha pasa-

do días trabajando allá pero hoy, como ustedes llegaron, quedó en venir para que todos cenáramos juntos. Luis pensó en el humor de su padre yendo a la ruleta todos los días. Enseguida se va a notar que perdió, se dijo, pero igual se alegró de que esa noche fuera a cenar con ellos.

La mesa asignada para ellos en el comedor del hotel era redonda y tenía lugar para todos, abuelos, tíos y ellos cuatro. A Luis le gustaban los manteles blancos con el nombre del hotel bordado, el convoy de plata antigua con la aceitera y la vinagrera, las mantequeras cromadas, con rulos de manteca recién servidas de la heladera, la hilera de vasos de diferentes tamaños y destinos junto a cada plato, los cubiertos colocados como correspondía, las servilletas de tela haciendo un triángulo, los carteles turísticos colgando en los muros con imágenes de Grecia, Paris y Barcelona.

—El hotel podrá ser sencillo, pero este comedor es de primera, se siguió diciendo en la charla continua que mantenía con él mismo. Muy pronto estuvieron todos sentados a la mesa. —¡Qué increíble este momento en que estamos todos reunidos con salud y buen humor! manifestó la madre, así sin más. Algunos asintieron con la cabeza, por ahí hubo una sonrisa, pero ningún comentario. La madre tenía la cualidad de mirar la vida desde su planeta. Veía simultáneamente lo que pasaba, lo que iba a pasar y lo que ya había pasado. Celebrar, hablar de la buena suerte, del momento único, tocaba los miedos supersticiosos de los demás que preferían no tentar al destino y tocaban

madera a cada rato. La mesa se fue vistiendo de sifones azules, cubetas de hielo casero, una jarra de vidrio con el rojo de la granadina y un par de bandejas de antipasto abundante. Los panes eran pequeños y de alguna forma evitaban ablandarse con la humedad reinante. Secretos culinarios de la casa, pensaba Luis. El padre irrumpió dejando ver que acababa de darse una prolongada ducha fría. Antes de saludar, pidió soda con mucho hielo.

—Contá Julio cómo van los preparativos de la obra, dijo Darío para entrar en tema, servilleta al cuello.

—Una nueva experiencia, comparada con el trabajo con Andreani. En este caso vamos componiendo cada número con el maestro y el letrista presentes, la coreógrafa, todos sumándonos en equipo. Lolita está encantada, a sus 21 años debuta como primera figura. Se trata de un gran espectáculo, con 31 cuadros, grupos de baile y muchas canciones.

—¿Y el asunto?

—El libreto sigue el formato de una crónica policial basada en malos entendidos y desencuentros, donde un falso ladrón es acosado por la policía a la vez que por unos verdaderos delincuentes, provocando situaciones divertidas y todo aquello que toma al público por sorpresa y lo hace reír. Está con nosotros el maestro Ramón Zarzoso, por todos los presentes conocido, un valenciano porteño, y hasta Salvador Valverde, ese es de al revés, un porteño andaluz, nació en Argentina, pero se educó en

Andalucía. Estamos rodeados de españoles republicanos, todos acendrados antifranquistas... nos hicimos más amigos desde *Ritmo, sal y Pimienta*, la película que filmamos en tiempo récord a principios del año pasado.

—El año pasado, 1951, se repitió Luis. Sonaba como un año lejano, y estaba apenas unos cuantos días atrás. Eso sí, fue un año triste, a pesar de los logros que habían sido muchos, pero la política destruyó de un golpe lo construido con tanto trabajo, anulando una vida. Enero, es decir el verano, el año nuevo, servía de excusa para alejarse de la ciudad y tratar de dar vuelta la hoja. Abel Santa Cruz y el padre después de compartir juntos el drama vivido, habían estrechado su amistad. Ahora estaban alistando juntos el libreto de la obra musical *Ladroncito de mi alma*. El padre era el director, y Abel el coautor, por lo que concertaron juntarse con los músicos, coreógrafos y parte del *staff* en Mar del Plata. Miramar, el balneario cercano era el destino usual de la familia en los veranos. Unos y otros aprovecharían las vacaciones como solían hacerlo año tras año.

Marianito Mores había puesto a disposición del elenco su chalet frente al mar. La casa tenía espacio de sobra. Para Luis, su madre y su hermanita, Mar del Plata o Miramar, tenían algo en común con Campana. Visitas que resultaban curadoras, terapéuticas, como cuando uno comienza un cuaderno nuevo. Cada día era una hoja en blanco. Uno se despertaba y las únicas obligaciones eran desayunar, caminar a la playa, untarse bronceador, disfrutar del

sol, del mar, saborear helados, dormir la siesta, y cuando el sol comenzaba a declinar, ir a pasear en bicicleta por toda la ciudad, siempre tranquila y segura, y por sus bordes, sin dejar de atravesar por los viveros. La lista de actividades no era monótona, incluía siempre alguna grata sorpresa.

—Luis, te voy a invitar a probar algo por primera vez en tu vida, le había dicho su tío Darío mientras caminaban por la avenida 23.

—¿De qué se trata? preguntó Luis que sabía que su tío no prometía nada en vano.

—¡Te invito a tomar un jugo de banana! le dijo, mirándolo fijo. Luis se echó a reír, imaginándose a alguien ordeñando una banana como si fuera la ubre de una vaca.

—¿Jugo de banana? ¡pero eso es imposible!... contestó.

—¡Vas a ver!, respondió Darío. Dieron vuelta a la izquierda, y en la 21 entraron al Mickey, un boliche angosto con un largo mostrador con vitrina, sobre la que se alineaban unos aparatos cuya mitad era una jarra de vidrio, y la otra mitad un pedestal cromado. La llamaban *licuadora*. Los chicos se acomodaron, eligiendo frutas de las que nunca hubieran imaginado sacar jugo. Luis escuchaba el fuerte zumbido del motor, podía entender que unas aspas trituraban el hielo y la fruta, y se sintió como en una película de Hollywood... ¡jugo de banana! Desde ese día fue su favorito. Más que el helado de sambayón o el de ciruela.

—¿Quiénes van a ir al asado? Los pormenores de la fiesta recién comenzaron a discutirse cuando todos se reunieron al día siguiente, sábado, en la carpa. La carpa apenas alcanzaba para crear dos metros cuadrados de sombra. La tarea de desplegar las reposeras y otras sillas sobre la incomodidad propia de la arena, a veces muy caliente, a veces húmeda, a veces dura, otras blanda, era ardua. Uno se hundía al caminar, las patas de las sillas se enterraban, era imposible recorrerlas sin hacer un esfuerzo enorme. El padre ya había pegado sendos gritos en el proceso del acomodo. La madre había llevado el termo con mate que lo tranquilizaba. La tía Elsa desenvolvía un paquete traído de la panadería con biscochitos de grasa y otros pecadillos, lo que también tranquilizaba al padre. Mas tarde se concentraron en la pelota. Un rato, después estaban jugando junto al mar, donde la arena estaba más firme y permitía darle velocidad al partido de fútbol familiar. Todos participaban, hasta el abuelo. Liliana mientras tanto, jugaba al bádminton con la tía Elsa.

La primera semana se pasó rápido, el primer día era siempre el más largo, después se iban acortando, y ya el viernes parecía un suspiro. El sábado llegó y la familia emprendió el camino a Mar del Plata, que quedaba bastante cerca. Era una mañana de cielo azul y nubes esparcidas, cada una con su forma particular actuando como si estuviera sola. Había jardín de sobra en el chalet de Marianito, donde se habían concentrado lo más granado del

elenco de la obra en ciernes, cuya temática era totalmente española. El menú, a pesar de la presencia hispana, no incluía ni paella, ni pescaditos fritos, a pesar de la cercanía del mar, tampoco gazpacho o salmorejo, ni arroz, paella o fideuá. La parrilla era la clásica de Mar del Plata, ciudad rodeada de estancias y buen ganado. Ya habían comenzado con las empanadas y la leña de quebracho estaba ardiendo. La carne y los chorizos esperaba en unas grandes fuentes de barro. Las achuras ya crepitaban. Un parrillero cortaba panes en dos para abrir boca. Ráfagas del viento que venía del mar esparcía el humo entre los invitados, como una forma de anunciar el banquete que se venía.

La madre se abría paso entre la gente, repartiendo saludos y deteniéndose en cada encuentro. ¡Hola María!, saludaba a la hermana de Olga Zubarry y a su esposo o a Juan Carlos Thorry y su flamante esposa, Analía Gade. Allí estaba Gori Muñoz, el escenógrafo, otro español célebre, el actor Ramón Garay, Humberto de la Rosa, hasta los argentinos adquirirían un aire hispánico; los Torres Ríos, Victoria Garabato, todo un abanico de famosos.

En una amplia mesa bajo la sombra de un eucaliptus ayudado por un inmenso fresno, sentada en la cabecera reinaba la menuda figura de Lolita con sus ademanes de bailarina y su extraña manera de desorbitar los ojos cuando le entraba la emoción. A Luis no le producía el efecto que lograba Susana, al contrario, no lo convencía. Nacida en Avellaneda, se había

hispanizado desde chiquita, estudiando en academias populares y presentando al público un repertorio español siempre variado y novedoso. Gracias al maestro Zarzoso que la había apadrinado y a las destrezas que había adquirido al enfrentarse al público desde que tenía 5 años, Lolita se sentía en su elemento. Tenía conciencia que estaba triunfando. Nada de falsas modestias. A su alrededor estaban sentados Valverde, bailarines y músicos, todos bajo la mirada vigilante de don Pedro, el padre de Lolita, feliz de que Juan Carlos Mareco, el uruguayo que llamaban *Pinocho* —por lo mentiroso ha de ser, comentaba en voz baja el padre— no hubiera podido acudir. Alguien, con una guitarra en la mano, se puso a cantar. Luis escuchó:

Si vas a Calatayud

Si vas a Calatayud

Pregunta por la Dolores

Que una copla la mató

De vergüenza y sinsabores

Di que te lo digo yo

La hija de la Dolores

Luis conocía bien esa canción y muchas otras; no se perdía ninguna película donde la zarzuela o el tablado fueran protagonistas, gracias a su abuelita Maica, que lo llevaba al cine Mascota. Lolita tarareó la canción, mientras el guitarrista mexicano Bibriesca, que estaba de visita, se acercaba a ella abrazando su guitarra. Luis se

acomodó para escucharlos. Ahora mientras ponían los chorizos y las morcillas sobre la parrilla, y se descorchaban las botellas de vino, los presentes seguían hablando de las escenas, y entonando las canciones apenas un instante atrás garabateadas en hojas pautadas. “Traigo una tonadilla, traigo una tonadilla” solía decir Zarzoso, y Valverde, como si tuviera un poder mágico, una misteriosa influencia recíproca, veía palabras en las notas que tarareaba Zarzoso. Ese intercambio que se traducía en la guitarra y en la voz de Lolita, los situaba en esa otra realidad que ocurre en el escenario. El jardín dejaba de ser un jardín.

Luis podía reconocer y sentir esa capacidad que tiene el arte, la poesía, el teatro, la música, de transportarte hacia un estado distinto de lo que hasta un segundo antes se consideraba real o tangible. Los presentes habían dejado de conversar, y ahora se comunicaban cantando, recitando, encontrando la palabra justa para una rima. Cantar en lugar de conversar, nadie se atreve a comunicarse así en la vida real, pero es válido cuando proviene de tu sentimiento interior. Las palabras cobran nueva fuerza cuando se convierten en canción, y si la canción no es suficiente, entonces surge la danza. —¿Qué puede ser más auténtico y completo que una conversación en la que los sentidos incluyen melodía, poesía, vestuario y movimiento?

Hubo algo en ese asado, algo que Luis notó, o quizás fue su madre la que lo confirmó, más tarde, en el viaje de regreso. Como haya sido,

fue como un remolino, un vendaval o un acto de magia, que traía el espíritu español, con la presencia de su propio drama, de su propia lucha por recuperar la alegría. Un espíritu de reivindicación que llegó para limpiar la tristeza que todos cargaban desde mucho antes, desde aquel final de los años treinta, que pesaba en la memoria de estos artistas. Como una terapia que nadie buscó, el espíritu español que reinaba en ese grupo, el golpeteo de unas palmas forjadas en el ritmo andaluz, los rasguídos suaves de esa guitarra, el verde *verde* como la albahaca, y el verde *verde* limón que un acordeón que por allí andaba dejó sonar, llenó de belleza, de aire nuevo, o si no nuevo, de un aire que el padre y la madre habían hecho suyo durante su juventud, y que ahora regresaba, como si sus días de poeta hubieran también llegado de visita, por el camino del viento venido del mar, de la poesía que toda esa gente traía consigo, en su condición de hacedores de belleza.

Como si desde las mesas, desde cada plato servido, y cada copa llena, regresaran aquellas coplas escritas con Federico García Lorca que vivían en el pulso del padre y en su mente, para irlos convocando, unó a uno, entre copas y platos, entre hogazas de pan y botellas de vino, a reiniciar el camino andado. El padre entonces, cuando los platos ya se habían despejado de las mesas, y los postres parecían figuras de colores sobre el fondo blanco del mantel, levantó su resplandeciente copa de *cognac* y dijo:

Amigos

Brindo por todos los presentes

por la música viva en las vigili-
as.
la suave arcilla de las notas
Del gran compositor Zarzoso
Del inefable poeta Valverde
y la voz de nuestra principal intérprete, Lolita,
en cuyo oleaje nos mecemos,
cuyo manantial nos regala
un infinito hilo de agua,
que baja sin cesar entre las peñas...

Eso dijo el padre y Luis lo escuchó reconociendo esa voz que su madre extrañaba, reviviendo su condición de poeta como si se tratara de un baño purificador. Desde donde se encontraba, vio a Abel Santa Cruz en el instante en que le pasaba a su padre el brazo sobre los hombros en un fraterno apoyo solidario. Todos levantaron sus copas y aplaudieron. Como el silencio perduraba, se fueron poniendo de pie en un espontáneo minuto de respeto al luto que aun sujetaba con su crespón negro la partida de Discépolo.

§

El *foyer* del teatro estaba rebosante de personas cuando llegó con su madre y su hermanita. Era el sábado 15 de marzo de 1952, la obra se estrenaba iniciando en un horario lo suficientemente adelantado para permitir la presencia de actores y músicos que trabajaran al mismo tiempo en otros teatros. Entre ellos estaban españoles como Lola Membrives que junto con Ricardo Canales, estaban poniendo *Bodas de*

Sangre en el teatro Odeón. Luisa Vehil y Esteban Serrador, Tita Merello y otros actores y actrices en activo, se habían desplazado de sus escenarios para aplaudir a Lolita Torres y el resto de la compañía.

Luis circulaba con su madre y su hermanita de uno a otro corrillo, alrededor de los que se arremolinaban periodistas y el público admirador, algunos pidiendo autógrafos otros simplemente saludando y felicitando. Allí se enteró por don Ricardo que Susana Canales, su compañera de *Un pecado por mes*, ya estaba residiendo en España y comprometida para casarse con otro actor hijo de actores, Julio Peña. Luis se quedó pensando en que había sido testigo de un caso de persecución en donde la víctima se había salvado.

Fue un estreno memorable, que garantizaba el éxito de la obra. Todos disfrutaron la puesta en escena, los comentarios en los entreactos eran de entusiasmo, la música significativa, la comedia divertida. Después del telón final, fueron muchas las veces que tuvieron que salir Lolita y Mareco a saludar, y así poco a poco los demás miembros del elenco, hasta que por fin el padre, como solía hacer, culminara con un simpático discurso de cierre. Cuando salieron del teatro, todavía con luz del día, Luis observó las señales del otoño que avanzaba, que ante su inminente entrada a la secundaria, leyó como el paso del verano infantil, al otoño adulto. También la naturaleza tiene su Bar Mitvah, se dijo sonriendo.

Ladroncito de mi alma, siguió día con día, siendo un éxito que fue creciendo hasta sobrepasar cualquier expectativa. En cada función, los protagonistas, Mareco y Lolita Torres, eran invariablemente festejados y aplaudidos por el público. El lucimiento escénico incluía además al inefable Ramón Garay, *La Rondalla* del Maestro Gastón —que daba un gran clima de fiesta al espectáculo— y al Ballet de Olga Enhart. La temporada de *Ladroncito de mi alma* fue altamente exitosa, al punto de trabajar diariamente con entradas agotadas. El resto de marzo y el mes de abril sirvieron para consolidar el éxito. A partir de mayo la gente asistía porque se había corrido la noticia y se propagaba la oportunidad de disfrutar un espectáculo musical. El padre no podía estar más satisfecho y contento.

El 5 de mayo, mientras en el Grand Splendid, se atendía a la larga fila de los que llegaban a comprar entradas, comenzaba el rodaje de *Un guapo del 900*, una película dirigida por Lucas Demare. Al llegar a la segunda semana, Lumiton se presentó en quiebra y cerró. La empresa no volvería a abrirse, a pesar de los reiterados intentos para hacerlo. El padre vio con muy mal ojo esta noticia. —¿Qué más puede pasar? se preguntaba, contento del flujo de espectadores en cada presentación de *Ladroncito...* Pasaron mayo, junio y ya casi estaba por finalizar julio, y el éxito no decrecía, al contrario, iba en aumento. Eso fue cierto hasta el sábado 26 de julio. Ese día, apenas había comenzado la función, el actor Humberto de la Rosa anunció que la función se

suspendía debido a que “la jefa espiritual de la Nación ha pasado a la inmortalidad”. El sepelio duró catorce días que mantuvo cines, teatros y restaurantes cerrados. Al volver a reanudar las funciones, el país había pasado por un alud de rituales obligados que causaron desconcierto público que quitó todo ánimo de festejos, y disminuyó el impulso para entretenerse. Ningún teatro se recuperó, ninguno continuó trabajando a sala llena en esa temporada. *Ladroncito de mi alma* tuvo que bajar el telón el domingo 26 de octubre de ese 1952, el mismo día que Luis cumplía 14 años.



Urquiza 277

Sentado en el pupitre que le habían asignado y no en otro porque estaba prohibido, en su calidad de nuevo alumno de la Escuela Normal N.º 2, *Mariano Acosta*, Luis observaba el inicio de su primera clase a cargo del profesor de literatura. El profesor vestía un largo abrigo gris, llevaba lentes de aro, los bigotes bien recortados, y una mirada lejana. Lo veía como una figura mítica, como si fuera un español llegando en una carabela, bajando por la pasarela hacia el muelle donde estaban sus alumnos, imponiendo con su digna presencia, el silencio.

—Voy a leerles un soneto que he escrito en estos días, inició diciendo.

—Un soneto, muchachos, es una composición poética de catorce versos, por lo general de rima consonante, que se distribuyen en dos cuartetos y dos tercetos. Vamos a conocer al soneto y más adelante vamos a tratar de que cada uno de ustedes, garabateen uno en una hoja de papel blanco. Éste que quiero compartir con ustedes, dice así:

SONETO DEL VIENTO

Lluvia, y después el sol, el sol violento,
y el cielo cielo, lípido, lejano.
Qué verde el árbol, verde, casi humano...
Y después la locura atroz del viento.
Oh mar del aire siempre en movimiento,
hoy encrespado, restallante, ufano;
mi mano levantada, no es mi mano,
y ya en el silbo sideral, ni cuento.
El hombre, la ciudad, la vida entera,
todo lo barre, y sola, transparente,
vibra en el aire la triunfal bandera.
Siglos y siglos corren por mi frente,
y oigo en el grito de la edad primera
Un mundo nuevo, puro, diferente.

El que recitaba su propio poema con un fervor que obligaba a poner toda la atención, era

Fermín Estrella Gutiérrez, el renombrado profesor que había pasado su vida en esa escuela. —“Yo fui alumno de don Fermín Estrella Gutiérrez”, era una frase obligada de los egresados de esa escuela, todos varones, porque era una escuela exclusivamente para varones. Luis venía de una primaria similar, de puros chicos. —¿Cómo será ir a un colegio mixto? Se preguntaba, recordando vagamente sus primeros años escolares en el *Florida School*. Allí se usaba uniforme, lo que diluía los rasgos de género, aquí se utilizaban guardapolvos blancos, que producía un efecto similar, como un intento de borrar la identidad.

Su profesor de literatura era un andaluz de Almería que se había radicado en Argentina en 1910. Un año que había quedado fijo en la conciencia de Luis, gracias a los relatos del abuelo, que había llegado a Argentina en ese mismo año. Don Fermín, había estudiado de joven en esa escuela, donde se había cruzado con Discépolo que poco tiempo aguantó su estricta disciplina. Ahora era Luis el que estaba sentado en la cuarta fila, en esa primera semana del año lectivo que había iniciado el lunes 17 de marzo de ese 1952, justamente dos días después del estreno de *Ladroncito de mi alma*, la nueva obra musical de su papá estrenada en el Gran Splendid.

—El sábado estaba tomando té con mi madre y mi hermana en el *Petit Café*, antes de entrar al Grand Splendid, y ahora estoy en el *Once*, iniciando la secundaria, pensaba dibujando en su mente la distancia entre la avenida Santa Fe y

Callao, de Pueyrredon y Rivadavia, adonde el colectivo 19 lo dejaba. Su mente vagaba, comparando esos dos instantes que él consideraba opuestos, el estreno de una obra musical, con la primera semana de clases. Comparaba el *hall* del teatro Grand Splendid, en el atardecer luminoso, plagado de voces y pequeñas exclamaciones, con el vestíbulo del *Mariano Acosta*, tan frío y sombrío, en el que ninguna voz sobresalía del chato murmullo semi adormecido de la madrugada. Dos emociones encontradas. —Viajar al centro, se decía, repetir un recorrido semana a semana, siempre el mismo: cruzar la Plaza Once, dejarse impulsar por las líneas horizontales del mausoleo de Bernardino Rivadavia, cruzar la calle Rioja, seguir por Rivadavia, doblar a la izquierda por Urquiza, cruzar Irigoyen, Alsina, hasta llegar a la manzana rodeada de rejas de hierro, los portones de entrada, la columnata del *hall*, y la mirada adusta que desde su busto le echaba el holandés Van Gelderen, su fundador.

—Esta escuela sí que es un mausoleo, y no el de Bernardino Rivadavia pensaba, viendo las esferas de vidrio que no iluminaban nada. Se sentaba expectante en alguna de las bancas laterales, a esperar que abrieran las puertas que llevaban al patio donde la bandera esperaba para ser izada.

A esa hora, todavía de noche, las lámparas de cuatro brazos que colgaban del alto techo del *hall*, dejaban ver un tenue resplandor que se reflejaba en sus esferas opacadas por el polvo y el tiempo. Luis las miraba como si fueran plane-

tas y sus ojos fueran telescopios, paseando por los detalles hasta quedar detenida en uno de los ramilletes de flores talladas que formaban parte de los ornamentos que celebraban algo que había quedado atrás, perdido en el tiempo que auguraba prosperidad y bienestar. Ignoraba que esos detalles provenían de la educación que se ejercía en la Academia Real de Nápoles, donde se había formado Francesco Tamburini el arquitecto italiano autor de ese edificio, de la Casa Rosada, del Teatro Colón, y otros proyectos que se prestan para llamarlos “emblemáticos” o digamos mejor, monumentales. Luis ignoraba todo eso, y menos aún que Tamburini había sido nombrado en el siglo anterior, con el cargo de “arquitecto nacional”. Lo cierto era que el edificio lo transportaba, lo desubicaba, como si al entrar transmigrara a otras épocas, se encontrara con personajes desconocidos de un pasado que ignoraba.

Luis había visitado ese edificio en una sola ocasión anteriormente. Lo había hecho con su madre. Juntos subieron a la oficina del director con quien tenían una cita. Esa vez conoció por primera vez la imponente escalinata de mármol que aparecería una y otra vez en sus sueños. Pedro Luis Comi, el rector, debía recibirlos. Al menos eso esperaba la madre que había pedido una cita con él, sin dar otra justificación que su nombre: “—dígame que es una solicitud de la señora de Julio Porter”. El rector no los recibió. La secretaria no tardó en darse cuenta de que esa negativa no ponía un punto final a la gestión. Puso en marcha la opción B, y con

una cordialidad formal, los encamino hacia el jefe de preceptores, el Sr. Moruja. El aspecto del señor Moruja concordaba con el edificio, era innecesariamente solemne y marcadamente nasal. Los recibió de pie con condescendencia estudiada y los invitó a recorrer el edificio. A Luis esa deferencia le llamó la atención, no concordaba con la sensación de lejanía que la arquitectura le comunicaba. Mientras el Sr. Moruja los guiaba hacia el patio central, iba diciendo una serie de frases hechas: —“Esta escuela es un templo del saber, un sitio donde se transmite el concepto de Nación, un país unido y disciplinado, donde se venera el orden, y se sigue una moral acorde a nuestros principios de nación católica. Nos dedicamos a la ilustración con la autoridad necesaria para convertir al alumno más pobre e ignorante, en un apóstol de las grandes ideas”.

La madre repudió al instante el tono y el carácter católico de la educación que allí se proclamaba. Luis pensó que lo que escuchaba concordaba con la escala y la suntuosidad que aun perduraba en el ornato y las proporciones de ese edificio en el que no se veían señales de cuidado o mantenimiento. Como tantos edificios de Buenos Aires mostraba la gloria de una ruina. La mamá manifestó que su visita respondía a su interés en que pusieran atención especial a su hijo. —Luisito es un chico muy sensible y vulnerable. Es de mi más extrema preocupación que se le brinde un trato particularmente deferencial. En ese sentido la madre no creía en la democracia. —Descuide

señora, contestaba el jefe de preceptores con la nariz muy en alto y con la cabeza tan levantada, que parecía estarle hablando al cielo. —Nuestra misión es inculcar en estos chicos el amor al estudio. Al decir eso, abrió una de las altísimas puertas que permitía la entrada a uno de los salones de clases, y extendiendo el brazo, como lo hubiera hecho un modisto en una pasarela, o un torero con su capote, les presentó el panorama frígido y estático de varias hileras de pupitres alineados frente a un estrado, donde un polvoriento escritorio desplegaba su opacidad frente al brillante negro del pizarrón.

Luis observó el salón, su limpieza, su austeridad, notó en una esquina una especie de parlante o micrófono, sin saber que formaba parte del sistema o red audioauditiva, que permitía que el rector escuchara lo que ocurría en cada aula, a la hora que así lo dispusiera, y regresó al pasillo para continuar el recorrido hacia la siguiente esquina donde el pasillo hacía un codo. La madre, mientras tanto, había hecho lo posible por parecer atenta y asentir con la cabeza todo lo que le enseñaban, razón por la que el señor Moruja posiblemente cayó en la tentación de ampliar el recorrido. —Atención innecesaria, pensó Luis— pero que les permitió conocer un pequeño pasaje disimulado tras una puerta, que daba al enorme patio posterior. Se trataba de un pasadizo que desembocaba en un amplio balcón flanqueado por una imponente balaustrada.

Desde esa perspectiva el sitio adquiría el aire de una casona siciliana desnuda y despoblada,

a no ser por los dos pavos reales que allá lejos, hasta el fondo caminaban majestuosamente ostentando sus plumas desplegadas. Luis observó que las aves estaban dentro de un jardín encerrado por rejas y alambre tejido, con canteros de rosas cultivadas rodeando a dos frondosas palmeras, de esas que Buenos Aires pierden su carácter tropical y asumen un aire desértico como si formaran parte de un oasis. Falta un tucán, pensó Luis, para entender que se trataba de una rara isla, que contrastaba con la barroca aridez del resto de la arquitectura. Supo después, que ese jardín formaba parte de la casa del rector que no los había recibido. Ese toque de naturaleza y de color, que contrastaba con el ocre dominante del edificio, confirmó en Luis el pesimismo que lo invadía. Parece la escenografía de una mala película, pensó.

Una vez terminado el recorrido, el señor Moruja recuperó su sequedad habitual, y les brindó una corta despedida, como para recuperar algo del tiempo perdido. La madre puso exagerado esmero en enviar sus saludos al rector que no la había recibido. —Descuide señora de Porter, le serán dados, le respondió con un breve suspiro que dejaba ver su hartazgo. Los dos, madre e hijo, volvieron sobre sus pasos, retornando a recorrer el tramo de galería por las columnas de hierro fundido, los adornos de zinc en las barandas, los cielorrasos enmarcados en ajadas aunque detalladas molduras, las puertas inconmensurablemente altas, los pisos de mosaico veneciano descolorido por el tiempo, los persistentes cristales biselados, los

asombrosos detalles de porcelana que no tenían un uso claro, ciertos recovecos donde se veían acumulados pequeños montes de excrementos de los murciélagos que allí se refugiaban, puertas disimuladas que podrían esconder gabinetes, bodegas o accesos vedados, que lo llevaron a pensar, ya casi saliendo, en la red de pasadizos, registros, entre pisos y sótanos escondidos tan comunes en esos palacetes antiguos, que hacían tan apasionantes los cuentos que leía en el *Tesoro de la Juventud*. Esto último era lo que más le había atraído de la visita al edificio, su calidad de laberinto, sus misteriosos recovecos, vistos al desnudo, despoblados de alumnos y maestros.

De regreso al pueblo, y al ver al hijo más desanimado que entusiasmado, la madre comenzó a dar nombres de las celebridades que habían estudiado en esa escuela. Era una lista larga, que terminaba con Abel Santa Cruz incluía a Julio Cortázar, y hasta al mismo Discépolo.

—Puros hombres, dijo Luis para resaltar la falta de estímulos que esa escuela le provocaba.

—Eso sí, Luis, este es un colegio enteramente masculino. Dijo la madre subrayando *masculino* con un contradictorio orgullo. —Es evidente su respeto a lo conservador y convencional, se dijo Luis fastidiado.

A partir de ese mes de marzo, coincidiendo con el estreno de *Ladroncito de mi alma*, Luis inauguraba una rutina que lo llevaría cada madrugada hasta el *Once*. No le constaba despertar temprano, llegar a tomar el 19 en Saavedra, y dedicar

una hora de viaje hacia el barrio de Balvanera donde estaba la escuela. Se alineaban frente al mástil por estatura, estirando el brazo para tomar distancia, todos de guardapolvo blanco, como sustituto de un uniforme militar. Mientras la bandera subía, cantaban un himno, una marcha, como la de San Lorenzo, y a veces algo menos marcial, como el aria de la ópera "Aurora" que servía de saludo a la bandera: "alta en el cielo un águila guerrera, audaz se eleva en vuelo triunfal, azul un ala del color del cielo, azul un ala del color del mar...". Una vez concluida la ceremonia, se dirigían por rebaños a su correspondiente salón. Por un breve lapso de tiempo se abrían las altas puertas de cedro paraguayo, ahora recubiertas con un esmalte gris brillante.

De 1952 a 1954, años correspondientes al ciclo básico, Luis fue un alumno más. Para entonces ya se conocía a todos los pasajeros del colectivo 19, y a sus choferes, entre ellos un rubio que tarareaba tangos. Era un tipo sonriente que le había tomado cariño a Luis. Luis reconocía su simpatía hacia el colectivo, sabía quiénes subirían en tal parada, quienes bajaban en otras, inclusive los que por alguna razón, ya no subían más o dejaban de hacerlo por una temporada o para siempre. Se quedaba pensando en lo rápido que esos que desaparecían quedaban en el olvido. Todo sucedía sin diálogo, los personajes no tenían nombre. Eran personajes visuales, sin palabras, ni siquiera un saludo, quizás un gesto de cordialidad o de solidaridad cuando llovía fuerte y uno subía haciendo malabares

con el paraguas, el Perramus, el sombrero. Sin embargo, podía decirse que había una amistad entre ellos. —Sería lindo que pasaran lista, pensaba Luis. Su curiosidad y el tiempo libre que el viaje le regalaba, le permitían inventar la vida de uno o de otro. Luis la construía en su cabeza, les adjudicaba una profesión, un empleo, imaginaba a sus hijos o a sus padres. El estudiante de historia, Lizarazu, por ejemplo, era un joven delgado, que alguna vez le había preguntado acerca del artículo que estaba leyendo, sobre el rey de la Araucanía. No pudieron hablar mucho pero lo poco que dijo le permitió concluir que en el futuro sería un gran maestro en alguna escuela. Luis hubiera querido saber los detalles de la vida de todos, saber porque se bajaban en esa parada o se subían en aquella otra, adónde iban, de dónde venían. A esa hora de la madrugada, compartir el colectivo era como estar desayunando juntos en la cocina de sus casas. Las madrugadas oscuras unen a los pasajeros, los hace vivir un sobre entendido, sin importar diferencias o edades.

Como si pertenecieran a una misma generación, la generación del 19, corrida de las seis y cuarto, habitada por pasajeros que no se veían en ninguna parte más que en el colectivo, ni se volverían a ver, ni recibirían un diploma por el afán allí puesto, ni les sacarían una foto de conjunto para el álbum de recuerdos. Viajaban uno junto al otro, algunos leyendo el diario, otros hasta escribiendo, al ritmo del colectivo, unidos por ese silencio matinal urbano,

en el que el olor a la gasolina se mezclaba con el polen que llovía de los plátanos o de los escasos jardines de los barrios que cruzaban, Villa Urquiza, Villa Crespo, Almagro. A veces el rubio comenzaba a tararear y no podía evitar cantar algunas estrofas. La gente sonreía, a veces lo aplaudían, le daban palmadas en la espalda. Otras veces algún nervioso se liaba en una agitada conversación generalmente nacida de alguna noticia periodística, los costos de un servicio, algún disturbio ocurrido en un partido de fútbol, cualquier cosa que no fuera la política, tema vedado al que nadie se atrevía a asomarse.

La mayoría leía plegando y desplegando las páginas de un diario, o de una revista. La música era un tema, se escuchaba a alguien comentar el éxito de Ranko Fujisawa, o el trágico accidente del Aston Martin de Forrest-Greene, lo que derivaba en otros temas, el baile, las orquestas, o las carreras, las marcas de automóviles. —Con qué entusiasmo la gente conversaba de cualquier cosa, absteniéndose de preguntar sus nombres, de querer enterarse de sus cosas personales, ¿está usted casado? ¿tiene hijos? ¿adónde va? ¿de dónde viene?

Luis comparaba a sus compañeros de viaje con los compañeros de aula. ¿Cuántas generaciones convivieron en un colectivo sin que ello dejara huella en su memoria? ¿Qué huella le quedaría de aquellos años en el *Mariano Acosta*? Sentía más simpatía por la gente del colectivo con sus colores y su fisonomía, veía al colectivo como un sitio de recogimiento, de meditación

y a la vez dinámico, quizás por el movimiento, por el silencio. En el colectivo el espacio era reducido, lo que obligaba a una mayor intimidad. Era como un salón de baile comprimido. Un espacio que en invierno los cobijaba y con la llegada de la primavera cuando la luz entibaba el ambiente, se convertía en paseo, como si fueran turistas.

—Leer en el colectivo es mejor que ir a la biblioteca, se decía Luis.

En su segundo año en la Normal, pasado el invierno, la familia se preparó para festejar sus 15 años. Esta vez los invitados a la fiesta no fueron familiares o vecinos, sino sus compañeros del *Mariano Acosta*. Invitó a todos, inclusive a aquellos con quienes no se llevaba. La mayoría vivía lejos, solo Albertani vivía por el rumbo de Florida, era vecino del nazi alemán Eichman. Del resto, ninguno. De todos modos vinieron bastantes. En la foto, que su madre insistía en continuar tomando, aparecen todos con traje y corbata, hasta chalecos usaban, como si fuera un grupo de hombrecitos normalistas, con la formalidad necesaria del maestro que dedicaría su vida a la enseñanza. Lógicamente fue una fiesta de varones. Se apagaron las 15 velitas y se cantó el *happy birthday* usual, sin baile y por lo tanto, sin chicas. La única novedad para Luis era lo poco que ahora le importaban los regalos. Pensó en su padrino José, y sintió que ya no era un niño. ¿Por cuánto tiempo se es padrino?

Sin que se diera cuenta a ciencia cierta, llegó el año siguiente: 1954. Ahora ya estaba en tercer año. Su rutina seguía estructurada en dos mundos distantes entre sí: el de su barrio, la familia y los amigos, y el de la Normal. Sus amigos del barrio seguían siendo los más cercanos. Con ellos convivía todas las tardes, después de hacer los deberes, a los que le dedicaba el menor tiempo posible, enseguida después de comer. Entonces salía con su bicicleta a recorrer caminos, a vivir aventuras descubriendo calles, a meterse por misteriosos terrenos que conformaba la arbitraria silueta del río. Le gustaban los lugares misteriosos, las áreas perdidas que generaban los terrenos del ferrocarril. Ir al club. Allí tenía un amigo que lo impresionaba mucho por sus destrezas, arrojo y buen humor. Era Carly Hübscher, del N.º 8, donde hizo la primaria. Era hijo de alemanes, alto, rubio, divertido. Tenía mucha fuerza, era un buen atleta, salían a pasear en bicicleta.

Era invierno y muchas veces preferían quedarse adentro de casa, por lo que Carly lo invitó a su taller de aeromodelismo. A sus padres les gustaba esa amistad. Veían a Luis como un buen ejemplo, era un chico obediente, no como su hijo, que era demasiado rebelde y travieso. Los padres de Luis pensaban lo mismo pero en sentido contrario. Carly no era una buena influencia, era un chico demasiado consentido. Tenía montado un taller propio de un ingeniero alemán, como era su padre, Enrique, con todas las herramientas y aditamentos necesarios. Luis compró madera balsa, pegamento, lijas,

un paquete con planos y juntos compartieron el armado de aviones que llevaban a planear en la playa. Luis le ponía más atención a los aviones que a las clases del *Mariano Acosta*.

Como si todo estuviera previamente acordado, el invierno que tanto se prestaba para estar metidos en el taller lijando madera, se fue convirtiendo en primavera, y la primavera era presagio del verano en el que ya no tendría que cumplir con la rutina escolar matinal y el aeromodelismo vespertino. Cuando los padres se ausentaban, Carly aprovechaba para armar pequeñas fiestas improvisadas. Con un grupo de amigos formaron una pequeña orquesta de jazz, donde cada cual estaba a cargo de un instrumento. Escuchaban jazz en el taller, y cuando se podía en el tocadiscos de la sala. Luis miraba con fascinación a las amiguitas del barrio. Cecilia, por ejemplo, tuvo la paciencia de enseñarle a bailar. Carly era el campeón del boogie woogie... a medida que el clima invitaba, fueron dejando los aviones y las bicicletas por una más activa vida social que Vicente López ofrecía. Luis acudió a fiestas de cumpleaños donde la actividad central era bailar. Eran expertos en *Hot Jazz*, conocían la vida de Luis Armstrong o de Dizzie Gillespie, les fascinaban las grandes orquestas, como la de Glenn Miller. Se acercaba el verano, que es cuando se producen los grandes cambios en la vida de los jóvenes.

El *Florida Lawn Tennis Club*, que quedaba pegado a la estación, comenzó con sus bailes de los sábados, allí el Boogie Woogie, tenía otro

nombre, gracias a Bill Haley y sus cometas que habían irrumpido en ese año con su "Rock around the Clock", y en ese club no se bailaba otra cosa. Baile y muchachas van unidos, así que Luis aprendió enseguida que había que ser popular para ser invitado a fiestas, y que las fiestas eran para bailar, y que bailar implicaba una pareja. Del *Hot Jazz* que interpretaban en su pequeño conjunto, la admiración de las grandes bandas que se bailaban con cierta formalidad, y que permitían un mutuamente consentido acercamiento, que incluía el abrazo y el acercamiento mejilla a mejilla, ahora la nueva música invitaba a bailar "separados", que Luis veía como una ganancia porque los liberaba de aplicar una técnica de baile perfectamente sincronizada, daba licencia para inventar pasos nuevos, permitía ver a la pareja de cuerpo entero, y no cancelaba la posibilidad de acercarse de vez en cuando, para sentir de cerca a la compañera. Para su cumpleaños 16, Luis armó una fiesta en su casa que intentaba reproducir los bailes del *Florida Lawn Club*, fue una fiesta nutrida y alegre. Si su padrino José hubiera estado presente, no le habría gustado mucho, pensaba Luis, era demasiado ruidosa, y la música era toda nueva, y para algunos, incomprensible.

Sin embargo, los padres no estaban del todo tranquilos. Todo era fiesta y nada era obligación. Su mejor amigo, Carly, era un motivo de preocupación y conflicto. —Es un chico consentido que le dejan hacer lo que quiera... decía la madre. Luis no veía nada malo en ello. Prácticamente

ticamente los Hübscher lo habían adoptado. Había pasado el invierno metido en el taller del fondo haciendo aeromodelismo. Su amigo era fuerte, experto, también para bailar, se sabía vestir bien, por lo que Luis pensaba que no podía tener un maestro más adecuado. Los conflictos surgieron por la hora de llegada de las fiestas. Los padres lo querían en casa antes de la medianoche. Luis no era de los que se imponía límites. Sus llegadas tarde provocaban fuertes regaños, especialmente del padre, que se preocupaba mucho por lo que le pudiera pasar. Por su parte, el tío Darío había dado importantes saltos en su carrera y cada vez tenía menos tiempo para él, razón por la que no le sirvió como abogado. El conflicto entre los nuevos mundos de Luis y las tradicionales costumbres de sus padres, parecía que no tenía punto de reconciliación.

§

Finalizó su tercer año, fin del ciclo básico, se dijo, la primavera estaba en su apogeo. Pasó todas las materias, no se fue a examen en ninguna, el verano se aproximaba y prometía ser todo suyo. El último día de clases decidió no esperar a estar fuera de la escuela para quitarse el guardapolvo blanco. Como un gesto de independencia lo hizo dentro del salón y por primera (o segunda) vez caminó por el pasillo con su traje. Nadie le dijo nada. Fue un placer personal. Decidió dar una mirada de despedida, como quien saca una foto que le quedara para siempre en el recuerdo. Todos había salido y el salón estaba vacío, sobre los pupitres

algunos cuadernos abandonados, papeles en el suelo, el pizarrón garabateado. Los pupitres eran inmóviles solo sus tinteros de porcelana blanca mostraban una desprolijidad que lo hizo sonreír. Nadie, ni los muebles, pensó, podían rebelarse frente al orden impuesto. Se quedó otro instante detenido allí, observando el sol cruzando el aire lleno de polvo moviéndose lentamente, como si fuera una maqueta del universo.

Camino a *La Perla* se preguntó qué guardaría en su memoria del tiempo pasado en esa escuela. Cerro los ojos y lo que le vino a la mente fue el edificio. El edificio del *Mariano Acosta*, como una carabela de la que descendía don Fermín Estrella recitando poemas, un edificio amarillo que había perdido su fisonomía de producto estético napolitano para adquirir el semblante de una pirámide azteca, escalonada, con personajes de piedra en forma de cabeza de serpiente o de dios prehispánico. Intentó un *travelling* donde aparecieran los rostros de sus compañeros y de sus maestros. Algunos le sonreían desde el recuerdo, como Isidoro Marín, el genio de las matemáticas, Osiris Demóstenes Sordelli, su profesor de geografía, la Fustinoni, cuyas lecciones de historia se entendían mejor cuando cruzaba una pierna sobre la otra, el vaquero Smith, su profesor de inglés, que llegaba al salón como quien sale de un *pub* londinense, el alemán de apellido Siebenhar, que daba latín y entre preposiciones y declinaciones había conquistado a Maria Waiman, su institutriz que se había regresado a *Coronel Suarez*.

Detrás de sus profesores, aparecían los chicos, sus compañeros, los buenos amigos que anticipaban un futuro exitoso, del Río, Percivale, Janin, Kullock, Reta, Luque, Arias, y los que más simpatía le generaban por su mala conducta, los desobedientes que jamás se adaptarían ni a aquella ni a ninguna otra sociedad: Juan Carlos Duboux y Aldo Darío Herchhoren.



Dragones 2250

Luis estaba satisfecho de haber terminado su tercer año en la Normal. Ahora le tocaría decidir cuál camino tomar: ser un maestro humanista, un comerciante hábil con los números, o un científico. Esas eran las opciones, terminar el magisterio, para continuar con el profesorado, o pasar al bachillerato que le abría las puertas de otras carreras o al camino del comercio. Ser científico estaba descartado. Para eso se necesitaba ser un buen alumno, cosa que el jamás había sido. Sabía estudiar lo necesario, y corroboraba sus capacidades dedicándose a aquello que le gustaba. Lo demás lo miraba de soslayo y lo acometía por compromiso solamente, cuando no había otra salida. Estaba contento de no tener que ir al *Once* por una buena temporada, solo extrañaba a sus amigos del colectivo. Se había ganado sus vacaciones, pensaba.

Pero justo cuando se disponía a disfrutar del verano que ya estaba casi encima, sus padres

le salieron con algo inesperado: le habían conseguido un trabajo. —¿Un trabajo? Saltó Luis como si le hubieran clavado una aguja, y enseguida pensó: ¡Cuidado! todo está cuidadosamente calculado, no quieren que tenga tiempo libre para hacer lo que quiera. Luis vio ese anuncio como un castigo. —No se trata de otra cosa, ¡es un castigo!... se decía a sí mismo, indignado y convencido de la razón de su enojo. Enseguida relacionó la decisión con su amistad con Carly que desde el inicio le había provocado problemas. —No quieren que me convierta en un adulto y ahora tengo que cargar con límites.

Revisaba en su mente la lista de cosas que había pensado hacer: participar con una maqueta en el concurso de aeromodelismo en Morón, bailar rock hasta cansarse, no faltar ni un solo sábado al *Florida Lawn Tennis* con su nueva novia, que no era nueva sino la primera. Ir con Carly y los amigos a su isla en el Tigre, ir al Ancla o al Indio a meterse al río, descubrir nuevos senderos escondidos con su bicicleta... la lista continuaba. —Además, se decía, yo tengo mi vida propia, Carly es un gran amigo pero a mí me gustan muchas cosas que no hacemos juntos, como andar en bicicleta. Las vacaciones para Luis era estar lejos del centro, de la ciudad, de la plaza *Once*.

Su vida en Florida le había otorgado un instrumento propicio para ejercer un tipo de libertad muy suya y personal que era la bicicleta. Le gustaba bailar, ir a fiestas, tener novia, amigos, y entre todas esas cosas, la bici ocupaba un lu-

gar preponderante, podríamos decir, el lugar que fue con el tiempo tomando el teléfono. La bici era su medio de comunicación real y virtual. La zona donde vivía era para bicicletear. Y si fuera posible comprarse una bici con un motor, un "Cucciolo". Esos vehículos eran el sueño de Luis. —Eso me merezco, un Cucciolo, y no un trabajo!... pensaba. Pero ni soñaba con que le compraran uno, más que nada por el riesgo que veían en una bicicleta motorizada. Por suerte los padres no tenían ni buscaban tener control sobre sus paseos en una bicicleta sin motor. Luis la utilizaba para todo, ir a la panadería, ver a sus amigos, y también para paseos y excursiones más largas. —¿Adónde vas, Luis?— Al club, generalmente contestaba. Otras veces le gustaba decir, "al río". Nadie decía "voy a la playa". En todo caso eso se podía decir en Uruguay. En Buenos Aires el río tenía una orilla invadida por juncales, con una arena oscura y dura, poco atractiva. Además la poca profundidad del río le quitaba el atractivo de las olas, o la posibilidad de zambullirse, la orilla era una pileta a medio llenar. No era un río atractivo, quizás por su color pardo oscuro, su aspecto lodoso. Lo que atraía era su misterio, su peligrosidad, ese inmenso cuerpo de agua moviéndose imperceptiblemente, sin oleaje, que se perdía en un chato y largo horizonte, que al observarlo, sentado entre los juncos y las piedras, se llenaba de nostalgia.

Luis se había afianzado en el poder que le daba su bicicleta:

—No podré volar como una libélula, pero sí puedo cabalgar por estas calles como si fuera Gene Autry. Calles que había ido conociendo de a poco, descubriéndolas por paulatinos avances, traspasando barreras que se le imponían o que él se imponía simbólicamente: un cruce, un cartel señalando el cambio de localidad, el inicio de un empedrado, el cambio de fisonomía... pero al final, le quitaba significado a esos símbolos y se atrevía. Así fue cómo conoció a fondo Olivos, La Lucila, Martínez, Acassuso, San Isidro, y el resto de las localidades y barrios hasta llegar al Tigre. A eso quería dedicar ese verano muy suyo, bien ganado, a continuar conociendo nuevos lugares, ir un poco más lejos, más allá de calles cortadas en las que encontraba el escondido resquicio, o la disimulada rendija, que le permitía internarse en sitios inimaginados, atajos que llevaban a puertos escondidos, a tramos reservados del ferrocarril que lo intrigaban o a muelles de pescadores largos y desolados que llegaban hasta donde el río mostraba esa mancha oscura, la sombra siniestra de la famosa hondonada. Pensaba que detrás, debajo o paralela a la ciudad que todos conocían, existía otra reservada para los que se atrevían a conocer y guardar sus secretos, salidas de emergencia, cortinas de follaje que se descorrían como esos biombos japoneses de los cuentos que leía en el *Tesoro de la Juventud*.

Ahora tenía que enfrentar los planes que sus padres tenían para él, la necesidad de intervenir ahora que el hijo ya estaba “haciéndose

grande". No querían que se fuera por malos caminos. Fue así como el día siguiente de su último día de clases, le anunciaron que iba a entrar como aprendiz de compaginación cinematográfica. Entrar al mundo del cine por cualquiera de sus herméticas puertas, era una oportunidad destinada a unos pocos. Sin embargo, a Luis eso no podía importarle menos, era un privilegio que no terminaba de convencerlo. Pero con el padre no había espacio para discutir. Con el padre uno se juntaba a reír y a estar de acuerdo. No había de otra. De manera que casi enseguida, llegó la mañana en que irían a entrevistarse con el personal que se haría cargo del nuevo aprendiz en los famosos Laboratorios Alex.

—¡Hoy se cumple justo un mes de tu fiesta de diez y seis años Luisito!, exclamó la madre, mientras se instalaban en el Lincoln Zephyr del padre. Luis se encogió de hombros, entre deprimido y angustiado. Se despidieron de la hermana con un simple gesto y se encaminaron hacia los laboratorios. El padre, como siempre, manejaba. Luis iba sentado al centro y la madre del lado derecho en el gran sillón tapizado en piel. Desde su lugar la madre insistía en crear un ambiente armónico:

—Vas a ver, seguro lograrás hacer un mejor uso de tu tiempo libre, Luis. Vas a administrarte mejor y de paso, aprender un importante oficio. Luis no quería exacerbar al padre, que soportaba los argumentos de la madre haciendo gestos, iba a disgusto pero prefería cualquier cosa antes que se armara un griterío. Además

el camino le resultaba agradable. Ir por el bajo era uno de los paseos más atractivos porque las avenidas eran anchas y aunque no se veía se sentía la presencia del río. Eran caminos no adecuados para su bicicleta. Estaban pensados para los automóviles. Para el Buenos Aires comenzaba al otro lado de la General Paz. El Lincoln, que por alguna cuestión mágica o científica, en verano funcionaba mejor, avanzaba suave y lánguidamente como un lanchón orillándose a lo largo de la costa.

Llegaron a la Ciudad Infantil, ya en el bajo Belgrano. Era un camino despejado y luminoso construido sobre terrenos ganados al río que alguna vez el gobierno había rellenado con la idea de crear un parque ribereño que la siguiente administración desdeñó. Con el tiempo ese relleno se pobló de aves, de animales silvestres y una vegetación llegada por el aire, el agua y algunos exploradores visitantes que gustaban disfrutar las sombras y las luces de los juncuales. Poco a poco se habían ido borrando las huellas del ancestral arroyo que por allí pasaba. Los urbanizadores, con su mentalidad de regla T y escuadra, cuadrícularon aquello que conservaba lo silvestre, agregando sombras grises como el pavimento, que dibujaban siluetas gigantes contra el cielo abierto y la brisa cargada de la humedad del río. —Las sombras de la ciudad no pueden con la luz del cielo. Dijo Luis, casi sin querer. Su padre le echó una rápida mirada.

Con el chirrido del freno de mano, Luis sintió que su estómago se apretaba. Se sorprendió

cuando bajó del coche y vio el edificio. Era muy diferente a lo que esperaba encontrar. Se trataba de una construcción recientemente hecha, sin huellas de tiempo ni intemperie, sin ornamentación alguna, sin bronces que alguien tuviera que pulir, ni tampoco persianas clausuradas, basamentos solemnes de granito, o veredas con baldosas rotas y levantadas por las raíces de los árboles inexistentes. Al contrario, era lo más parecido a una fábrica, una planta industrial recientemente inaugurada, haciendo alarde de una neutra frialdad modernista. Eso era preferible a los edificios pretenciosos que imitaban templos griegos, o a los vetustos afrancesados con esas mansardas que detestaba, pensó. Las puertas de acceso de brillante acero inoxidable remataban una escalera doble que marcaba un eje de simetría. La fachada era limpia y rectilínea haciendo alarde de equilibrio. Era un proyecto que mostraba la mano técnica y racional de un ingeniero civil.

Una vez detrás de los portones de entrada, acompañados por Manuel, el portero, los tres avanzaron por el amplio vestíbulo de acceso. Destacaba la presencia de un prolongado mostrador tras el que se desplegaba un panel informativo. Hacia la izquierda estaban las instalaciones de los laboratorios y las oficinas administrativas. Hacia la derecha se abría el ala destinada al trabajo de los compaginadores, organizadas por cabinas a lo largo de pasillos perpendiculares dispuestos en peine. Las salas de exhibición estaban en el nivel superior,

con butacas anchas y cómodas. Subiendo otro medio piso se llegaba a la cafetería. Allí habían quedado en juntarse a tomar un café con Nello Melli y su ayudante, Carlitos Rodríguez de Anca, que serían los futuros jefes de Luis.

Pronto estuvieron reunidos en la barra que atendían Alberto, a quien el padre saludó solícitamente, después de haberlo hecho con la señora, que se asomó desde la cocina a su cargo. El encuentro fue cordial desde un inicio. Luis enseguida se sintió cómodo y bien recibido.

—Había imaginado otra cosa, le comentó cuando pudo, por lo bajo a su padre. Lo moderno, iluminado y acogedor del sitio lo había impresionado gratamente. El tono y el humor de sus futuros jefes, también. De la cafetería, se trasladaron al área de trabajo. Caminaron por uno de esos pasillos en los que se sucedían una tras otras angostas puertas metálicas pintadas de gris que daban a compartimentos enclaus-trados. —Hay algo de hospital o de monasterio en este ambiente, pensaba Luis mientras caminaba bajo el resplandor artificial de los tubos de neón. Mas tarde entendió que por los cuidados que requería la película fotográfica, los negativos y lo vulnerable del material de trabajo, no podían dejar entrar partículas de polvo y por eso no había ventanas. Predominaba el blanco y el gris iluminado por tubos fluorescentes siempre encendidos, que provocaban una continua, aunque ligera vibración en el ambiente por su intermitente parpadeo.

Sin todavía saberlo, Luis había entrado a un mundo nuevo, habitado por los compaginadores del cine nacional, que por primera vez en la historia del cine se concentraban en el mismo sitio. Este nuevo centro eran los flamantes laboratorios Alex. Allí se procesaban los negativos de todas las filmaciones, se manipulaba la película con efectos, y proveían de todo lo necesario para componer la película, menos el sonido que se trabajaba en otros lugares. Resultaba novedoso y práctico concentrar la elaboración posterior a la filmación, en un solo edificio. Aunque más de uno lo debe de haber resentido, porque los *sets* de filmación se situaban en las afueras de la ciudad, y el nuevo domicilio los obligaba a viajar al bajo Belgrano, en la Capital.

Como ocurre con los cambios súbitos, en pocos días la vida de Luis se organizaba de una nueva totalmente novedosa. Cuando se acercaron las fiestas de fin de año y el *Florida Lawn Club* convocó a sus bailes de *rock and roll*, Luis pudo comprobar que su estatus ya era otro. Cuando comentó a los padres que el sábado iría con su amiguita Marta y con Carly y su novia al baile, nadie puso reparos ni nadie habló de la hora de regreso. A partir de allí, Luis informaba o comentaba sus planes del día, sabiendo que no tenía que pedir permiso sino mantener una buena comunicación. No solo eso, el tema del cine y los proyectos tomó nueva fuerza en sus conversaciones con el padre. Ahora Luis se dedicaba a una actividad directamente relacionada con el mundo paterno que tanto

le atraía. Había pasado a ocupar un sitio que no había imaginado ni menos aún soñado, convivir con los realizadores de la industria cinematográfica todos los días, aprender cine y además, cobrar un sueldo. Por primera vez disponía de un dinero suyo, ganado por él, que lo eximía de estar recurriendo a su padre. Frente a la familia se había convertido en un ejemplo de joven cumplidor y responsable. Los abuelos le preguntaban acerca de su nuevo trabajo, y él los complacía contándoles anécdotas en las que aparecían siempre alguna celebridad, o la historia de una película en proceso. —Parezco Radiolandia, le comentaba a su hermanita.

§

Trabajar en los laboratorios Alex era semejante a estudiar en una escuela que no era una escuela. Aprendió el valor de ser autodidacta y la diferencia entre ser aprendiz de un maestro, a ser alumno de un profesor. No le pesaban los horarios ni las obligaciones que se convertían en adicciones, gustos. Estaba aprendiendo a respetar determinadas jerarquías, que en la industria del cine eran muy marcadas, y se aplicaban verticalmente, como en una iglesia o un cuartel. La hechura de un *film* imponía formas de comunicación, protocolos, basados en una eficiente utilización de los tiempos, alimentando el proyecto vivo de armar una película vista como una obra de arte que sería exhibida frente al público. El cine para el director era como la galería para el pintor. A medida que Luis se iba entregando al oficio, aprendía lo que era un arte colectivo.

El fotógrafo, el escenógrafo, el iluminador, el sonidista, todos eran expertos en su oficio, buenos profesionales. La ciudad estaba entreverada en todos los aspectos de la vida, cada etapa, cada anécdota tenía un domicilio, ocurría en alguna parte. Una característica de sus colegas de Alex era que no habían pasado por la universidad, y sin embargo, eran cultos, leían, tenían criterio, método, disciplina. Políticamente asumían una posición, defendían sus principios, le daban sentido a su trabajo. Eran personas íntegras y por eso admirables. Luis sabía que no existían escuelas de cine. La gente de cine que conocía, incluyendo su padre, habían aprendido su oficio sobre la marcha. Mucho más tarde aún supo que los autodidactas son buenos para preguntar, imitar, indagar, apreciar la oportunidad, reflexionar y aprender haciendo. Todos, o la gran mayoría, desde el director hasta el ayudante de menor jerarquía, pertenecían a generaciones nacidas de familias de inmigrantes, donde el trabajo y el progreso ocupaba un lugar prioritario.

No habían tenido la fortuna de elegir entre el estudio y el trabajo, el trabajo había sido desde el principio un imperativo, necesitaban un salario y ganándose la vida, al hacerlo se ganaban un oficio, una profesión. Luis se sentía sumergido en algo real, rodeado de gente verdadera, tan diferente a la escuela formal aferrada a un currículum, plagada de requisitos, hecha de palabras impresas, lejos de la acción, atornillada al piso como los pupitres, atenta a un pizarrón, donde mal se reproducía la realidad

y la tiza o el gis, dibujaban simulacros, realidades paralelas y distantes.

Luis salía ganando con el saber de sus maestros prácticos, que pertenecían a alguna comunidad, Nello, y los italianos, Carlitos y los españoles refugiados, Bernal con su sabiduría regional, provinciana, tan auténtica y noble. Personas que habían heredado la cultura, lectores dedicados, asiduos visitantes a los museos, a los actos culturales gratuitos, a la biblioteca, adeptos a estar siempre informados. No eran librescos, sino practicantes reflexivos que habían desarrollado su intelecto por necesidad y gusto, de manera que hablar de Eisenstein sobre cine, o mencionar los "métodos" definidos por aquel gran cineasta, lejos estaba de ser el producto de una lección dada por un erudito, o un alarde, sino de los comentarios y debates nacidos del más rico de los hábitos de la más constructiva de las adicciones: el hacer y la lectura. Sabían quién había sido Kuleshov y quién Pudovkin, sus jefes gustaban de poner especial énfasis en la relación entre cine, montaje y poesía, que era decir, música, como resultado de una auténtica vocación y de un constante indagar en lo publicado, tanto en el celuloide como en la página impresa.

Carlitos era un apasionado que se desesperaba y sacudía con regaños a Luis muchas veces hasta estremecerlo. Lo veía demasiado cómodo en su dejar hacer, en su dejarse ser. Lo veía como un hijo de familia, muy atraído por el buen humor y lo fácil. Veía su propensión a sonreír o reír como resultado de una vida acomodada, y

él que venía del exilio de la guerra civil, no armonizaba con esa imagen. En esos momentos, blandiendo en su mano un rollo de película que recogía de la moviola, le increpaba: —¿Ves? Estos rollos con los que trabajamos son fragmentos, pedazos; el director filma y nos entrega pedazos de espacio y de tiempo, con los que hay que armar una historia. No solo rompe y juega con el espacio y el tiempo, sino que usa otros recursos: define la iluminación, los ángulos desde donde va a mostrar algo, mueve la cámara, disuelve la imagen, la sobreimprime, busca efectos, todo para crear una narración que mantenga atento al espectador. Luis lo escuchaba paciente, tratando que no se notara el familiar vaivén de su cabeza. Carlitos le leía a León Felipe, a Miguel Hernández, a Salinas, y a veces ejemplos de su propia poesía. Llegó un momento en que Luis se comenzó a sentir atraído por esas declaraciones sugestivas, como cuando decía que el cine no era otra cosa que un juego de sombras.

—El cine es un trabajo complejo que reúne elementos de la pintura, de la literatura... decía Carlitos con hispano énfasis, mirando a Luis directo a los ojos.

—Uno no puede hablar de cine sin hablar de literatura, de teatro, de pintura y de música, es decir, de poesía, seguía machacando Carlitos, como resignado a no ser entendido. Luis entonces se preocupaba por hacerle ver que sus palabras no eran en vano. Le hacía caso. Le hablaba de la carrera de su padre, de sus conversaciones con él, de las discusiones en su

casa, la insistencia de la madre en confrontar y también relacionar el destino de poeta que el padre parecía haber abandonado, con su actual dedicación al arte del espectáculo, un arte considerado el séptimo, y no por ello, menor que los seis restantes. Carlitos era un verdadero maestro dispuesto a formar a Luis como un buen compaginador.

Creando que estar en el verano y no ir a la escuela era vivir en libertad, Luis no se daba cuenta que ese verano se había sometido a una intensa y persistente rutina de trabajo, donde no había nada de simulación, donde aprendía por el interés de aprender. En esa sana combinación de práctica y teoría, se había vuelto un joven más responsable, más entregado. Pasó el verano, y con marzo encima, cuando llegó el momento de inscribirse para continuar con el cuarto año, de los cinco del magisterio, en el *Mariano Acosta*, Luis le propuso a sus padres cambiar de turno, estudiar en la noche, para de esa manera poder continuar trabajando durante el día en Alex. Los padres no lo pensaron mucho, al ver su entusiasmo y compromiso, enseguida estuvieron de acuerdo. No hubo oportunidad de despedirse de sus compañeros del turno matutino.

Ahora en el vespertino, llegaba a la calle Urquiza cuando el sol se ponía, con la ventaja de que no tenía que vestir guardapolvo blanco. —¡Guardapolvo! qué palabra tan atinada, decía, pensando en el polvo ancestral que formaba parte de la atmósfera de aquella escuela. Qué bien que no se les ocurrió llamarle bata escolar.

Nunca obtuvo una reacción por esa afirmación. Así fue como se sumó al grupo vespertino de hombres de mayor edad, algunos ya casados, la mayoría cumpliendo algún horario laboral, como era su caso. Esta vez sus compañeros eran personas cumpliendo un plan de vida. En las conversaciones entre materia y materia hablaban de la importancia de cumplir con una escolaridad básica, y completar los estudios secundarios. Algunos tenían la idea de abrirse paso hacia la universidad. Ahora su círculo de amistades y compañeros eran personas de mayor madurez, en otra etapa de la vida. Estos cambios lo alejaron de los resabios de vida de un adolescente, inclinado a las fiestas y a los juegos, y lo llevó a convivir con jóvenes más determinados y menos distraídos, como los que trabajaban en Alex. De todos modos allí ejercía el papel de benjamín, bajo la tutela de Nello y Carlitos, acompañado por el cielo límpido del bajo Belgrano y la invisible presencia del río.

§

Luis cumplía con sus tareas sin hacerse notar, en silencio, especialmente cuando estaba Nello presente, que era un hombre serio, de pocas palabras. Era la primera vez que convivía horas y horas con un adulto que rara vez hacía un chiste o recurría al humor para completar una discusión o un diálogo. Se complementaba muy bien con Carlitos, que tenía esa tendencia al drama, a lo trascendente. Veía a ambos como una pareja de hombres íntegros, con principios, críticos de la realidad que se vivía, personas que en lugar de humor, aplicaban

una especie de filosofía sarcástica que para él era novedosa y educativa. No eran crueles ni pesimistas, pero se quejaban, sin esconder su animadversión al gobierno, hablando sin miedo. Eso también era una novedad para Luis. Nello mostraba especial desprecio por los que se sometían, por los aduladores, a quienes llamaba "hombres bisagra". No pasó mucho tiempo para que Luis reconociera y agradeciera la atención que Carlitos ponía en su educación, que en mucho era una reeducación. Hablaba de la poesía, como sombras luminosas. —Las palabras son sombras, proyecciones de las luces que son vida. Las imágenes son las palabras del cineasta, proyectadas en una pantalla, decía Carlitos.

A Luis no le importaba entender todo, le bastaba con escuchar y que lo que oía lo emocionara, no buscaba "aprender" le bastaba con intuir o con la ilusión de creer que entendía.

§

A partir de marzo de 1955 la rutina de Luis se intensificó. Cada mañana viajaba de su casa a la estación Barrancas de Belgrano, cruzaba la vía hacia Juramento, de donde partía un autobús que lo dejaba en Dragones y de allí caminaba hacia el laboratorio donde le esperaban tareas que abarcarían el día entero. Una vez cumplidos los compromisos se iba hasta Plaza Once, y caminaba hasta el *Mariano Acosta*. De allí, generalmente ya pasadas las 11 de la noche, tomaba el 19 que lo llevaba hasta el puente Saavedra y de allí hasta su chalet de

Roca. Cuando llegaba todos dormían, pero la madre le dejaba la cena semi preparada para que se le calentara. Esa actividad lo permitió aprender a lidiar con la estufa, los ingredientes, los platos y volver a dejar todo en orden. De esa manera aprendió a moverse en la cocina y a cocinar.

En Alex poco a poco se fue haciendo amigo de otros compaginadores, en particular de los ayudantes que eran más jóvenes y con tiempo libre los fines de semana para salir de juerga. Era común que algunos viernes salieran a cenar al finalizar la jornada de trabajo, lo que le permitió vivir nuevas experiencias y conocer otros rumbos de la ciudad. Ahora su radio de acción ya no se limitaba a *Vicente López*, ni su círculo social, o las salidas con su padre. Ahora se iba de noche a restaurantes populares de diferentes barrios de Buenos Aires, generalmente bodegones, parrillas, pizzerías y boliches no muy ambiciosos, muchos de ellos ubicados en barrios que más conocía por conversaciones que en persona, como Barracas, Almagro o Villa Urquiza. Los muchachos del laboratorio, y algunos de sus jefes solían hacer competencias que consistían en quién consumía mayor número de platillos. A pesar de su delgadez, Luis era uno de los campeones, junto con el pelirrojo Antonio, que parecía un barril sin fondo. Luis aplicaba una estrategia que había aprendido de su padre: no hacerle caso al pan. —El pan ocupa un lugar clave, mejor llenarlo con algo más elaborado y substancial, le gustaba comentar al padre.

Luis le hacía caso. Después de las cenas se dispersaban y generalmente Luis tenía que viajar largos trayectos para llegar a Florida. Cuando las distancias lo permitían prefería caminar. Le gustaban las fachadas y la elegancia de su ciudad. Llegaba a cualquier hora, y nadie se inquietaba por ello. A la mañana siguiente todos festejaban sus relatos de lo vivido incluyendo el menú detallado de lo engullido. Su madre no lo podía creer —Si recordaras los dolores de cabeza que nos dabas porque te resistías comer, ¡Ay Luisito!... reclamaba. Eso ocurría durante los desayunos dominicales. Su papá mostraba orgullo por el hijo, ahora su tema eran los nuevos restoranes que conocía, sus especialidades, y también las películas y las múltiples anécdotas que surgían de los proyectos que sus compañeros compaginadores iban artesanalmente elaborando en Alex.

§

En comparación con el tiempo lineal que había vivido en el *Mariano Acosta*, el trabajo cinematográfico lo había sumergido en otra dimensión del tiempo, que podría tildarse como "tiempo interactivo". Un tiempo que podía sufrir intercalaciones, retrocesos, detenciones, sin necesidad de respetar una lógica consecutiva. Esa percepción le venía a la mente, posiblemente por el influjo de Carlitos Rodríguez, que se había asumido una especie de preceptor suyo. Luis buscaba una manera de responder y corresponder a las lecciones que Carlitos se ocupaba de darle, de manera que no desaprovechaba oportunidad para

verbalizar lo que iba comprendiendo. Carlitos recibía con entusiasmo esos intentos analíticos de su discípulo a quien consideraba bastante echado a perder. Poco a poco su relación se fue convirtiendo en un diálogo sobre temas que derivaban de los ejes principales, todos relacionados con el séptimo arte, sus antecedentes y sus derivaciones. Luis era un aprendiz que aprendía y cada día traía una nueva pregunta a resolver.

—El montaje trabaja con las imágenes como un poeta lo hace con los versos del poema—respondía encendido Carlitos, que con su enortijado cabello rubio y sus ojos claros parecía un querubín. Fumaba *Particulares* livianos sin parar y nunca dejaba de usar corbata y sacos de *Tweed*, que hacían juego con su tez y su pelo, por sus tonos ocres y pardos, a veces azules. Luis lo escuchaba con atención. Esto que ahora comenzaba a entender un poco más lo acercaba a la labor de su padre, le permitía valorar mejor su trabajo, entenderlo y de paso admirarlo todavía más.

En el trabajo de montaje iba distinguiendo otra realidad que no se quedaba en los límites de lo visible. A medida que avanzaba como ayudante dedicaba el tiempo posible a ver con detalle las películas que allí se almacenaban, en particular las de Ingmar Bergman que la distribuidora *Orbe Film* consignaba a Nello para que supervisara el procesamiento de los subtítulos e hiciera los ajustes necesarios que requería el tiempo comercial de proyección: “Juventud divino tesoro”, “Un verano con

Mónica", "Noches de circo" estaban a su disposición y eran su material de estudio. Pasaba la misma secuencia una y otra vez, hasta descubrir la lógica que reflejaba cada corte o cada efecto o golpe musical. Se detenía para entender cuando Bergman situaba la prolongación de un primer plano, una "yuxtaposición" o una "elipsis" siguiendo los conceptos con que Carlitos lo había instruido, no diferentes a las complejas figuras recomendadas por los retóricos: la sinéresis, la sinalefa, la elisión, o el anacoluto.

A medida que tenía más elementos para descifrar las películas que veía, se daba cuenta que entender cómo se hacía un *film*, hacía que lo quisiera más. Le emocionaba tanto lo que veía que hasta llegó a confesarse que "amaba al cine". Claro que lo hizo en la privacidad de las charlas consigo mismo. No se lo hubiera dicho jamás a Carlitos. No era tan cursi.



Bueguerestain 3725

La mañana de ese sábado los habitantes de la casa tenían compromisos que atender, de manera que se fueron yendo todos menos Luis. La casa se quedó sino vacía, sí sola. El padre al salir le pidió a Luis que estuviera atento porque era muy posible que llegara Luis Ordaz.

—Quedamos en vernos hoy aquí, ya hace días. No me confirmó ni yo he podido comunicarme. Si aparece le decís que tuve que salir de emergencia. Que su teléfono no contesta. Creo que no anda.

—Yo me encargo, respondió Luis, sabiendo que ese señor era una persona amable, uno de los antiguos amigos de su padre.

Se acercaba el mediodía cuando sonó el timbre. Luis se asomó. Efectivamente, era Ordaz el que estaba en la puerta. Se acercó a abrir. Notó que llegaba un poco agitado.

—Me vine caminando desde Maipú, explicó, respirando fuerte. Luis lo hizo pasar. Mientras caminaban hacia el porche le comunicó las disculpas de su padre.

—¿Te quedaste a cargo de la oficina, Luisito? Luis sonrió asintiendo con la cabeza.

—Si, salieron todos, mi madre con mi hermana, y hasta María adelantó su salida.

Ordaz lo observó con calma sin mostrarse frustrado ni sorprendido. Daba la impresión de que le daba igual, aunque el viaje desde el centro era largo. Parecía contento de encontrarse allí, quizás porque en Florida el sol brilla diferente... pensó Luis. Ordaz hizo un gesto y se dirigió hacia la oficina.

—Necesito retomar el aliento, dijo dando una explicación innecesaria.

—Claro, claro— aceptó Luis. El sillón frente a la ventana es donde papá usualmente descansaba, casi siempre se queda dormido. —Voy a poner agua para un té, ¿o prefiere café?— preguntó mientras abría la puerta de la oficina para luego encaminarse hacia la cocina. Desde allí podía ver a Ordaz ir colgando consecutivamente en el perchero su bufanda, el abrigo y su gorra. Luis no tardó en regresar con una bandeja bien servida.

—No tarda en hervir el agua, informó. Ordaz se había sentado. Luis arrimó una silla y puso las tazas sobre la mesita del centro. Así fue como ambos Luises iniciaron una conversación, brevemente interrumpida por el llamado de la pava que el agua hirviendo hacía silbar. Después de un profundo suspiro, ya más relajado, a punto de darle el primer sorbo al té, Ordaz dijo:

—¿Sabías Luis que yo conocí a tu papá cuando aún no aparecía en el panorama tu mamá Margarita, ni en el mío Elena, mi esposa? - éramos dos jóvenes inquietos, formábamos parte de un grupo al que Julio se incorporó cuando apenas tenía 17 años. Un grupo militante, que titulamos el "grupo claridad" escrito con minúsculas, una formalidad hija de nuestra ingenua rebeldía. Julio era el benjamín, el más chico de todos...

—¡Ah!... interrumpió Luis, Benjamín, como Benjamín Franklin, que era el más chico de 17 hermanos - comentó haciendo uso de un dato

que tenía fresco porque lo había leído el día anterior en la enciclopedia del padre.

— Si... Benjamin Franklin... era el menor, había olvidado ese detalle - contestó Ordaz, titubeando, algo sorprendido. Enseguida retomó su tono no sin antes aclarar:

— Pero no por Franklin se usa ese término. Se le llama Benjamín al hijo menor de una familia. Es una tradición hebrea, que proviene de que así se llamaba el hijo menor del patriarca Jacob.

A Luis le gustó la aclaración, le pareció un buen complemento a lo que había leído en la enciclopedia. No le sorprendía que algo de lo que se hubiera enterado recientemente, como la vida de Benjamin Franklin, surgiera o se asociara a una conversación inmediatamente posterior a la lectura. Le parecían coincidencias inexplicables, como si las palabras salieran de un inmenso bolillero giratorio, y reprodujeran en su vuelo un mapa de vínculos y asociaciones visibles o audibles como parte de una lotería. Era un juego que le gustaba, cerraba los ojos, extraía un tomo de la enciclopedia, lo abría en una página cualquiera, y leía la secuencia de palabras que le había tocado. Generalmente encontraba términos relacionados con algo que le estaba ocurriendo, que tenía que ver con el presente. Sin querer aprendía algo no programado. No era magia, pensaba, es ciencia, ciencia por conocer.

Por eso no le sorprendía que un personaje como Ordaz, estuviera en ese momento sentado con él como si hubiera viajado hasta su casa

para contarle historias del pasado. Era común que en su casa se contaran historias, era una de las tradiciones rumanas que la madre había heredado. Historias que solían terminar con una tonada, un estribillo, que a veces llegaba a ser una canción completa. Tanto Luis como su hermana, tenían la sospecha que dichas historias eran fragmentos de otra mucho mayor que por alguna razón ocultaban o preferían no revelar. Solo mostraban señales, indicios, personajes, que les dejaba con esa sensación de estar siempre escuchando los capítulos de un cuento incompleto. Acostumbrado a escuchar relatos Luis se preguntaba: ¿De qué historia será portador este querido amigo de mi padre?

—Si Luisito, dijo Ordaz continuando, éramos un grupo de muchachos, la mayoría un poco más grandes que Julio. Éramos unos líricos trascendentes.

—¿Líricos? repitió Luis... dando a entender que era un término que no sabía a ciencia cierta qué quería decir.

—Si, lírico es una palabra que tiene su origen en un instrumento musical, la lira, que tiene cuerdas, como la guitarra. Con ese instrumento los antiguos poetas se acompañaban para transmitir sus sentimientos, las emociones que le inspiraba algo o alguien.

—¡Ah! reaccionó Luis, mi mamá cuenta cuentos que contienen versitos y terminan en canciones. Dice que en las palabras está escondida su música y es uno el que tiene que ayudar a que esa melodía se muestre.

—Eso. Justamente eso éramos, un grupo de amigos musicales, que queríamos dejar fluir nuestras melodías. Podría decirte que sin saberlo, éramos poetas, aunque en realidad sería más acertado decir que éramos unos cancioneros. Se detuvo y se miró las manos. Alargó la pausa y cuando el silencio se sentía, lo rompió con una voz que sonaba distinta.

—Tu papá para nosotros fue siempre Julio. Era corpulento, y por eso a veces lo llamábamos el gordo. Aunque se había puesto el nombre de Julio Marsagot. Ese fue el nombre con el que se bautizó como poeta, inspirado en el de su novia. Se usaban mucho los pseudónimos en esos tiempos, era el nombre artístico. Por ejemplo Rubén Darío se llamaba Félix Rubén García. Me pregunto si con ese nombre hubiera podido escribir los poemas que escribió como Rubén Darío. No creo.

—En nuestro caso, dijo Luis, mis padres se llaman entre sí “Marsegoso” y “Marsegosa” por eso nuestra casa tiene ese letrero al frente, hecho con hierro forjado que dice “Los Marsegosos”...

—Si, Luis, salta a la vista, y así fue, con ese nombre artístico —prosiguió diciendo Ordaz— Julio escribió hermosos poemas. Porque tu papá era un gran poeta, un gran poeta que se malgastó, como nos hemos ido malgastando todos, de alguna manera...

—¿Un gran poeta que se malgastó? — se repitió Luis a sí mismo, sin abrir la boca.

— Tu mamá vivía en el *Dock Sud*, y tu papá la iba a visitar cruzando el riachuelo en un bote que le cobraba cinco centavos el viaje. Utilizábamos como sede la casa del poeta José Rodríguez Itoiz, lejos, en el raleado Lanus Oeste, adonde la ciudad se convertía en campo y el tranvía no alcanzaba a llegar. Nos reuníamos en la calle Beguereinstáin, otros pagos de los que vos estas acostumbrado a ver. Organizábamos conferencias, exposiciones, actos culturales que llevaban un mensaje de igualdad, de paz, de no a la guerra. Recuerdo muy bien que tu papá no cumplía 19 años cuando dio en el American Club una conferencia muy linda, titulada "Los niños y la poesía". Era larguísima, y sin embargo la gente se quedó escuchando hasta el final. La hacía larga las extensas citas tomadas del Juan Cristóbal de Romain Rolland, un escritor francés que ejerció una fuerte influencia sobre todos nosotros.

—Sí— contestó Luis, aquí están los tomos de Juan Cristóbal, dijo Luis y se levantó para traer el primer tomo.

—Este ya lo leí, dijo, extendiendo el pequeño volumen color ladrillo, se llama *El Alba*.

—Pues este librito que me estás mostrando, es el que tu papá leyó de jovencito. Los libros sobreviven, a lo mejor tus nietos también leerán esa misma edición en un futuro lejano.

—¿Es el mismo libro? preguntó Luis, mirándolo como si fuera la primera vez. Le costaba concebir que los objetos del pasado fueran también objetos del presente y hasta pudieran

adentrarse en un futuro sin límite. Aprovechando que tenía la palabra, prosiguió: — ... Mamá me lleva de vez en cuando al *Dock Sud*, pero no cruzamos en bote, sino por ese puente alto, un puente que da miedo, hecho de fierros negros. —Si, es el llamado transbordador. No siempre funciona. Muchas veces las pasarelas están cerradas. Es más rápido cruzar en bote, todavía hoy, en pleno 1955 sigue siendo mejor confiar en un bote de madera con un buen remero que en la tecnología de ese puente negro y oxidado... ¿increíble no?

La idea de cruzar el riachuelo en bote no le atraía nada a Luis, le provocaba cierto rechazo por lo contaminado, aceitoso, y el mal olor. Ordaz sonrió y se puso a recitar:

Al río de overol oleaginoso
vuelvo a buscar el corazón amigo
porque en su orilla vagabundo sigo
macerando el espejo luminoso

—Es una estrofa de Rodríguez Itoiz, dedicada al riachuelo, aclaró Ordaz al terminar.

Sentados junto a la ventana, Luis se había relajado y ahora se sentía curioso, observando el perfil grave y adusto de este amigo del papá que tanto significaba para ellos. Era un testigo de aquel pasado en el que el padre había sido el poeta Marsagot, toda una promesa. A Luis le había llamado la atención la parsimonia con la que Ordaz había acomodado su ropa en el perchero, la forma pausada en que se había

acercado al sillón, y el tiempo que le dedicó a sentarse. Su rostro español, largo y profundo le recordaba la figura clásica de un don Quijote. No mostraba apuro, ni contrariedad alguna por la reunión fallida y el súbito cambio de planes. Al contrario, estaba como contento de estar allí hablando con ese jovencito, sin ningún apuro, abriendo largos silencios en los que posaba su vista en la luz de la ventana como si esa luz fuera el fuego de una chimenea. Luis aceptaba esos silencios. Se sumaba a ellos. Le nacía un cálido respeto a la figura de ese hombre símbolo, que de pronto rompía el suspenso y retomaba su historia, sus recuerdos, con naturalidad, con entrega:

—... Éramos un grupo que creía en el arte como medio para decir verdades. La mayoría estábamos enamorados del teatro, de la literatura, de la pintura, porque entre nosotros también había pintores y dibujantes. Recuerdo que en esos años la avenida Corrientes estaba ensanchándose, había sido angosta como las otras calles, y de repente, decidieron ampliarla y construir el subterráneo. Todo cambiaba. Han pasado veinte años, que contrariamente al tango que dice que no son nada, son muchos... y a mí me parecen todavía muchos más. Uno se da cuenta que el tiempo no se puede medir con números, menos aún con un calendario... han pasado los años y pues, te digo, casi todos seguimos siendo los mismos. Dejáme nombrarte a aquellos amigos de entonces, aunque no signifiquen nada para vos, merecen este homenaje que vos y yo les daremos ahora, aquí

mismo, sentados frente a frente: Manolo Corral, era un lírico absoluto, Juan Pavón, un ser angélico, José Rodríguez Itoiz, un poeta de la ternura. Claro, el tiempo se mide de diferente manera a tu edad, que a la mía, o a la de mi madre valenciana, que tan succulentas paellas nos preparaba por algún festejo. ¡No sabes con que gusto se las comía tu papá!...

Por la mente de Luis pasó una seguidilla de imágenes, de sentimientos, de asociaciones, que terminaron con la visión de una paellera rebosante de arroz y mejillones. El sí sabía cómo comía su papá una paella. No necesitaba imaginarlo. Lo había visto enfrentarse a más de una, tenedor en mano, en pleno combate. Habían compartido más de una vez banquetes con ese tipo de menú, cerca del Congreso y por allá en la avenida de Mayo, donde proliferan los restaurantes españoles. —Una paella, sí — pensó, yo sé de qué se trata.

—Porque tu padre siempre, siempre...— continuó Ordaz, sus palabras llegando de un fondo lejano, hablando con renovada vehemencia que Luis notó sin saber cómo interpretar.

—Siempre, siempre... repetía, desde el principio de su vida, o desde que lo conocí al menos, destacó por dos cosas: su gusto por la comida, y su inclinación por el humor. Un humor que buscaba quitarle a la vida toda solemnidad, toda seriedad, toda soledad. Tu padre siempre celebró la risa. Aunque en su poesía era serio y a veces hasta infausto, porque sufríamos en carne propia las cosas que pasaban en el mundo, en España, y

aquí mismo en Argentina... y lo que pasaba era ciertamente muy trágico... pero tu papá había nacido feliz, y el humor se le daba espontáneamente, y de paso le servía como un antídoto al ambiente que prevalecía a su alrededor. Y ese era su escape y su plataforma: reír y hacer reír.

Ordaz se quedó nuevamente callado. Como buscando en los recuerdos, pensando en hasta qué punto el chico entendería esas anécdotas de su vida pasada, en un personaje tan simbólico y cercano como era su padre, importante, como lo son todos los padres para los hijos. Sin embargo, no se detuvo y continuó:

—Como te digo, Corrientes era una calle angosta, la comenzaron a ampliar en esos tiempos. Un grupo de amigos nos reuníamos en una lechería cerca de Corrientes y San Martín. Algunos trabajaban a la vuelta de esa lechería, en la *Western Union*. Llevaban telegramas a domicilio. Después del trabajo nos íbamos a Lanús. Éramos una barra de muchachos. Algunos nombres ya te los dije, otros... y se interrumpió, mirando a su alrededor como quien de pronto despierta. —Caminamos mucho juntos, dijo como comenzando o terminando una frase. —¡Ah Luis!... icómo caminábamos entonces! cuadras y cuadras, inada nos detenía!... dijo, como si esa hubiera sido la conclusión, el final de su discurso.

Se hizo otra vez un silencio. Luis notó que Ordaz se había sumergido en sus recuerdos, que en esa oficina de su antiguo amigo con las máquinas de escribir calladas pero presentes,

parecían avivarse hasta cobrar otro sentido. Quizás porque allí estaba el hijo de su amigo, y él tenía necesidad de descargar en ese hijo, este balance histórico que más parecía una autocrítica, una reflexión personal postergada. Por eso Luis se quedó expectante, paciente, con una media sonrisa en el rostro, como animándolo a que continuara y a la vez temiendo saber o comprobar que la historia que seguía era aún mayor, era inconmensurable.

¡Y cómo caminábamos entonces! —volvió a repetir Ordaz, como si la esencia de esos recuerdos estuviera fundida con el andar, en los pasos dados, en las cuadras recorridas, con sus bocacalles, con sus fachadas, una casa tras otra... a lo largo de cuadras y cuadras...

—Caminábamos, y tu padre era un gran caminador, un ágil y fervoroso caminador. ¡caminemos decía, caminemos, que caminar abre el apetito!... y nosotros reíamos, nos moríamos de la risa, y todo se borraba y entonces llegaba la siguiente vez, como si fuera la primera, y la situación se repetía, y así con extraña regularidad, terminábamos en *Las Cuartetas*, simplemente porque nos encontrábamos bien juntos, apuntalando nuestros sueños pequeñitos, tan indefensos.

En algún momento Ordaz alzó la manga del saco y miró el reloj.

—Si, se está haciendo largo —dijo— y se quedó inmóvil, otra vez en silencio.

—¡Cuánto vivimos y, sobre todo, cuánto soñamos por aquellos años!... ¿verdad Julio?... dijo y se detuvo abruptamente, — perdón... quiero decir... Luis —se corrigió echando una rápida mirada de disculpa por el involuntario error y prosiguió: —porque eso éramos los miembros de ese grupo, soñadores, un grupo de soñadores... continuó, después, cada cual siguió el curso de su propio riacho en procura del elegido océano personal. Muchos botecitos hicieron agua y se hundieron en el trayecto, otros por ahí flotan todavía, sin llegar al mar, contentos con una laguna. Ya te he dado algunos nombres. Tu papá remó tupido, con tesón, y llegó a sitios que no había ni imaginado ni buscado. Creo que si le preguntamos, hasta hoy no sabe bien adónde fue a parar. Pero hizo su mundo, y se acomodó en él, se siente en lo suyo, aquí en esta oficina, y encontró la felicidad, a veces creo, que una felicidad inconsciente.

Luis no dijo nada. No tenía nada que agregar, pero decía o trataba de decir lo que no decía con su mirada, con su actitud, para que Ordaz supiera que se daba cuenta de lo que sentía, que lo entendía. ¿Pero qué entendía? ¿de qué se daba cuenta? Eso no lo sabía a ciencia cierta, ¿el cariño que el invitado mostraba hacia su padre? ¿el tono de reproche? ¿la nostalgia de un grupo de amigos idealistas ahora disperso? ¿o todo junto y mezclado?: las promesas incumplidas, su carrera literaria dejada atrás, los desvíos, su toma de posición actual, tan diferente a la que sostuvo en Lanús. Como fuera que haya sido, el amigo de su padre le

había hablado con sinceridad, como revisando un pasado lejano que se había convertido en historia antigua, no escrita.

Se incorporó y fue recogiendo del perchero su ropa, su abrigo, la bufanda, la gorra, arropándose con elegante parsimonia. Se dirigió hacia la puerta y se despidió sin extender la mano, sin otro gesto más que una leve inclinación y una sonrisa, una sonrisa que contenía un dejo de ausencia, de misterio, como si hubiera llegado de otro tiempo y ahora volviera a desaparecer en un espacio no diferente a los que ocupaban los tomos de su enciclopedia. Luis lo acompañó hasta la reja, abrió y cerró la puerta, ya no se dijeron nada, Ordaz se fue caminando despacio rumbo a Maipú sin dar vuelta la cabeza y Luis cuando lo vio lejos, regresó al estudio. Entró y dio una vuelta caminando entre los muebles. Pensaba recoger la bandeja con las tazas, pero antes pasó su mirada por toda la oficina, el techo y las paredes, las ventanas, la chimenea, observó la quietud de los anaqueles llenos de carpetas, el busto de Beethoven, la estatuilla color marfil de Safo, las fotos enmarcadas en la pared con retratos de estrellas reconocidas, el desorden de papeles sobre las mesas, los libreros colmados de libros viejos y nuevos, el cenicero de Murano repleto de colillas, hasta que su mirada se detuvo en la máquina de escribir de su padre. Se acercó a ella, le puso sus manos encima y se inclinó hasta cubrirla con su pecho, como si la máquina fuera una persona.



Estación Borges

Pasado el verano las actividades comenzaron a tomar ritmo en ese marzo que recibía las primeras señales del otoño del año 1955. El padre había firmado nuevos contratos que ayudarían a consolidar su trabajo como cineasta. No dirigía cine desde "De turno con la muerte" su primera película como director, filmada en el fatal año de 1951. La obra había servido escasamente como una incompleta compensación al abrupto y desconcertante final de *Blum*, que culminó la víspera de aquella Navidad. Habían pasado cuatro años desde ese derrumbe, y ahora el padre se reponía dirigiendo no una, sino tres películas: *Canario Rojo*, *Concierto para una Lágrima* y *Marianela*.

En *Alex*, durante esos primeros meses Luis mantenía un ritmo de trabajo creciente. Ahora participaba como ayudante de compaginación en dos de las películas del padre. Eso le había permitido verlo en acción desde un nuevo ángulo. Ahora trabajaba cerca de la moviola que manejaba Nello. Hasta ese momento se quedaba dos pasos atrás, como corresponde a un segundo ayudante ocupado de mantener limpio y en orden el lugar. Ahora había subido al nivel de primer ayudante y eso le permitía acercarse un paso más. Podía jactarse de ser un colaborador profesional del padre.

§

La mañana del 16 de junio, Luis llegó a los laboratorios junto con su tío Darío, que en

ocasiones lo acercaba con su Citroën en su camino a Radio Splendid. Al tío le gustaba subir por Monroe y tomar Dragones para dejarlo justo en la puerta —Un favor se hace completo o no se hace, decía. Esa mañana venían tan animados charlando, que la conversación se prolongó ya estacionados junto a las escalinatas de *Alex*. Fue entonces cuando escucharon ecos de algo que interpretaron como explosiones. Enseguida notaron el paso de aviones por donde nunca habían visto pasar aviones. Se bajaron del coche y allá a lo lejos, siguiendo la línea de la costa, detrás del puerto, pudieron ver dos o tres columnas de humo negro elevándose sobre el gris del cielo. Las señales de alarma se intensificaron de inmediato. Tardaron poco tiempo en enterarse que militares contrarios al presidente estaban bombardeando la casa rosada y otros edificios anexos. Era la asonada que quedó registrada en la historia como “la masacre de Plaza de Mayo”.

Tío y sobrino decidieron no continuar su camino hacia sus respectivas oficinas y regresar de inmediato a un lugar seguro.

—Vamos a casa Luis, es más directo y podemos llegar pronto, dijo el tío. La idea era tranquilizar a la familia, refugiarse y obtener más información sobre lo que estaba ocurriendo. Cruzaron por la estación Borges y pronto metieron el coche en la cochera de la nueva casa del tío, un chalet que superaba el de Roca. Ya sintiéndose más seguros, confirmaron lo que ya sospechaban: era un intento de materializar la decisión de derrocar al presidente. La conspiración se venía

fraguando desde la reelección en noviembre de 1951 y continuaría. Luis y Darío se sentaron en la terraza del jardín.

—Tenemos el día libre, dijo Darío. Vamos a preparar la parrilla, ¿no te parece una buena idea? — Buenísima idea y muy necesaria, respondió Luis.

El quincho estaba al fondo del jardín, cerca de un cobertizo de construcción rústica donde se guardaban herramientas del jardín, materiales y lo necesario para un asado. Entraron a buscar la parrilla y algo de leña. Luis vio arrinconadas la bicicleta Phillips de su tía y la Raleigh de Darío. Estaban polvorientas, sin aire en las llantas, arrumbadas. Darío pudo leer sus pensamientos en esa mirada.

— Hace mucho que no salimos a pasear en bicicleta, ¿verdad Luis?

—Cierto, respondió Luis, eran otros tiempos, cuando vivías en Caseros. Ahora los dos estamos más ocupados, agregó para que no sonara a reproche.

Entre las herramientas del jardín, Luis localizó la parrilla y unos trozos de leña que llevó hacia el quincho.

— Dejemos todo listo para el mediodía, dijo Darío. Voy a mandar a la chica a la carnicería con una lista completa. Luis se recostó en la reposera y al tenderse quedó mirando al cielo.

—Todo está azul, pensó, y no hay aviones. ¿Y la gente? ¿Qué habrá ocurrido en Plaza de Mayo?

A esa asonada le siguieron meses de conspiración contra el gobierno y por fin el 16 de septiembre un golpe de estado derrocó al presidente reelegido después de aquella compulsiva campaña, sustituyendo una dictadura tremenda por lo que sería otra aún peor. La película Marianela se estrenó el 15 de septiembre, la víspera del golpe.

Lo que antes se vivía y decía con miedo y en voz baja en la intimidad de su casa en contra del gobierno, ahora Luis lo escuchaba en voz alta por todos los medios, y en los sitios públicos que visitaba. La tarea de borrar el nombre del ahora ex presidente en todo el país le parecía a Luis una empresa imposible. Sin embargo la capacidad de reescribir la historia y borrar y añadir personajes, era parte de las destrezas desarrolladas por los aparatos de comunicación y propaganda de una y otra facción. El cambio radical de política era tan brutal como desconcertante. En casi todos los hechos cotidianos se podía notar un cambio abrupto que impactaba tanto el clima social de la ciudad como el ambiente laboral que respiraban. Lo que hubiera podido pensarse como un regreso a cierta normalidad rumbo a una necesaria democracia, tomó la forma de lucha y encono entre grupos políticos antagónicos, intolerancia extrema, terror y alarmante desorientación oficial. Las cosas no mejoraban, al contrario.

Con el cambio de régimen, en unos cuantos meses, las figuras del espectáculo identificadas con el régimen anterior, se vieron señaladas y censuradas. Eso obligó a muchos a esconderse o

emprender una rápida salida del país. En casa, las conversaciones giraban alrededor de malas noticias: proyectos cancelados, clausuras, acciones injustas, conflictos, incertidumbre. En contraste, muchos de los artistas e intelectuales que habían salido en los años anteriores por oponerse a la dictadura comenzaron a regresar al país. Este intercambio de migrantes no era nuevo, al contrario era cíclico. Aunque los movimientos migratorios forman parte de la historia de la humanidad, la exportación de la clase artística, intelectual, científica y profesional, sin ser un problema exclusivo del país, fue diseminando a un interesante gama de argentinos por todo el mundo. Los que regresaban después de largas temporadas afuera, traían con ellos los rasgos y costumbres de otras culturas, ya no era exclusivamente europeo, ahora incluía a países hermanos.

En este radical recambio de poderes, la industria cinematográfica se vio rápidamente afectada y pocos meses después, intervenida por parte de la nueva dictadura militar. Se formularon una serie de listas para reprimir y neutralizar a los que consideraban adeptos o asociados al régimen derrocado, que afectó también a los que muy lejos estaban de serlo. Lo irónico y paradójico fue que en la lista se incluyera el nombre de su padre. El nuevo régimen lo había vetado por su participación en la creación del programa de propaganda que Discepolo había protagonizado.

En 1956 la producción fílmica fue disminuyendo tan drásticamente que no llegaron a veinte

las películas que se estrenaron en Argentina. Se inició un período de decadencia para los espectáculos, salvo aquellos nichos populares oficiales, o los grupos inteligentes cuyo talento, entrega y creatividad producía milagros, una cualidad argentina que jamás la política lograría borrar o reprimir del todo. El padre, que ya de por sí vivía subido a una rueda de la fortuna que no era redonda ni giraba a ritmos regulares, ahora sufría en carne propia la disminución de sus entradas monetarias que dependían de sus ideas y acciones, todas ellas relacionadas con el cine, la radio y el teatro. Flujos y reflujos, pleamar y bajamar financiero, que iba acumulando, mes tras mes, un saldo negativo. A pesar de dos buenos proyectos fílmicos, la dirección de "La sombra de Safo", escrita con César Tiempo, y la de "Historia de una Carta", escrita con Conrado Nalé Roxlo, no pasó tiempo para que sufriera el impacto del veto al que estaba sujeto. No era el único, eran muchos los técnicos y artistas que veían afectada radicalmente su vida profesional, pero en el precario equilibrio en que por años había mantenido su economía, el desajuste iba agudizando su situación. Las sobremesas familiares cambiaron de tono. En una de ellas el padre había dicho: — Se necesita una gota para que se derrame el vaso, pero hay que considerar que esa gota es la culminación de muchas otras. Las catástrofes se construyen lentamente, pero ocurren en minutos—.

Las conversaciones se convirtieron en frases, el tono de voz se fue elevando, todo cobró ur-

gencia, todo se precipitaba, como ocurre con el corcoveo de un barrilete que le falta cola y cabeza contra el viento mientras va perdiendo altura. De la misma manera, la caída del espíritu familiar coincidía con los compromisos monetarios que había que cubrir de inmediato. Esa consecución de hechos obligó a los padres a tomar decisiones drásticas. En una sesión a la que los chicos no asistieron, los padres hicieron cuentas, trazaron un mapa de la situación y llegaron a la grave conclusión de que estaban obligados a vender la casa, y salir del país en búsqueda de nuevas oportunidades, como lo estaban haciendo tantos otros. Eso ocurrió en la primavera del 1956.

—¿Vender la casa? Se preguntaron Luis y Liliana, sentados en la sala, tratando de imaginarse cómo ese hecho podría hacerse realidad. Les parecía imposible, sin embargo en cuestión de semanas algo impensable y ajeno a todos los pronósticos ocurrió. La venta de la casa se llevó a cabo. Eso ocurrió justamente cuando Liliana cumplía 15 años y Luis 18. La madre siguiendo una conducta que no era nueva, hizo lo posible para mitigar ante los chicos las malas noticias y sus consecuencias. Estaba determinada a festejar los cumpleaños como todos los octubres, y para ello se puso de acuerdo con su cuñada Elsa y con Darío, para que la fiesta se hiciera en su casa. Determinada a que no sólo lo trágico estuviera en primer plano, en medio de la crisis pensó y dijo:

— Que el dinero no sirva solo para pagar deudas, que sirva también para animarnos —.

Así decidió hacer una fiesta espléndida, y por ello Luis se encontró frente al espejo del sastre, probándose un traje de lino blanco que haría juego con unos flamantes zapatos de piel de cocodrilo. Lo mismo ocurrió con la hija. La fiesta en Borges fue memorable, fueron muchos invitados, y en lugar del fotógrafo tradicional Luis hizo uso del nuevo regalo de su padrino, una cámara reflex con un adaptador para flash automático.

El padre había llevado a cabo gestiones con sus amigos mexicanos que pronto se concretaron en los primeros contratos suficientes para cubrir su traslado y poder establecerse en un departamento céntrico de la Ciudad de México. Despidieron al padre como quien despide al general de un ejército que se apresta a conquistar nuevas tierras. Ellos lo alcanzarían más tarde. La quiebra que vivían tomó la súbita forma de una diáspora, de un exilio.

La casa de Roca quedó vacía, y los tres se fueron a vivir a casa de los abuelos. Los abuelos los recibieron asumiendo el doble papel de rescate en la desgracia y la necesidad de poner la mejor cara para animarlos. El departamento era pequeño para esa invasión, pero cada uno fue encontrando su lugar.

A Luis le tocó lo que había sido el cuarto de servicio, junto a la cocina, que alguna vez había sido el cuartito de Jorge, y más tarde una bodega. Ahora se le devolvía su estatus de vivienda con la restauración de un catre que Jorge alguna vez había traído durante su servicio militar.

Lo que venía ahora era mirar hacia el futuro, pensar en las nuevas oportunidades del padre, leer y conocer la historia y la cultura de México, el nuevo país que los esperaba. En Alex las actividades estaban prácticamente detenidas, lo que significó un alto en sus actividades y dejar de percibir su sueldo. Christensen, como otros cineastas, se fue al Brasil, llevándose a su esposa Susana. Carlitos y Nello no tardaron en irse, uno a Venezuela el otro a alcanzar a Christensen en Brasil. Como cuando un barco se hunde, o un bosque se incendia, todos corrían en busca de su salvación.

§

La única actividad que le quedaba de su antigua rutina, era continuar con su último año del bachillerato nocturno en el Mariano Acosta. Entraba a las 6 de la tarde, y salía cerca de las 10 de la noche. Durante el día escribía largas cartas al padre llenas de pormenores sobre lo que estaba ocurriendo. Lo hacía en la máquina de escribir que no se había vendido por considerarse un objeto casi sagrado. La correspondencia con su padre era profusa y le ocupaba tiempo. Su panorama incluía ahora un país situado en el otro extremo de América Latina, mientras que su radio de acción local, se reducía. Luis no estaba acostumbrado a los sufrimientos ni a las penas. Por eso no entendía la falta de apuro al salir de la escuela en la noche, para llegar a lo de los abuelos. Dilataba la llegada. En lugar de viajar en transporte prefería caminar. Extrañaba su bicicleta que se había ido en un lote de donación. Se

preguntaba si aquella bici estaría rodando por alguna calle llena de sol, de esas que llegaban hasta el río.

Moviéndose a pié se sentía un transeúnte más, entre los muchos que corrían sorteando colectivos y automóviles en el tráfico de la gran ciudad. Se detenía en cada boca calle para mirar a un lado y al otro, y después cruzaba. Sabía que no le esperaba ninguna aventura en esas caminatas, ningún pasaje escondido, ninguna puerta abandonada. Cada paso que daba lo habían dado millones de personas antes que él y lo seguirían dando después. No estaba descubriendo nada nuevo. Observaba el resplandor de la humedad sobre los adoquines, las hojas y desechos detenidas por las alcantarillas, las rejillas metálicas que protegían los árboles, los súbitos haces de luz que proyectaban algunas vidrieras, los anuncios que hablaban solos, la gente conversando en las mesas de las cafeterías, todo eso que iba apareciendo y haciendo su camino hacia el catre militar del tío Jorge.



Sin calle / sin número

La casa se había desarmado en un sin fin de piezas, y cada una se fue repartiendo por calles sin nombre y casas sin número. Las nuevas esperanzas desplazaron la desazón y trajeron cierta calma. La madre se quedó retraída,

sumándose al silencio que el vacío de la casa perdida había dejado.

Luis se mantuvo alejado de los detalles, no quería que le quedaran grabadas las huellas del necesariamente lento y doloroso proceso de ir metiendo en cajas sus pertenencias, deshacerse de muebles, desmontar la escenografía hogareña poblada de cuadros y adornos que se habían acumulado por todas partes y rincones. Se enteró que el piano se lo llevó uno de los tíos queridos, que la biblioteca se había acomodado en pilas de cajas de cartón que encontraron lugar bajo el endeble cobertizo del fondo del jardín de Borges, no muy lejos de las bicicletas abandonadas. Así se fueron distribuyendo en los sitios menos pensados, cada una de las infinitas cosas que compone un hogar.

Dejaron la casa, y con ella el jardín con el jazmín al centro, como cumpliendo un designio, como algo que tenía que suceder porque no podía preverse

La madre se ocupó de pagar las últimas deudas y repartir lo que quedaba, incluyendo el cenicero de cristal de Murano, el busto de Beethoven, la estatuilla de Safo.

El refugio en el departamento de los abuelos, mientras el padre se ocupaba de crear las condiciones para llevarlos, les dio un respiro. Se comenzó a sentir un mejor ánimo, gracias a las cartas que llegaban del padre y el clima de afecto y sonrisa que era parte de ese hogar que siempre los había cobijado y ahora era su casa, su única casa.

§

El bachillerato nocturno le había dado con el tiempo un nuevo amigo que Luis, sin percatarse había dejado en un segundo plano. Ahora, que no iba a los laboratorios, ese amigo fue tomando un lugar que Luis no había previsto. Se llamaba Jacobo Blumenfarb.

Blumenfarb era un judío polaco, dedicado a la venta de artículos de cuero. En términos prácticos, era lo que se conocía como un "cuentenik", es decir, un vendedor ambulante. Cargaba siempre con su maletín, una especie de baúl con compartimentos, que al abrirse desplegaba un sorprendente repertorio de artículos. No perdía oportunidad para ofrecerlos. Todos los que se le cruzaban eran para él clientes potenciales. Blumenfarb le rendía a Luis una exagerada pleitesía, admiración que Luis aceptaba con cierta sorpresa y algo de incredulidad.

—¡El hijo de Julio Porter!... decía observándolo con admiración. —Mi mamá se conoce a todos los personajes de *El Zorro* y de *La escuelita humorística*, comentaba. Luis pensaba que posiblemente lo que le atraía de él era su carácter despreocupado, su humor o quién sabe si también el jardín de su casa, adónde lo había invitado alguna vez.

Blumenfarb vivía con su madre en un edificio del área comercial de la avenida Maipú, no muy lejos del puente Saavedra. Podía decirse que eran vecinos. Luis no estaba acostumbrado a tener un amigo así, generalmente

era él el que endiosaba a sus amigos, como le ocurría con Carly. Por su aspecto y conducta Blumenfarb podía haber sido un personaje de reparto de una película en blanco y negro. Sus rasgos se prestaban para la caricatura. En su rostro sonrosado, eternamente ruborizado, al sonreír sus ojos desaparecían. Tenía el cabello rubio que aunque engominado no hacía lo que el peine le decía. Siempre vestido de traje y corbata, sin que importara la estación, se presentaba pulcro, con los zapatos lustrados y la raya del pantalón bien marcada.

En una ocasión Blumenfarb invitó a Luis al departamento donde vivía con su mamá. Subieron por la escalera, Blumenfarb sacó un llavero rebosante de llaves para abrir la puerta, no sin antes dar dos timbrazos que sonaron como un código acordado, para advertirle a la madre que estaba llegando con su invitado. Se abrió la puerta y se asomó la señora. Era muy bajita, más parecía un dibujo que una persona. Tenía la misma cara de Blumenfarb, pero en la versión de una señora mayor. Saludó rápido, sin moverse, solo levantando la mirada, y les pidió que caminaran sobre un par de franelas para proteger el encerado del parqué. El departamento estaba oscuro, las persianas apenas alzadas como para que dibujaran algunas líneas horizontales de luz. Al centro de la mesa destacaba una pieza de cerámica que no era ni una fuente ni una escultura, ni nada discernible. El sitio era húmedo y encerrado, como tantos en Buenos Aires. La madre sirvió el té, dijo algunas pocas cosas irrelevantes

con un acento fuertemente polaco, ninguna relacionada con los personajes radiofónicos del padre, como Luis había anticipado, y sin esperar una reacción los dejó solos. Fue una visita que le permitió a Luis entender por qué a Blumenfarb le había impresionado tanto la casa de Roca y el trato de su madre.

Blumenfarb parecía tener un solo tema: lo relacionado con la marroquinería fina. Hablaba de los herrajes, del hecho de que nada era importado, —Todo industria nacional— repetía junto con la palabra *legítimo*, para diferenciar el cuero del plástico; y así seguía, hablando de los proveedores y sus mañas, de los pormenores del curtido y teñido de las pieles. Hablaba e ilustraba lo que decía con muestras y ejemplos, entre la multitud de piezas que vendía. No quería que Luis le comprara nada, las mostraba con orgullo. No se aguantaba de sorprenderlo con un nuevo regalo: un llavero, un marcador de libro, un monedero —Pero Blumenfarb, ¡ya me diste cuatro llaveros!... repetía Luis, —no hace falta que me regales otro más.

Su convivencia se había extendido en el tiempo, animada por la costumbre de ir juntos a comer pizza a la piedra con un vaso de moscatel y una porción de fainá, en *La Perla del Once*. En esos días, cuando las cosas se vinieron abajo, y los hechos ya habían trastocado la vida entera de Luis, sin su sueldo de *Alex*, ya no podía darse el lujo de ir a la pizzería.

—No tengo guita, le decía a Blumenfarb. Lo dejamos para otro día.

—No te preocupes Luis, dejá que te invite, le insistía Blumenfarb, que como de costumbre, lo colmaba de atenciones.

—Mirá Luis, te traje esta billetera, es novedosa, tiene un compartimento secreto, le decía.

—¡Pero Blumenfarb, ni siquiera tengo dinero para meter dentro! Decía Luis devolviéndose-la con suavidad.

—Dale Luis, aceptá este cinturón de Chinchilla, decía, sacando de un bolsillo lateral de su proverbial maletín, un folklórico cinto tejido con lana de colores. Luis se reía y cambiaba de tema. Así continuaron sus charlas nocturnas, casi siempre después de salir de la escuela que ya estaba llegando a su fin. —¿Qué planes tenés? le preguntaba. Luis le contaba en parte lo que estaba viviendo, le hablaba de la venta de la casa como algo que podía suceder, y lo observaba curioso por su reacción. Blumenfarb lo veía atribulado y hacía lo posible por levantarle el ánimo.

—No te preocupés Luis, las cosas van a mejorar. No hay mal que por bien no venga—, decía, mirándolo fijo con una semi sonrisa estática, sin perder la curiosidad que Luis le provocaba. Aunque pasaban tiempo charlando, Luis no había podido, ni tuvo el coraje de decirle que ya se habían ido de aquella casa, que ahora vivía en un cuartito del departamento de sus abuelos.

§

Las jornadas tenían su irremediable final en el departamento de los abuelos. Qué diferente había sido ir de visita, presenciar el lento ascenso de esa jaula de hierro, con sus huellas en el bronce, con sus colores deslavados. Ahora no se trataba de una visita sino de un destino único, encontrar algo que le dejaban preparado para cenar y después acomodarse en el catre. Sin embargo, en las mañanas, después del baño, la calma en el departamento fue tomando la forma de un abrazo tibio. Los días como una industriosa araña, iban tejiendo una red en la que las palabras se mecían. Algunas sueltas, otras amarradas en paquetes envueltos donde los silencios se hacían menos largos. El abuelo permanecía silencioso y reflexivo. Lo suyo no era dar consuelo, pero estaba con ellos, presente y accesible. La abuela, por su parte, había dejado de darle preeminencia a su deambular entre el comedor y la cocina. Sus caldos de pollo, los pasteles de manzana ya no justificaban su papel. Aunque le costara aceptarlo, la buena comida no era suficiente. Pensaba que su devoción por ese hijo mayor que siempre había defendido no correspondía con las evidencias de la realidad. —¿Qué hicimos mal? ¿Qué de lo que creíamos correcto estaba equivocado? ¿Qué de lo que aprendí dejo de ser cierto?— Se preguntaba.

La madre iba paulatinamente recuperando su energía. No estaba dispuesta a dejarse vencer. Era imposible para ella no asociar lo que estaba viviendo con los momentos trágicos de su juventud y el incendio de su casa en el *Dock Sud*.

Sabía que uno se vuelve a levantar, no importa lo grave de la caída. Sabía que uno se vuelve a unir, no importa lo hondo de la fractura.

—Una separación predestinada. No se entristezcan. Que no haya melancolía, la vida no ocurre siempre en paz y entre sonrisas— dijo la madre.

—El camino es largo, y no está libre de caídas— se escuchó desde el fondo la voz del abuelo.

Los días transcurrían. Ahora ya no era Maica con sus canciones de cuna, o Margarita con sus versos e historias, sino la abuela Berta la que tomaba la palabra y dejaba que lo que había guardado durante años saliera de su corazón. Fue así como la abuela encontró en los momentos en que se reunían alrededor de la mesa, la oportunidad de hablar de su niñez, del almacén de los Lifchitz en Kremenchuk, de su padre, de sus hermanos. Sus palabras encontraban un adecuado lugar en el nuevo espacio que habían creado.

—Vivíamos frente al cuartel y al lado del único teatro de la ciudad— comenzaba a contar la abuela. El almacén se llamaba “Solnishka” que significa “pequeño sol rojo”. Yo era la más chica de todos los hermanos. Iba a la escuela y jugaba en un patio azotea que daba al cielo. Allí se apagaba el alboroto de los parroquianos que iban al almacén a tomar algo y comer arenques con pan. Eran locuaces y charlatanes. Ese murmullo hecho de timbres familiares me acompañaba, me liberaba de los miedos, me hacía sentir como una joven en manos de un

espíritu mayor. Y así seguía recordando los detalles aparentemente menos relevantes, y sin embargo, necesarios.

—Hoy quiero contarles del mural que pintó mi hermano Salomón. Ese mural era el atractivo permanente del almacén. Sobresalía un sol rojo, en cuyos rayos, como guirnaldas, aparecían pequeños motivos inspirados en la vida del río, embarcaciones que, como el sol, giraban alrededor del mundo para llevar y traer viajeros, visitantes y mercancías. El mural era como un mapa, tenía laberintos, senderos, cabras, gallinas, ollas y figuras geométricas, esferas, pirámides. Los personajes eran los vecinos que nos visitaban, solo que mi hermano los representaba vestidos de saltimbanquis, tocando música con violines, flautas, bailando.

En otra ocasión habló del padre. —Mi padre era muy especial, un poco actor, un poco juglar y un mucho negociante, como los que vendían medicinas mágicas en la esquina, enredando al público con sus cantos y estribillos. Creo que yo, en fisonomía, salí a mi padre. Tenía el pelo negro revuelto como yo, y la piel cetrina. Le gustaba recitar estrofas que memorizaba, decir refranes, dichos populares que yo no podría recordar aunque mucho quisiera. Lo que recuerdo —agregó como si se le hubiera encendido una luz— es que se presentaba con los clientes dando una amplia reverencia y haciendo el gesto de quitarse un sombrero que no llevaba.

—Así eran los Lifchitz de Kremenchuk, antes de dejar la casa, aquejados por el reciente

fallecimiento de nuestra mamá, aunque firmes en festejar la vida, decía la abuela.

—Y ese ha seguido siendo el espejo donde me reúno conmigo misma cada día, porque siempre que me miro, puedo ver sobre mi cabeza brillando aquél pequeño sol rojo tal como lo pintó mi hermano.

Así la abuela fue dejando sobre aquella mesa jirones del pasado sobre el que nadie preguntaba. Como cuando se encaramaba sola en el balcón alto de la casa de sus padres, para poder ver los mástiles de las embarcaciones navegando por el río. —De todos los ruidos el que más me emocionaba era el de las campanas de las iglesias— contaba. A mí me gustaba mucho escuchar las campanas, pero después, con la llegada de los pogromos, lo que escuchaba era el silbido de los látigos de los cosacos al pasar galopando con sus caballos, las persecuciones, los castigos inmerecidos, las injusticias cometidas, las casas y negocios quemados de las familias de mis amiguitas de la escuela judía. Me sentía sola, tenía miedo de muchas cosas, de que le pasara algo a mi padre, a mis hermanos, a mí misma. Contaba cómo habían recibido la guerra con Japón que se había declarado de improviso. Hablaba del encuentro con los hermanos Porter, los mayores habían viajado desde Ekaterinoslav, para reclutarse en el cuartel, y en el almacén conocieron a los Lifchitz. Recordaba al hermano mayor de los Porter, Abraham, que era culto, un gran lector, y de Félix, el segundo de los siete hermanos, responsable y serio,

que se había enamorado de su hermana Luisa. Hablaba del público del teatro, que venía al almacén para ver al mural de Salomón, o tomar té en la galería. De cómo los hermanos Porter se fueron convirtiendo en un refugio para sus pesadumbres y así había comenzado la historia en la que ambas familias, los Porter y los Lifchitz, sellaron su amistad, creando las bases de una nueva familia que se asoció, sumó fuerzas, para emigrar a un sitio tan remoto que irse era como morir con la promesa de volver a nacer.

§

Una de esas tardes del verano que ya estaba encima, Luis y Blumenfarb decidieron en vez de ir al *Once*, caminar por la costanera. El río era una placa horizontal plateada que hacía honor a su nombre. Después de un rato de charla insustancial, en medio de un silencio, Blumenfarb le dijo de pronto a Luis:

—Ya sé que se mudaron de tu casa. Fui el domingo a ver si te encontraba y pude ver el jardín abandonado y las persianas cerradas. Luis se quedó callado.

—El candado estaba puesto— agregó. Luis movió la cabeza asintiendo y no dijo nada.

—Te entiendo Luis— siguió Blumenfarb.

—Te entiendo. Seguramente existían y siguen existiendo muchas razones para no hablar de ese tema. Los que se van no quieren convertirse en estatuas de sal— dijo. Luis lo miró, sor-

prendido de escuchar de él un pensamiento así. En ese momento atisbó por primera vez que no había sido justo con ese amigo, que lo había subestimado. Se dio cuenta que la pérdida de la casa la veía como una ofensa o una agresión del destino, que se sentía víctima de un despojo, de un hecho que lo empobrecía y por eso no quería mostrar, no quería que nadie se enterara. Sin embargo, en su diálogo con su amigo, pensó por primera vez, como si bajara una luz a su cabeza, que la historia no tenía por qué ser necesaria y solamente trágica, que los sacudones también sirven para despertar, que lo mejor está por venir.

Ahora Luis sentía que estaba haciendo las pases consigo mismo, que estaba mostrándose ante su amigo como quien era, un joven que también sufría desdichas. Se apoyaron en la balaustrada que daba al río, algunos pescadores se dibujaban con sus largas cañas contra el cielo, esperando pacientes que un bagre picara. Luis le puso la mano en el hombro a su amigo, y mirándolo le dijo: —Blumenfarb, agradezco tu compañía, tu amistad. Sos un buen amigo. Nunca me olvidaré de vos. Has sido conmigo un verdadero gaucho. Gracias.

§

Uno de los últimos días de su bachillerato, ya entrado el verano, Luis llegó a la conclusión de que las caminatas a casa de sus abuelos no eran un buen cierre de jornada. Decidió volver a cumplir con el ciclo al que estaba acostumbrado y antes de regresar a su cuartito,

dar una vuelta por su casa hasta Florida. Quería visitar y decirle buenas noches a su casa. Buscaba recuperar el sentimiento del cierre correcto del día, que había terminado bien y para eso necesitaba un cierre que lo dejara satisfecho.

Al día siguiente repitió lo que durante los cinco años de sus estudios en el *Mariano Acosta* había hecho: cruzar la plaza Once, pasar junto al mausoleo a Bernardino Rivadavia, y ponerse en la cola del 168. El colectivo fue pegando saltos por Pueyrredón, tomó con más confianza Las Heras, y pronto vio pasar el Jardín Botánico, la Plaza Italia, el puente Pacífico, Cabildo, hasta llegar al puente Saavedra donde lo esperaba el colectivo 10.

—...¡Hola Omar!, ¿cómo va todo? , saludó al colectivero.

—Bien Luisito, bien, aquí tirando. ¿Ya vas para tu casa?

—Si, ya se hizo un poco tarde, respondió Luis.

Bajó donde siempre y cruzó Roca.

—Ya serán como las once, se dijo, sin mirar el Otis que le había regalado su padrino José porque le daba tristeza.

—¿Por qué me da tristeza un reloj? se preguntó antes de llegar a la verja de su casa. Miró el jardín en la oscuridad. La blancura de la gardenia resplandecía. Las persianas del estudio del padre estaban cerradas, la puerta inmóvil, el pasillo lateral se perdía en la oscuridad, alzó la

vista para mirar el balcón, y desde allí su mirada abarcó la casa entera que lo recibía callada, sin decir nada. Luis trató de ver el rincón donde semanas antes había notado un brote de la Santa Rita, pero no le fue posible saber en la oscuridad si estaba progresando o no.

—No importa, se dijo. Mañana volveré y ya veremos. La luna creciente augura futuras noches luminosas, de modo que cuando regrese estarán más claras. Con la luna las sombras se delinean mejor, agregó. Se quedó inmóvil un instante más, antes de disponerse a dar la vuelta y caminar hasta Maipú.

—No pensemos en las sombras como algo oscuro, se dijo. Pensemos en sombras claras, luminosas, sombras doradas como luces nuevas, continuó sin saber a ciencia cierta a quién estaba citando o porque se le ocurría decir esas cosas. ¿Quién le había hablado de las sombras? se preguntó con una sonrisa. El jardín tembló por una brisa que llegó sin advertencia y Luis se dijo, hablándole al jardín: —Regresaré mañana, volveré otras veces, mientras la casa siga vacía, le daré una visita noche tras noche, para que no se sienta tan sola. Su mano apoyada en el pestillo de la puerta de la reja, del que colgaba un candado grande, desproporcionado, desconocido.

En el camino de vuelta mirando por la ventanilla se quedó pensando en los tiempos cuando jugaban al "Yuum para casa". ¿Adónde irían a parar esos tesoros si hoy jugáramos de nuevo? En el departamento de los abuelos no caben...

pensaba como buscando charlar consigo mismo de esas y otras cosas. A esa hora el camino pasa más rápido, pronto estuvo subiendo por el ascensor y buscando la llave para abrir. Al entrar al departamento se sorprendió de ver a la abuela sentada en la sala, leyendo el diario que el abuelo dejaba sobre la mesa temprano en la mañana.

—Hola abuela, ¡que sorpresa! te quedaste despierta—

La abuela lo miró con una sonrisa —Me quedé leyendo un rato—, respondió, perdoná que no me pare a abrazarte, pero estas piernas se resisten a sostenerme —dijo como siempre—. No hizo ninguna mención a la hora, ni al semblante afligido que el apesadumbrado Luis no podía ocultar. —Dejáme que te sirva un té, todavía está caliente. Un té es algo que siempre viene bien—

Luis no dejó que la abuela se pusiera de pie y fue a la cocina por su taza, le sirvió a la abuela y se sirvió.

—¿Sabés Luis?— dijo la abuela, cumpliendo con su manera de iniciar una conversación, —¿sabés?— preguntaba, y después de una pausa proseguía: —Es curioso, pero la vida está llena de encuentros, de hallazgos, de descubrimientos. Vienen sin que los llamemos ni busquemos. No sé si cada día, pero de vez en cuando llegan como una novedad. Como parte de esa ley, también existen los desencuentros, las pérdidas, las despedidas. Las despedidas son siempre un duelo. La más triste para mí fue

cuando dejamos nuestra casa en Rusia. Antes ya se habían ido otros, detrás de Luisa y Félix, pero cuando nos tocó a nosotras, a Catalina y a mí, salir de casa rumbo al puerto de Hamburgo, abrazamos a cada hermano, a Salomón, a Iván, a Valentín, que después se fueron quien sabe a dónde, y nunca los vi de nuevo — La abuela hablaba despacio, con su pequeña frente ceñida, como si la vistiera un manto tejido de lana oscura. Nunca antes Luis la había visto tan claramente como una figura en el centro de una pantalla, o de un escenario a punto de desbordar en su emoción.

—Mi padre no vino a despedirse, no vino. Prefirió no estar presente porque la pena le pesaba más que el último abrazo que nos hubiera podido dejar.

Luis no dijo nada. Los dos se quedaron callados. Se daba cuenta que la tristeza tenía diferentes formas, otras dimensiones.

—Sabes, Luis— prosiguió la abuela, —Te cuento todo esto porque es importante recordar. Para no olvidar, hay que recordar. Recordar para no repetir errores. Recordar para combatir el miedo y superarlo, y para no ponernos tristes. Es mejor cultivar la memoria, ser veraces y respetar todo lo que ello acarrea, aun cuando resulte desagradable o muy difícil. Porque del olvido nace la ignorancia, el prejuicio y la intolerancia y no vamos a olvidar, ni vamos a llorar porque perdimos nuestra casa y tuvimos que volver a embarcarnos en un nuevo puerto para ir detrás de nuevas oportunidades. Así

como mi hermana y yo caminamos por aquella dársena para subir al barco, así seguiremos bajando por los muelles, buscando la luz del camino. Seguir esa luz. Viajar y construir una casa nueva, y si fuera necesario otra más, y así seguir caminando y construyendo nuevas moradas, tantas como sean necesarias, mientras la vida nos lo pida y lo permita.

Eso dijo la abuela, y a continuación con sus tazas en la mano, la abuela y el nieto le dieron al mismo tiempo otro sorbo al té, como si estuvieran brindando. Luis la miró sin decir nada. Sonrió, como solía hacer para comunicarse. No tenía nada que decir, pero en su mirada, en su semblante, era posible adivinar que estaba dispuesto a bajar al río, el también, a buscar ese muelle, a ir detrás de la luz del camino, porque de eso se trataba: de volver a encontrar el rumbo, ese rumbo que esas noches había estado buscando en sus caminatas y rodeos por las calles de su ciudad, sus calles, las mismas que bajan al río, ese río donde espera la luz y el camino.

Mis calles y el río
de

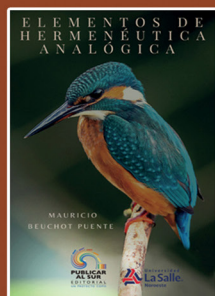
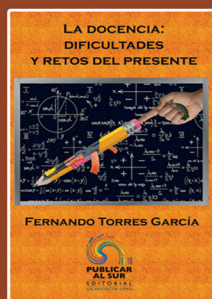
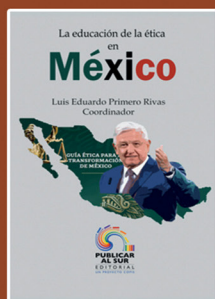
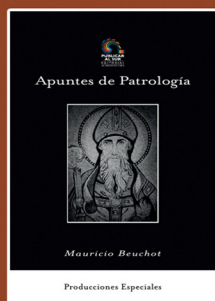
Luis Porter

Se terminó de imprimir en
febrero de 2022, en Solar,
Servicios Editoriales, S.A. de
C.V., calle 2 número 21, San
Pedro de los pinos, 03800,
Ciudad de México; en su
composición de usaron fuentes
de la familia Ledger.

Tiraje: 500 ejemplares.

El libro publicado con el nombre de *Mis calles y el río* inicia la colección *Vuela pluma* en la cual **Publicar al Sur** reunirá volúmenes literarios, biográficos o de creación artística. Así, en esta colección se podrán leer diversos tipos de producciones literarias creadas a vuela pluma.

Otros títulos de **Publicar al Sur**



En el instante en que abres este libro, un niño te toma de la mano guiándote hacia el gran vestíbulo de un teatro. Desde allí puedes oír ecos de instrumentos musicales, voces modulando, los murmullos del público.

De pronto todo se interrumpe y se abre un silencio expectante. Se levanta el telón y desde tu butaca ves el perfil de una ciudad situada junto a un ancho río. Un reflector dirige su luz a alguien que habla y ríe sentado en el taburete de un piano, mientras toca unas notas. **La historia comienza...**

Quien te llevó hasta allí es el hijo de ese señor que juega con el teclado. En torno a esa figura van apareciendo actrices y actores cuya tarea es entretener al público, dando vida a una historia contada en 21 cuadros.

Cada cuadro lleva el nombre de una calle que indica el sitio donde las cosas ocurren. Allí actúan otros personajes que forman parte del elenco: tíos, abuelos, celebridades, políticos.

El relato va revelando las razones por las que esa compañía de teatro se ve obligada a suspender sus representaciones y emigrar hacia nuevos escenarios, nuevas calles, otros ríos.

Lo que leerás es verídico y a la vez una parábola formada con escenas reales de la historia del espectáculo en América Latina, mismas que deben recordarse. Al menos eso es lo que piensa ese niño, que ya de grande se dedica a contarla en este libro puesto a su atención.

Luis Porter, 2022

Colección *Vuela pluma*, volumen 1
Dirigida por **Pilar María Moreno Jiménez**



Vuela pluma